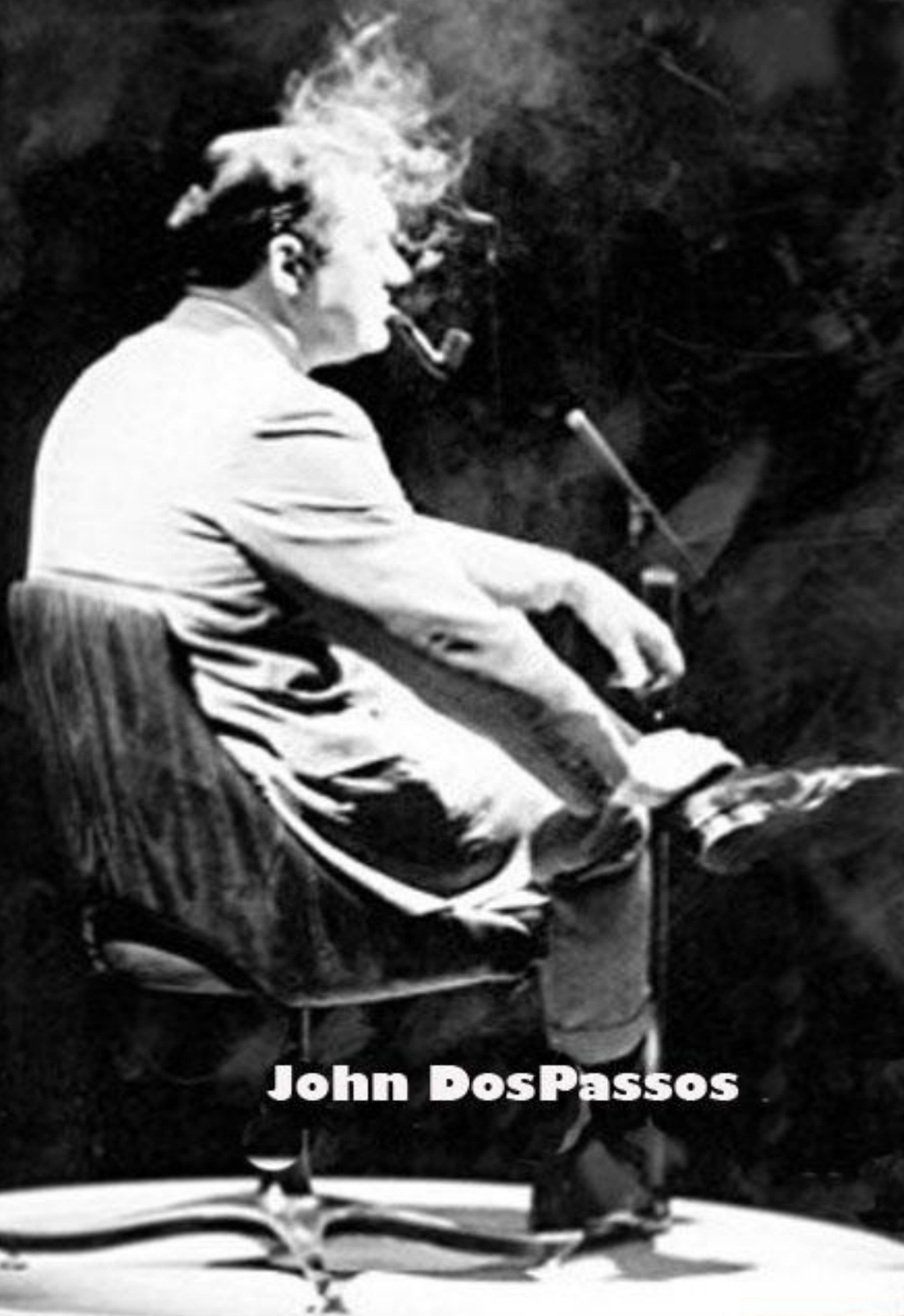


El número uno



John DosPassos

Lectulandia

¿Esta novela es una amarga crítica a la democracia? ¿O es precisamente una advertencia de lo que debe evitarse para salvarla?

Con estilo vivaz, que participa del ritmo cinematográfico y la fluidez de la novela testimonial, *El número uno* muestra la lucha por el predominio de un grupo sobre otro dentro de un partido político de los Estados Unidos. El protagonista se lanza desde Washington a la vida política y poco a poco se deja convertir por sus secuaces a medida que se suceden los triunfos. Lo seguimos en las campañas electorales mientras recorre el país en su automóvil; entramos con él en las reuniones partidarias de los grandes hoteles; lo vemos en traje de etiqueta comiendo con un gobernador, o en mangas de camisa hablando ante una multitud; lo conocemos como intachable padre de familia y como noctámbulo alcoholizado, como patriota y como defraudador.

Y al seguir esta trayectoria, tenemos a cada instante la impresión de «reconocer» y nos preguntamos si *El número uno* es una biografía, una novela clave, una denuncia apenas disimulada de algún personaje de los últimos tiempos. Porque ¿quién no ha conocido, o padecido, a un gran demagogo?

Lectulandia

John Dos Passos

El número uno

ePub r1.0

German25 25.11.16

Título original: *Number one*
John Dos Passos, 1943
Traducción: María Rosa Oliver

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPITULO I

Cuanto tratas de encontrar al pueblo, siempre al final encuentras a alguien, tal vez a algún trabajador:

a un hombre solo en una trilla echando los pulmones a fuerza de gritar a una yunta de mulas rebeldes (la mula de la izquierda es la que da trabajo arisca y caprichosa, retrae los belfos negros sobre los dientes amarillos para mordisquear el cuello polvoriento de la mula vecina); es en marzo y el viento seca los nudillos agrietados de la mano que sujeta las riendas; las palancas suenan como matracas; bajo el asiento tintinea un tornillo flojo; es difícil seguir el surco en línea recta, pues el montón de hierro viejo atado con alambres da topes sobre los duros terrones; es en marzo y el sol calienta y el viento seco raspa el cutis y arruga los jirones de cielo color huevo de petirrojos espejados en los charcos que se extienden por la senda que corta recta desde el buzón junto al alambrado del camino hasta la casa de ventanas lisas, inclinada hacia atrás sobre sus cimientos como una mula rebelde;

quizá un hombre en sus veinte años, con un cuello flaco y enrojecido por la intemperie surgiendo de la camisa de punto deshilachada, con la cara gacha bajo la gorra de visera verde, maneja el montón discordante de acero y hierro viejo sobre los terrones aglutinados (la tierra es arcillosa y hubo un período de lluvias antes de que él terminara su arado de invierno);

un hombre solo con una yunta de mulas y el campo arado rodeado de pastizales por tres lados y el cielo lleno de cuervos que rondan y se dispersan y bajan detrás de él para picotear rápidamente entre los nuevos surquillos; cuando, gritando, tira de las riendas para doblar una curva junto al cerco, hollando los tallos castaños, envainados en plata, de la maleza del año anterior, los cuervos se asustan y remontan en vuelo circular, negras motas arremolinadas contra las cúspides nevadas de las nubes que, cual hielo a la deriva, arrastran las azules y rápidas corrientes del cielo;

cada vez que pasa frente a la puerta de la cocina hay más ropa tendida a secar; a veces ve a su mujer con los broches en la boca luchando con una sábana mojada que bate al viento u oye la tos del niño de dos años o el vagido leve del recién nacido, trillando hacia el camino enfrenta los alambrados tendidos de poste a poste y los camiones bamboleantes y los relucientes automóviles de lujo y los viejos carricoches que se arrastran como los moscardones fríos sobre el vidrio de una ventana;

cada vez que pasa frente a la puerta de su cocina la radiotelefonía llena sus oídos, voces voceando el precio del ganado gordo de Kansas City, el de los cereales en Chicago, los tantos del fútbol, las noticias de la guerra, suavemente el párrafo de un discurso gubernamental, el quejumbroso y humeante «swing» que llega desde un tardío local donde todavía es de noche, la voz, directa de ti a mí, de un candidato que quiere salir electo;

voces que hablan, que regatean, que amenazan con enfermedades, que ofrecen oportunidades, que halagan con promesas,

*voces de las gargarizantes gargantas de locutores en estudios de cristal, más allá del cielo y de las nubes, de los cuervos y del viento,
que golpean en los oídos y se desvanecen en las espirales olvidadizas de la mente, atenta a los bordes del surco y a la yunta de mulas rebeldes, a la mujer que tiende a secar la ropa de la semana, a la tos convulsa del niño y al vagido leve del recién nacido acostado en su cuna mojada.*

NIÑO POBRE

Tyler Spotswood estaba despepitándose el cerebro. Una gota de sudor le corría entre los omóplatos hacia el lugar donde la camisa mojada se pegaba a la espalda. Dejando caer el anotador amarillo que tenía en la mano se echó hacia atrás en la silla y miró al techo. El zumbido del ventilador, en ese cuarto de hotel, le daba sueño. La noche era muy calurosa.

El tartamudeo de la máquina de escribir lo despertó de golpe. Comenzó a caer hacia atrás pero se incorporó de un salto aterrizando sobre las plantas de los pies con la silla en una mano, como un acróbata al terminar una prueba. Frotándose los ojos atravesó el cuarto dirigiéndose hacia donde Ed James estaba inclinado sobre una portátil bajo la lámpara de pie con pantalla de flecos vio en seguida lo que Ed había estado escribiendo repetidamente: «Ha llegado el momento en que todo hombre de bien debe ayudar al Partido».

Ed se quitó la visera verde y se secó la calva con un pañuelo. Levantó hacia Tyler su cara de luna y lo miró con ojos redondos, bordeados de rojo.

—¿Es acaso culpa mía —dijo, quejumbroso— si una casa de huéspedes junto al ferrocarril no es un nido adecuado para que nazca en él un pichón de Presidente?

—En eso te equivocas, Ed —dijo Tyler.

Comenzó a caminar de largo a largo presa de gran agitación.

—¿Cómo no te das cuenta, hombre, que Chuck Crawford nació en el mismo medio del pueblo americano...? Espera a verlo... ya te he dicho cuánto lo admiro... si no creyese en él no estaría aquí en Washington. Debes comprender que Chuck es uno de esos seres que, nazcan donde nacieren, es allí donde deberían haber nacido, ¿comprendes?

—Bueno, puesto que de política se trata, Texarcola tiene sus ventajas. Está en dos Estados.

—Ed, el haber permanecido tanto tiempo en el Este ha sido nefasto para ti... Te has vuelto cínico... Has olvidado la sensibilidad de tu gente.

Tyler se detuvo detrás de la silla de Ed y encendió un cigarrillo. Ceñudo, bajó la vista hacia la cabeza calva y la cara rosada, llena de arrugas y cubierta de gotas de sudor, y hacia los hombros gordos y pecosos que le salían de la camiseta, y hacia las manos sin vello que revoloteaban indecisas sobre el teclado de la máquina de escribir. Los hombros de Ed comenzaron a sacudirse. Cuando levantó la cara, Tyler la vio convulsionada de risa.

—Toby, se diría que el maldito yanqui soy yo y no tú —lloriqueó en cuanto pudo respirar. Chico, te olvidas que nací y me crié allá. Yo soy ese pueblo.

Tyler, a su vez, no pudo contener la risa.

—Sí, admito que yo lo soy a medias —dijo bostezando. Lo que me pasa es que no duermo bastante. Quien trata de seguir a Chuck Crawford debe prescindir del sueño... Pero quiero que escribas una especie de reseña. En cuanto a los hechos,

Chuck mismo te los contará.

—¿Hechos, dijiste? —dijo Ed riendo con risita burlona.

—Ed... créeme, Chuck es un gran hombre. Algún día será Presidente de los Estados Unidos.

—Sí, sí. Todos lo serán.

Tyler sintió que la ira subía en él como el mal sabor después de una borrachera. Para contenerse, fue hacia la ventana. El ruido rasgante de los automóviles, en la densa noche de mayo, llegaba de los caminos bajos que bordean el cauce, cuyos faroles, entre el follaje, forman un serpenteado túnel verde brillante. Junto con el tufo sofocante de la nafta y del aceite caliente subía el olor de las jugosas hojas que se marchitan y del césped hollado, que le hacían pensar en la ropa interior de las mujeres. Con el índice hizo saltar la colilla del cigarrillo pegado a su pulgar, y observó la estela chispeante que dejó el punto rojo al perderse de vista, girando en espiral.

—Toby —preguntó Ed con voz zalamera—, ¿por qué no quieres que me divierta un poco con mi trabajo?

—Siempre olvido que no conoces a Chuck... ¡Pero, por amor del cielo, pidamos algo que beber!...

Cuando Tyler volvió del teléfono, Ed lo esperaba con una hoja en blanco en su máquina de escribir.

—Como habíamos dicho, nació en Texarcola, en el año 1898... fue a la escuela pública... ¿Cómo era el padre?...

—Conocí al viejo Andrew Crawford cuando yo creía estar en los negocios madereros con Jerry Evans... Años atrás había sido un abogadito de pueblo, pero como era terco y quería salir con las suyas, siempre le iba mal. Los predicadores decían que era ateo... un tipo de esos... siempre dispuesto a defender toda causa loca... el consabido agnóstico de aldea... La pobre señora de Crawford no tuvo mucha suerte. Creo que no pocas veces le hubiera gustado ver al diablo mismo llevarse al viejo. Sin embargo, entre cierto elemento pueblero era bastante popular. Participaba en todas las campañas locales y tenía sus adeptos. Lo recuerdo como si fuera ayer, perorando en el almacén de Ed Seaforth, con su sombrero polvoriento echado hacia atrás y babeando jugo de tabaco a ambos lados de la barbilla.

Ed tictaqueaba ahora a toda máquina.

—¡Magnífico! —dijo Ed, y agregó con sorna—: Todo un hombre...

—La señora de Crawford tenía un carácter melancólico. Su madre pertenecía a una familia de plantadores del Estado de Georgia y se había casado con un jinete de rodeo. A pesar de ser muy religiosa, leía mucho. Chuck no le debe poco de lo que sabe. Según dicen, era la familia más culta del pueblo, aunque su situación económica dejaba mucho que desear. Había días en que ni para comer tenían. Chuck comenzó a ganarse la vida a la edad de diez años.

—¿Su madre vive aún?

—Vive con unos parientes en India Springs. Chuck no le rehúsa nada.

—Tiene suerte: una madre anciana y presentable es algo muy útil para quien decida convertirse en figura nacional.

Los músculos de la mandíbula de Tyler se endurecieron de rabia.

—Ed —comenzó diciendo lentamente y con voz solemne—, si no fuera porque tu trabajo nos será útil...

—Seguro que les seré útil... Pero escribir la autobiografía de un hombre, no significa que... ¡Chico, si no le viese a esto su lado cómico, ya me hubiese muerto!

—Espera a conocerlo.

—De cualquier manera, el papá y la mamá no parecen mal... Creo que me divertiré bastante escribiendo este libro.

—Él te contará muchas cosas... Lo único que tendrás que hacer es ordenar los párrafos.

Ed, sin levantar los ojos del teclado, dio una especie de gruñido. Apenas hubieron tomado los primeros sorbos del whisky, sonó el teléfono. Tyler, al reconocer la voz de Sue Ann, hizo maquinalmente una especie de reverencia ante el receptor.

—Hola, Tyler, ¿cómo les va a ustedes? —dijo con palabras entrecortadas, como si estuviera fuera de aliento. ¡Viera usted qué banquete! Casi me muero de la impresión que me causó. Estaba allí el Presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos. ¡Lo hubiera usted visto a Chuck!... Estaba monísimo comiendo su sopa y su pescado... Parecía un niño saboreando helados con el maestro. Al volver a casa, el senador Jones nos permitió dejarlo en la suya, y Chuck lo convenció de que venga esta noche. Vendrán también otras personas que hoy han llegado del pueblo. Antes de ir para allá, voy a charlar unos minutos con ustedes.

—Aquí la esperamos, Sue Ann.

Tyler colgó el receptor. Fue hacia Ed y se detuvo detrás de su silla.

—Era Sue Ann... Aún no te he hablado de ella.

—¿La señora de Crawford?

Tyler asintió vigorosamente con la cabeza.

—¡Una espléndida muchacha! Fueron compañeros de estudios... en la Facultad de Derecho... Se recibieron juntos... En el primer bufete de Chuck, ella era Jones, de la firma «Crawford y Jones».

—¿De dónde es?

—De un pueblito en el Panhandle... Si no hubiera sido por sus buenos consejos, cuando éstos eran necesarios, Chuck no estaría donde está y yo tampoco. Ahora vendrá por unos minutos y luego nos llevará a sus habitaciones. Consiguieron al senador Jones... y el senador Jones no perdería el tiempo con Chuck si lo considerara un cualquiera, ¿verdad?

Tyler hablaba inclinado sobre el cajón de la cómoda, buscando una camisa limpia. Con la camisa en la mano, apuró el whisky de un sorbo y entró al cuarto de baño a lavarse la cara. Ed continuó escribiendo a máquina. Cuando Tyler salió para anudarse

la corbata azul frente al espejo de la cómoda, se detuvo un instante observándose la cara delgada y pálida, de cejas negras y rectas. La piel formaba bolsas bajo los ojos, y unos surcos hondos comenzaban a marcarse a lo largo de las mejillas. No le gustó el aspecto de su cara. Tenía los ojos encarnizados. «De nuevo estoy bebiendo demasiado», pensó.

Golpearon a la puerta del vestíbulo. Ed se puso de pie de un salto, dio un tirón de la camisa colgada a secar en la silla frente al ventilador y entró corriendo al cuarto de baño. Cuando Tyler abrió la puerta, Sue Ann estaba parada allí, fresca y verde como una lechuga, con su vestido verde leño de voladitos en las mangas y en la falda. En la punta de la V que el sol había tostado en su cuello llevaba el vestido prendido con el enorme broche de diamantes en forma de corona que Chuck le regalara cuando hizo su primer buen negocio en el petróleo. Su pelo color arena, que había sido ondulado para el banquete, comenzaba a despeinarse.

—Tyler —dijo frunciendo el ceño como cuando se trataba de una cuestión de derecho—, tenemos que conseguir un fotógrafo... A Homer no se le presentará otra ocasión de retratarse con el senador.

Tyler, al volver al cuarto, precediéndola, sacó el reloj.

—No será fácil; todos están atareadísimos.

—Pero Homer es importante —chilló Sue Ann.

—Eso lo sabemos nosotros, ellos todavía no... Quizá Ed conozca alguno... Oye, Ed...

Ed salió del cuarto de baño, rosado y limpio en su traje de seda cruda.

—Sue Ann, éste es Eddy James.

Sue Ann, frente al espejo de la cómoda, estaba tratando de arreglar su pelo. Por el espejo saludó a Ed con la cabeza.

—Disculpe usted, señor James —dijo por entre las horquillas que tenía en la boca. Tyler es para nosotros como un hermano.

Con golpes rápidos trataba de poner en su sitio una mecha rebelde, pero desistiendo tuvo que soltarse las dos trenzas para volver a enroscarlas en torno a la coronilla.

—Me imagino el gusto del Senador si me viese llegar con las trenzas sueltas... Papá decía que hubiera muerto de pena si yo me hubiera cortado las trenzas, y ahora Homer piensa lo mismo... pero qué trabajo me dan...

Prendiendo las últimas horquillas, se volvió hacia ellos.

—Señor James, ¿cree usted que podría dar con algún fotógrafo?

—Es como pedirme que encuentre un alfiler en un pajar, pero lo intentaré.

Ed tomó el receptor del teléfono y se agachó mucho contra la pared. Sue Ann fue hacia la puerta con pasitos saltarines de colegiala que vuelve a casa terminada la escuela. Junto a la puerta se volvió hacia ellos.

—Bueno, ahora los dejo en la tarea de encontrarme un fotógrafo... Aunque tengan que mover cielo y tierra para ello. El Senador irá a tomar un sandwich con

nosotros. Es como Homer, en los banquetes no come absolutamente nada... Homer estaba tan asustado del Presidente de la Suprema Corte, que no pudo tragar bocado... pero no podemos hacer esperar al Senador. Siempre vuelve a su casa a las diez y media... Tampoco quiero que ustedes lleguen apestando a alcohol... Y ahora, a darse prisa...

En cuanto la puerta se cerró tras ella Tyler fue al cuarto de baño y se enjuagó la boca con agua dentífrica, hizo gárgaras y luego la escupió con violencia dentro del lavatorio.

Cuando salió, Ed estaba colgando el receptor. Parecía perplejo. Tenía la cara roja y sudaba.

—Kleinschmidt irá... pero no les resultará barato... tú te las arreglarás.

—¡Magnífico, Ed! Pero escucha... —dijo Tyler tartamudeando. Sue Ann cree que... escucha, en el cuarto de baño hay una botella de agua dentífrica. El Senador es antialcoholista.

Ed echó la cabeza hacia atrás y rió con sorna.

—Supongo que no tendré que besarlo, ¿no?... ¡Caray! Hombre, no es el primer Senador que he visto... he nacido en esta tierra.

Tyler se ruborizó.

—Estamos tan ansiosos de que le vaya bien a Chuck... Después de todo, hoy ha pronunciado su primer gran discurso en el Congreso.

—El discurso fue bueno —murmuró—, pero ojalá hubiera elegido un día más fresco... Bueno, vamos allá.

Caminaron, lentamente para no transpirar de nuevo, por el amplio corredor de alfombras tupidas. En cuanto doblaron el recodo, pasando los ascensores, comenzaron a oír la voz de Chuck saliendo de una puerta abierta algunos metros más adelante. Ante la puerta un mozo de hotel, inclinado sobre una mesita con ruedas, aderezaba una ensalada. En medio del hall un botones que llevaba un telegrama en una bandeja esperaba, boquiabierto y aburrido, mirando la claraboya. Comenzaron a comprender las palabras de Chuck:

—¿Es justo acaso que en este país un millón de seres tengan todo lo bueno que el mundo rinde, mientras ciento diecinueve andan desnudos, hambrientos, desamparados? Eso va contra el sentido común y contra la religión revelada. ¿No nos manda la Biblia, Senador, que repartamos los frutos de la tierra, ecuánimemente entre todos? El Levítico, 25, versículo 23.

Al oír la voz familiar, de sonido bronceo y nasal, Tyler sintió por un segundo la misma oleada de fe, cálida y calmada, que sintiera cuando la oyó alzarse, por primera vez, desde una tribuna pública. La voz de Chuck lo llenaba de entusiasmo. Pero inmediatamente, como siempre que iba a su encuentro, lo invadía la duda de cómo lo recibiría; si lo miraría sonriente en los ojos o con esa dura mirada de patrón que ponía un hielo entre ellos. No era que Tyler fuese quisquilloso, pero caramba... La voz continuaba citando versículos de la Biblia:

—«Y la tierra no se venderá en un remate porque la tierra mía es; que vosotros peregrinos y extranjeros sois para conmigo...» —y todo el resto del capítulo.

Empujando a Ed delante de él, Tyler pasó ante una pareja de aire palurdo que, mirándose mutuamente las caras con ojos húmedos de perro, dudaba en transponer la puerta, y ante un segundo mozo que, inmóvil en medio del cuarto, sostenía a la altura del hombro una bandeja con cafeteras de metal blanco.

Detrás de una gran mesa redonda, con mantel muy planchado, tendida con cubiertos metálicos y con grandes jarras de agua llenas de hielo reluciente, entre Sue Ann y el senador, estaba sentado Homer T. Crawford. De su cara en la sombra sólo se veían los redondos ojos saltones iluminados por una pincelada de luz. Tenía desabrochado el cuello de la camisa almidonada y en desorden su oscuro pelo húmedo.

—Estoy profundamente convencido, Senador, de que hay más izquierdismo económico en la Biblia que en todo lo ideado por los rusos rojos.

Algo en la manera como lo dijo provocó las carcajadas de Sue Ann y el Senador. Chuck echándose hacia atrás en su silla rió también a gritos y, mientras, con una mano se iba llenando la boca con un sandwich de jamón y pollo que caían a cada mordisco que daba. Comía con los ojos azul grises fijos en el senador Jones, pensando cuán parecido era su aspecto, fino y cuidado, al de las fotografías que aparecían en los periódicos. El Senador tenía sobre su amplia frente un penacho de pelo blanco que se agitaba cuando reía. Sue Ann, bebiendo a sorbitos el café de una taza que sostenía en alto con el meñique doblado, daba grititos de colegiala coqueta.

El mozo de hotel aprovechó la pausa para precipitarse dentro del cuarto, y el botones vino bamboleante tras él, mirando tan absorto a Chuck, que tropezó con una silla. Tyler tomó el telegrama sin mirarlo.

Chuck vio a Tyler y a Ed James y con la mano que sostenía el sandwich les hizo seña de acercarse a la mesa.

—Mozo —masculló con la boca llena—, traiga más sandwiches para estos señores.

Tyler necesitó ocultar la sensación placentera de perro meneando la cola que corría por su interior. Mientras acercaba dos sillas tuvo tiempo de echar una rápida mirada a la cara de Ed para adivinar lo que éste pensaba de Chuck, pero sólo vio una sonrisa.

—En un país donde hay demasiado que comer, demasiada ropa, demasiadas viviendas, no veo otra razón, Senador, para que haya tanta gente desnutrida y sin techo, que la usura y el afán de lucro...

—Papacito —dijo Chuck dirigiéndose de pronto al viejo flaco que estaba junto a la puerta—, ¿podría usted decirme cuánta gente de su pueblo ha tenido que dejar sus hogares y recorrer el país en busca de trabajo porque era haragana o inepta, y cuánta porque el sistema las obligó a ello?

—Eso es difícil de contestar, señor Crawford...

—Nada de «señor Crawford», ni aquí, ni en la Cámara de Diputados tampoco... Soy sólo el viejo Chuck Crawford que lo ayudaba a barrer la casa mientras su mujer preparaba el desayuno en aquellas mañanas de invierno. Ahora tenemos que barrer la casa para el pueblo americano. Senador, permita usted que le presente al matrimonio Price, de Oklahoma... No son mis electores sino verdaderos agricultores de tierra pobre y viejos amigos míos, y como ellos hay millones... A ustedes, les presento a un grande y valioso servidor del país.

Los Price se adelantaron dando empellones y, tiesos, apretaron manos a la redonda.

—Bueno, Papacito, les agradezco la visita. Siempre me alegra ver al pueblo auténtico. Y disculpen ustedes que siga comiendo, pero es la única oportunidad... y que lleve este uniforme, pero tuve que ver al Presidente de la Suprema Corte de los Estados Unidos... ¡y ahora tendremos que conferenciar con el Senador sobre la situación del país!

Los Price, escurriéndose, comenzaron a salir. Chuck tomó un gran sorbo de café y se echó hacia atrás inflando los carrillos.

—Lo ve usted, Senador, ésta es mi vida. Mi puerta está abierta a todos. Creo que el pueblo debe tener acceso a sus representantes dentro y fuera del Congreso. Y así ha sido desde que estoy en la vida pública. Pero también era así cuando vendía quincalla por los caminos. Aquí tiene usted a Sue Ann: a no ser por un concurso de pelar papas nunca la hubiera conocido, y conocerla ha sido para mí el mayor regalo hecho en este mundo a un pobre muchacho solitario, ávido de educación.

—¡Pero Homer Crawford, si jamás he pelado una papa en mi vida! El concurso era de barquillos y tú andabas vendiendo el peor molde de barquillos que he visto en mi vida —protestó Sue Ann con voz aguda.

Chuck volvió a echar la cabeza hacia atrás y rió hasta que comenzó a toser y a farfullar:

—¿No ven, chicos? Ella no me perdona una —dijo. ¿Otra tacita de café, Senador? De pronto su cara adquirió una expresión seria y se volvió hacia Ed James. Según tengo entendido, señor James, usted ha venido a verme porque quiere hacer mi biografía. Pues bien, le diré que mi vida no ha comenzado aún. Mi vida está en las manos del pueblo americano. No será usted, ni ninguna otra persona aislada, quien escriba la vida de Homer T. Crawford. El prólogo lo hizo mi gente, allá en mi pueblo, y si Dios me da fuerza y salud los mejores capítulos están todavía por hacerse.

Los ojos grises y vidriosos del Senador Johns chispearon divertidos.

—Cuando yo era muchacho —dijo— a eso lo llamaban confiar en su buena estrella.

—Mi idea, señor Crawford, es hacer una especie de retrato del señor diputado cuando joven.

—No, escríbalo en primera persona, ¿me oye? —gritó Chuck. Yo hago todo en primera persona.

A Tyler comenzaba a asaltarle el temor de que el Senador se impresionara mal. No podía habituarse al modo que tenía Chuck de hablar de todo ante cualquiera. Jugaba nerviosamente con su pitillera cuando sonó el teléfono. Fue a atenderlo, aliviado al poder hacer algo. El fotógrafo estaba abajo, en el hall. Tyler le dijo que subiera en seguida. Al colgar el receptor vio que Sue Ann lo miraba con expresión angustiada. Le hizo seña de que todo andaba bien. Ella levantó los ojos y sus labios formaron las palabras «Gracias a Dios».

El Senador Johns se había puesto de pie diciendo que lo había pasado muy agradablemente pero que ya era tiempo de buscar un sueñito reparador. Sue Ann y Tyler cambiaron miradas inquietas mientras éste se dirigía a la habitación contigua en busca del sombrero y del bastón del Senador. Al volver, Chuck se había interpuesto entre el Senador y la puerta explicando lo que había hecho por la conservación de las riquezas naturales durante el último período legislativo allá en su ciudad natal.

—El pueblo americano ha heredado la mayor fortuna del mundo y la ha malgastado como el negro que se bebe el pago de la cosecha, pero los peores no han sido los pobres... un pobre va a pescar y no trae más pescado que el que puede comer en casa... el pobre conoce el ahorro. Pero estas grandes sociedades, esas compañías madereras y petroleras, no piensan sino en el lucro, en tener casas lujosas en Francia, yates y cosas por el estilo.

Tres hombres jóvenes, pálidos, flacos y sudorosos, vestidos de negro, estaban en el hueco de la puerta. Sue Ann, que había logrado apostarse detrás del Senador, hizo la señal del apretón de manos en dirección de Tyler. El ayudante fotógrafo comenzó a desempaquetar sus bártulos. Ya el fotógrafo avanzaba con la rizada y plateada bombilla relámpago sostenida en alto. Los labios del Senador se endurecieron en curva displicente y se encaminó hacia la puerta, pero Chuck lo tomó firmemente de la mano y comenzó a contarle cómo, durante todo el día, había tratado de conseguir cabeza de cerdo aderezada y nabos al natural, justamente un plato liviano y fresco para un clima como éste, pero nada, en toda la ciudad de Washington no hay un sólo restaurante donde a uno le sirvan un plato sencillo, casero. El Senador se dio por vencido. Un mozo, en actitud fotográfica, le presentaba un menú, y el Senador, con la cara de un niño a quien han forzado a tragar aceite de castor, se dejó sentar, nuevamente, a la mesa, mientras Chuck golpeaba con el puño señalando un plato vacío y hacía la pantomima de gritarle al mozo porque no había en todo el hotel cabeza de cerdo ni nabos al natural. Mientras tanto los fotógrafos corrían alegremente por el cuarto; la cara pálida y amargada del cachorro de reportero se ablandó como si entreviera la perspectiva de que su trabajo figurara, por esta vez, en primera página. Sue Ann volvió a reír histéricamente. Cuando todo hubo terminado, Chuck condujo al Senador hacia la puerta, llevándolo siempre de la mano para que los fotógrafos pudieran tomar las últimas instantáneas del apretón de manos final.

—Senador, usted disculpará este pequeño ardid —explicaba Chuck. Estos muchachos me ayudan mucho y por eso me gusta hacerles un pequeño favor de vez

en cuando... Usted perdonará al viejo Chuck, ¿verdad? No quise molestarlo. Usted es el hombre más difícil de fotografiar en Washington; se imagina, pues, lo que significa para estos muchachos poder obtener una instantánea suya... Una fotografía nueva del Senador Johns en primera página es algo que vale la pena... ¿No es así, muchachos?

Los muchachos asintieron vigorosamente con la cabeza y Chuck y Sue Ann escoltaron al Senador hasta el ascensor.

Con el brazo en torno a la cintura de Sue Ann, Chuck volvió sonriente.

—Bueno, el viejo saltó la valla esta vez... Espero que la noticia no se quedará en la mesa de redacción.

—La cabeza de cerdo y los nabos al natural la harán circular —dijo Ed James.

Chuck se dio vuelta y caminó hacia él como si fuera a golpearlo.

—Sé, señor James, que usted considera todo esto engañosas y palabrería demagógica... Pero déjeme que le explique por qué lo hago. Allá, de donde yo vengo, hay muchos pobres que jamás comen lo que es necesario... esa gente oye lo que yo le digo porque sabe que la quiero bien... por eso cada vez que se me presenta la ocasión elogio los nabos al natural, el caldo o las ensaladas... mucha de esa gente se dirá que si el viejo Chuck come todo eso, bien vale la pena que ellos lo prueben también, y así comenzarán a tomar las vitaminas que necesitan.

—Señor Crawford —dijo Ed con su más amable sonrisa—, retiro lo dicho.

El fotógrafo había guardado sus bártulos, Ed James lo tomó de un brazo y con el reportero del otro se dirigió hacia el ascensor, hablando animadamente primero al oído del uno y después al del otro. Mientras tanto Chuck, apoyado en el quicial de la puerta, escuchaba atento lo que dos hombres de sombrero flexible le estaban diciendo. Sue Ann se dejó caer en un sillón muy mullido y murmuró mirando a Tyler:

—Al fin podemos descansar.

Tyler asintió vagamente; estaba pensando cuánto tardaría en pedir algo que beber.

Chuck volvió al cuarto con un papel garabateado en la mano.

—Aquí hay algunos nombres más para la lista. ¿Quieres echarles un vistazo, Sue Ann?

Sue Ann se puso de pie bostezando y tomó el papel.

—Y ahora, mi señora, usted se va a dormir —dijo Chuck con voz suave, rozándole la frente con los labios. Nosotros nos iremos a celebrar el triunfo con algunas copas.

—No hagan nada que yo no haría —dijo Sue Ann medio mareada.

Cuando salieron del hall del hotel hacia la densa noche de verano, Chuck gritó:

—Dale la dirección, Toby —y se metió en un taxi donde bostezó estirando los brazos, con el panamá echado sobre la nariz y los pies apoyados en el asiento plegadizo. Antes que Tyler y Ed James hubieran tenido tiempo de acomodarse junto a él, comenzó a hablar con voz monótona:

—Lo primero que recuerdo es que vendía diarios. De una semana a la otra no les quedaba a mis viejos ni un centavo en la casa. Si necesitaba dinero tenía que salir a

ganármelo. El vendedor de periódicos era un viejo con una pierna de palo. Nos contaba que la había perdido en el río peleando frente a Vicksburg, pero supe después que se la deshizo un tren de carga una noche en que se emborrachó; sea como fuere, me mandaba a la estación del ferrocarril a buscar los periódicos de Nueva Orleans y de San Luis y, a veces, me dejaba atendiendo el puesto. Tenía un huequito en la pared de la avenida State Line, con un letrero que decía «*Opiniones*»... Por mucho tiempo creí que esas opiniones eran las que la gente escribía en todos esos libros, periódicos y revistas... Les juro que lo creía.

El conductor apretó los frenos y el automóvil se detuvo de golpe, justo a tiempo para no llevarse por delante un ómnibus amarillo que dobló, temblando sobre sus propias huellas, por la avenida Connecticut. Una corriente de aire caliente les sopló a la cara el vaho del asfalto, del metal frotado y del exceso de follaje.

—Oiga, hermano, en lugar de darse vuelta a escuchar lo que no le incumbe, mire dónde va —gritó Chuck.

—Disculpe, señor —dijo el conductor—, pero es que yo también empecé vendiendo periódicos. Coincidencia, ¿no? Pero parece que a usted le ha ido mejor que a mí; de lo contrario usted estaría conduciendo el coche y yo estaría sentado atrás, ocupándome de los asuntos públicos.

—No se aflija, hermano —dijo Chuck riendo. En este país hay lugar para todos.

—Seguro —dijo el conductor—, y la mayoría de ellos esperando en cola su turno para entrar al asilo.

—Eso es lo que nos proponemos cambiar, hermano. ¿Nunca ha oído usted hablar de Homer T. Crawford? Pues bien, él va a cambiar todo eso... Permítame que le explique —continuó diciendo Chuck, golpeando a Ed James en la rodilla.

—Creo que he sido el único mocoso en los Estados Unidos de América a quien azotaran por ir a la escuela dominical, no por no ir, sino por ir... Mi viejo era muy cabeza dura... Y no es que fuese un ateo, de eso estoy seguro, pero se juntaba con Bob Ingersoll y con Brann el Iconoclasta y con toda esa pandilla... Para él un sacerdote era Satanás en persona tanto como él lo era para el sacerdote. Por lo que recuerdo era un hombre de ideas estrechas. Mi pobre madre iba al Templo Metodista. Decía que había abandonado todo menos su religión por seguir a Andrew Crawford; en eso tenía razón, porque mi padre, a pesar de ser un buen abogado, era el hombre más discutidor y terco que podía darse. Prefería perderse a ceder. Si llegaba a ganar un pleito, lo perdía en segunda instancia a fuerza de discutir al juez la Constitución y la religión revelada. Más dinero se le fue en multas por contumacia que el que ganó como abogado. La mayoría de sus clientes eran pobres y nunca los apuró para que le pagaran... Bueno, mamá y yo decidimos que iría a la escuela dominical. Todos los otros chicos iban y volvían a casa trayendo figuritas ganadas en premio e iban a merendar al campo, y yo sufría de no poder ir y me imaginaba que la escuela era un jolgorio. Finalmente decidí escurrirme de casa para ir a la escuela y a papá le dijimos que había ido a pescar. Nos decíamos que mentir por una buena causa no era

pecado... Pero un día el viejo me sorprendió volviendo a casa con los demás chicos, con un cuello limpio, con la Biblia bajo el brazo, una cinta azul en el ojal, caminando muy orondo con la cabeza echada hacia atrás; bueno, pues me llevó al fondo de la casa y me dio la peor paliza que jamás me hayan proporcionado. Y él decía que le dolió más a él. A mí, casi me mató. Desde entonces nunca fuimos muy amigos. Pero les aseguro que en cuanto a saber de memoria las Sagradas Escrituras nadie me ganaba... ¡Qué de premios gané con ello!... En esos días podría haber aprendido de memoria la guía telefónica... recordaba todos los versículos y las palabras de los Profetas y el Cantar de los Cantares, cosa que me fue muy útil más tarde cuando comencé a correr tras las muchachas.

Tyler, sentado en el asiento plegadizo, junto a los pies de Chuck, no cabía en sí de contento; Chuck estaba brillante y Ed James no le perdía palabra. La cosa marchaba. Tres tragos de whisky, se decía, y estaré libre de esta sensación de flojera, luego a casa y a la cama. El traqueteo del automóvil le resultaba agradable, con la luz de los faroles y la sombra de los árboles pasando sobre su cara a través de las calles anchas embozadas bajo las masas del follaje, que pesaban esponjosas sobre los faroles, el tráfico, las aceras vacías y las casas de ladrillo, bajas y casi a oscuras. La noche rezumaba con ese olor marchito de verano que le hacía pensar en el olor del cuerpo de mujer bajo la ropa interior.

Chuck estaba contando cómo había ayudado al predicador a colocar las ventanas de vidrios de colores en el primer templo metodista, allá en su pueblo, cuando el automóvil se detuvo junto a la acera iluminada, frente al restaurante, y el portero abrió la portezuela. Chuck saltó del automóvil y penetró, seguido por Ed James, por la puerta giratoria. Mientras Tyler buscaba su billetera para pagar el viaje, el conductor preguntó:

—¿Diga, señor, quién es ese tipo?

—Es el diputado Crawford, Homer T. Crawford... Creemos que llegará lejos en esta ciudad.

—Por lo pronto es un pico de oro.

—Va a dar unas charlas por radiotelefonía en estos días... no deje usted de oírlo.

Tyler, después de subir corriendo las escaleras, se encontró en la atmósfera llena de humo de cigarrillo, fría y sofocante del restaurante con aire acondicionado. Se detuvo un momento junto a la puerta, perturbado por las luces rosas y el zumbido del «swing», mirando en torno suyo la mezcolanza de caras, cigarrillos, espaldas desnudas, copas, cabezas calvas y nucas. Chuck y Ed se habían instalado en un rincón tras una gran mesa. Chuck estaba hablando. Ed había sacado ya una libreta de apuntes.

—... Andaba por la ciudad y hablaba con la gente. Estaba en los mejores términos con el fabricante de helados porque lo había ayudado a hacer plata vendiéndole helados a los estudiantes secundarios. Como yo era jefe de la claque en los torneos atléticos me las arreglé para que allí sólo se vendieran sus helados. El día

que el viejo Doctor Wisdom organizó un beneficio para comprar sus vidrios de color, fue un acontecimiento para mí; no tenía todavía diez y seis años. El dueño de la fábrica de helados era un italiano llamado Rosa; sus hijos ahora hacen grandes negocios, en todo el Estado. Convencí al italiano de que debía dar helados gratis para el beneficio del Doctor, pero me costó trabajo. El viejo Rosa era un buen tipo, pero nunca había oído decir que algo podía darse gratis... Dijo que eso lo arruinaría... Bueno, no lo arruinó. Se dio cuenta de que cuanto más helados daba por nada, más le compraba la gente.

—Claro —dijo Ed James, riendo a gusto. Lo recuerdo muy bien al viejo Rosa. Unos años después puso negocio en Horton.

—El mismo... Bueno, en un santiamén, tuve a cuanto predicador había en la fiesta benéfica... Les dije que a todos les conseguiría helados gratis para sus fiestas y romerías. El más difícil de convencer fue el cura católico, el Padre Scalise. Pero al final logré que todos bebieran en la misma copa, como buenos cristianos... Y hasta el día de hoy ahí está la capilla con sus ventanas de vidrios de colores... Dime, Toby, ¿nos trae o no nos trae las bebidas ese maldito mozo? Me he quedado con la boca seca... Whisky y lo que lo acompaña, muchacho, y déjenos la botella... ¡Las cosas que aprendí en aquella escuela dominical!... Además de lo que nos enseña la Santa Biblia, allí se aprenden cosas grandes... que la inteligencia del hombre está llena de pequeños alambres de púa... Si uno trata de convencer a la gente de algo, lo que hay que hacer es dar vueltas hasta que se encuentre una entrada o una apertura en uno de esos cercos... Si atropella el alambrado de púas se le romperán los pantalones. La lectura de la Biblia en la escuela dominical me enseñó algo más, y es que los Hijos de Israel tenían muchos problemas iguales a los nuestros y que la religión cristiana es la forma final para la solución de esos problemas. Ahora bien, el hombre común es una criatura despreciable y obtusa, ¿no? Con el cerebro lleno de alambres de púa. Pero la región de donde usted y yo venimos, señor James, es llamada la Cintura Bíblica por estos tipos talentosos que escriben en las revistas del Este... la mayoría de la gente se llena la cabeza con esos alambres de púa que saca de la Biblia... y la experiencia me ha enseñado que la mejor manera de entenderse con ella y de hacerle un bien es citar las escrituras. Aquel beneficio para conseguir las ventanas de colores me enseñó más que todo lo que, a tan duras penas, aprendí luego. Y en cuanto uno ha pasado a través de los cercos es como haber domado un potrillo, dejándolo fácil de jinetear... le estaba contando de aquel cura viejo... seguramente él creía que yo era un injerto del diablo... como yo no sabía latín... Pero le diré, cuando me llegó el tiempo de ir al colegio y yo andaba en busca de alguien que fuera lo bastante loco como para prestarme algunos billetes, ¿a quién cree usted que encontré? A ese viejo curita católico. Se arremangó la sotana y del bolsillo del pantalón sacó una billetera grasienta. Yo no sabía que llevaban pantalones. Me imaginaba que usaban una especie de enaguillas, como los escoceses... y sacó dos billetes de cien dólares... los billetes más grandes que yo había visto hasta ese día... y dijo: «Acéptalos, hijo mío,

me los pagarás cuando puedas». Nada me dio tanto placer después como pagarle esa deuda al viejo. Como no tenía dinero en efectivo le entregué algunas acciones de la compañía petrolera en la cual yo estaba interesado... ¡La cara que puso cuando se las di! Un limón exprimido... usted sabe lo que piensan algunos sobre las acciones de las Compañías de petróleo... pero antes de morir, el curita vendió esas acciones en mil quinientos dólares... De haberme imaginado antes que las acciones iban a subir tanto, no se las hubiera dado.

Todos rieron y Tyler les sirvió otro trago. Como éste era el tercero, él comenzó a sentirse más entonado; la autobiografía de Chuck era idea suya; las cosas marchaban con Ed. Nadie mejor que él podía escribirla.

—Esa anécdota del cura es una carnada para el elector —dijo a Ed, en voz baja, mientras Chuck hizo una pausa para tomar un sorbo de whisky.

—Tan eficaz que llevó a las urnas a todo un convento de monjas —completó Chuck. Como es de suponer, la sazono un poco según el paladar de la audiencia ante la cual la cuento —explicó en tono humilde.

A Ed James le brillaban los ojos. Le dio a su copa un golpecito circular para mezclar el hielo con el whisky.

—Esto es magnífico —dijo.

—Con lo que Chuck nos cuenta podrá hacerse una autobiografía que será leída por millones —dijo Tyler, golpeando con los puños tan fuerte sobre la mesa, que las copas sonaron. Es necesario que el país entero conozca a Homer T. Crawford como lo conoce la gente de su pueblo.

Inconscientemente Tyler se había servido otra copa de whisky. Por primera vez, en todo el día, se sentía en sus casillas. La apuró de un sorbo. Era un whisky de centeno de calidad inferior, pero desde su estómago, que ardía, se extendió con dulzura por todo su cuerpo. Aparentando haber tan sólo probado la bebida, llenó los vasos, en rueda, incluyendo el suyo.

—Las que pasé para poder comer cuando entré a la Universidad; sólo de pensarlo siento hambre ahora —siguió diciendo Chuck. Primero traté de introducir los helados del viejo Rosa, pero los magnates locales de esa industria habían acaparado el mercado. Luego entré como dependiente a una ferretería, pero el inconveniente era que no tenía tiempo para estudiar y comencé a fallar en los exámenes. Ya estaba en las últimas y el decano me había inscrito en la lista negra cuando decidieron hacer un torneo de oratoria. Tema: Que la nacionalización de los ferrocarriles perjudicará los intereses del público en general. El decano tenía tan pobre idea de mí, que casi no me dejó inscribir en el concurso. Los cinco dólares necesarios para pagar mi pupillage se los pedí prestados a una muchacha que me compadecía un poco, fui a la biblioteca y me leí cuanto papel había sobre ferrocarriles, desde las primeras locomotoras en adelante... me asignaron la afirmativa... y yo me puse a recitar de memoria esos libros, esos estatutos, esas estadísticas... frente a la tarima hablé como loro... los jueces ya no aguantaban más... yo estaba demasiado asustado para dejar de hablar...

y así, señor, gané el concurso... el premio de cien dólares... cuando callé y todos me aplaudían y vivaban supe que había estado del mal lado. Desde entonces tengo el convencimiento de que los ferrocarriles deben ser nacionalizados... Después de ello poco podían hacer por el pequeño Chuck en el colegio. Me pusieron en el equipo de oratoria y me nombraron jefe de la claqué en los partidos de pelota y pertenezí a tantas confraternidades que llegué a sentirme dueño del mundo. Pero todo era caro y yo no tenía dinero para pagar el almacén y me llené de deudas; ¿qué otra cosa podía hacer? Traté de ganar unos céntimos tecleando como dactilógrafo, pero esto no dio resultado, de modo que una noche tuve que salir de la ciudad en un tren de carga. Me fui al Panhandle donde, por un tiempo, desmonté automóviles viejos en un depósito... pero sabía desde chico que esa clase de trabajo no era para mí, por eso los convencí de que me mandaran a vender utensilios de cocina a lo largo de los caminos. Lo malo era que no tenía automóvil... y como ustedes saben un vendedor tiene que tener un automóvil vistoso... además yo sólo contaba diez y nueve años de edad y no los representaba a pesar de que había estado dejándome crecer los bigotes...

Repentinamente llegó la hora de cerrar el local y el mozo se apostó junto a la mesa con la cuenta.

—Bueno, muchachos, ¿y ahora a dónde vamos, a dónde vamos al salir de aquí? —decía Chuck en sonsonete.

—No podemos separarnos, tengo que oír el resto del cuento —dijo Ed muy serio.

Tyler aseguró que conocía un lugar tranquilo y agradable.

—Este Toby, tiene una libreta de direcciones que a uno lo deja bizco —dijo Chuck guiñando un ojo.

Todos rieron a carcajadas. Al bajar las escaleras, Chuck acercó su hombro al de Tyler.

—¿Cuánto tienes? —preguntó por la comisura de los labios.

—Tengo bastante. Pensé que lo podríamos necesitar.

—Mejor me lo pasas antes de caerte redondo.

—No sé por qué, sólo he tomado tres copas.

—Vamos, Toby, yo cuidaré los billetes.

Tyler sacó un par de billetes de veinte de entre un manajo que luego entregó a Chuck sin decir palabra. Dobló cuidadosamente los billetes que había separado y los metió en su billetera. Sus pómulos comenzaban a arder. Entonces Chuck le dijo suavemente:

—De esta manera no tendrás que preocuparte por los gastos, Toby. ¿No es así?

Tyler no contestó; en lugar de ello, majestuoso y tieso, cruzó la acera y entró a un automóvil.

Se sentó encorvado sobre las rodillas en el minúsculo asiento plegadizo, mirando las anchas y vacías calles asfaltadas sin oír lo que los otros dos iban diciendo. Cuando el automóvil se detuvo, bajó de él, levantó los ojos y se puso a mirar el remolino,

zumbador y confuso, que formaban las mariposillas de luz y otros insectos en torno al globo esmerilado del farol de la calle. El remolino despertó en él recuerdos: la soledad ahogadora que sentía de niño en esas calurosas y húmedas noches de Washington, la sensación de que perdía sus fuerzas, la sensación de que sólo había vacío tras las fachadas chatas de las casas de ladrillos, bajo los árboles sudorosos; ¿a dónde ir?, ¿qué hacer? La necesidad de una mujer. Bueno, había hecho camino y no le habían faltado mujeres. Después de embarrar las cosas, ahora estaba de vuelta, trabajando para este charlatán indigno. Aquí estaba, esclavizado como un negro por este hijo de perra, ¿y qué ganaba con ello? ¡Que se atreviera a decirle cuántas copas podía tomar! No se había sentido así desde chico, cuando su padre le gritaba por escaparse a los partidos de fútbol. Ha de ser esta cochina ciudad. Lo único que se puede hacer en ella es tomar trago tras trago. No, no se emborracharía; sabía dominarse.

El automóvil se había ido y Chuck y Ed habían entrado ya al local. Llamó al timbre de la puerta lateral, situada junto a la gran ventana de vidrio esmerilado, donde decía «Restaurante Italiano». Un hombre gordo, en camiseta, abrió la puerta.

—Signor Spotswood, ¿come le va? Suos amigui están ya sentadi a la mesa... no per mucho tiempo... è ya tarde.

—Hace demasiado calor para ir a dormir —gruñó Tyler mientras seguía al hombre, por un corredor que olía a ajo y a vino agrio, rumbo al pequeño cuarto donde había una mesa cuadrada cubierta con un hule amarillo con rosas rojas.

Chuck y Ed James estaban acodados ante una botella de whisky y un sifón de soda. Nadie más había allí. Parecían entenderse a las mil maravillas.

—¿De manera que este es tu lugar agradable y tranquilo, Toby? Me recuerda los días de la prohibición —le dijo Chuck mirándolo con sonrisa amistosa.

—Como estabas engolfado en la contemplación de la naturaleza, te dejamos solo —agregó Ed con una risa que parecía un relincho.

—El lugar tranquilo huele bastante mal —contestó malhumorado Tyler.

Nada podía impedir que Chuck siguiera hablando:

—¡Dios mío, qué fácil me resultaba entonces convencer a la gente! El viejo Ben Freeman era el gerente de la ferretería, en ese entonces. Tenía fama de avaro, pero logré que me firmara la boleta de compra del automóvil. Era un Stutz rojo de carrera. Entonces nos parecía el *sumum* de la elegancia. Inmediatamente comencé mis correrías tras los votantes... —dijo Chuck y empezó a reír. Bueno, entonces eran clientes, pero viene a ser lo mismo... Y así inicié el registro, por orden alfabético, de toda familia, pobre o rica, que iba conociendo.

—Yo creía que esa idea había sido de Sue Ann —interrumpió Tyler con la copa ante los labios.

—La idea del registro fue de Sue Ann y ella desde entonces lo ha llevado para mí. Siguió un curso de investigación en las clases de verano, en la Universidad. Yo había empezado apuntando los nombres y las direcciones en papelitos sueltos. Antes de ello

trataba de recordarlos, pero luego la lista se hizo larga y no podía retenerla en la memoria... Ya iba a hablar a usted de Sue Ann... Yo recorría los caminos noche y día. En lugar de alojarme en los hoteles pedía hospedaje en las granjas para conocer a la gente y ver cómo vivía y qué necesitaba. Siempre estaba dispuesto a hachar un poco de leña o ayudar a la mujer a encender la cocina o a limpiar la lámpara o a llevar el suero de la leche a los cerdos... No había nada que yo no hiciera... Organicé concursos en las ferias de pueblo y otras fiestas... Saqué a la gente un poco de sus preocupaciones diarias... Es fácil conocer el lado bueno de la gente humilde. Todos se alegraban al verme... Pues bien, después de haber recorrido caminos durante un año, advertí que lo estaba enriqueciendo a Ben Freeman pero que ni un centavo quedaba en mis bolsillos... Y aquí aparece Sue Ann. Su padre, Mordecai Jones, era un atolondrado; a veces tenía dinero, otras andaba arruinado. Su abogado, Lamar Parsons, era el mejor abogado de la región noroeste del estado, pero no era una persona a quien pudiera confiársele un céntimo, de manera que cuando Sue Ann y yo comenzamos a entendernos en serio, el viejo Mordecai, que me quería como a un hijo, decidió que yo debería estudiar derecho y lograr que Parsons me admitiera en su bufete. Los negocios petroleros tienen mucho que ver con las leyes y se prestan a infinitas triquiñuelas, por eso el viejo Mordecai pensó que metiéndome a mí en el bufete obligaría a su apoderado a llevar las cuentas claras. Sue Ann comenzó a estudiar los pleitos conmigo... tenía buena cabeza para una muchacha tan joven... se nos ocurrió, pues, que ella también podría estudiar derecho y entre los dos evitar el tener que pagar los honorarios bárbaros que cobraba Lamar Parsons. Nos casamos y ambos ingresamos al cuerpo de abogados, luego tuvimos un hijo, y todo iba viento en popa cuando Mordecai Jones murió quemado en el incendio de uno de sus pozos de petróleo. Los acreedores cayeron sobre nosotros como cuervos... Se llevaron los arrendamientos del petróleo, llevaron a casa al viejo Jones y no nos dejaron ni para los gastos de entierro.

Tyler terminó su bebida y se puso de pie. Su voz sonaba más fuerte de lo esperado.

—Hiede, aquí... Voy a llamar a casa de Helen. Necesitamos las amenidades de la vida.

—¿En Washington? ¡Si nada de eso hay aquí! —gritó Ed.

Tyler se dirigía al teléfono buscando en su bolsillo la moneda de cinco céntimos. Luego que el teléfono hubo sonado un largo rato, contestó una voz aguda de mujer. Dijo que era demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde para Toby, Helen... Una reunión tranquila, con pocas bebidas, para nosotros tres... ¿Quiénes? Yo, El Número Uno y un periodista de primera línea... Por supuesto... Vuelva usted a llamar.

Al acercarse a la mesa se tambaleó un poco.

—Helen está ocupada, pero tiene amigas. Va a llamar. Le dije que nunca era demasiado tarde para Toby. Rió como loca. Helen es una buena chica.

—Oye, recuerda que soy casado, o por lo menos divorciado —dijo Ed.

—No se preocupe —dijo Chuck. Iremos allí a practicar moderadamente la disipación.

—Sí, hombre, hay que moverse un poco —dijo Tyler. Detesto esta cochina ciudad. Me crié en ella —dijo sirviéndose otro trago.

—Tu lugar tranquilo es demasiado tranquilo para ti, ¿verdad? A mí me gustan los lugares con orquesta —vociferó Chuck. Allá en mi pueblo, bajo del automóvil y dirijo las bandas de músicas. Hacer que la gente se divierta, eso es lo bueno. Ya bastante tiempo estaremos tiesos bajo tierra.

Cuando sonó el teléfono Chuck corrió hacia él.

—Es una dirección nueva... parece que en pleno éxito —dijo al volver. Llevaremos algunas botellas... Oye, Toby, hermanito, ¿podrías llamar un taxi?

Tyler fue a pagar la cuenta a la cocina.

—Pero, señor Crawford, todavía no me ha contado usted cómo empezó su carrera política —dijo Ed.

—Nada de «señor Crawford» aquí... llámeme Chuck... Nunca empecé una carrera política... he luchado toda mi vida contra la política. Sue Ann y yo juntamos nuestros petates y nos volvimos a casa en Texarcola. Mi padre había muerto y mi pobre madre necesitaba de alguien que cuidara de ella... y por cierto nosotros hemos cuidado de ella, todos se lo dirán... Pusimos nuestra chapa en el Edificio Simmond. Nuestro primer pleito fue contra la Compañía de Electricidad. Sin ningún derecho le habían cortado la corriente eléctrica a una pobre viuda. Yo los acusé por daños y perjuicios. Picados, se trajeron al abogado más caro de todo el Estado, y que me caiga muerto si el jurado no los condenó a pagar quinientos dólares de indemnización. Desde entonces no han permitido que ningún caso similar llegara hasta los tribunales... por lo menos no si yo intervenía en él... siempre transigieron de antemano. Bueno, llegado el tiempo de elecciones, el tipo que era candidato a comisionado del distrito territorial por el partido Demócrata fue atropellado y aplastado por un camión, yo me nombré a mí mismo, y me caiga muerto si no salí electo. Andy era un niño de pecho en esos días y yo, Sue Ann y él circulábamos el día entero en el automóvil nuevo; teníamos un Buick, e íbamos a saludar a la gente a quien yo había conocido cuando vendía quincallería por los caminos... Si era gente vieja nos llevábamos a la anciana a pasear con nosotros... Conseguimos votantes que desde hacía cincuenta años no habían visto las urnas... Fue un triunfo fácil... Pues bien, desde entonces esos votantes no me han permitido volver a la vida privada.

Afuera llovía a torrentes. Tyler se recostó contra el asiento entre los otros dos mientras el automóvil embestía por las avenidas vacías, relucientes, ahora, con los reflejos de los faroles. En un cruce, un destello brilló en la estatua, ecuestre y mojada, de un militar. Tyler se incorporó en el asiento y le hizo la venia. Todos rieron.

—Imaginen ustedes al viejo Chuck Crawford montado en un caballo de bronce en medio de la calle... ¡aunque eso tampoco es apuntar muy alto!

—Yo preferiría ser un perro vivo a un león muerto —dijo Ed James largando su carcajada relincho.

—Nada se pierde con ser un león vivo —dijo Chuck. Basta con saber tratar a la gente. Míreme usted a mí... apenas terminé mi período de comisionado del distrito ya me nombraron en la Comisión de Servicios Públicos. Un puesto lleno de tentaciones y peligros para un hombre tan joven. Pero la gente humilde confiaba en mí: ¿por qué no iba a confiar si yo era uno de entre ella? Después de cinco años, salí de allí con las manos limpias.

Tyler se puso a hablar:

—Durante ese tiempo nosotros estábamos luchando contra una de las pandillas políticas más fuertes de la región. Yo estaba en el negocio maderero con Jerry Evans... tuvimos algunos contratiempos con los contratos de gas y de petróleo en los montes de la Compañía... Así fue como nos conocimos con Chuck... Luego, cuando el negocio quebró, Chuck me dio un empleo.

—Te traté con guante blanco, ¿no, Toby?

—Por cierto, Chuck.

—Había que ver el equipo que trabajaba para mí... a no ser por El Número Uno, ninguno se hubiera librado del presidio o del asilo, ¿no es así, Toby?

Chuck bajó la mano, con fuerza, sobre la rodilla de Tyler y la apretó.

—No nos enternezcamos, Número Uno —dijo Tyler.

—¿Número Uno? —preguntó Ed.

—Así me llaman en los organismos políticos de mi pueblo. Número Uno. Ése es el jefe, ¿no. Tyler?

—Sí, señor —gritó Tyler.

El taxi se había detenido tras un automóvil limousine, frente a una casa de ladrillos coa altas ventanas. Sólo a través de la claraboya de la puerta de entrada se vislumbraba una débil luz. Las ventanas estaban a oscuras.

—La recepción no es muy brillante —dijo Chuck.

Cruzaron rápidamente bajo el chubasco el veredón mal pavimentado, con las botellas tintineándoles bajo los sobretodos. Un negro, de uniforme, les abrió la puerta con una reverencia y extendió la mano para tomar las botellas. Helen estaba esperando en el hall mal alumbrado que parecía el de una casa de huéspedes pasada de moda. Helen era una mujer de ademanes enérgicos, de nariz respingada, dientes de chivo y cabellos alheñados. Se había echado un impermeable de hombre sobre su traje de fiesta color púrpura.

—¡Qué gusto me da verlos! —dijo con voz aflautada de crónica social. Lo convencí a Henry de que me trajese en auto, para poder así presentarlos a mis amigas. Suban, no más.

Mientras Ed subía las escaleras, angostas y empinadas, cubiertas por una anticuada alfombra floreada sujeta con unas varillas de bronce que sonaban a cada paso, Chuck y Tyler estaban embobados en torno a Helen.

—Esta buena de Helen... Siempre fresca como un pimplito.

—Les aseguro, muchachos, que estoy apenadísima... Si me hubiesen llamado una hora antes hubiera podido recibir a ustedes en casa. Después fue imposible, pero aquí se divertirán mucho. Me gusta hacer algo por los amigos... Son cincuenta dólares, todo incluido.

Tyler comenzó a buscar en el bolsillo trasero de sus pantalones.

—Esta noche yo soy el habilitado del ejército —dijo Chuck adelantándose a Tyler. Toby está furioso con nosotros.

—No, furioso no, caluroso, nada más —dijo Tyler haciendo un pase al frente de las faldas de Helen.

Helen, sosegadamente, se hizo hacia atrás, blandiendo ante sí un puñado de billetes crujientes.

—Qué agradable no tener ya que pensar en la parte material del asunto, ¿verdad? —Hizo una mueca, metió los billetes en su bolso de cuero negro, bien repleto, y comenzó a subir las escaleras. Escaparé apenas haya hecho las presentaciones. Mis huéspedes me esperan.

—Veremos lo que hay allá arriba, Chuck —dijo Tyler.

Tropezó con el último peldaño y se sostuvo con las palmas de las manos contra la pared del hall superior. Husmeó. Era el viejo olor de las casas de huéspedes, el olor a repollo rancio.

Se apoyó un minuto contra la pared para reponerse. Luego caminó lentamente, colocando con cuidado un pie y luego el otro, hacia una habitación de estilo anticuado donde había una gran chimenea de mármol con un espejo de marco dorado que reflejaba una araña de gas de la cual colgaban bombillas eléctricas y racimos de cristales brillantes de luces.

—Esto parece una empresa de pompas fúnebres —dijo Chuck tapándose la boca. Toby, nos estamos topando con la vida.

Bajo el reflejo de la araña, Tyler vio su propia cara —larga y de sonrisa distante pero afable, no la cara de un borracho, sino la de un hombre reconciliado, mediante un par de tragos, con las decepciones y los desencantos de la vida—, junto a la redonda cabeza rizada de Chuck, con sus cejas bien delineadas y sus grandes y claros ojos saltones que parecían mirar a la vez en todas direcciones. Las mejillas de Chuck tenían mucho color; a no ser por su mandíbula pesada y el cuello grueso hubiera parecido un muchacho de veinte años, llevado a entretelones por primera vez.

A cada lado del espejo, sobre la chimenea, había unos ventiladores eléctricos que comenzaron a dar a Tyler la sensación de que el cuarto avanzaba como una barcaza a remolque. Avanzaba despacio, pero avanzaba. Alguien puso en el fonógrafo «Noche y Día». Solemnemente, lentamente, suavemente el cuarto comenzó a girar. Bailaba con una muchachita pelirroja que sabía todas las palabras. Le cantaba al oído. Se sintió furiosamente feliz. Su vida, que durante toda la noche le había parecido traqueteada y lerda como un tranvía que detiene y desvía automóviles en cada cruce,

disparaba ahora, de pronto, como un tren expreso. Los ventiladores zumbaban. La pelirroja canturreaba. El cuarto era la cabina de un gran avión tronante. Lo llevaba a destino. Se divertía como loco en el trayecto. Atrajo hacia sí con tanta fuerza a la pelirroja, que ésta le dijo:

—¡Ay!, nada de tarzanerías —y le pellizcó el brazo.

Luego todos se sentaron y bebieron y las muchachas se instalaron sobre las rodillas de los hombres. Las otras dos muchachas eran morenas; una de ellas era de modales serios, ojerosa y de nariz aguileña, y la tercera, que estaba colgada del cuello de Chuck, llevaba melena de paje y tenía pechos notablemente grandes. Ella cruzó el cuarto para cambiar el disco y puso «Andalucía».

—Eso es una porquería, pongamos «Noche y Día» —dijo Chuck.

Sacó a la pelirroja y comenzó a bailar sin música. Tyler se encontró bailando con la de melena de paje.

—¿No es monísima? —le dijo señalando con la mano en dirección a la pelirroja.

—Es un encanto —murmuró la muchacha.

Sus labios le cosquillearon la oreja.

—Su pelo es color natural. Eso se ve porque las cejas y las pestañas son iguales.

Luego alguien puso «Andalucía» y Chuck dijo:

—No, eso no —y volvió a poner «Noche y Día».

Tyler tenía a la pelirroja sentada sobre sus rodillas y estaba loco por ella, y trataba de que tomara un trago de whisky de la botella. Como no lo consiguió, él mismo tomó un sorbo, lo derramó por la barbilla y se lo secó con un pañuelo. Y Chuck bailaba un baile arrastrado con las dos muchachas a la vez, y allá, más lejos, Ed en una mecedora fumaba un cigarro. Las tres muchachas bailaban el *cakewalk* con Chuck, y Tyler sentado en el piso tomaba un trago más para impedir que la cabeza le diera vueltas, y Chuck hacía girar a las muchachas y el cuarto giraba y oscilaba vertiginosamente bajo esa maldita araña.

Tyler medio se incorporó y apoyó la espalda contra la pared para detener el cuarto.

—¡Ven acá, pelirroja! —gritó atrapándola por una pierna y haciéndola trastabillar y caer encima de él.

Chuck corrió hacia ella con la cara torcida en un gesto nervioso y la levantó por la cintura.

—Basta de esto. ¿Es tuya acaso? —chilló Chuck resoplando fuerte.

Luego la asentó sobre los pies.

—No le hagas caso, angelito, está borracho —le dijo al oído.

—¿Y tú quién eres, para meterte en esto? —gritó Tyler. Trató de ponerse de pie pero las rodillas se le doblaron. Te rompería la cara como a cualquier hijo de perra —dijo sacudiendo el puño, pero le fue imposible pararse.

Despatarrado contra la pared y rojo de rabia, oía la risa tronante de Chuck y en distintas partes del cuarto veía sus ojos enfurecidos y su boca abierta riéndose de él.

Los demás seguían bailando sin prestar atención.

La araña y todos esos cretinos bailando lo mareaban. Le pareció que sería mejor retirarse. Penosamente logró ponerse de pie. Apoyado siempre contra la pared salió del cuarto y fue al hall. «Han comido repollo», se dijo, sorprendido de su sabiduría. Cayó sobre una silla. Había estado ahí un rato largo cuando una muchacha comenzó a llevarlo escaleras arriba, pasando frente a una ventana abierta por la cual entrevió, a través de una zigzagueante cortina de lluvia, una leve claridad grisácea en el cielo. Arriba, la habitación estaba a oscuras. Cuando encendieron una luz se encontró girando en un cuarto de baño. Tropezó contra una puerta de la cual pendían unas batas de seda perfumadas. La puerta se abrió tan repentinamente que él cayó de bruces. Una muchacha reía nerviosa, y él, transpirando y jadeante, intentaba desesperadamente levantarse. Se agarró a ella. Tratava de desprender una especie de broche; se oyó una desgarradura en la seda.

Tyler despertó de golpe. Despertó completamente. Por la rendija, entre la cortina y el marco de la ventana, entraba un rayo de sol que cortaba el cuarto en dos. Saltó de la cama y fue en busca de su ropa. Cuando la encontró, bien doblada sobre una silla, las manos le temblaban tanto, que casi no podía ponerse los pantalones.

Lo primero que pensó fue dónde estaría Chuck. ¿Por qué lo habría dejado venir a una casa como ésta cuando se hacía tanto chantaje en la ciudad?

La cabeza se le partía de dolor. Oyó agua que goteaba. Abrió la puerta, encontró el cuarto de baño y se lavó la cara. Luego volvió para ver quién era la muchacha. Era la pelirroja. Esto lo hizo sentirse mejor. Tenía la cara abotagada, pero era joven. «Las muchachas de lo de Helen son decentes —pensó—, pero uno nunca sabe». ¡Dios mío, qué albur! Lo único que les faltaría sería el chantaje. Pero, después de todo, ¿qué fue lo que sucedió anoche?

Estaba ahí, de pie, mirando la cara abotagada de la muchachita. Dormía sobre un costado, con la nariz respingada metida en una arruga de la almohada y con el pelo rojizo cubriéndole los ojos. Pobrecilla. La sacudió por el hombro desnudo. Cuando le levantó la cabeza ella abrió los ojos con susto y fastidio. Él trató de sonreír afablemente pero sintió la cara como si se la hubiesen almidonado.

—Dime, monadita, ¿los otros se fueron a casa?

Ella casi no podía hablar del sueño que tenía.

—Sí, el viejo importante se marchó hace horas... Creo que era importante.

—Caramba, yo estaba tan borracho...

La muchacha bostezó, se dio vuelta y nuevamente se quedó dormida.

A Tyler le costó un mundo atarse los cordones de los zapatos. Cada vez que se agachaba el dolor le laceraba la cabeza. Tratava de recordar lo que había sucedido. ¿Dónde demonios habían estado? Qué cosa más imbécil dejarse llevar así por la borrachera. No podía encontrar su sombrero. Sí, tenía la billetera en el sobretodo, pero el traje estaba sucio, todavía húmedo, todavía ajado por la lluvia. En puntas de pie bajó las escaleras que crujían a cada paso que daba.

Afuera la cálida luz del sol lo golpeó como si le dieran en la frente con un palo de béisbol. El cielo entero parecía presionar el dolor que sentía en los ojos. Tardó mucho en conseguir un taxi. En el hotel, su cuarto tenía un aire sedante y cotidiano. Se afeitó lenta y meticulosamente, se dio una ducha caliente y luego una fría. Se puso ropa limpia. Luego, temblando aún se dirigió, de prisa, al departamento de los Crawford.

La puerta estaba abierta. Entró. Las persianas habían sido bajadas para atajar el sol. Ahí estaba Chuck, ante la mesa grande, tomando el desayuno en mangas de camisa, fresco, bien afeitado y mejor descansado. Sue Ann, primorosa como una margarita, en su blusa almidonada, escribía a máquina junto a él.

—Te hemos estado buscando por todas partes, Toby... Hemos tenido mucho que hacer esta mañana. Como la señorita Jacoby está enferma Sue Ann la reemplaza.

—Tyler —dijo Sue Ann, con voz tensa. El Senador Stoaat murió repentinamente esta mañana a las ocho y quince.

—Eso deja un período de ocho meses sin terminar.

—Recién telefoneé al Gobernador... va a nombrar a la señora de Stoaat para que lo sustituya.

—¡A Emma Stoaat; Dios mío! —exclamó Tyler con un silbido.

—Yo estaba pensando... ya sabes Toby que tengo alma de jugador...

—Homer va a presentar su candidatura a Senador... ¿No le parece magnífico? —gritó Sue Ann con voz chillona.

—Sólo cuando hayan pasado las elecciones primarias.

Había un rumor meditativo en la voz de Chuck.

—Después de todo tenemos algunos amigos a quienes les gustaría pasar una temporadita en el Congreso.

Tyler caminó hacia él y, por encima de la mesa, le tendió la mano.

—Bueno, Senador Crawford, mis felicitaciones... el secretario del Senador lamenta mucho haberse emborrachado, anoche, como una cuba.

CAPITULO II

*Cuando tratas de encontrar al pueblo encuentras a alguien,
tal vez a un mecánico de edad mediana que, al fondo de un garaje de cemento,
está colocando un cojinete*

*(y afuera la carretera ruge y retumba con los camiones pesados y sisea con los
automóviles que pasan cortando el aire,*

*y adentro el radioreceptor habla el día entero, acuna, tintinea, con voz de ángel
canta en el órgano, canta con dulzura, canta con alegría, disloca los «jazz», suena
como grillo, susurra y llora «blues», hace pronósticos, apostrofa, amonesta, exhorta:
entra por el oído y sale);*

*es un hombre tranquilo, vive en una casa de huéspedes en Main, no tiene hijos, su
mujer lo ha abandonado, por las noches juega al billar o asiste a las reuniones de la
logia o, tendido en su cama estrecha, lee los periódicos;*

*desmontando la caja de velocidades, ajustando la cinta de unos frenos,
esforzando la vista para elegir la llave exacta en el banco de las herramientas,
colocando las chavetas al alcance justo de su mano, apoyándose un instante, para
soñar, en la manija de la prensa hidráulica;*

*con músculos tensos, los brazos dan tres o cuatro golpes lentos y el eje trasero se
levanta gradualmente del suelo*

*(mientras tanto, de los nervios, en la sangre pulsante, saliendo de la lúcida
corteza del cerebro, irradian, fuera del tiempo, las actividades de la mente:*

*un jornalero en alguna cuadrilla de millones de manos, caminando al unísono,
usando la insignia, llevando la papeleta del sindicato, perteneciendo al partido, al
partido alejado de las masas obstinadas, perteneciendo, presionando; él es «el que
sabe cómo»),*

*trabajando solo, entre muros de cemento, manejando con dedos hábiles las
familiares y relucientes herramientas, el engrasador, la divertida intrincación de los
engranajes;*

*de doquier, afuera en la carretera, los camiones pasan trituradores hacia doquier,
los automóviles hienden el espacio; de doquier el radioreceptor desde su
polvorienta caja convierte el aire en voces, voces que arrullan, insinúan, incitan la
mente*

*a crecer nuevos zarcillos de apetitos, a sembrar series de palabras como semillas
al azar en los oídos de un hombre solo, con manos sucias de carbono y grasa,
músculos adiestrados, un banco de herramientas*

*y un par de papeletas del sindicato en el bolsillo de su chaqueta de punto: de
todos y de doquier, las voces gigantes atizan en alguien las brasas de deseos
semiextintos, las viejas necesidades rancias bajo la pesada tapa de cada día,
la ambición quizá.*

EL HOMBRE QUE

Semidormido Tyler sentía que el whisky de la noche anterior le zumbaba en las venas. Trataba de no pensar, pero el cerebro, como un reloj doloroso, le palpitaba dentro de la cabeza. Repetía y repetía el itinerario: a las ocho, Pleasant Valley; a las diez, Oddfellows Hall, en los saltos de Arrowhead; a las doce, Poplar Folk, barbacoa en el campo de deportes, partido de béisbol; tres y treinta en la feria ganadera de Harmony, remate de una mula premiada; en Eberhart a tiempo para hablar a los obreros que salen de la fábrica de envases; luego Horton, el mercado Mexicano, Plaza Sam Houston, Escuela Técnica Superior, el desfile de antorchas comienza en las calles Sabine y 12, luego el gran mitin en la ópera. ¡Gracias a Dios que mañana es domingo!

Estaba acostado de espaldas tratando de mantener los párpados cerrados. Por unos instantes había podido deslizarse bajo la superficie de la oscuridad, pero ya sus párpados, a través de los visillos bajos sobre la ventana y de las frágiles paredes de madera de la casa, sentían que el cielo se hinchaba de luz. A pesar suyo la amarga blancura violácea del horizonte se calaba en su sueño.

Con la luz comenzaron los sonidos. Primero un gallo, luego otro. A lo lejos un pájaro repetía dos notas sin cesar. Un sinsonte comenzó su gran borbotón de canto. De doquier llegaba un vago, aunque activo, gorjear y batir de alas; el susurro de una inminente conmoción. Del galpón salía un ruido de hachazos y de cascos pateando sobre tabloncillos huecos. En la cocina lavaban la vajilla. Un camión frenó en el camino, provocando los roncros chirridos de una bandada de pintadas. En alguna parte un tren de carga cambiaba de vía: una locomotora silbaba.

Por fuerte que apretara un párpado contra otro, la luz creciente se escurría entre ellos, veía perfilarse en su cerebro con mortificante agudeza los errores cometidos el día anterior, los dólares que se había gastado en bebidas, las relaciones que no supo aprovechar, los nombres que olvidó, las sandeces que dijo después de haber tomado esos tragos en el Country Club de Squaw Rock. No podía olvidar el ayer, el hoy lo obsesionaba. Con tal de que no llegara el día. Su cabeza estallaría bajo la presión de la blanca y ruidosa mañana que se iba hinchando.

Abrió los ojos. Fue un alivio ver la flecha de sol, simple y rojiza, que, entrando por un rajón del visillo, atravesaba el cuarto de lado a lado. Se incorporó.

—Dios mío, qué noche —dijo en voz alta. Bueno, me levantaré. —Haciendo eses fue hacia el destartado y viejo lavatorio, llenó una palangana con agua y sumergió la cabeza en ella. Luego se quitó la camisa y los calzoncillos y con las manos mojadas palmoteó su cuerpo flaco de arriba abajo. Al secarse sobre su cuerpo el agua le infundió frescura.

Volvió hacia la mesa de noche, buscó un cigarrillo, se lo metió en la boca e intentó encenderlo. Gastó varios fósforos antes de lograr que su mano temblorosa acertara con la punta del cigarrillo. Se sentó ahí, por unos instantes, con los ojos

cerrados, aspirando el humo hasta los pulmones. Ya podía oír la voz de Chuck que venía de afuera, mezclada con el cacareo de las aves de corral. Tyler sonrió. «Apostaría que ya está en el gallinero dando de comer a los pollos».

Se puso los pantalones de algodón y fue a levantar los visillos de la ventana. Le sorprendió la quietud que reinaba afuera. Su vista se perdía sobre el campo que, en inmensas, silenciosas franjas verde brillante y en leves declives, se extendía hasta el horizonte. Casas de granja, blancas y bajas, llevando, aquí y allá, un galpón gris a remolque, anclada, cada una de ellas, junto al esbelto y apiramidado molino de viento, diseminadas sobre los contornos de ondulación lenta y pareja, semejaban barcas de pesca en terrenal marejada.

Mientras Tyler bostezaba de pie junto a la ventana, la fuerte voz de Chuck comenzó a acercarse. En seguida apareció él, con sus botas, dando grandes trancos sobre el pasto mojado, con su aire limpio y fresco, su panamá, su camisa de seda color gamuza y sus «breeches» de gabardina. A menos de un paso detrás de él seguía Tom Molloy con el cuello rojo y pellejudo como el de un pavo, saliéndole de la camisa de tela gruesa. Más atrás venía un grupo de granjeros y de peones, todos ellos en overalls, que Tyler no había visto antes, y detrás de los hombres, tratando de mantener el equilibrio sobre sus tacos altos, avanzaba la obesa señora de Molloy con una gran papalina rosa en la cabeza. Ya todos habían pasado frente a la ventana cuando apareció Sue Ann con un gran sombrero de pastora y un vestido azul marino bien almidonado, llevando de cada mano a sus hijos más pequeños. Andy, el mayor, los seguía, vestido de «cow boy» y apuntando con su pistola automática a imaginarios pieles rojas. Sue Ann vio a Tyler y, formando con los labios lo que podría ser la palabra «desayuno», le sonrió con una de esas sonrisas rápidas que siempre lo reconfortaban. Él devolvió la sonrisa y, con la cabeza, asintió a la invitación. Apartándose de la ventana, volvió a sumergir la cabeza en la palangana. Por haber perdido su brocha y no haber logrado que las manos le dejaran de temblar le resultó una tortura afeitarse con agua fría. Para afirmarse acudió al frasco de bolsillo que, envuelto en una camiseta, llevaba en la maleta, y tomó un gran sorbo de whisky. Había tratado de prescindir de ello. El sabor del whisky le resultó atroz. Al comienzo se sintió peor, pero, poco a poco, cesó el temblor de sus manos y pudo terminar de afeitarse. Por el exterior de la casa fue corriendo hacia la cocina, secándose en el trayecto un tajo en la mejilla que no dejaba de sangrar. Iba a poner el pie sobre el primer peldaño de la escalinata de la cocina cuando un gran perro ovejero, oculto bajo los peldaños, se levantó de pronto y casi lo tumbó. Se dijo a sí mismo: «Toby, hijo mío, debes dejar la bebida».

Cuando por la puerta de persianas entró a la cocina, una ráfaga de aire caliente le fue al encuentro. Chuck, con la cara redonda, roja y húmeda como una remolacha hervida, sentado al extremo de la estrecha y larga mesa, peroraba, inclinándose ora a un lado ora a otro. Tan cubierta estaba la mesa con los platos desbordantes de huevos fritos y los panes de maíz, con las fuentes repletas de tocino, de costillitas de cerdo y

de papas fritas relucientes de grasa, que casi no se veía el hule. Los brazos velludos y las manos tendidas iban y venían entre los platos, las tazas de café y los vasos de leche. Los hombres apretujados a lo largo de los bancos tenían vueltas hacia Chuck sus caras rojizas y lo escuchaban sin dejar de masticar. También las grandes mandíbulas de Chuck seguían mascando mientras él hablaba. Sus ojos saltones, muy azules en la luz matinal, recorrían la cocina observando todos los rostros.

Tras las anchas y encorvadas espaldas que bordeaban la mesa, aplanada contra la pared, había una fila de hombres en *overalls* o con pantalones color arena metidos dentro de las botas altas, quienes, mientras esperaban su turno de sentarse a la mesa, escuchaban en silencio.

Muy al fondo estaba la cocina con sus sartenes y cacerolas humeantes y las borrosas y alargadas siluetas de la señora de Molloy y de las dos rubias fornidas que, yendo y viniendo, le prestaban ayuda. Cuando Tyler entró, los hombres sentados en el banco se apretujaron aun más para darle lugar. Al sentarse trató de que Chuck advirtiera su presencia, pero Chuck miraba en todas direcciones menos en la de él.

La voz de Chuck tronaba sobre el tintineo de las tazas, los cuchillos y los tenedores.

—... Si en casa de mis padres me hubiesen dado un desayuno como éste me hubiera creído muerto y subido al cielo. Pero esto no es nada comparado con las riquezas que los humildes de este país podrían tener... porque ellos producen esas riquezas... si se unieran y echaran a patadas del Gobierno a los banqueros, usureros y otras aves de rapiña que jamás en su vida supieron lo que es el trabajo... que, para decirlo con las palabras del Gran Comunero, crucifican a la humanidad en cruz de oro... el primer paso a darse para que esos intereses aflojen la garra estranguladora con que oprimen al país, es sacar de todo puesto público a sus agentes y a sus verdugos, Al primero que echaremos fuera de la artesa pública será al señor Fatty Galbraith...

Una carcajada recorrió la habitación; la gente se tornaba toda oídos.

—... uno de los instrumentos más torpes e idiotas que jamás se haya puesto a servicio de banquero alguno y que ha tenido la audacia de presentarse como candidato a senador por el partido Demócrata, pese a lo que de él sabe todo hombre, mujer o niño de este país. Lo hemos visto alimentarse y engordar, como la langosta, con los frutos de esta tierra...

Chuck hizo una pausa para que la risa comenzada a un extremo de la mesa pudiese recorrerla por entero.

—... y ahora nos pide que lo enviemos a Washington a vender lo restante a los grandes intereses del Este. Pues bien, nosotros le diremos: «No, señor Fatty Galbraith, no le conviene arruinar su salud corriendo una carrera perdida de antemano. Se quedará sin aliento y eso no es bueno. Vuelva a su hermosa oficina refrigerada y siga representando a sus adinerados clientes ante los tribunales, pero no en el Senado de los Estados Unidos... Esta vez será el pueblo quien mandará su

representante».

Chuck se limpió los labios con la servilleta y se paró entre los gritos de «¡Muy bien, Chuck... Eso es!».

Chuck se abrió camino por el espacio estrecho que corría entre los hombres de pie a lo largo de la pared y las anchas y encorvadas espaldas de los que comían a lo largo de la mesa. Iba riendo, cambiando chistes, palmeando espaldas sudadas y apretando nuca, brazos y manos. Cuando llegó junto a Tyler, quien con gran dificultad estaba tratando de tragar unos sorbos de café caliente, lo tomó por el cuello de la chaqueta y lo arrastró, a través de la puerta de persianas, hacia la escalinata sombreada por la viña, y por la comisura de los labios escupió rápidamente estas palabras: —Espérame en la salita de la señora de Molloy... tengo mucho que hacer... ante todo telefonar.

Luego, de nuevo sonriente, se volvió hacia la cocina y gritó por la puerta:

—Bueno, muchachos, nos veremos en las elecciones primarias... Si Fatty Galbraith tiene tantos deseos de ir a Washington tendrá que pagarse su pasaje... pues no serán los de aquí quienes se lo pagarán.

Bajó los escalones y, doblando la esquina de la casa, desapareció.

Por unos instantes Tyler permaneció en la escalinata, a la sombra de la viña, y encendió un cigarrillo con manos tembleques. Luego se agachó a rascar la cabeza del perro que habiéndosele acercado se frotaba contra sus piernas. A fin de cobrar ánimo para el trabajo que tenía por delante, echó la cabeza hacia atrás y lentamente siguió a Chuck bajo un sol lacerante.

Hacía fresco en la salita de persianas cerradas y con muebles enfundados de blanco. Tendido de largo a largo sobre el sofá, Chuck le decía a un muchacho pelirrojo y de cara cuadrada, encargado del camión de la música, qué discos debía tocar.

—Muy bien, muy bien, lárgate ahora de aquí. Tienes que precedernos a media milla de distancia hasta que llegemos a la ciudad, entonces te unes al desfile... Hazles saber que alguien está por llegar y cuídate de no perderte.

—Entendido, Chuck.

En cuanto se hubo ido, Chuck dejó caer la cabeza sobre el almohadón.

—Steve Baskette le ha sacado el cuerpo al mitin de esta noche so pretexto de que está demasiado ocupado para ir a Horton. ¿Qué diablos le pasará? —dijo en tono bajo y malhumorado.

—Bueno, como Gobernador del Estado... —comenzó a decir Tyler vacilante.

—¡Qué Gobernador ni qué cuerno!... se está preparando para apoyar a Galbraith.

—No puede ver a Galbraith ni pintado.

—Puede ser, pero para los demás lo pintará color de rosa... Dime, Toby, ¿Jerry Evans haría algo por ti?

—No sé... Jerry y yo hemos sido muy amigos.

—Steve le debe muchos favores a Jerry... sin él no estaría donde está.

—Pero Jerry no da puntada sin nudo, Chuck.

—Ya sé, ya sé que desconfía de los políticos. Pero no se trata de política, se trata de la salvación del país... Y aunque desconfiase de mí, no desconfiará de ti... Llámalo... Aún lo encontrarás en su casa.

—Jerry no es amable pero es honrado.

—Lo sé, lo sé, todos son honrados. Bruto era un hombre honrado; sin embargo le encajó a su patrón una cuchillada entre las costillas... Si no consigo que Steve Baskette me apoye, será mejor que ahora mismo me vuelva a casa.

Con su paso saltarán Sue Ann entró a la habitación seguida por tres niños retozones.

—¿Sabes, Homer, que llamé a casa del Gobernador y logré que su señora se levantara de la cama? La entusiasmé contándole de toda la gente interesante que irá esta noche a la comida. Le nombré a la señora de Gibbs Cunningham y a la señorita de Everitt y le conté de los agasajos, de las flores, de todo... La pobre casi se echó a llorar pensando que, debido al trabajo de Steve, quizá no podría ir.

—Tiene que ir... ¡Fuera de aquí, demonios!... —gritó a los tres niños que habían comenzado a trepar sobre él. Su papá está muy ocupado... Toby, hazte cargo de estos potros y llévalos a pastar. Sue Ann y yo tenemos que hablar.

Tyler tomó las tres manitas en una de las suyas y riendo y chanceando los arrastró hacia el espacioso vestíbulo. Luego de dejarlos jugando en el umbroso espacio verde que había detrás de la casa, fue al teléfono, ceñudo.

Pidió el número y estuvo ahí parado, primero sobre un pie, luego sobre el otro, mientras los campesinos que habían acudido a ver a Chuck cruzaban el vestíbulo atentos y a la deriva. Afuera, el camión de la banda marchaba entre colinas tocando una melodía vieja y sentimental. Chuck salió rápidamente de la salita con cara de pocos amigos.

—Toby —gritó—, tan pronto hayas telefonado te pones en marcha. El coche de Sue Ann te esperará. En Oddfellows Hall quiero que todos suban a la tribuna conmigo.

La voz de una muchacha negra le había contestado ya.

—Hola... quiero hablar con el señor Jerry Evans... ¿Qué tal?... Habla Toby... Tyler Spotswood... Sí, señor, ¿y tú? Yo estoy en plena campaña con el futuro Senador de los Estados Unidos... una campaña como habrá pocas, eh... Claro... Ya lo sé... Pero chico, tú sabes lo que son estas jiras políticas... ¿Acaso no fue utilísimo en la Comisión Municipal? Lo único que lo mueve es defender los intereses públicos... No te quepa la menor duda. ¿Por qué no vienes a reunirte con nosotros en Poplar Forks? Chuck hablará en una barbacoa que habrá en el campo de deportes... En cuanto a Steve... tendremos que darnos prisa... De cualquier manera te divertirás... Parecemos un circo ambulante. Con banda y todo... Por lo visto Steve ya ha decidido, pero tú sabes cuánto pesa tu opinión en sus resoluciones... Todavía no son las ocho. Si tú conduces estarás allá antes de mediodía... ¿Volando? Mejor aun. Volando no pondrás más de hora y media... Te divertirás muchísimo... Chuck está

haciendo los mejores discursos de su carrera y te agradecerá oír a la orquesta regional tocar «Todo hombre Millonario». Bueno, cuento contigo. Tendremos que darnos prisa. El gran mitin de esta noche es en la Gran ópera de Horton... Hasta luego.

Cuando colgó el receptor la transpiración le chorreaba por la cara y el corazón le latía con fuerza. Fue al dormitorio a buscar su sombrero panamá y, por la puerta de entrada, salió corriendo de la casa. Sue Ann, sentada cómodamente en el Zephyr color crema, cambiaba recetas de cocina con la señora de Molloy, quien hablaba hacia dentro del automóvil, exclamando y jipando mientras se atajaba el sol de la cara con una pantalla de palma. La galería del frente de la casa estaba llena de hombres y de mujeres que observaban todo en silencio.

En el automóvil atestado de maletas los niños de Crawford trepaban por donde se podía trepar, de manera que Tyler se deslizó hacia el asiento delantero y se sentó junto a Sam, el viejo conductor, dándole los buenos días. Sue Ann dijo que atrás había lugar, a lo cual Tyler respondió que adelante estaría más fresco. El auto comenzó a arrancar lenta y suavemente de frente a la baja casa blanca. Las mujeres se despidieron chillando. Los hombres se quitaron los sombreros. Traqueteando, el automóvil bajó por el camino polvoriento que serpenteaba entre las altas hileras de espigas de maíz, contorneó las colinas y rechinó al pasar sobre un guarda-ganado, en dirección a la lisa carretera. Lo primero que Sue Ann preguntó con vocecita tensa fue qué le había contestado el señor Evans.

—Nada en concreto... Tal vez acceda a dejarse ver... vendrá a Poplar Forks en su avión particular...

Tyler se había vuelto en el asiento para poder ver a Sue Ann.

—Ese hombre ha de estar apilando dinero a rodos —dijo. Sólo sus yacimientos petrolíferos le rinden neto cien mil anuales... Llegará a ser un potentado.

—¿Y qué le exigirá a Homer? —preguntó Sue Ann. —Usted sabe, Toby, que hay cosas a las cuales Homer no puede acceder.

—Quizá algún otro pueda... Tantos de estos muchachos le deben todo a Homer... —dijo Tyler apretando los labios.

—Por supuesto —dijo Sue Ann bajando la voz.

Durante unos segundos Tyler vio una mirada de pánico en sus rasgados ojos grises. Luego, juntando las cejas, le sonrió con su mohín de colegiala.

—Cualquiera de ustedes puede convencerlo a Evans —dijo. Recuerde aquel banquero de Little Rock que después de oír a Homer su discurso sobre «Todo Hombre Millonario» quería donar su fortuna entera.

—Tendremos que convencerlo —dijo Tyler.

Volvió a acomodarse en su asiento y se puso a mirar por la ventanilla el deslumbrante amarillo pálido de un maizal que subía contra el horizonte luminoso. Más allá del maizal, las colinas se suavizaban de nuevo en llanos trigales, mientras el automóvil iba tomando velocidad por una carretera recta, entre postes de telégrafo y alambrados. Sobre sus cabezas las nubes de algodón blanco se extendían en hileras

iguales con parches azul acero entre ellas.

También la mañana aceleraba su ritmo. El sol estaba ya alto cuando, al extremo de la recta carretera, a través del espejismo, asomó, sobre un monte verde pálido, el brillo del depósito de agua de Pleasant Valley. A la izquierda del camino divisaron un par de pequeñas posadas y un corral, luego una serie de carteleras polvorientas que anunciaban el Pan Integral, el garage de Perry, la Mansión Álamo, el gran restaurante Maryflower, la posada del Viejo Stockman y, más adelante, flotando en el horizonte entre copas de árboles, los techos bajos, blancos, rojos y aluminio de las casas.

En las afueras de la ciudad, junto a una casita de madera semieclipsada por un enorme tambo de cinc y por un silo que brillaba al sol, en medio de una ristra de otros vehículos, estaban estacionados el coche blanco de Chuck y el camión de la música. Tyler miró el reloj y apretó la mandíbula. El tiempo volaba. Ya eran las nueve menos cuarto.

—Estamos ya fuera de horario. Mejor que usted se haga cargo de todo, Tyler —dijo Sue Ann inclinándose hacia él.

—Sí, leeré la orden de sedición.

Antes de que el automóvil se detuviera, Tyler había saltado de él y, a grandes trancos, se dirigía hacia el grupo de hombres, reunidos codo a codo, en torno a Chuck. Saludando a un par de conocidos, Tyler se abrió paso hasta el centro del montón. Ahí, en medio de un círculo de caras sonrientes, Chuck, con las piernas en ángulo y apretando los labios, escuchaba con la mayor gravedad a un viejo de traje negro, raído por el tiempo y de rostro arrugado y oscuro como una nuez.

Parecía haber estado hablando desde rato. En sus morenas manos nudosas, de uñas melladas y sucias, sostenía un palito largo, fino y pelado, cuyo extremo subía y bajaba.

—Todos ustedes deberían interesarse en el ejercicio de esta hechicería. Desde los diez años de edad he sabido encontrar agua —decía el viejo con los ojos fijos en la cara de Chuck. Ahora, si ustedes quieren que todo hombre sea millonario tienen que aprender el arte de hacer que la tierra dé sus tesoros. Mi padre era el séptimo hijo de un séptimo hijo y él me enseñó esta hechicería.

Cada vez que el viejo le quitaba los ojos de encima, Chuck, siempre guardando su seriedad, lanzaba una rápida mirada a los hombres que estaban detrás.

—Desde los tiempos de Salomón hay tesoros en la tierra, si se sabe cómo encontrarlos mediante una varita de avellano.

—¿Entonces por qué no te has hecho rico, padrecito? —preguntó, con voz sibilante, un hombre bajo y rechoncho que vestía una camiseta cubierta por un *overall*.

El viejo lo miró directamente en los ojos, irguió sus espaldas encorvadas, cambió de un carrillo a otro la mascada de tabaco y contestó con aplomo:

—¿Cómo sabes que no lo soy?

—Lo que sabemos, hermanos —gritó Chuck—, es que todo hombre que ha

dedicado su vida al trabajo debería tener algo de lo cual estar orgulloso.

El viejo arrugó la cara y escupió un largo chorro de jugo de tabaco que cayó entre sus zapatos polvorientos.

—Yo no he trabajado en mi perra vida —dijo con sencillez. ¿Para qué iba a trabajar como un negro el hombre que puede hacer mover la varita de avellano?

Hubo una carcajada general.

—¿Acaso no dice la Biblia —prosiguió diciendo Chuck, rojo de fastidio—, tal como siembres cosecharás? El secreto que quiero meter en la cabeza de mis compatriotas es que si todo hombre que siembra en un campo, en un almacén, en un negocio, consiguiese que le devolvieran el valor total de su producción, todos podríamos vivir como millonarios. Es decir, vivir mejor de lo que vivió Salomón en toda su gloria.

—¿Quién tiene una moneda de oro? —preguntó, el viejo con voz perentoria.

Tyler sacó el reloj del bolsillo y lo puso bajo las narices de Chuck para que viese la hora. Con una mano tendida, como el que camina en cuerda floja, el viejo sostuvo la varita sobre el reloj. La punta subía y bajaba, como la extremidad de una caña de pesca cuando el pique es chico. El reloj brillaba al sol.

—¡Ganaste, viejo! ¡Toma el reloj! —gritó Chuck.

—No, el reloj es mío. Era de mi abuelo —dijo Tyler guardandoselo rápidamente en el bolsillo.

Estaba pensando en la manera de disolver el grupo, cuando divisó a un hombre alto y narigón, vestido en traje de montar, que se acercaba a ellos viniendo de un automóvil de carrera, modelo europeo, que en un remolino de polvo acababa de detenerse al costado de la carretera. Tiró de la manga de Chuck.

—Allí llega Norman Stauch.

—Toby, no has saludado a Frank Goodday —dijo Chuck.

Señalaba con la mano a un hombre obeso, de piernas cortas, Con traje de alpaca gris, a quien llevaba a remolque mientras se abría paso entre la muchedumbre.

—Gracias, amigos —gritó por encima del hombro, al alejarse. No dejen de ir a las elecciones primarias a votar por Homer T. Crawford.

Tyler había ido corriendo al encuentro de Stauch.

—¡Norm, cuánto has madrugado!... siempre tan ágil...

Le tomó la mano y le apretó el brazo. Norman Stauch tenía cara y nariz largas, orejas grandes y una manzana de Adán muy puntiaguda que, cuando hablaba, le subía y bajaba. Tartamudeaba un poco.

—Creí que era mejor que su... supieras que estoy a... arreglando lo del pagaré.

—¿Cinco mil? —preguntó Tyler entornando los ojos sin sonreír. ¿Puedo cobrarlos hoy?

Stauch asintió con la cabeza.

—¿Cómo está El Número Uno? —preguntó.

—Como nunca, Norman, como nunca —dijo Chuck, que acababa de oírlo.

Señores, el señor Goodday nos invita a visitar su establecimiento lechero modelo que le ha costado cien mil dólares.

Los labios de Tyler habían comenzado a formar las palabras «No hay tiempo», cuando una mirada de Chuck lo detuvo. Él y Stauch se pusieron en fila y obedientemente siguieron a Chuck mientras éste inspeccionaba, sin pedir detalles, los immaculados pesebres de cemento, las ordeñadoras metálicas y las hileras de aromáticas vacas Jersey de grandes y limpias ubres y de ojos con pestañas largas como las damas hindúes.

Cuando llegaron a las batidoras y desnatadoras de manteca, Tyler creyó necesario poner punto final.

—Su instalación es magnífica señor Goodday, pero tengo que llevarme a este hombre —dijo sacando el reloj para reforzar su argumento. En la ciudad y en el Estado entero hay gente que, de pie al sol, espera su palabra.

Sordo como una tapia, Frank Goodday asentía sonriente.

Varios jóvenes de aire aseado que vestían unos *overalls* blancos en cuyas espaldas decía, con letras azules, «Lecherías Goodday», rodeaban a Chuck, quien, después de haber observado todo boquiabierto y con ojos de asombro como un niño en el circo, levantó la voz para que lo oyeran:

—Como ven mantenemos a nuestras vacas mejor que el Rey Salomón a sus concubinas... y si pienso en el establo donde, en las mañanas heladas, yo me sentaba a ordeñar la única vaca que teníamos en casa, compruebo que el progreso realizado es enorme.

—Gracias, señor, no sabe usted cuánto le agradezco su visita... y mi señora se sentiría muy honrada si usted se quedara a almorzar con nosotros —dijo Goodday.

Chuck le apretó la mano mientras señalaba hacia el automóvil.

—¡Frank!... —gritó—, ¿por qué no van a Horton esta noche? Tocaré unos puntos que pueden interesarle a los que se ocupan de las industrias lecheras... Porque Fatty Galbraith, aunque parece una vaca, nada entiende de ellas.

—Ese hijo de perra —dijo Frank Goodday captando el final de la frase— tiene pendiente en contra de mí una sentencia por cinco mil dólares. Aquí votaríamos antes por un Republicano que por él.

—Mi viejo era Republicano —chilló Chuck metiéndole el codo entre las costillas a Tyler.

En seguida, con su trote corto, emprendió súbitamente por la callejuela la retirada en dirección al automóvil. Tyler, siguiendo a los demás, gritó fuera de aliento, con todo lo que le daba la voz:

—¡Le reservamos un asiento en la tribuna, señor Goodday!

En cuanto salieron a la luz del sol, fuera de la sombra de la avenida de álamos que arrancaba del tambo, el muchacho del camión de la música puso el disco «Todo Hombre Millonario». Los pasos adquirieron el ritmo de la pegajosa tonada.

—¿Es ésta la canción de la campaña? —preguntó Stauch, y Tyler respondió que

la señora de Crawford había escrito las palabras y Chuck la música. Éste, mientras caminaba, iba canturreando:

*... «Y en la tierra todo granjero
Tendr'algo más qu'el simple puchero.
Así el obrero en su tarea
Y el soldado y sea quien sea».*

Norman Stauch se detuvo a escuchar. Sus labios temblaban luchando con algo que quería decir.

—¡Caray... caray con la cancioncita esa! —dijo, cargando la frase.

Chuck los esperaba junto al automóvil blanco de cuatro puertas.

—Toby, es mejor que tú y Norm se sienten conmigo —dijo, y a los dos jóvenes del asiento delantero les gritó—: Éste es Norman Stauch, el jugador más empedernido que hay en el Oeste del río Mississippi... Norm, éste es Herb Jessup.

—Nos hemos conocido antes —dijo, tendiendo hacia el interior del coche su mano regordeta un hombre joven, de voz lenta y ademanes suaves, cuya incipiente papada salía de un cuello palomita.

—Y el que conduce es Jackie Hastings —continuó Chuck—, de quien no podemos prescindir, pues se ocupa de mis gorilas.

Hastings, un muchachito rechoncho, silencioso, de nariz respingada y pelo rojizo cortado en cepillo, saludó por sobre el hombro, diciendo con voz frágil y carrasposa:

—Presente.

—El señor Stauch es también uno de los jugadores más afortunados... —agregó Herb Jessup con tono untuoso.

—Y bien, Toby, ¿qué dice el informe de la Comisión de Finanzas? —preguntó Chuck cuando salían de la fila, siguiendo al camión de la música, que doblaba una curva para entrar en la ciudad.

—Norm nos dirá algo al respecto —dijo Tyler.

—Siempre creí que tenías el sentido de la responsabilidad pública, Norm.

—Galbraith, según dicen, está podrido en plata. Compra votos a montones —dijo Stauch mirándose la punta de la nariz.

—Pero no se meterá conmigo. Es demasiado vivo. Ninguno de ellos tiene ganas de tener que vérselas conmigo en los tribunales —dijo Chuck.

La carretera doblaba, entrando a la población entre dos hileras de casuchas bajas de madera, de cuya anterior pintura blanca sólo quedaban escamas, con pórticos combados, ventanas sin cortinas y parches de pasto quemado ante ellas. Junto a las vías del ferrocarril, la carretera de cemento doblaba nuevamente, pasando ante los galpones amarillentos de un depósito de carbón, frente a un pequeño elevador de granos y una estación de pasajeros de ladrillos anaranjados comidos por el polvo. Luego contorneaba la esquina del edificio de madera de una fábrica, para penetrar en el sector comercial. La calle, corta, con sus hoteles manchados de moscas y sus

sórdidas casas de hospedaje, abocaba a una plaza rodeada de ferreterías y almacenes chatos. A la sombra de los pórticos de chapa de cinc acanalada que cubrían el frente de los escaparates de las tiendas, los hombres, silenciosos, vistiendo ropa de trabajo, apoyados contra las paredes y los pilares, miraban fijamente hacia adelante. Otros estaban como tendidos sobre los bancos que rodeaban el pabellón de la banda, situado en medio de la plaza. Cuando el camión de la música, dando lentamente varias vueltas alrededor de la plaza, trompeteó su tonada, muchos ciudadanos en mangas de camisa salieron de las tiendas y de las fondas. Sobre el mismo pabellón de la banda, dos negritos descalzos y en *overalls* andrajosos clavaban con tachuelas un trapo rojo donde decía: *Todo hombre, millonario. Homer T. Crawford, candidato a senador de los Estados Unidos.*

Cuando el Lincoln se detuvo junto a la acera, Chuck saltó al encuentro de los miembros del comité local, quienes, escupiendo, bostezando y levantándose los pantalones, salían, como desarrugándose, de sus automóviles estacionados en fila.

—¿Dónde está la banda regional? —fue lo primero que dijo.

—Los músicos tuvieron que ir a otra fiesta. Telefonearon diciendo que se encontrarán con usted en Springs.

—¿Y dónde cuerno está la demás gente? —dijo Chuck chasqueando la lengua contra los dientes. ¿Es esto lo único que son capaces de conseguir para tener en Washington a alguien que verdaderamente se interese por ustedes? Este pueblo necesita que el Gobierno le dé dinero.

Un hombre obeso, en traje de seda cruda, con la cara color tomate, llegaba secándose el sudor con un pañuelo.

—Esta ciudad es más animada de lo que usted cree, señor Crawford —dijo. Y es lo suficientemente vieja como para saber por quién votar.

—Alto ahí, señor Fredericks —dijo Chuck en tono conciliatorio. Nadie necesita decirme que este pequeño pueblo es una gran ciudad, basta con verlo, pero permítame que le diga lo siguiente: no me hará un favor si me elige senador... Es decir, tendré que trabajar el doble y ganar menos de la mitad de lo que gano ahora... Lo único que ustedes deben considerar es si ese petulante abogado de las grandes empresas podrá ayudarlos mucho. Él sí conoce algo «animado» de este pueblo: el ferrocarril que lo atraviesa. Conozco estas cosas. He vivido toda mi vida en pueblos como éste y sé que los pequeños pueblos americanos serán dueños del futuro el día en que su capacidad productiva funcione sin trabas... Toby, por amor de Dios, dile al tipo del camión que deje de tocar. Mándalo a tomar un trago. Ya lo alcanzaremos.

Tyler sentía que la transpiración le corría por la espalda, mientras disparaba a detener el camión de la música. Una voz insidiosa le decía en sus adentros: «Si continúa tratándome como a un mandadero, lo plantaré ahí nomás».

Chuck había trepado al pabellón de la banda, y con la cabeza inclinada hacia un lado miraba la cara de los hombres dispersos por los canteros amarillentos y pisoteados. En cuanto el camión de la música dejó de tocar, él comenzó su arenga:

—Señores —dijo con voz grave y canturreante—, yo no les pido que me elijan senador. Saben que soy un pequeño comerciante de un pequeño pueblo y que tengo cierto barniz en leyes. En verdad, no sé mucho, pero sé no meter las manos en los bolsillos ajenos. Además, les confieso sinceramente que no soy lo suficientemente rico para poder vivir en Washington D. C. como es debido. Ocupar una posición como ésa me llevará posiblemente a la ruina..., pero ustedes deben pensar en sus propios intereses y votar contra Fatty Galbraith. Durante treinta años ese hombre ha estado chupándole la sangre a la gente de este Estado y ayudando a los banqueros, usureros y prestamistas en su criminal usura, en sus juicios hipotecarios, en sus exorbitantes impuestos. Ayudando a aquellos a quienes Nuestro Señor Jesucristo echó del templo con sus propias manos. Ayudándolos a enriquecerse con los bienes de este mundo, aunque perdiendo las verdaderas riquezas de las que habla la Biblia, que provienen del trabajo honrado, del sudor, de la jornada bien cumplida. Si yo fuese el mejor amigo del señor Galbraith —y conste que no lo soy, ni de nadie como él—, estaría aquí, en esta tribuna, rogándoles que, por su propio bien, votasen contra él. Ustedes saben que el corazón del hombre no resiste al exceso de grasa. Allá en Washington, Fatty Galbraith tendrá más oportunidades de engordar que las que tiene aquí, donde la gente honesta no le pierde pista. Si lo mandan a Washington, engordará tanto, hociqueando en la gaveta pública, que su salud se quebrantará... No me asombraría que le costase la vida, y aunque sé que ustedes estiman mucho al señor Fatty Galbraith y a los impuestos que les hace pagar, ¿no le desean tanto mal, verdad?

Los rostros impávidos se distendieron en risa. Los gritos y los vivas subieron como gallardetes. Con voz alta y aplomada, Chuck continuó hablando.

—¡Qué bien ha e... e... estado! —cuchicheó Norman Stauch al oído de Tyler, riendo con risita triste. ¡Caray de caray, qué bien! Toby, si lo que te tiene preocupado es la transmisión radial, yo...

—Me imaginé que tú te ocuparías de ella, Norm; pero no me atrevía a preguntártelo... —contestó Tyler, también en voz baja.

—Si piensas en el montón de dinero, contante y sonante, que he tirado a las patas de los caballos de carrera, ¿por qué no te atreves a pedirme que compre a un politiquillo?... Toby, tu protegido promete.

—Recuerda que Chuck no es de éstos. Ha dejado sus buenos negocios para dedicarse al bien público.

—Sí, felicitas al caballo de carrera por haber abandonado el arado —dijo Stauch sin que se le moviera un músculo de la cara.

Antes de que transcurrieran cinco minutos estaban de nuevo en el automóvil, recorriendo otra carretera recta, entre largas hileras de algodoneiros, limpios después de la cosecha, cuyas pálidas hojas en forma de mano se extendían sin fin sobre la tierra negra como la hulla, hasta que las filas se perdían en la bruma plateada del horizonte. Llevaban una hora de atraso.

—Si el salón se llena, hará mucho calor —repetía Tyler sin cesar.

Chuck, mudo en su rincón, apretaba las mandíbulas con los labios en trompa.

Cuando por fin divisaron, como un puntito, otro depósito de agua brillando a lo lejos sobre la reverberación de la llanura, Chuck se inclinó por delante de Norman Stauch y le dijo a Tyler con la voz cortante que ponía cuando daba órdenes:

—Quiero que esta vez Sue Ann y los niños se sienten en la tribuna... Si no, ¿para qué han venido?

El tono le puso a Tyler los nervios de punta, pero en cuanto el automóvil se detuvo ante los falsos arcos góticos del edificio de la logia, en la calle principal de Arrowhead Springs, bajó de un salto y abrió de golpe la portezuela del coche que acababa de detenerse detrás de ellos.

—¿A qué viene esa caballerosidad? —preguntó Sue Ann con ojos de asombro.

—El Número Uno quiere exhibir en la tribuna al grupo familiar —contestó Tyler agriamente.

La risa de Sue Ann sonó como cascabel, pero en falso, a los oídos de Tyler.

En la entrada polvorienta, un hombre viscoso y débil, de camisa azul y con un viejísimo sombrero de paja echado sobre la nuca, sucio con el polvo y los sudores de muchas temporadas, le explicaba algo a Chuck. Cuando Sue Ann pasó ante él, se quitó el sombrero, descubriendo una calva pálida con algunos mechones tiesos pegados a ella.

—No, no, Senador, sucedió así. Al ver que ustedes no llegaban y que ya eran las diez, le dije a la gente que se retirara, que el Senador se había demorado y que mejor sería que fueran a Poplar Fork, donde, por lo menos, podrían presenciar un partido de béisbol... Para decir la verdad, vinieron bien pocos... hecho que me sorprendió especialmente, ya que la noche anterior había soñado... había soñado... Ha de haber sido porque el Senador no se me despintaba de la cabeza, ya que mi barbería ha sido, por decirlo así, el centro del movimiento «Todo hombre, millonario». La otra barbería pertenece a un polaco que ni hablar inglés sabe y que apoya a Galbraith... Usted no puede imaginarse cuántos volantes y circulares hemos repartido... Pero le estaba contando mi sueño, Bueno, anoche, en cama, soñé que el Senador había salido electo, pero no en las elecciones primarias, sino en el enorme salón de la Convención, y se lo conté a mi mujer, y ella me dijo que yo había estado soñando nada menos que con las elecciones presidenciales.

Los labios fruncidos de Chuck se estiraron en una sonrisa.

—Espero que no se lo habrá contado antes del desayuno —dijo Herb Jessup con voz cantante.

Todos rieron.

—Bueno, señores —dijo el barbero levantando la voz—, siento tener que desengañarlos, pero el sábado no es el día más apropiado para un mitin. En estos últimos años, la gente, con toda razón, ha estado yendo a Poplar Forks a hacer sus compras y otras cosas. Algunos hasta se hacen afeitar allá. Pero mientras tanto, si

alguno de ustedes se digna molestarse yendo a mi negocio, tendré el honor de ofrecerles gratuita y amablemente todos los servicios barberiles que puedan ustedes necesitar, y que están a la orden del día: corte de pelo, afeitada, lavado de cabeza... En fin, lo que los señores deseen.

—Señor Waldensperger —contestó Chuck—, veo que no tenemos por qué preocuparnos en lo que a este distrito concierne.

—Gracias, señor; gracias, senador Crawford... Senador, me encantaría mostrarle lo que puedo hacer. Un ligero recorte, o quizá una toalla caliente que le quitaría el cansancio.

Chuck sacudió la cabeza sonriendo, apretó calurosamente la mano del señor Waldensperger y se metió de nuevo en el automóvil. Mientras tanto, Sue Ann, desde la entrada oscura, había estado llamando a Tyler con señas misteriosas.

—Ayúdeme usted a buscar el *toilet* de señoras —le dijo cuando se acercó. Los niños no aguantan más.

Tyler dijo algo al oído del señor Waldensperger. Él asintió vigorosamente con la cabeza, y todos se pusieron en marcha por un corredor que olía a polvo y a cucarachas.

Al volver, encontraron a Herb Jessup apoyado contra la puerta de entrada, con un cigarrillo colgando entre sus labios flácidos.

—El Número Uno ya se fue —dijo. Nos recomendó a nosotros y a la señora que le diéramos fuerte al acelerador. Una ciudad muy animada, ¿no, señora? —agregó mientras ayudaba a Sue Ann a subir al automóvil.

—Nadie diría —dijo Tyler— que en las elecciones pasadas este distrito dio al Partido Demócrata cuatro mil cuatrocientos cincuenta y siete votos.

—Y con la ayuda de Dios se los dará de nuevo —dijo rápidamente, desde la acera, el señor Waldensperger. Y todos para el senador Crawford —y quitándose con gesto pomposo el anticuado pajizo, agregó—: ¡Que tengan ustedes muy feliz viaje, senadora Crawford!

Cuando el automóvil arrancó, Sue Ann silbó bajito; luego dijo, con su risita habitual:

—¿Estamos locos, o lo están los demás?

Herb Jessup se volvió en el asiento delantero, para conversar.

—Le diré, señora, que quien nos está haciendo un gran servicio es Clyde Galbraith.

Tyler no dijo nada. Sentado con dos de los niños retorciéndose sobre sus rodillas, miraba con amargura las hileras de chozas sin pintar del barrio negro, que, a medida que se alejaban del centro de la ciudad, eran más pequeñas y más miserables. El camino entró al cauce pedregoso de un río, siguió bajo un escarpado a orillas de una serie de lagunas cubiertas de lama verde, luego cruzó un puente nuevo de cemento blanco y comenzó a serpentear por las cortadas arcillosas hacia un bosque verde de altos pinos y gomeros. Tras los montes había una región de pequeñas colinas

plantadas de durazneros. Ahí, el camino retomaba la línea recta, cruzando entre vastos potreros alambrados, donde pastaban hasta perderse de vista rebaños de ovejas cara blanca. Muy a lo lejos, en la pequeña cinta blanca de la carretera, divisaron el camión de la música seguido por una fila de otros automóviles.

—Alcancémoslos, Sam —dijo Tyler golpeando nerviosamente con el pie.

—Señor Toby, no me gusta correr tanto cuando los niños están en el coche.

—Vamos, dese prisa, Sam —chilló Sue Ann. Estamos andando a paso de tortuga.

—Muy bien, haré lo que la señora ordene —dijo el conductor.

—Estamos ya muy atrasados —agregó Tyler, desabrido. Perdimos ya bastante tiempo esta mañana.

—Dígame, Toby, ¿quién es su amigo Norman Stauch?

—Es un jugador nato, Sue Ann. Apuesta a todas las carreras posibles, sean de caballos, galgos o caracoles... Lo conocí cuando fui de caza con Jerry Evans... Cazábamos perdices a la orilla de un bosque que Jerry había comprado para explotar la madera. Stauch, apenas le echó un vistazo, apostó mil dólares a que sacaría ciento cincuenta mil metros de tabla, y ganó la apuesta.

—Sí, un hombre que vive de corazonadas —dijo Sue Ann irguiéndose en el asiento, con ojos brillantes. Y apuesto a que ahora está adivinando algo.

—Y adivina bien, señora mía —dijo Herb Jessup.

Casi habían alcanzado al camión de la música, y ya podían oírse los leves acordes de «Escucha el canto del sinsonte», que llegaban entre el chisteo de los neumáticos sobre el camino liso. Los niños de Crawford se pusieron a cantar la tonada, metiendo tanta bulla que no pudo oírse otra cosa. Se retorcían sobre las rodillas de Tyler, haciéndolo transpirar sofocado, y le arrugaban el traje de algodón que se había puesto limpio esa misma mañana. Para aquietarlos, comenzó a contarles un cuento.

En el cruce circular de la carretera, los automóviles se habían estacionado frente a un puesto azul y blanco, que tenía un letrero en letras rojas donde decía: «Sandwiches de pollo». Cuando el automóvil se detuvo, junto al Lincoln de Chuck, Tyler vio a El Número Uno recostado en el asiento, con la cara serena y satisfecha. En una mano tenía un gran sandwich mordido; en la otra, una botella de coca-cola.

—¡Eh, Toby, ven acá! —le gritó.

Los niños, en coro, comenzaron a pedir sandwiches y barquillos con helados. Tyler y Jessup se deslizaron de sus asientos y fueron hacia la ventanilla del otro automóvil.

—¿Qué les parece a ustedes esto como servicio caminero? —gritó Chuck.

Las bebidas y las tajadas de pan rellenas de pollo picado eran servidas en bandeja por una muchacha de piernas desnudas que vestía uniforme celeste y rojo de tambor mayor. Sentada en un banco, esperando, había una fila de muchachas con igual uniforme. Eran esbeltas, con lindas rodillas y con cabezas rubias rizadas hasta el último pelo.

—¡Que la orquesta regional se vaya al diablo! —gritó Chuck. Para la próxima

campañá, pondré muchachas de uniforme.

Stauch quería contratarlas en seguida, para que fueran al mitin de esa misma noche. Las muchachas sonrieron con picardía, diciendo cuánto sentían estar bajo contrato con la compañía de sandwiches de pollo.

—Es la una y cuarto —dijo Tyler, ceñudo, mirando el reloj—; llegaremos tarde a la barbacoa.

Chuck, por la pajita, sorbió ruidosamente el fondo de la botella.

—Si le dedico a un hombre tres cuartos de hora, significa que ese hombre no es un cualquiera.

Sobre las rodillas tenía un manajo de fichas con nombres y direcciones, y las barajaba mientras hablaba.

—¿Cómo se explica que Frank Goodday no esté inscrito como presidente de la Asociación de Tamberos del distrito de Fairhope, puesto que lo es?

—Habrá sido un descuido —dijo Tyler con voz sorda.

—Bueno, ahora anota los nombres y las direcciones de estas chicas... Quedan muy hermosas en sus uniformes, y eso vale algo.

—¡Y a mí me das los números telefónicos! —exclamó con tono agudo y burlón Norman Stauch, desde el otro costado del coche.

Por fin Tyler logró que su caravana reanudara la marcha. A lo lejos comenzó a verse una arboleda verde, y entre ella el brillo de los techos pintados de aluminio; luego, la gorda y plateada cúpula del Palacio de Justicia, varios depósitos de agua, un par de campanarios blancos, chimeneas negras. En seguida, comenzó a surgir de entre los árboles, que bordeaban una serie de colinas al margen de la llanura, la forma oblonga de una fábrica tachonada de ventanas en relucientes hileras.

En cuanto pasaron la fábrica, llegaron al campo de deportes. El camión de la música ensordecía. La primera aglomeración se había formado en torno a la piscina, a la sombra de los árboles, que orillaban el cauce del río. Cabezas empapadas chillaban desde el agua, y un racimo de muchachos, en traje de baño, gritaba en coro desde el extremo del alto trampolín. Pasaron ante puestos de venta y un sonoro tiovivo, luego por una playa de estacionamiento atestada siguieron a un automóvil repleto de miembros de la comisión local, rumbo a un espacio libre que había tras la tribuna cubierta por un toldo. Sobre éste, en un letrero transparente, decía: *Crawford para senador*, y en el centro aparecía una cara redonda y rosada con ensortijado cabello negro. Cuando a duras penas lograron bajar del automóvil, el olor a carne quemada y picante de la barbacoa les llegó en una bocanada.

—Confieso —dijo Sue Ann— que jamás en mi vida he visto gentío tan enorme a pleno sol de mediodía.

—Si el sistema de altoparlantes no es de primer orden, nadie podrá oír —refunfuñó Tyler fuera de aliento.

A toda prisa fue a la casilla del teléfono para averiguar sí Jerry Evans había llegado ya al aeropuerto. Comenzaba a preguntarse por cuánto tiempo soportaría ese

trajín sin tomar un trago.

La casilla del teléfono quedaba detrás de un puesto de sandwiches. La gente, en torno, reía y charlaba. Retumbando, pasaban camiones con familias de granjeros sentadas en sillas colocadas en filas; los niños hacían estallar petardos. Un hombre vendía globos rojos, azules y amarillos, con forma de chorizo.

En medio del calor y del polvo, del bullicio y de la animación, Tyler trataba de dominarse. Necesitaba terriblemente tomar un trago. En la tribuna de los oradores, la orquesta regional había atacado ya los acordes de «El naufragio del viejo Noventa y Siete», y la música, saliendo de todos los altoparlantes diseminados por el parque, le impedía casi oír la voz que le contestaba al otro extremo de la línea. Por unos instantes le fue imposible recordar el nombre del amigo que esperaba. La voz lo saludaba, y él tenía que contestar algo:

—Oiga usted, ¿no ha llegado un avión particular?

—El monoplano de Evans está por aterrizar —contestó la voz de un hombre joven.

Tyler colgó violentamente el receptor y, a todo correr, fue hacia los automóviles. La gran comisión receptiva se arremolinaba en torno a Chuck. Alguien había dado a cada niño una banderita de los Estados Unidos. Al agitarlas, seguían pidiendo a gritos globos y barquillos de helados. Entre los apretones de manos y las presentaciones, Tyler tardó en llegar hasta El Número Uno.

—Me voy a buscar a Evans.

—¿Has visto jamás semejante gentío? ¿Quién dice que no atraigo a las masas? —exclamó Chuck palmeándole la espalda, y luego, haciendo el gesto habitual de llevarse el puño a la barbilla, prosiguió—: La mitad de estos sureños han venido a ver la feria... Pero cuando yo haya concluido mi tarea con ellos, no habrá uno que no esté convencido de haber venido especialmente a oír a Homer T. Crawford.

—Y Stauch vendrá conmigo.

—Haz que le den bastante barbacoa y cerveza.

Tyler arrancó a Norman Stauch de entre los niños de Crawford. Les había comprado helados y estaba por tomarles boletos para los aeroplanos giratorios. Sue Ann se desvivía para no perderlos en la muchedumbre.

Tyler logró, finalmente, instalar a Stauch en el automóvil.

—¿Sabes, Toby? Creo que si yo tuviese hijos no haría los disparates que hago —le dijo con su voz cantante.

—¿Pretendes, acaso, que tus disparates no te rinden? —contestó Tyler. Yo no tengo hijos, hago disparates y no gano un centavo.

—¿Qué dirías si tomáramos un traguito, Toby?

—La jornada será larga —dijo Tyler, negando con la cabeza.

Miraron hacia atrás para ver la cancha de béisbol, las mujeres desparramadas bajo los parasoles, el revoltijo humano que se movía frente a las relucientes hileras de automóviles estacionados, los puestos de venta y las vueltas, el vaivén y los

remolinos de las atracciones. Largas filas de coches llegaban por los caminos convergentes. Sobre ellos, en el cielo candente color pizarra, flotaba un reguero de polvo pardusco.

—Toby —gritó Stauch—, esto es lo más grandioso que he vi... visto desde Wi... William Jennings Bryan.

Mucho antes de llegar al aeropuerto divisaron, en la ondulante reverberación del calor, el gran monoplano, celeste y aluminio, estacionado frente al hangar. Detrás de él, los pequeños biplanos de entrenamiento parecían juguetes. Delante de su avión, estaba de pie Jerry Evans. Era un hombre muy corpulento. Vestía traje de brin blanco, y el panamá, echado hacia atrás, enmarcaba un rostro rojizo y grande. Hablaba con dos jóvenes mecánicos, de *overalls* azules, accionando con la mano que sostenía un cigarro. Tyler y Stauch bajaron del auto y fueron a su encuentro.

—¡Spotswood, estaba creyendo que me habías dejado colgado! —le gritó. ¡Como el buen desfachatado que eres!

—Jerry, te presento a Norman Stauch... Norm, te presento a uno de los hombres más grandes del distrito.

—No te preocupes por ello —dijo Evans, mostrando, al reír, dos filas de dientes perfectos y blancos. El médico me manda a Hot Springs para que reduzca. ¿Pero qué diablos es esto? ¿Acaso un concurso de ganado gordo? —prosiguió diciendo mientras se dirigía al automóvil.

—¡Qué va! Esta es una reunión improvisada por algunos de los partidarios de Chuck.

—Me han dicho que Galbraith tiene la elección segura.

—Espera y verás... Nosotros no queremos convencerte de nada... Pero cuando hayas visto y oído lo que vas a ver y a oír, te agradecería que fueras a casa de Steve y le dieras tu impresión.

—¿Pero no es que Steve va a presentar su candidatura el año próximo? —murmuró Stauch en tono misterioso.

—Por supuesto —dijo Tyler.

—¿Y qué apuestas en Horton? —preguntó Stauch a Evans.

—Dos contra uno a favor de Galbraith.

—¡Demonios!... Corro al teléfono. Hasta dinero ganaré esta tarde.

Stauch corría hacia el edificio del aeropuerto.

—Ese maldito no desmiente su fama —comentó Jerry.

—Es un jugador empedernido —dijo Tyler riendo. ¡Qué bien hiciste en venir!... Créeme, aquí tenemos algo que vale la pena.

—Crawford no sería tan malo si no metiera tanto disparate en la cabeza de la gente.

—Espera a oír lo que dirá esta noche... Lo ha pensado de manera tal, que tanto los pobres como los ricos saldrán satisfechos.

—Me quedaré un rato... Steve podrá verme esta tarde, a la hora que quiera. En

este país hay ciertas cosas con las cuales no se puede transigir, y otras con las que es mejor hacer la vista gorda... Tu mal, Spotswood, consiste en que siempre te dejas convencer por los charlatanes de genio. Y todos son iguales... Pero este muchacho es demasiado chiflado.

A Tyler se le avinagró la cara.

—Nadie que no sea un chiflado atrae al pueblo americano... Creo que por ello no puedo separarme de El Número Uno... Bueno, ¿dónde está Norm? Hay que buscarlo. No sea que se emborrache hasta el punto de negarme luego su firma.

—Toby, yo dejé mi libreta de cheques en la caja fuerte... Tú sabes cómo soy, Toby.

—Jerry, te lo juro por Dios, no necesito ni un céntimo tuyo... Lo único que te pido es que vayas a hablar con Steve y que le des tu opinión sincera sobre lo que verás y oirás esta tarde.

—¿Pero no es que Steve tiene sus compromisos con Galbraith?

—Ni por asomo. Steve Baskette sabe, como nadie, navegar entre dos aguas.

Parados de espaldas al avión de Evans, veían, más allá de la pista de aterrizaje con su césped quemado por el sol, los automóviles estacionados en el campo de béisbol, la enorme rueda giratoria y las sombrillas del salto en paracaídas subiendo y bajando torpemente en una nube de polvo amarillo, y oían el tac-tac del tiro al blanco y los amplificadores acordes de la canción que la orquesta regional estaba tocando.

—Pues bien, muchachos, me he metido hasta el cuello —dijo con solemnidad Norman Stauch al volver del teléfono. ¿Y ahora qué tal sería comer algo y reponernos tomando un trago?

—Justo enfrente de la tribuna hay un puesto de refrescos —dijo Tyler abriendo la portezuela del automóvil. Sube, Norm, o llegaremos tarde para el discurso.

Cuando el coche se detuvo entre el tumulto del parque, le pidió a Sam que fuera a buscar unas porciones de barbacoa, mientras ellos permanecieron a la sombra del toldo que cubría el puesto hecho de tablones.

—Desde aquí oiremos tan bien como de cualquier otra parte, sin necesidad de apretujarnos entre la muchedumbre —dijo.

—Toby —gruñó Evans, truculento—, yo creía que todos ustedes adoraban al pueblo.

—Y así es, Jerry... Si Chuck no lo ha dicho mil veces, no lo ha dicho una: «el pueblo es todos nosotros»; —Evans rió, resollando por sus grandes fosas nasales.

—Comamos —dijo.

Detrás de ellos, un muchacho con gorro blanco de marinero y una camisa de seda púrpura, de cuyas mangas enrolladas hasta las axilas salían unos brazos largos, pálidos y huesudos, aplanaba, sobre una placa de metal caliente, biftecs hamburgueses y freía cebollas en una sartén. Tyler pidió un biftec hamburgués para cada uno de ellos y coca-cola en grandes vasos de cartulina.

—Hagamos una «Cuba libre». Aquí tengo con qué —dijo Stauch, sacando del

bolsillo del pantalón un frasco chato de plata.

El piano mecánico había dejado de sonar. También la orquesta regional se interrumpió en plena ejecución. Por encima de los sombreros de paja, de los fieltros, de las capelinas, de las pantallas y de los periódicos con los que las mujeres se atajaban el sol de la cabeza, Tyler, de pie y sorbiendo su bebida, podía ver la tribuna y, bajo la sombra rosada de su toldo, los panamás, los vestidos livianos, los hombres obesos en mangas de camisa. Chuck no estaba ahí todavía. De todos los costados comenzó a llegar una voz trompeteante y confusa que se convirtió en un alarido («al cuerno con este maldito sistema transmisor», se dijo Tyler); pero luego, poco a poco, se fue aclarando:

—No necesita ser presentado...

La voz se tornó un rebuzno vago, pero se compuso a tiempo para anunciar:

—Homer T. Crawford, el hombre que representará al pueblo de esta región en el Senado de los Estados Unidos...

Inmediatamente se oyeron atronadores aplausos, gritos y vivas cuando un automóvil descubierto salió lentamente de detrás de la playa de estacionamiento, pasó ante las filas de público apelotonado a la sombra de las graderías y, siempre con lentitud, avanzó por entre la muchedumbre, hacia la tribuna. Por sobre las cabezas de los delegados locales se veía a Chuck saludar con su sombrero a Sue Ann, que sostenía a Andy en un brazo, y a las cabecitas de los otros dos niños que dos adictos llevaban en hombros. Desaparecieron detrás de la tribuna, pero en seguida hubo un nuevo estallido de aplausos y gritos, ampliado por los amplificadores, cuando la gente de la tribuna se apretó hacia los lados abriéndole paso a Chuck. Captado por el sistema transmisor, un aparte malhumorado sobresaltó a Tyler:

—¡Eh!, den paso a los niños. Dejen que el público los vea.

Una risita con retintín corrió por la multitud.

—Ciudadanos, —comenzó a decir Chuck, balanceándose ante el micrófono, con la cabeza echada hacia atrás y caídos y bamboleantes sus brazos flojos—; ciudadanos, en las columnas venales de la prensa viperina mis opositores dicen que recorro, de arriba abajo, los caminos y carreteras de este gran Estado en esta gran Unión de Estados, tratando de demoler todo aquello que los hombres han construido con paciencia y trabajo, para hacer de sus vidas algo digno, algo hermoso, algo santo... ¡Mienten! Fatty Galbraith mintió anoche en el discurso que pronunció en Judson... Si lo niega, se lo diré cara a cara...

Chuck hizo una pausa y se arrancó la chaqueta. Luego aflojó la corbata de un tirón.

—... y ante Dios y los hombres —chilló— juro que me es imposible soportar estas mentiras... esta ropa hecha —agregó en tono confidencial y cotidiano—: me sofocan...

Una risa amable estalló en las primeras filas, y retumbando recorrió las graderías. Chuck, con sus tiradores celestes, sonreía como un niño, cuando terminó de desatarse

la corbata.

—... así podrán ver que no llevo camisa roja, como dicen. Sí, se atreven a decir que bajo la camisa blanca de la respetabilidad cívica, uso la roja de la anarquía, del socialismo, del comunismo, de la discordia. ¡Mienten con toda el alma! Lo que estoy tratando de hacer, junto con toda la gente decente y temerosa de Dios, es salvar el hogar y la iglesia blanca donde los domingos nos reunimos para adorar al Dios de todas las cosechas y de todas las bendiciones, cada uno como su conciencia se lo permite...

Atravesando la muchedumbre en puntas de pie y con la expresión de un diácono que pasa en la iglesia el platillo de los óbolos, el viejo Sam se acercó a Tyler trayendo una bandeja con tres platos de barbacoa cubierta de salsa. Tyler, al verla, sintió que el estómago le daba un vuelco.

—Tome usted mi porción, Sam —murmuró. Yo estoy demasiado ocupado.

Tyler comenzó a mirar en torno suyo. Norm comía y bebía muy divertido. No había motivo para preocuparse por él. Jerry, al otro costado, tenía la expresión de un hombre decidido a no dejarse embaucar. Vio la mirada de Tyler y murmuró:

—¿Por qué diablos no dejó lo de la camisa para el final?

Delante de ellos, dos peones rojizos reían y chanceaban con dos muchachas pelirrojas, una vestida de rosa y de celeste la otra. Más adelante, un viejo granjero pobre, en *overall*, de mandíbula saliente y con el raído sombrero pajizo echado hacia atrás en su cabeza gris, escuchaba, acopando junto a la oreja su mano deformada por el trabajo.

—Cuando ustedes me envíen a que los represente en la Augusta Asamblea, lo primero que haré será presentar un proyecto de ley que proteja al pequeño propietario, sea cual sea.

—¡Amén! —suspiró el viejo.

La muchedumbre aplaudió y chilló.

—Todo lo que tenemos se basa sobre el hogar... Ahora y aquí mismo contestaré a esa calumnia de mis opositores. Entre ustedes habrá más de cien que me conocieron personalmente cuando yo, por un motivo u otro, recorrí los caminos, siempre sirviendo al bien público, o en aquellos días cuando era un niño pobre y trataba de pagarme los estudios vendiendo quincallería y utensilios de cocina... Si alguna de esas personas que me recibieron en sus casas me vio jamás decir o hacer un acto subversivo, que alce su voz y lo diga... Creí percibir al señor Bill Jones de Morganville y a su señora... Bill, ¿tiene usted algo que decir respecto a mis supuestos actos subversivos?

—¡Contesta, Bill! —gritó una voz.

La muchedumbre se arremolinó en torno a dos figuras distantes. Hubo una contestación que Tyler no alcanzó a oír, seguida de risas, comentarios rápidos y gritos de «¡Muy bien!».

—Y usted, juez Benton, ¿no tiene nada que decir?

—Yo me cuidaría de invitarlo a mi casa —chilló una vocecita aguda.

—Señores, soy casado —dijo Chuck riendo—; tengo demasiado que hacer en mi hogar para meterme con los ajenos.

Sue Ann arrastraba a los niños hacia el borde de la tribuna, pero con igual prisa ellos volvían a desaparecer entre las piernas de los delegados.

—Ese juez le hará ganar la elección —dijo Norm Stauch.

—Así es —contestó el viejo, y prosiguió—: Con tal que no llueva esta tarde y se suspenda el partido.

—No va a llover —dijo Norm.

—A mediodía oí cantar a un gallo, y cuando los gallos cantan a mediodía es señal de que lloverá antes de la noche.

Jerry Evans parecía interesado.

—Viejo, ¿cree usted que tendremos tormenta? Hace una hora se predecía buen tiempo.

—No, señor; no digo que tendremos tormenta, pero sí digo que cuando los gallos cantan a mediodía es señal de que lloverá antes de que el día termine.

—Quizá tenga usted razón, viejo —dijo, tirando a Tyler por la manga. Sal del trance y emprendamos la retirada... Una charla con Steve no vendrá mal... Vamos, señor Stauch, me encantaría que probara usted mi avión.

La voz de Chuck atronaba en torno a ellos. No parecía ser la del hombrecito que gesticulaba en la tribuna. El viejo Sam se abrió camino entre el gentío trayendo otra bandeja llena de sandwiches de barbacoa.

—Sam nos está cebando —dijo Tyler. Vamos, Sam, enderece hacia el automóvil y llévenos al aeropuerto.

—Y no perderán el discurso: tengo radioreceptor en el coche —murmuró Sam con su voz de diácono. Hoy sí que el patrón es El Número Uno.

Por el rabillo del ojo, Tyler captó la expresión de la cara de Jerry Evans.

—Jerry —dijo—, tú no quieres oírlo por temor de que te convenza.

—¿Quieres decir que es más fácil que un rico pase por el ojo de una aguja?... Pues sí.

—Pero no olvides que saldrá electo.

—¿Quién dice que soy incapaz de admitir un hecho cuando lo veo? ¿O por qué crees que estoy perdiendo medio día?

—¿Cuánta gente cree usted que hay aquí, Norm? —preguntó Tyler como si no le diera importancia a la pregunta, mientras se dirigían a la playa de estacionamiento cortando la muchedumbre.

—Si no hay diez mil personas, no hay una sola... —contestó Stauch. Han de haber venido de Hillside y de Eberhart.

Mientras seguían a Sam, rumbo al automóvil, el discurso caía sobre ellos como una lluvia. Pasaron frente a la gente que comía y bebía a la sombra de los camiones de las granjas; ante parejas de jóvenes llegados en motocicletas; ante unos viejos

sentados bajo el toldo de lona de su carromato, cuyas dos mulas atadas detrás de éste masticaban tranquilamente unas horquilladas de alfalfa que sobresalían del cajón trasero. Caminaron entre filas de automóviles polvorientos y viejos, que el sol, al descolorar, tornó iridiscentes, y ante uno que otro de modelo nuevo y brillante. Tyler advirtió que Jerry, sin dejar de caminar, observaba con atención las marcas y las chapas de los automóviles. Cuando llegaron al de Crawford, Sam les abrió la portezuela con una mano mientras les alcanzaba, con la otra, la bandeja de sandwiches.

—Comeremos esto por el camino —dijo Evans. Bueno, Toby, debo admitir que tienen un público numeroso... ¿pero paga toda esta gente su impuesto al voto^[1]?

—No te preocupes por ello —dijo Tyler riendo. Sam, acérquenos al fondo de la tribuna. Tengo que dejar un mensaje.

Sam tuvo que dar una gran vuelta, sobre la tierra cocida por el sol, antes de poder acercarse al fondo de la tribuna de los oradores. Mientras tanto, sin cesar, la voz de Chuck, saliendo del radioreceptor, les llenaba los oídos. Hablaba de la prosperidad, de la necesidad de verse libres de la miseria, de la distribución uniforme de los productos de las granjas y de las fábricas. Tyler saltó del automóvil y se abrió paso entre el apiñamiento, hasta que divisó a Herb Jessup sentado, semidormido, en las graderías, a la sombra del toldo.

—¡Hola, Toby! —dijo Herb—, parece muy satisfecho de ti mismo. ¿Qué hay de nuevo?

Aunque Herb no le agradaba, Tyler no pudo contener una sonrisa confiada.

—Herb, en cuanto El Número Uno haya terminado de hablar, dígame que me he marchado con Evans y Norman Stauch a buscar al Gobernador. Nos reuniremos con ustedes en el hotel de Horton. Y anote esto: el número del departamento reservado para El Número Uno es 1503. No permita usted que nos instalen en ningún otro lugar. Y, por el amor de Dios, ayude usted a Sue Ann a hacerlo llegar a tiempo. Están tratando de que el desfile de antorchas del Parque Sam Houston comience a las ocho en punto. Antes de ello, El Número Uno tiene que arreglárselas para comer y conferenciar con el Gobernador.

—¿El señor no tiene más órdenes que dar? —preguntó Herb bostezando con insolencia.

Una ira repentina poseyó a Tyler. Sintió un ardor detrás de los ojos, y los músculos del mentón le temblaron. Por unos segundos se miraron duramente el uno al otro. Luego, con sus labios en arco de cupido, Herb sonrió melosamente, diciendo:

—Sus órdenes serán cumplidas, señor Spotswood.

—Muy bien —dijo Tyler, tratando, en vano, de sonreír.

Se dio vuelta, hecho una pieza, y trepó al automóvil.

—Ciudadanos... lo que hoy estoy defendiendo desde esta tribuna y ante esta auténtica asamblea del pueblo americano, del verdadero pueblo, cuyo trabajo e inteligencia ha logrado en las granjas, en las fábricas y en las mil pequeñas empresas

que este país sea lo que es, no es la anarquía roja que me atribuyen mis opositores, esos hombres de mentes trastornadas por los intereses usurarios, complotadores y cómplices en el proceso de sacar el último céntimo a los que en esta tierra producen algo; no, no es la anarquía roja, sino la vieja y excelente doctrina americana de la igualdad y de la justicia para todos.

El aplauso castañeteó y ladró en el pequeño y reluciente radioreceptor colocado en el tablero.

—Sam, por favor, apague ese maldito aparato —dijo Evans. Toby, si estuviese en mi poder, los metía presos a todos ustedes...

—Si alguien me hubiese dicho que iba a perder un magnífico partido de béisbol para oír hablar de política, lo hubiera tratado de loco —dijo Stauch repentinamente. Señor Evans, espero que en su avión habrá un bar. Hoy es uno de esos días en que tomaría «Cubas libres» sin cesar. ¿Y tú, Toby?

—No puedo. Tengo demasiadas cosas en que pensar... pero invítame esta noche alrededor de las once.

En el aeropuerto tuvieron que esperar mientras Stauch telefoneaba de nuevo. Volvió restregándose las manos.

—¿Qué les había dicho? Las apuestas son de cuatro contra tres.

—Su apuesta provocó eso —dijo Jerry Evans. Bueno, señores, levantaremos vuelo.

Subieron a la cabina del avión, y Sam les alcanzó los sandwiches y varias botellas de coca-cola. Evans les presentó a Babe Sisson, un muchacho pecos y pelirrojo que era su piloto.

—¿Quieres un sandwich, Babe?

—Gracias, señor, ya he comido.

—En cuanto hayamos despegado, mezclaremos las bebidas —dijo Evans.

—¿Cómo está el tiempo, Babe?

—Por tres o cuatro horas estará bueno —respondió el piloto trepando a su asiento.

—No necesitaremos los cinturones. Con pasar los brazos por las correas de cuero, será suficiente.

Mientras estaban sentados tiesos en los asientos de marroquí azul con monograma, Evans les colocó sobre las rodillas la mesa plegadiza.

—Debería tener un camarero a bordo —dijo excusándose.

—¡Esto es vida! —exclamó Stauch estirando las piernas por el pasillo.

El motor rugió. La carrera por la pista áspera sacudió la cabina. Después de una vuelta, el motor aceleró para despegar. El aire se volvió elástico bajo las alas. Rápidamente divisaron las graderías y el rombo del campo de béisbol, los techos de los puestos de la feria diseminados al azar, como pequeños moldes para hacer pasteles, entre el gentío que, desde arriba, parecía los retazos de una tela tramada en blanco, negro y castaño.

—¡Caray de caray, si no hay allí veinte mil pe... personas, no hay una! —dijo Norman Stauch, sacando del bolsillo un gran pañuelo blanco que perfumó la cabina con olor a agua de colonia, y con el cual se frotaba cuidadosamente el largo rostro delgado, la larga nariz y las orejas rojas, tan despegadas de la cabeza.

El aeroplano se encabritaba en el aire cálido, sobre las plazas atestadas de gente. Al cruzar la carretera, un corcovo casi los largó afuera de los asientos e hizo rodar por el piso las botellas de coca-cola. Tyler se dobló en cuatro sobre la mesa, para impedir que se cayeran los sandwiches y que se derramara la salsa de la barbacoa. Ladeándose, el avión trazó un semicírculo. Al tomar altura, el aire se suavizó. Evans volvió de la despensa trayendo tres vasos llenos de hielo y una botella de ron.

Tyler, de rodillas en el piso, trataba de recuperar las huidizas botellitas.

—Este será el único trago que tomaré hoy —gritó—, por lo menos hasta después de la reunión de esta noche.

—Steve no nos ofrecerá nada, de manera que no te preocupes por ello —le contestó Evans, gritando también.

—¿Irás a Horton? —preguntó Stauch.

Evans asintió vigorosamente con la cabeza.

Jirones de nubes pasaban ante la ventanilla. Abajo, a través de la bruma, el llano, incandescente por el sol, parecía una enorme chapa de latón. Por los ventiladores, el aire fresco entraba sibilante a la cabina. Como iluminadas interiormente por una secreta luz rosada, aparecieron en el horizonte masas inmóviles de nubes cúmulus.

—¡Jerry, suertudo del demonio! —murmuró Tyler llenándose los pulmones—, esto sí que vale la pena.

Evans no lo oyó, pero asintió con la cabeza.

—Si en lugar de dedicarte a trotamundos hubieras seguido con los negocios madereros, estarías hoy donde yo estoy... Tu cerebro es mejor que el mío, y en cuanto a instrucción, ni a los talones te llego.

—Pero esta... esta vez tiene al toro por los cuernos —gritó Stauch.

—¿Lo dice usted en sentido figurado? —gritó Evans, quien, luego de tomar un trago, inclinándose hacia Stauch le dijo al oído—: No me creerá usted, pero yo le tengo un gran cariño a ese tunante. Estuvimos juntos en la guerra. Entonces era yo quien armaba alboroto y él quien trataba de llevarme por el buen camino. ¡Cuánto han cambiado las cosas!...

Tyler no pudo oír lo demás. Meneó la cabeza.

Se habían comido todos los sandwiches y bebido ya un par de tragos, cuando comenzaron a divisar el río, los árboles y el caserío de techos amarillos y rojos. El avión giró en torno a la cúpula color crema del Capitolio y descendió en tirabuzón al aeropuerto. En el aire cálido y espeso del atardecer, Tyler se sintió súbitamente nauseado. Para asentarse el estómago, tuvo que tomar un último y largo sorbo de ron.

Cuando bajaron del taxi junto a la puerta de la residencia del Gobernador, un negro viejo de chaqueta blanca estaba esperándolos.

—Por aquí, señores —dijo.

Los condujo por la amplia terraza que corría a lo largo de la casa hacia un pequeño y umbroso pórtico trasero amparado por un enrejado cubierto de viña. Ahí estaba el Gobernador, sentado en una mecedora, con los pies apoyados en una mesita de caña, dictándole algo a una joven dactilógrafa. Era un hombre alto, de hombros caídos, frente estrecha y pelo negro. Para levantarse de la mecedora se desdobló como una navaja.

—Señores —dijo, después de estrecharles la mano—, ¿en qué puedo serles útil? ... Por favor, siéntense.

Sólo las cigarras del césped, tras las viñas, impedían que el silencio fuese absoluto. De su bolsillo interior, Evans sacó una cigarrera de cuero y ofreció a cada uno un cigarro. Todos aceptaron. Tyler, con su encendedor, encendió primero el del Gobernador, luego el de Norman Stauch. Evans encendió el suyo con un fósforo. Sentados en silencio, fumaban los gruesos puros. Dentro de la casa, alguien hacía escalas en el piano.

—Steve —dijo por fin Evans—, no he visto día más bonito que el de hoy para hacer un vuelito.

—¡Y el fresco que hace allá arriba! —dijo Stauch.

—¿Cómo le va a Chuck? —preguntó el Gobernador.

—Magníficamente —gritó Stauch. Hasta dinero rinde en Horton.

Tyler intentó reír.

—No he visto jugador igual a Stauch... Apostaría hasta sobre los días que faltan para su entierro.

—¿Acaso no hacemos eso cuando tomamos un seguro de vida? —preguntó el Gobernador bajando sus párpados pesados.

—Verdad, nunca se me había ocurrido —dijo Stauch.

El Gobernador tosió para aclararse la garganta.

—Me han dicho que logró reunir una muchedumbre.

—Si no hay veinte mil personas allá, no hay una sola —dijo Stauch.

—Desde el entierro de William Jennings Bryan no he visto nada semejante.

—Aunque sólo fuesen diez mil —comentó Evans.

Tyler, dominando la voz para que no traicionara su tensión, dijo:

—Poplar Forks no es muy grande. Para reunir allí veinte mil personas, la mayoría de ellas tiene que acudir desde muy lejos.

El Gobernador logró aclararse la garganta, se levantó, fue lentamente hacia una salivadera de bronce que había en un rincón, escupió cuidadosamente en ella y volvió a su asiento. —¿Y mucho entusiasmo? —preguntó.

Evans miraba hacia arriba con el cigarro en la boca, dejando que el humo azul se le escurriera lento por las comisuras de los labios.

—De tiempo en tiempo surgen hombres como éste —dijo—, hay que contar con ellos... electrizan a las masas.

Tyler miró hacia donde Evans miraba y vio que lo que estaba mirando era un pequeño camaleón posado cómodamente, cabeza abajo, en el cielo raso.

—Tengo la tarde muy ocupada, Jerry —dijo el gobernador Baskette.

—En mi avión lo llevo a usted a Horton en hora y media —insistió Evans—, incluyendo las idas y vueltas al aeródromo.

El Gobernador se levantó lentamente de la silla y fue a subir una de las persianas del pórtico. Tyler saltó para ir en su ayuda. Entre los enormes magnolios que impedían ver la calle y la casa de Gobierno, el cantero de césped muy verde brillaba de sol. Entrecerrando los ojos, el Gobernador miró el cielo. Detrás de un magnolio asomaba la orilla de un nubarrón blanco.

—Tormenta a la vista —dijo. Iré con mi mujer en automóvil.

—Muy bien, Steve —dijo Evans. Y no olvide usted que come conmigo en el Hotel Alcázar... Telefonaré para que nos preparen una marmita de tortuga...

—Espero que no nos fallará usted, Gobernador... Ya sabe que cuando Jerry Evans hace preparar una comida no hay que perderla —dijo Tyler.

—Señor Spotswood, cuando me propongo llegar a un lugar generalmente llego —dijo el Gobernador, bajando los párpados.

El conductor del taxi dormía, a la sombra, junto a la acera.

—Hay pesadez —dijo cuando lo despertaron. Creo que tendremos tormenta.

—Bueno, démonos prisa —dijo Evans.

—Espero que no nos marearemos —dijo Stauch. Esta noche pienso hartarme de marmita de tortuga.

Apenas el avión inició el vuelto en línea recta, después de haber despegado en suave espiral sobre el campo abierto, empezó a dar saltos y corcovos como un potro en un rodeo.

—¡Esto nos vendrá bien! —gritó Evans, ajustándose el cinturón y apoyando los pies en el asiento opuesto. Activa el hígado. Bueno, pero si devuelvo el almuerzo te demando.

El aeroplano corría entre la niebla que el viento llevaba en sentido inverso, rumbo a una deslumbrante región blanca de nubes volcadas. Entre los jirones del piso de nubes, se veían largos trechos arbolados, un brazo de río plateado y serpentino, rectángulos de tierra verde o parda, salinas y, más allá, el brillo argentino del golfo. Divisaron los blancos y cremosos rascacielos de Horton, destacándose entre las anchas lonjas verde pálido de las llanuras costeras. El avión se sumergió en un remolino de niebla corrediza y la lluvia batió los vidrios de las ventanillas. Un aire frío y húmedo entraba por los ventiladores.

—Con tal que el piloto sea práctico —cantó Tyler, apretando los dientes para no vomitar.

—¡Babe! —gritó Evans—; volaría boca abajo de aquí hasta Poplar Forks sin parpadear.

—¿Y quién dice que no lo está haciendo? —rugió Stauch.

Un pinar oscuro les fue al encuentro. El piloto enderezó en picada, de manera que el avión pareció ir dando tumbos sobre la copa de los pinos. Luego, repentinamente, se encontraron de nuevo al sol y cruzando vastos pastizales. Volaron por sobre la hilera de árboles de una carretera y por sobre la diagonal recta de los cables de alta tensión. El pasto seco del campo de aterrizaje pasaba rápido bajo la sombra del ala. Tyler sentía aún el estómago revuelto cuando, fuera de la portezuela, pisó los peldaños de caucho de la escalera de aterrizaje y salió a la calma cálida del atardecer llena del canto metálico de las cigarras. Sólo podía pensar en que no le temblaran las piernas. El cielo era de un azul intenso, pero en el horizonte se alzaban nubarrones de contornos redondeados con las cúspides orladas de amarillo y de rosado pálido, sumergidas sus bases en un índigo borroso.

Cuando salieron del aeropuerto, seguidos por el negro que llevaba la maleta de cuero de cocodrilo de Evans, sólo había un taxi junto a la acera. El conductor dormía.

—Parece que esta tarde la ciudad no está muy animada —dijo Evans.

—Espera que llegue El Número Uno —contestó Tyler—; él animará las cosas... Al Hotel Alcázar, por favor.

Evans estiró las piernas.

—En cinco años, este es el primer día en que no trabajo.

—Lo que necesitamos ahora es una ducha y unos buenos tragos bien frescos —dijo Norman Stauch, bostezando satisfecho. Siempre he dicho: haz lo que te plazca pero ganando dinero.

—¿Y no crees que Steve puede cambiar de idea? —murmuró Tyler.

—Siempre con tus eternas preocupaciones —dijo Evans.

—Cuando bebo no me preocupo lo suficiente y cuando no bebo me preocupo demasiado... Sea como fuere, descansaremos después del martes.

—Toby —dijo Evans con enojo—; ¡tu seguridad me pasma, hombre!

—¿A qué artimañas nuevas acudirá Galbraith?

—A la de la ascendencia negra, quizá.

—Posiblemente la empleará esta noche. Si lo hace, tenemos un certificado médico de que tres parientes cercanos de Galbraith están internados en el manicomio, uno de ellos por manía homicida.

Del pavimento frente a la entrada del enorme hotel amarillo, estilo español, subía un calor sofocante cuando lo cruzaron rápidamente. El vestíbulo color ámbar estaba fresco y oscuro como un sótano. Los mensajes para Evans, apilados sobre el escritorio de entrada, lo mandaron corriendo a conectarse telefónicamente con su oficina. Stauch salió a comprar whisky. Tyler preguntó por el departamento donde habían instalado la oficina de Crawford. Le informaron que la señorita Jacoby había estado allá todo el día.

Subió por el ascensor y espió por la puerta entreabierta de la antecámara del 1503. Allí, ante una mesa cubierta de folletos y volantes, estaba sentado Ed James con su amplia sonrisa, sacando de una caja de cartón unos libros de brillantes tapas, rojas,

azules y blancas.

De niño pobre a Presidente había llegado finalmente de la casa editora. «Casi demasiado tarde para el dinero que ha costado», pensó Tyler dirigiéndose rápidamente por el corredor hacia el otro cuarto. Antes de hablar con Ed quería darse una ducha y mudarse la ropa. Sabía que tenía que pelear con Ed por el retardo del libro.

En la habitación contigua estaba la señorita Jacoby escribiendo a máquina junto a la ventana, con los ojos entrecerrados y con la nariz afilada y larga apuntando al cielo raso.

—Tío Toby —gritó, y comenzó a balancearse en la silla con su gesto habitual de pájaro en la percha.

Sus ojos negros eran también de pájaro, así como su pelo renegrido. Tenía el arco de las cejas extraordinariamente acentuado y la nariz extraordinariamente ganchuda. En su voz se advertía el anticuado chirrido de la gente de Kentucky.

—¿Vuelven ustedes sobre el escudo o trayéndolo? —preguntó.

—Hemos visitado todas las granjas y chacras que es posible hallar en cuatro mil millas a la redonda... Ya no doy más. Usted en cambio está fresca como una lechuga, señorita Jacoby... ¿Nadie llamó? Yo vine en avión con Jerry Evans.

—Herb Jessup llamó desde Eberhart. Dijo que el mitin fue el más concurrido de los realizados hasta hoy. El Número Uno causó delirio entre los peones corraleros.

—¿Más concurrido que el de Poplar Forks?

Ella asintió vigorosamente con la cabeza.

—No deje usted de contar todo esto al señor Evans si tiene oportunidad de hacerlo. Esta noche posiblemente pasará un rato con nosotros. Chuck ofrece una comida al Gobernador y a otros hombres de influencia. Y la fiesta de la señora de Crawford, ¿está ya lista?

La señorita Jacoby volvió a asentir con la cabeza.

—Está muy bien preparada: langostas a la Newburgh y manzanas asadas. Yo me muero por ir pero, por supuesto, no puedo abandonar esta habitación.

—Otra cosa, señorita; ¿podría usted hacer el favor de llamar a ese amigo de usted que trabaja en la Gobernación y preguntarle si el Gobernador salió ya para aquí? Si no lo ha hecho tendremos que actuar con premura.

—Hablé con él hace cinco minutos. El Gobernador y la señora de Baskette salieron en auto de la Gobernación a las cuatro y tres minutos.

—Señorita Jacoby, usted vale su peso en oro —le dijo Tyler, tirándole un beso mientras salía corriendo por el hall hacia su habitación.

Su cuarto lo deprimió. Olía a rancio, a bebidas alcohólicas viejas y a colillas de cigarrillo. El escritorio estaba atestado de cartas que debían haber sido contestadas una semana atrás. De pie, se quedó un rato inmóvil mirando el funesto y familiar floreado del cubrecama de hotel. Comenzó a abrir un telegrama pero volvió a meterlo en el sobre sin leerlo, diciéndose que antes se daría una ducha. Se desvistió y saltó a

la bañera y estuvo un minuto de pie con la cara hacia arriba y los ojos cerrados bajo la lluvia fría. Mientras se frotaba la espalda con la toalla se miró en el espejo colgado sobre el lavatorio. Al verse la cara sintió náuseas, como cuando se mareó en el avión. Tenía la fina mandíbula negra de barba. Había madrugado tanto que no recordaba si se había afeitado o no. Se pasó rápidamente la gillette y vistió un traje fresco y blanco... Luego, de un manotazo, barrió dentro de un sobre la correspondencia que había sobre el escritorio y, por el hall, volvió de prisa a la habitación de la señorita Jacoby.

Ed James, inclinado sobre el escritorio, firmaba para ella uno de los ejemplares del libro. Algo en la actitud de ese hombre vestido de gris, con nalgas anchas, lo llenó de repugnancia. ¿Y por qué diablos está sin hacer nada? Con tono seco y cortante le dijo:

—¿Qué tal, Ed?

Ed, volviéndose hacia Tyler, se le acercaba con las manos tendidas y una sonrisa impudente en su cara chata y rosada.

—Toby, muchacho —le dijo—, pareces un fantasma.

Con aire ausente, Tyler le tomó una de las manos; luego mirando fijamente a la señorita Jacoby preguntó:

—¿Ha vuelto a llamar Jessup, señorita?

—El Número Uno estará en el Parque Sam Houston dentro de diez minutos, más o menos.

—Tengo tiempo de llegar... y mientras tanto, señorita —dijo echándole una mirada indefensa y aniñada mientras dejaba sobre el escritorio el sobre de papel manila—, haga usted lo que quiera con esta correspondencia... cualquier cosa, con tal que no tenga que verla hasta la semana próxima...

La señorita Jacoby lo amenazó con el índice y chasqueando la lengua hizo tz tz tz.

—Vamos, Ed —dijo rápidamente—, hablaremos en el taxi.

Al bajar en el ascensor sentía una dolorosa tirantez en las sienas. «Tengo que aguantar». Estas palabras sonaron tan nítidas en su mente que le pareció haberlas dicho en voz alta. Trató de prestar atención a lo que Ed le estaba contando sobre el viaje en avión desde Nueva York.

—Bueno, dejé todo y me vine. Ahora, ¿qué es lo que tengo que hacer? —dijo Ed cuando subieron al automóvil.

—Ante todo quiero saber por qué salió el libro tan tarde.

—¿Cómo esperar otra cosa del miserable editor que elegiste?

Tratando de contenerse, Tyler encendió un cigarrillo.

—Bueno, pasemos a otra cosa —dijo inesperadamente amable. Creemos que podrías escribir un artículo o alguna nota que valga el dinero gastado en el viaje.

—¿Y mientras tanto cómo vivo? —preguntó Ed.

—¿Supon que por los tres o cuatro días que estarás acá te remuneremos como el Gobierno a sus peritos: veinticinco dólares diarios y los gastos extra?

—Con eso no llegaré a millonario.

—Lo serás si logras que Chuck salga elegido.

Ed estalló en carcajadas.

—Toma las cosas en serio, por el amor de Dios —prosiguió Tyler con la cara muy seria. Si te mando llamar es porque sé que hay algo para ti en todo esto.

El cielo del atardecer comenzaba a nublarse.

—Sería el colmo de la mala suerte —rezongó Tyler— que lloviera para el desfile de antorchas. Ed, por lo que más quieras, no te lo pierdas y hazles comprender a los periodistas lo que esto significa. Vale la pena que se ocupen de ello. Es la campaña electoral más pintoresca que se ha realizado en años, y nos damos todo este mal y empleamos cuanto recurso existe, para que ustedes tengan tema. Quiero que hagas publicar la noticia en Nueva York. Apenas terminado el mitin te vas al teléfono. No bien Nueva York se ocupe de nosotros la prensa local nos abrirá sus puertas de par en par.

Equivocado, el conductor del taxi los dejó en otro lugar del parque. Tyler, entretenido con lo que quería explicar a Ed, no lo advirtió. Contó con dificultad las monedas que tenía en la palma de la mano para pagar el automóvil. Sentía la cabeza vacía. Sólo cuando el taxi se hubo alejado miró en torno suyo.

—¿Y dónde está la multitud?

En imaginación vio un fiasco similar al de Arrowhead. Ed lo miraba con sonrisa enigmática.

—De allá se oye una especie de rebuzno —dijo por fin con voz arrastrada.

Tyler comenzó una desenfadada carrera por un sendero que serpenteaba entre canteros plantados de cañas de la India, dalias y cortadera argentina. Frente a los edificios, a lo largo del bulevar del Golfo, más allá de la cancha de golf, a la luz acerada y bermeja que se filtraba a través de un conglomerado de nubes cobrizas, podían ver los árboles verde brillante y, debajo de ellos, las camisas blancas de los hombres y los vestidos livianos de las mujeres, apelotonados en torno a un animado manchón negro. En dirección a ellos cruzó el césped tan de prisa que podía oír la respiración de Ed volverse un resuello, cada vez más débil, a medida que se iba quedando rezagado.

La multitud era grande, animada, alegre. Un caudillo local vagaba por ahí, sudando, hablando atropelladamente, diciendo cien veces si no una:

«Permítame que le diga» o «Quiero decir que...»

Cuando Ed lo alcanzó, Tyler volvió hacia él su cara sonriente y radiante de entusiasmo.

—Chuck no ha llegado aún, ¡pero mira la muchedumbre que lo espera!

Cuando la gente reía el caudillo reía un poco más fuerte, cuando aplaudía, él aplaudía más.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Ed James en voz baja.

Tyler, que jamás había visto al hombre, se oyó decir a sí mismo con tono pedante:

—Un caudillo local. Estos traen la mar de votos.

«El tipo es siniestro», pensaba Tyler, temiendo que, de entrada, Ed se impresionara mal. Sumido de nuevo en sus cavilaciones oyó el camión de la música bajando por el bulevard entre los ásperos ronquidos de las bocinas. Adivinaba los acordes de «¡Oh, Susana!...» tocada por la orquesta regional. Se oyeron gritos de «¡Aquí llega Chuck!». El camión trompeteante dio vuelta y retrocedió hacia la acera en medio del gentío. Los tabloncillos corredizos de la parte trasera habían sido empujados hacia atrás dejando al descubierto una pequeña tarima donde cabían justo los cinco músicos regionales apretujados con sus instrumentos. Se pusieron a tocar «Todo Hombre Millonario», que comenzó a ser coreado por algunos muchachos de entre la multitud. Tyler se unió a ellos con la esperanza de que los demás cantarían también, pero la mayoría se contentaba con mirar y vagar un poco.

En un pequeño automóvil convertible que se detuvo junto al camión llegó Chuck con su familia. Los niños tenían los ojos enrojecidos y parecían haber peleado entre sí. Los tres estaban de pie en el asiento trasero intentando débilmente agitar sus banderitas. Las narices les chorreaban. En cuanto vieron a Tyler gritaron:

—¡Ahí está tío Toby!

Tyler se abrió paso entre la multitud arrastrando a Ed detrás de sí. Sentado al volante del pequeño automóvil, Chuck, rebozante de salud, parecía un joven granjero. Sus mejillas coloridas y llenas eran dos manzanas rojas.

—¿Dónde está Steve Baskette? —fue lo primero que preguntó.

—Ya vendrá —gritó Tyler, quien se sentía ebrio aunque no había probado un trago.

—¿Y por qué demonios lo perdiste de vista? —le siseó Chuck con voz imperativa y seca. Llévate a todos al hotel. Yo iré para allá en seguida.

Chuck saltó del coche y trepó diestramente a la parte trasera del camión.

—Muy bien, muchachos —gritó—, ¡démosles el gusto!

Arrancó la ocarina que uno de los músicos tenía en la mano y comenzó a tocar la canción. Continuó tocándola acompañado por la orquesta mientras la gente aplaudía y vivaba.

—Y mis opositores dicen que no tengo la conciencia limpia... Yo les aseguro que el hombre que no tiene su conciencia limpia no puede ponerse a tocar una ocarina. Bueno, ya sé que ustedes han venido aquí porque tienen tantas acciones en las compañías petroleras, en las empresas de los ferrocarriles y en las líneas de ómnibus, que ya no saben qué hacer con ellas. Fatty Galbraith ha estado tratando de denigrarme perjurando su alma ante Dios y ante los hombres diciendo que yo robé los fondos del Estado cuando formaba parte de la Comisión Municipal, los bienes públicos en las plantas y las malezas que saqué de la Comisión de Parques y Paseos y las toallas de la casa de huéspedes de la viejita Mulligan cuando me alojé allí durante el período legislativo... Y esta noche les dirá que mi padre tenía sangre negra y que yo maltrataba a mi madre para sacarle la renta de una propiedad que él le había dejado, y

cuando haya contado todas esas mentiras, los banqueros, los intermediarios, los usureros y las grandes empresas para quienes Fatty Galbraith trabaja, festejarán la derrota del pobrecito Chuck que no tiene educación ni dinero y que no es más que un hombre cualquiera dispuesto a servir a sus conciudadanos... Ni los demonios del infierno gozarán tanto como ellos. Déjenlos hablar... y regocijarse mientras lo puedan. Los votos son nuestros. De ellos, el dinero, los periódicos y los grandes departamentos en los lujosos hoteles... En estas elecciones a Fatty Galbraith le irá peor que a un gato de celuloide en las llamas del infierno.

—Mira cómo los convence. Podrás escribir los mejores artículos de tu vida, Ed — susurró Tyler al oído de James. Hasta luego, chico.

Cuando Chuck hizo la pausa necesaria al aplauso, Tyler subió al automóvil convertible, se puso al volante y con el pie presionó el arranque. El niño más pequeño se había echado a llorar.

—Billy se ha hecho pis —dijeron al unísono los otros dos.

—Mejor que nos larguemos de aquí, Toby —dijo Sue Ann. Hubiera usted visto a Homer rematando la mula... hasta ella parecía divertirse.

Una ráfaga de aire seco le sopló polvo en la cara.

—Me imagino lo cansada que ha de estar usted, Sue Ann —dijo Tyler.

—Me acostaría en la cama y lloraría como un niño —dijo Sue Ann apoyando, por un segundo, la cabeza en el hombro de Tyler.

Luego dio vuelta el espejito del parabrisa y se miró en él.

—¡Qué horror! Estoy hecha un susto —dijo. ¡Qué cara, Dios mío!

El perfume de su pelo quedó en la nariz de Tyler, quien sentía también un leve cosquilleo en el hombro donde ella había recostado su cabeza.

Mientras se dirigían al hotel el cielo se fue encapotando y las calles eran un torbellino de polvo arremolinado por el viento. Arrastrando a los niños, entre ellos dos, con las cabezas gachas en la ráfaga, cruzaron el pavimento corriendo hacia la entrada del hotel.

Tyler fue directamente al escritorio para averiguar si el Gobernador había llegado. No lo habían visto ni oído. Subiendo en el ascensor, al mirar muy casualmente el entrepiso, por la puerta divisó unas espaldas anchas y familiares, en traje de seda gris, inclinadas sobre un escritorio. Como el ascensor ya había empezado a subir no pudo salir de él hasta el piso siguiente. Tenso, esperó el ascensor que lo llevaría abajo.

Sí, era el Gobernador, y a su lado, en una silla, estaba la señora de Baskette, muy corpulenta en su vestido color verbena.

—Pero señora de Baskette, la señora de Crawford ha estado buscándola a usted por todos lados. Espero que la lluvia no los habrá molestado.

—Oiga usted, joven, el Gobernador y yo entramos adrede por la puerta lateral para darme la oportunidad de estar a solas con mi marido —dijo la señora de Baskette con voz aguda. Oportunidad que no se me presenta a menudo.

El Gobernador alzó la cabeza, la inclinó en un saludo y siguió escribiendo sus

cartas.

—La señora de Crawford se sentiría muy honrada de verlos a ustedes en su departamento... Le avisaré que están ustedes aquí.

Sólo en el hall de entrada encontró un teléfono. Abriéndose paso entre la gente que a esa hora vespéral llenaba el hall, se topó con un hombre gordo, de cara arrugada, a quien conocía muy bien. Era Pete Spencer, presidente del Comité de Hombres de Negocios que apoyaba la candidatura de Galbraith.

—¿Qué tal, Pete, cómo anda tu campaña?

—¡Magníficamente! —contestó Pete riendo. Pareces cansado, Spotswood. Me han dicho que Chuck se fatigó tanto que en Houston Park casi no se le oía.

—Espera a oírlo esta noche en la Ópera —dijo Tyler.

—Oye, Spotswood, alguien me ha dicho que el Gobernador ha llegado a la ciudad.

Tyler, impasible, negó con la cabeza.

—Ha de haber sido alguien que se le parece... y ahora que recuerdo, yo vi a un hombre parecido a Steve, al llegar al hotel hace unos minutos... Bueno, hasta luego. Avísame si se hacen apuestas a favor de Galbraith. Quiero ganar un par de apuestitas en estas elecciones.

Fue rápidamente al teléfono interno y llamó a la señorita Jacoby.

—Diga usted a la señora de Crawford que su tío y su tía la esperan en la sala de lectura del entresuelo. Dígale que baje inmediatamente.

Subió al departamento de Jerry Evans. En el centro de la habitación había una mesa larga decorada con rosas rojas y helechos de espárrago y con toda la platería que el hotel pudo juntar. En un rincón, junto a una mesita, Jerry Evans y Norman Stauch inspeccionaban una fila de botellas de whisky y de gin y la mezcla de varias clases de cocktails.

—Toby, ¿crees que deberíamos servir champagne?

Tyler estaba tan aturdido que casi no podía hablar. La voz le salía en un chillido jadeante.

—Hay que conseguir que Steve venga inmediatamente. Pete Spencer y los suyos llenan el hall. Seguramente se han enterado de algo y están tratando de dar con Steve para disuadirlo. Jerry, ¿qué tal si telefonea al escritorio central y les dice que estamos esperando al Gobernador pero que como viene a una comida privada no quiere que lo molesten? Pueden decir que no está aquí... Yo vuelvo allá a montar guardia. El Número Uno estará aquí dentro de pocos minutos.

Sue Ann ya se hallaba en plena tarea. No bien salió del ascensor, Tyler oyó su voz aguda y juvenil declarando que hubiese bajado antes a ver a los Baskette de no haber sido que los niños se trabaron en pelea, tirándose con las almohadas.

—Oh, me encantaría verlos —dijo la señora de Baskette.

—Como no, señora, subiremos en seguida y al Gobernador lo mandaremos a la comida del señor Evans... Mejor es que no tarde o harán algo peor.

El Gobernador preguntó si no podría acompañarlas, pues a él también le gustaban los niños. Tyler, en segundo plano, asentía sonriente, sin decir palabra.

—Vamos, Toby —dijo Sue Ann—; si no se han calmado, usted les da una paliza.

—Los nuestros ya son grandes —dijo la señora de Baskette— y lo siento.

Mientras iban por el ancho corredor del hotel Sue Ann exclamaba:

—No se imaginan ustedes lo feliz que me siento al saber que el Gobernador va a presentar a Homer esta noche. Para nosotros el día de hoy ha sido perfecto. Homer fue recibido en todas partes con entusiasmo delirante y ahora la presencia de ustedes cierra la jornada con broche de oro.

Los hizo entrar al dormitorio de los niños. Dos de ellos estaban acostados, bien abrigados en una cama doble, y Billy, el más pequeño, en una cuna. La niñera, una negra risueña, parecía una gallina cubriéndolos con sus alas. Quietitos, los tres miraban hacia el cielo raso con sus ojos redondos bien abiertos.

El Gobernador se aclaró la garganta. La señora de Baskette comenzó a gorjear.

—¡Dios mío!, qué encanto de niños. Yo no conozco a su marido, señora, pero estoy segura de que un hombre que tiene una mujer tan joven y simpática y unos hijos como éstos debe ser una excelente persona.

—Supongo que ha de haber habido peores senadores que el que podría ser Chuck —dijo el Gobernador.

—¿Qué le parece a usted, señor Gobernador, si dejáramos a las señoras conversar tranquilamente entre ellas? —dijo Tyler en un tono que le sonó a sí mismo falsamente mundano. Creo que nuestros amigos nos están esperando.

Yendo por el corredor el Gobernador no despegó los labios. Tyler sentía la cabeza vacía. No sabía qué decir. Sin darse cuenta se puso a silbar. Caminaban lentamente, uno junto al otro, con pasos medidos sobre la mullida alfombra del corredor. En el ascensor la ascensorista le dio las buenas noches, y poderle sonreír le causó alivio. Tyler deseó que ella reconociera al Gobernador, pero nada pudo hacer para lograrlo. En el cuarto piso, siempre sin hablar, se dirigieron por otro corredor alfombrado, hacia el departamento de Jerry Evans.

Cuando, abriendo la puerta, hizo pasar al Gobernador, Tyler trató en vano de no abombar el pecho. La habitación olía a cigarros habanos, a rosas, a whisky y a bitter angostura. Los hombres parecían grandes, limpios y alegres en sus trajes de hilo fresco recién planchados. «Huele a dinero». Las palabras se formaron rápidas en un pequeño rincón del cerebro de Tyler.

—¡Steve! —gritaron en coro.

Jerry Evans se adelantó hacia la puerta con la mano derecha extendida y un vaso de coca-cola en la izquierda.

—Qué gusto.

Tyler sonrió con sonrisa discreta y, de prisa, se dirigió nuevamente hacia el ascensor; «sonrisa de alcahuete» decía la voz en su cabeza, y al bajar en el ascensor sentía aún en sus labios el lugar donde la había llevado.

Por el hall fue al escritorio de la telefonista. Era una muchacha de cara puntiaguda, de pelo teñido color de sogas nuevas y de lindos ojos negros con pestañas de muñeca. Por encima de las guías telefónicas, Tyler se inclinó hacia ella todo lo que pudo y la miró a la cara.

—¿Qué tal, preciosura? —murmuró.

—Pero señor Spotswood, ¿qué lenguaje es éste?... Sí, están buscando al señor Bromfield... Hotel Alcázar... Buenas noches... ¿el señor Higgins?... El señor Higgins salió esta mañana...

—Pero sí, Francis, usted es muy hermosa.

Levantó hacia él sus cejas oscuras afeitadas en forma de media luna.

—Llame usted al conserje, por favor, ésta es la telefonista...

Sus manos subían y bajaban ante el tablero, conectando y desconectando clavijas. Cuando bajaba la mano para discar un número, las uñas rojas le brillaban.

—¿Qué le parecería a usted si, terminadas las elecciones, nos fuésemos los dos una noche a tomar un cocktail, luego a comer y después a un teatro? —le susurró Tyler.

—Yo no bebo, señor Spotswood... pero... ¿no le interesa a usted saber por quién voy a votar?

—Nada, nada, de eso hablaremos luego. Está usted tan bonita esta noche que me había olvidado de lo que tenía que decir. El señor Evans ha invitado al Gobernador a comer con algunos de nosotros en su departamento, número 465. No queremos ser molestados con llamados telefónicos. Si alguien llama conéctelo con la señorita Jacoby en el 1503 o dígame que vuelva a llamar después de las nueve... ¿Entendido? ¿No lo olvidará usted?

Francis sacudió sus rizos claros y una ráfaga de perfume almizclado llegó hasta Tyler.

—Esa Jacoby, qué aires se da —dijo con desdén. Ya he atendido varios llamados para el Gobernador. Corté porque usted me dijo que él no quería que lo molestaran.

—Hizo bien. Siga haciéndolo. Usted siempre hace bien las cosas, preciosura. —Francis, por unos instantes, dejó que él la mirara profundamente en los ojos.

—Eso es lo que usted cree —dijo. Buenas noches... Sí, hotel Alcázar. No, ésta no es la oficina de informes... Servicio, por favor...

Tyler se arrancó de allí sin ganas y volvió hacia el ascensor encendiendo un cigarrillo. No, todavía no tomaría un trago.

Subió al entresuelo y se dirigió al comedor privado de Sue Ann. Por la puerta entornada se oían risas chillonas y voces que se confundían en denso cacareo. Indeciso, Tyler permaneció afuera unos minutos, obstruyendo el camino a los mozos, que pasaban rozándolo. Estaba tan cansado que no sabía qué hacer para poder hablar con Sue Ann y ponerse de acuerdo sobre la manera en que llevarían a los Baskette a la Ópera después de comer. Poco a poco fue dándose cuenta de que la muchacha del gran sombrero negro, en forma de cuchara, que estaba junto a él, era su prima Laura

Stockton.

En el mismo instante volvieron la cara el uno hacia el otro.

—Hola, Tyler, me estaba preguntando cuánto tardarías en salir de tu sopor. ¿Ella está ahí dentro, verdad? ¿Quién es?

—Lorna, esta campaña me tiene tan rendido que no sé dónde tengo la cabeza. ¿Y a ti cómo te va? ¿Cómo están tía Harriet y tío Mat?

—Oye, primo, eres justamente el hombre a quien buscaba —dijo Lorna con risa coqueta. Desde hace poco soy cronista social en el *New Dispatch* y necesito una primicia.

—¡Habérmelo dicho antes! Te hubiera hecho invitar a la comida de la señora de Crawford.

—Con eso hubiera bastado para que me despidieran del periódico. Ya sabes lo que piensa Carey de la banda de Crawford.

—Pero dime, Lorna querida, si yo arreglo todo con la señora de Crawford, ¿nos darás una manita?

Lorna asintió vigorosamente con la cabeza.

—Pero tendré que burlarme un poquito de una comida de mujeres solas —dijo. Eso está bien para un almuerzo, no para una comida. Apuesto a que fuman puros.

—Lorna, ¿cómo puedes creer que una mujer como la señora de Stephen Rogers Baskette podría hacer algo tan impropio de la primera dama del Estado!

A Lorna comenzaron a saltársele los ojos como cuando de niños Tyler le contaba cuentos de fantasmas.

—Pero la señora de Baskette se excusó —dijo...

—Entra y verás por ti misma —dijo Tyler, que sacó un anotador y comenzó a escribir un mensaje. Escucha Lorna, si te presento a Sue Ann, ¿te portarás como es debido?

—Te lo juro... por lo que quieras... por mi vida... pero dime: ¿no es un poco vulgar la muchacha?

Tyler sintió que la ira le subía a la cabeza.

—Es una de las mujeres más extraordinarias, más buenas y más inteligentes que he conocido —le dijo frunciendo el ceño.

Lorna lo miró penetrantemente con sus ojitos de barreno.

—Pero, Tyler Spotswood, ¿otra vez en lo mismo? —dijo. Mi vida, leo en ti como en un libro abierto.

La cara de Tyler iba enrojeciendo. Volvió súbitamente la espalda y dio a un mozo la nota que acababa de escribir, pidiéndole que la entregara a la señora de Crawford. Cuando volvió a enfrentarse con Lorna estaba, de nuevo, impávido.

—Gracias a esa broma te quedarás sin la gran noticia del mitin de esta noche... A pesar de todo, me alegro tanto de verte...

—Pero, Tyler, no seas tonto, sólo bromeaba.

—Sue Ann te la dará.

Sue Ann en persona estaba de pie en la puerta con un vestido verde, bordado de lentejuelas, como el de un volantín de cuerda floja. Una banda de tul verde, con hilera de brillantes estrellas, sostenía en alto su peinado, que formaba rizos en la coronilla.

—Señora de Stockton —dijo con voz baja y amable—, yo ignoraba que usted era prima de Toby. Me da un gran gusto verla por aquí. Todo pariente de Toby es como si lo fuera nuestro. ¿Quiere usted darme el placer de tomar el café con nosotros?

Tyler veía cómo Lorna se iba derritiendo.

—Bueno —dijo—, veo que ustedes se entenderán. Lorna, te reservaré un asiento en el palco de la Ópera... y la semana próxima almorzaremos juntos, como antes...

Lorna sacudía la cabeza con aire desamparado.

—Ven a vernos, Tyler.

—Encantado, Lorna, lo haré.

Al subir en el ascensor, Tyler encendió otro cigarrillo. De tanto fumar su boca sabía a fondo de gallinero. Comenzaba a sentirse más alegre. Un par de tragos a la hora de la comida y se sentiría totalmente reconfortado. ¡Pobre Lorna! Tiempo atrás había creído estar enamorado de ella. Mientras caminaba por el corredor iba recordando la tarde lacrimosa cuando decidieron que, por ser primos hermanos, no deberían casarse... Él partió diciendo que no le quedaba otro consuelo que dedicarse a la bebida. Pues bien, había cumplido con lo dicho. Anunciando al día siguiente su compromiso con el teniente Stockton, Lorna había quitado toda belleza a esos momentos. A pesar de ello, Lorna es una buena muchacha. Tal vez se dé maña para hacer figurar a los Crawford en la crónica social.

Tyler se detuvo un momento sobre sus pasos frente a la sala de Jerry Evans. Escuchaba las voces y las risas de los comensales, tratando de no pensar en nada, salvo en lo que había que hacer esa noche. ¿Y si bajase al bar, se emborrachase y mandase todo al diablo?... Imaginó con tanta fuerza un trago de whisky que le pareció sentirlo corriendo por su garganta. Cuando abrió la puerta vio que apenas habían terminado la sopa. El mozo había dejado aparte para él un plato caliente. Se sentó en un asiento vacío entre Ed James y Frank Goodday. Mientras revolvía la sopa con la cuchara sus ojos recorrían la mesa con mirada valoradora.

Grande y desbordante con su traje blanco bien planchado y la cara radiante sobre el mantel, la platería y las flores, Jerry Evans, semejante a una gran luna roja, presidía la mesa. A su lado estaba el Gobernador con su pelo negro cepillado hacia atrás sobre la frente estrecha y su enmarañado entrecejo sobre la nariz recta. Steve Baskette comía con lentitud y tomaba, de vez en cuando, un sorbo de agua helada, dejando que las tupidas pestañas le cubriesen los ojos cuando, con voz cantante, contestaba las preguntas que le hacían. Chuck estaba sentado enfrente. Después del semblante satisfecho e incoloro de Frank Goodday, Tyler veía la cara de Chuck, su frente arrugada, las patas de gallo y las líneas amargas junto a las comisuras de los labios. Parecía cansado y malhumorado. Casi no hablaba. Justo frente a él se hallaba un hombre joven fanfarrón y barullento, con pelo rubio cortado en cepillo: era el

Reverendo Chester Bigelow, predicador del Tabernáculo Bautista y Presidente de la «Comisión Todo Hombre Millonario» de Horton. Al otro extremo de la mesa, Norman Stauch lo pasaba muy bien, comía, bebía y reía con la cabeza echada hacia atrás, contándole al juez Banning, que lo escuchaba con la expresión bondadosa de un viejo de Navidad, del día en que, cazando en Arizona, le tiró a un chivo enorme que resultó estar embalsamado. Ed, Frank Goodday y Herb Jessup escuchaban en silencio lo que se hablaba en los extremos de la mesa, pero el Reverendo Bigelow acechaba el momento de copar la conversación. Cuando trajeron la marmita de tortuga, el juez Banning, adelantándose a Bigelow, tuvo a todos en suspenso contando incidentes de pesca y otras aventuras de su infancia. Se destapó el champagne. Jerry Evans se divertía haciéndolo hablar al juez Banning de manera que cada vez que el Reverendo abría la boca y se llenaba los pulmones de aire para tomar la palabra tuviese que exhalarlo de nuevo, sin salir con la suya.

Tyler no lograba tragar bocado de la masa espesa y condimentada que había en su plato. Para evitar las arcadas pidió al mozo que le trajera un whisky puro. Se había prometido no beber hasta después de la reunión, pero un trago no importaba.

Mientras el mozo hacía circular, en fuente de plata, el llameante budín al ron para que todos lo vieran antes de servirlo, el reverendo Bigelow, después de haber mirado repetidamente su reloj, se puso de pie pidiendo que lo disculparan pero que sería mejor que él fuese a la Opera para dar comienzo a la reunión y que los señores no debían olvidar que la transmisión radial de los discursos comenzaba a las nueve y cuarenta y cinco y terminaba a las diez y quince. Chuck se levantó y abrazando al reverendo por los hombros cuadrados lo acompañó hasta la puerta hablándole seriamente al oído. Jerry Evans también se levantó para despedirse del reverendo.

Cuando Chuck volvió, mariposeó en torno a la mesa hasta quedar apoyado contra el respaldo de la silla de Tyler. Lo hizo levantar y lo arrastró hacia el extremo de la mesa. En la cabecera se dejó caer en la silla con un gruñido satisfecho indicándole a Tyler que se sentara en el asiento junto al suyo, frente al Gobernador.

Jerry, mientras tanto, se había instalado al lado del juez Banning y le contaba uno de sus cuentos escoceses. En ese extremo de la mesa todos reían acechando la oportunidad de contar un cuentito o de gastarse una broma al pasar.

En la cabecera, como si estuviesen sentados detrás de un biombo, Tyler, el Gobernador y Chuck se miraban mutuamente en silencio, sin probar el postre que estaba ante ellos.

Chuck comenzó a hablar de prisa, con voz grave.

—Créame, Steve, si yo hubiese sabido que usted pensaba lanzar su candidatura, hubiera esperado... Soy joven aún... Si al cumplirse este término usted quiere ir al Senado, tendrá el apoyo de toda mi organización... Usted ha sido el mejor Gobernador que este Estado ha tenido en cincuenta años. El senador Height es un hombre decente pero entiende más de criar mulas que de política nacional. Su término vence dentro de dos años... Y es posible que renuncie antes. Steve, si usted

quiere ir al Senado yo lo llevo al Senado. Si las cosas toman ese cariz, hasta renunciar puedo.

—Es difícil que dos personas se pongan de acuerdo sobre algo que no puede constar por escrito —dijo el Gobernador con tono arrastrado.

—Si no me cree a mí, Steve —la voz de Chuck tomó un falsete agudo—, aquí lo tiene a Toby. Nadie pondrá en duda lo que afirma Tyler Spotswood... Quiero que comprenda que, desde ahora, nuestra organización será conocida no sólo en este Estado sino en el país entero.

Steve Baskette no dijo nada. Del otro extremo de la mesa se oían toses y risas. Finalmente al Gobernador le subió a la lengua una reflexión que pareció arrastrarse dificultosamente fuera de sus labios.

—Bueno, nunca he creído que fuese fácil arreglárselas con tantos compromisos.

—Vamos a ver —dijo Tyler entrando a tallar alegremente—, consideremos el asunto de esta manera... Ustedes cuentan con el apoyo del electorado verdaderamente independiente... aparte de los votos que cualquier camarilla puede aportar. Sabemos que el Gobernador salió electo por una mayoría de casi cien mil votos. Cuando nuestro distrito lo mandó a Chuck al Congreso derrotó a Willy Green por tres a uno. Creo que esos mismos electores, inteligentes e independientes, que dieron la mayoría a Steve, votarán ahora por Chuck para senador. Lo queramos o no... y yo declaro francamente que lo quiero... tenemos que mantenernos unidos porque contamos con el mismo apoyo electoral. Si nos dividimos salimos todos perdiendo.

El Gobernador llamó a un mozo y le dijo algo al oído. El mozo volvió trayendo un plato con panecillos y una botellita de salsa de tomate. Sin decir palabra rompió el pan, pinchó un trocito con el tenedor, echó sobre él unas gotas de salsa y se lo metió en la boca.

—Yo no tomo postre —dijo.

Masticaba silenciosamente, con los ojos fijos en el plato. Bruscamente, como un relincho, llegó del otro extremo de la mesa la risa de Stauch, provocada por el chiste de viajante comercial que el juez acababa de contar con voz baja y monótona. Todos, ahora, estaban atentos a lo que Steve Baskette iba a decir.

—Bueno, yo no me fiaría de Fatty Galbraith aunque sólo quedase él sobre la tierra —dijo con voz vigorosa que se oyó a lo largo de la mesa.

Luego, con gestos lentos y medidos, sin mirar a nadie, dobló la servilleta y retiró la silla como indicando que para él la comida había terminado.

Los mozos estaban pasando cigarrillos y licores. Tyler sacó su encendedor y encendió primero el cigarro del gobernador, luego el de Chuck. Iba a encender el suyo cuando Jerry, desde el otro extremo le gritó.

—¡Tres con uno, hermano... *Jamais de la vie!*

—¡Muy bien! —dijo Tyler apagando su encendedor y volviéndolo a encender.

Los tres hombres se pusieron de pie.

—¿Qué hora es, Toby? —preguntó Chuck.

—Las ocho y media, casi —dijo Tyler mirando el reloj.

—Ya deberíamos estar en la Ópera... ¿Y dónde diablos será su desfile, Toby?

El gobernador y Chuck fueron hacia la ventana seguidos por los demás. Los mozos se abalanzaron sobre las sillas y se las llevaron consigo.

—El desfile ha de estar por llegar —dijo Tyler estirando el cuello para ver a lo lejos por calle.

—Nosotros creemos, Señor Gobernador —dijo Chuck—, que es necesario restituirle a la lucha política todo lo espectacular que tenía antaño... Eh, muchacho —le gritó a un mozo—, ¿cómo se abren estas ventanas?

—No se abren, señor, debido al aire acondicionado.

—Eso es lo que usted se cree —dijo Chuck. Toby, llama a Jackie y dile que traiga su caja de herramientas... Él las abrirá.

Ya oían el redoblar de los tambores y la batahola del camión de la música cuando llegó Jackie Hasting seguido por un joven boxeador flaco, vacilante, grandulón, que tenía varias verrugas de pelo en la mandíbula carretilluda. Las grandes manos le colgaban oscilantes como cachos de banana de las muñecas nudosas al extremo de los largos brazos. El hecho de tener un ojo más grande que el otro le daba a su rostro inexpresivo un aire misterioso y desequilibrado.

—Pero si es Saunders, mi viejo compañero de boxeo —dijo Chuck dándole un puñetazo en las costillas.

Saunders retrocedió sonriendo afectuosamente. Tenía en la mano una bolsa con herramientas. En un santiamén él y Jackie Hastings arrancaron el burlete y abrieron la ventana del balcón que estaba sobre la entrada principal del hotel. De la calle penetró al cuarto un aire húmedo y caliente, el ruido de pasos arrastrados y el sonido lejano de bocinas y de klaxons.

—¡Estos muchachos son capaces de destrozarse lo que yo quiera y a quien yo quiera que destrocen! —rugió Chuck palmeándoles las espaldas.

—Ellos son los que instalan nuestros altoparlantes —agregó Tyler en tono explicativo.

Repentinamente, justo debajo de la ventana, desde el camión de la música, comenzó a oírse con fuerza suficiente como para romper los tímpanos un discurso de Chuck grabado en disco.

—Estos años serán triunfales para el hombre de la calle; el ciudadano común reconquistará su gobierno y la civilización entera. Ha llegado el momento de elegir gente humilde que defenderá los derechos de los humildes y que cuidará de que el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, no desaparezca de la faz de la tierra.

Con agilidad, Chuck saltó al balcón por sobre el zócalo de la ventana.

—¡Venga, Steve! —gritó desde allí.

El gobernador, moviéndose con cuidado, temeroso de manchar su traje de lino

blanco, se dobló en dos para pasar por la ventana, y afuera estiró su cuerpo flaco. Tyler lo siguió. Steve Baskette husmeaba el aire pesado y miraba al cielo. —Habrà tormenta —dijo.

Las luces de bengala rojas iluminaban el camión blanco de la música y, detrás de él, una fila de automóviles decorados con trapos rojos, cubiertos de letreros, que flotaban en el viento borrascoso, y las cabezas y los hombros de la gente que marchaba a los costados. Flameaban también en las ventanas sin luz de los edificios de enfrente y teñían de rosa las nubes bajas. El camión de la música se detuvo y dejó de tocar. En él se encendieron dos reflectores que, iluminando a los hombres del balcón, proyectaron contra la pared y las ventanas sus altas y despatarradas sombras. De la calle subió una aclamación estruendosa. Alzándose hacia el balcón, los rostros de la multitud se iluminaron de rojo. En el camión de la música pusieron el disco «Todo Hombre Millonario».

Tyler advirtió que el gobernador se sobresaltó como si le hubieran apuntado con un revólver. Chuck, extendiendo los brazos, había comenzado a dar saltos hacia arriba. En seguida abrazó al gobernador por el pecho, ya que su estatura no le permitía abrazarlo por el cuello. Los labios del gobernador se apretaron hasta formar un breve trazo oscuro. Con el brazo libre, saludó gravemente a la masa; luego, como un hombre a quien le están por disparar un tiro, entró, escabullándose rápida y cautelosamente, por la ventana.

Tyler, no queriendo figurar en la farsa, le había sacado el cuerpo antes que él, desapareciendo en el cuarto. Cuando para ayudarlo a trasponer el marco de la ventana, tendió la mano a Steve Baskette, éste siguió de largo. Por unos instantes Tyler se sintió traspasado por una mirada de víbora, pero en seguida los párpados pesados cubrieron de nuevo las negras pupilas opacas.

Steve Baskette se dirigió al juez Banning con tono arrastrado:

—Antes, cuando organizábamos desfiles de antorchas, encendíamos un barril de brea en cada esquina... Allá en Tecumcari una noche quemaron medio pueblo.

—Y un barril de whisky, no olvide usted el barril de whisky —dijo el juez con su voz aterciopelada.

Chuck saltó dentro del cuarto.

—¡Qué porquería! —dijo—; esto no es un desfile ni nada que se parezca.

Se restregó las manos para quitarse el polvo.

—Cierra esa maldita ventana, Toby, nos estamos ahogando aquí dentro...

De pie, con las piernas en ángulo, con su amplia y arrogante sonrisa, miraba la habitación.

—Ustedes nos disculparán, señores, pero Toby y yo tenemos que darle un repaso al discurso. Dentro de media hora nos encontraremos todos en el vestíbulo. Él me dice lo que debo decir y yo lo digo... El señor Jessup está encargado de los asientos de la tribuna... ¿Dónde estás, Herb? Tan calladito que no te he visto en toda la tarde.

—Presente —dijo Herb Jessup arrastrando la voz y levantando de la silla su

cuerpo blando.

—Señores, será mejor que nos pongamos en marcha.

Chuck cogió a Tyler por un brazo y lo arrastró afuera.

—¿Dónde están esos malditos gorilas? —preguntó en el corredor.

—En la habitación 425, al extremo del corredor.

Entraron sin golpear a la puerta. Chuck se puso a gritar desaforadamente:

—Jackie, hijo de perra, ¿a eso lo llamas un desfile de antorchas? ¿A esas diez miserables lucecitas de bengala? ¿No te dije que no te fijaras en los gastos? ¿O para qué cuernos crees que te di el dinero? Esa miserable fantochada no sirve para nada. Una multitud no es tal si no hace que se movilicen las fuerzas policiales.

—Ten paciencia, Número Uno —dijo Jackie Hastings.

Echaba centellas por sus ojos azules, y su rostro, de nariz respingada, que siempre parecía algo quedado a medio hacer, tenía ahora el color y la consistencia de la masilla.

—Les estaba diciendo a los muchachos que, a mi parecer, lo hicieron bastante bien.

—¿Dónde están Saunders y Crummit?

Saunders y un tipo con cabeza en forma de bala y pecho abombado, salieron, con aire furtivo, del cuarto de baño.

—Apostaría a que han estado bebiendo ahí dentro —gritó Chuck. Si se emborrachan antes del mitin de esta noche los echo a todos a patadas. Y se equivocan si creen que otro que yo puede salvarlos de la cárcel. Yo quería que hubiese un gran tumulto fuera de la ópera y que todos los asientos estuviesen ocupados antes de las ocho. Ese puñado de colegiales agitando sus lucecitas de bengala no sirve para nada.

—Quizá consiga algunos negros y mejicanos para esta noche, aunque ya es un poco tarde —gimió Saunders.

—Quiero gente blanca, ¡caray!

—La reunión ya ha comenzado. El reverendo Bigelow ha tenido la palabra durante la última media hora —dijo Tyler.

—De los que están en el vestíbulo, ¿a cuántos podrías decirles algo?

—A unos cien por lo menos, Número Uno —dijo Jackie zalamero. Pero te aseguro que la ópera está atestada. Vengo de allá.

—Muy bien, diles que tienen que aplaudir y vivir al gobernador. Ovacionarlo cuando llegue, al comenzar su discurso y mientras hable. Poco importa que lo oigan o no. A mí me ovacionarán de cualquier manera, pero quiero que el gobernador vuelva a su casa satisfecho. Está hecho una pantera.

A través de las ventanas cerradas se oyó un ruido que parecía el de una tonelada de carbón cayendo por un caño metálico.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Chuck sobresaltado.

—Es la lluvia, Número Uno —dijo Jackie Hastings abombando el pecho.

—¿No te alegras ahora de que te hayamos ahorrado algunos billetes?

Saunders, acomodándose los pantalones bajo el cinturón, se acercó un poco a Chuck.

—De haber reunido una muchedumbre la gente hubiera vuelto a sus casas empapada y de rabia hubiese votado por Galbraith... Ya verás cuántos hay en el vestíbulo. ¿No es mejor que estén allí y no afuera pescándose un resfrío del demonio?

—Muy bien, muchachos —dijo Chuck sin sonreír—, y ahora en marcha.

Jackie Hastings salió primero. Saunders y Crummit detrás de Tyler y de Chuck. Caminaban con paso corto y rápido, como si lo hubiesen ensayado, por la alfombra mullida del corredor rumbo al ascensor. Al pasar empujaron contra la pared a un par de viajeros. El ascensor los llevó al garage del subsuelo. Chuck y Tyler saltaron al amplio asiento trasero del Lincoln blanco y los otros tres se apretujaron en el delantero. Agua barrosa y arremolinada cubría las calles de acera a acera.

—Qué suerte, la gente no podrá abandonar la sala durante tu discurso —murmuró Tyler con risita burlona y nerviosa.

Chuck no rió, siguió recostado contra el respaldo del asiento del automóvil, mirando hacia arriba, como si no hubiera oído.

Entraron corriendo por la puerta del escenario. Chuck estaba ciego de rabia.

—¡Por supuesto, a ninguno de ustedes, hijos de perra, se le ha ocurrido traer un paraguas!

A toda prisa, transpirando, se dirigieron hacia los bastidores, subiendo por una vieja y polvorienta escalera de hierro.

—Lo que sucedería aquí si estallase un incendio —murmuraba Chuck. Hay que demoler esta ratonera inmunda y edificar un teatro nuevo.

Antes de salir a escena Chuck se detuvo detrás de una bambalina pintada de follaje, para recuperar su aliento. Todo él estaba atento a lo que sucedía. Detrás de él, Tyler, de pie, sentía su corazón latir con fuerza. Con voz aterciopelada el juez Bannings hablaba y hablaba. Frente a ellos veían de perfil las caras atentas de los hombres y de las mujeres que ocupaban la tribuna. Más allá, parte de la sala, sombra violeta claveteada de cabezas, donde los rostros ponían borrones rosados. Con el cuerpo tenso, Chuck esperaba como un hombre que va a zambullirse desde gran altura. Se secó la cara y el cuello. «Dame un pañuelo», murmuró roncamente sin volver la cabeza. Tyler le puso en la mano un pañuelo limpio, bien doblado. Tenía la mano helada y temblorosa. Todo él temblaba empapado en sudor como un mastín bajo un temporal. De repente, caminando con pasos ágiles, cortos y rápidos, se lanzó a la luz deslumbrante de los reflectores. La emoción sonrojaba su cara juvenil; abría muy grandes los ojos y llevaba una sonrisa atrevida en sus labios carnosos. La sala prorrumpió en aplausos. En el escenario, la gente se levantó de sus asientos y se arremolinó en torno a él. El juez Banning se volvió y extendió el brazo, desde el hombro, con ademán de tribuno.

Tyler se adelantó un poco para ver mejor. Chuck se acercó al gobernador y le apretó la mano. Las bocas rugieron, las manos batieron palmas. A Tyler le pareció de

pronto que todo cuanto había hecho valía la pena. Llegaba a la meta. Había cumplido su tarea. Ahora podía tomar un trago.

Todo marchaba de acuerdo con el programa. El juez Banning presentaba al gobernador como final de su discurso. La sala ovacionaba al gobernador con gritos, vivas y cornetines mientras la orquesta regional tocaba la canción favorita del gobernador «No me entierres en el prado solitario». Cuando comenzó a hablar, Steve Baskette parecía malhumorado, pero iba redondeando su discurso.

—Amigos... y correligionarios demócratas del mayor Estado demócrata de la Unión... es un gran placer para mí estar con ustedes esta noche...

Tyler no escuchaba. De vez en cuando una palabra aislada se destacaba de entre todas las palabras de los discursos del día, que seguían zumbándole, como moscas, en los oídos... «el privilegio de dirigirles la palabra... el honor de presentarles... el hombre que...».

La sala deliró. El público se puso de pie viviendo y aplaudiendo. Tyler sintió de pronto que la bilis lo ahogaba. Volvió la espalda y fue saliendo lentamente. Gracias a Dios, ahora podría tomar un trago.

En las escaleras se encontró con Ed James que subía lentamente, resoplando con aire despreocupado.

Ed miró a Tyler de arriba abajo.

—¿No puedes soportarlo, eh? —le dijo.

—Calla la boca. Ven, vamos al hotel a tomar un trago.

—Tanto mejor. Temí que tomaras estas cosas en serio, Toby.

Estuvieron un rato en la entrada, azotada por la lluvia, esperando un taxi.

—Bueno —dijo Ed—, por fin terminé el libro. Dios sabe cómo... cuando pienso que dejé mi trabajo como agente de publicidad en los bancos para dedicarme al periodismo libre y poder decir la verdad... Esto me recuerda a aquello de Shakespeare: «*Vengo a enterrar a César y no a alabarlo*».

Tyler golpeaba nerviosamente con la punta del pie. De pronto advirtió que se había quedado ronco y que sólo podía hablar murmurando.

—Calla, por favor —le pidió, con voz rasposa. Espera por lo menos a que haya bebido algo.

La frescura confinada de los corredores del hotel lo apaciguó. En su habitación había tranquilidad. La cama, el escritorio, el ventilador, el teléfono, estaban en su lugar habitual. Extendió la mano hacia los estantes del armario, impregnado con el vaho familiar del lavadero que emanaba de su ropa, y sacó una botella de whisky. De tan cansado, no podía arrancar el estaño esmaltado que cubría el corcho.

—Dame, yo lo haré;... en mi cortaplumas tengo un tirabuzón —dijo Ed con tono calmado como si hablara con un niño.

Tyler se quitó el saco sudado, la corbata, y con la camisa húmeda y fría se tiró sobre la cama.

—No hay nada como el hogar —graznó.

Ed le alcanzó medio vaso de whisky tibio. Tyler levantó la cabeza y lo fue bebiendo a tragos, como un niño obediente una medicina.

—Bueno, beberé esto para conciliar el sueño y luego tomaré las de Villadiego — dijo Ed. Tú necesitas descansar.

Tyler apuró el contenido del vaso, echó hacia atrás la cabeza sobre la almohada, atragantándose un poco y, con los ojos cerrados, se puso a esperar la sensación de bienestar. Levantó la cabeza.

—¿Y dejarás que me emborrache solo? —dijo, hablando ya con más facilidad. No, no te marcharás hasta verme en brazos de Morfeo.

Sentado sonriente al borde de la cama tendía el vaso hacia la botella.

CAPITULO III

Cuando tratas de encontrar al pueblo encontrarás quizá un muchacho de diecisiete años que ha trabajado el día entero en un almacén; por fin está en casa (su viejo es un borracho, su gente no lo comprende, su jornada es demasiado larga y su jornal demasiado escaso, necesita un par de zapatos nuevos, teme acercarse a las muchachas; quiere un automóvil de último modelo, tener un «smoking» de verano, ser director de algo y sentarse ante un amplio escritorio pulido; vagamente entrevé además la posibilidad de llegar a Presidente): la radiotelefonía lo entusiasma;

sube corriendo cuatro pisos (es una casa vieja convertida en departamentos), hace oídos sordos a las voces vecinas, a los fonógrafos, a los programas favoritos, a la niña que practica escalas en el piano, al chirrido del biftec que alguien está friendo, abre la puerta del altillo, la cierra dando un golpe, aspira feliz el olor cálido y confinado de los cajones viejos llenos de bolas de naftalina y el de las astillas secas y polvorientas y el de la cola de las mesas y de las sillas rotas; bajo la ventana del techo en declive, sobre una mesa de tres patas apuntalada por un baúl clavado al piso para mantenerla firme, está su aparato de radiotelefonía transmitiendo y recibiendo:

onda corta; cuando se coloca los auriculares sobre la cabellera despeinada que necesita un corte (sus granos son terribles, olvidó escribir pidiendo esa cura para el acné; de noche, en cama, sufre soñando con mujeres): el conmutador marcha, está conectado; sus oídos arden con el zumbido de los tubos que se calientan:

está en el espacio, inmensidad sonora, cóncava de voces, puntuada de señales, esfera ilimitada; sus oídos están por doquier, su lengua, disparadora de chistes (¿lo oíste?), habla con todos, con operadores invisibles, con estaciones que se desvanecen roncando

en los horizontes (la noche anterior chapuceó con ese condensador hasta quedarse dormido en la silla) del poder de su aparato radial hecho en casa:

los camiones policiales transmiten pesadas voces de agentes; tres alarmas de incendio en el camino a Conduct, un hombre ultrajando a una mujer en Locust y Estate, pelea en la cancha de bochas al final de la calle Freeland... es Jorge, de la isla Catalina, habla como un hombre que sabe... nuestra balandra... la carrera... mudó de botavante... la puse en línea y se sostuvo... enfiló hacia Long Point... llegamos a tiempo... Joe (éste parece un idiota) irá esta noche a bailar, fue al centro y comió sopa y pescado... otro pazguato, éste no para de contar que es vegetariano, ha estado toda la semana pegado a su transmisor elogiando al mundo las zanahorias, ¿a quién le interesará?... Federico sintonizó Melbourne anoche, ahora busca a Bombay... ¿Qué tal un poco de música?... los oídos pulsan con una rumba y una débil voz de mujer que timbrea tangos en La Habana:

arriba en el altillo la ventana está oscura, ha de ser tarde; hora de comer, seguramente; se quita los auriculares

*y el universo desaparece
dejando tan sólo las acalabradas restricciones cotidianas, las suelas gastadas
de sus zapatos, los calzoncillos deshilachados, las manchas en su única corbata
buena
y la enloquecedora necesidad de cambio.*

CON LAS MANOS LIMPIAS

Tyler cruzó tambaleante el linóleo lustroso de la pequeña cocina. A través de las persianas, saetas verdes y violáceas en revoltijo, le acuchillaron los ojos. Esta vez no tenía jaqueca. Se sentía bien y levemente ebrio. Pero con la cabeza grande y muy sensible. Le parecía que su cráneo era enorme y quebradizo como un cascarón de huevo y que estaba posado en el extremo de su frágil espinazo como un pájaro pronto a emprender vuelo. Sentía el cráneo transparente y que las listas horizontales de luz verde y violácea golpeaban su blando y palpitante cerebro. Con dedos temblorosos buscó las cuerdas de las persianas, y malhumorado tiró de ellas. Sólo unas pocas líneas de luz siguieron hiriéndole los ojos.

La cabeza no le dolía pero sentía las piernas heladas. No tenía puesto el pantalón del pijama. Volvió, haciendo eses, a la puerta del dormitorio e inquieto miró hacia dentro. Ella dormía aún. En la oscuridad azul sólo podía ver un revoltijo de pelo rubio sobre la almohada y una forma bajo la ropa de cama arrugada. Roncaba. ¿Cómo, en nombre de Dios, convencerla de que tenía que volver a su casa? ¿Cuánto tiempo habían estado allí? Cuando intentaba recordar, su cerebro era un torbellino negro. ¿Pero quién demonios es?

vio su ropa colgada cuidadosamente del respaldo de una silla. Mordiéndose la lengua entró en puntas de pie al dormitorio, que todavía olía a cigarrillo y a whisky. Levantó la silla en brazos y la llevó a la cocinita. Luego con increíble cautela y lentitud fue cerrando la puerta hasta que oyó el golpecito seco del picaporte. Respiró con alivio. Había contenido tanto la respiración que se sentía mareado. Ahora tengo que salir de aquí a la brevedad posible, se murmuró confidencialmente a sí mismo. Al levantar de nuevo en sus brazos la silla con la ropa comenzó a reír suavemente conteniendo el aliento.

Del otro lado de la cocina, la estrecha salita tenía una alfombra con flores rojas, una mesa de abedul y un sofá con almohadones también floreados. Bajó la silla, se sentó en el sofá y, extendiendo las piernas frías y velludas, se puso a pensar. Cayó en una vaga modorra llena de autoentermecimiento. La voz de Chuck insistía monótona en sus oídos: «¿Y por qué diablos no iban a venderme los contratos de arrendamiento? ¿Acaso no fui yo quien los puso a ellos donde están?». «Pero Chuck, no podemos hacer la operación de esta manera, no Chuck, no». Tyler meneaba la cabeza. «¿Qué mal hay en ganar algo?... Vendemos lo restante a los mejores hombres de negocios... el pueblo explotará los pozos de petróleo... el porcentaje de sus ingresos rebajará los impuestos y nadie dirá nada. Yo salgo con las manos limpias». Sonaba la sirena de alarma contra los ladrones. Tyler se quedó tieso de pánico. La sirena seguía sonando.

Era él teléfono. Sonaba y sonaba. Despertará a esa maldita mujer. Tratando de aclararse las ideas frunció la frente hasta sentir dolor. Tenía el tubo en la mano pero no sabía qué extremo acercar a su oído. Era la voz de Sue Ann, tan aguda y nerviosa

que hacía vibrar el receptor. —Un minuto, Sue Ann, espere usted —repetía y repetía. Ella hablaba y hablaba. Quería que él fuese en seguida. Le preguntaba dónde había estado todo este tiempo y dónde estaba Homer.

—No puedo ver la hora, Sue Ann —dijo Tyler dominando repentinamente su voz.

—Usted ha estado bebiendo, Tyler, y me había prometido que no lo haría.

—No he estado bien. Estoy bajo asistencia médica —se oyó decir Tyler. ¿Qué hora es?

—Son las dos, Tyler.

—A las seis estaré en el hotel, Sue Ann.

—¿Sin probar ni una gota?

—Ni una. Se lo prometo.

Ella colgó el receptor y él advirtió, de pronto, que estaba poniéndose los pantalones a toda prisa. Tardó en vestirse. No había espejo y temía ir al cuarto de baño, no fuera que despertase a la mujer al pasar por el dormitorio. Se le saltó un botón de la camisa. La corbata se la anudó bajo una oreja. Perdió el chaleco. Repentinamente advirtió que había abierto la puerta exterior y que estaba mirando fijamente el angosto radiador reluciente y los faros delanteros de un automóvil. Fue como encontrar a alguien, cara a cara, en un vestíbulo oscuro. Era su automóvil. Recordó recién entonces que estaba en el Motel Sunnyside^[2]. Se acercó al coche y metió la cabeza en él para cerciorarse de que había cerrado el contacto. La llave no estaba en el tablero, tampoco en el bolsillo. Debió de haberla dejado en el chaleco. De cualquier manera no estaba en condiciones de manejar.

El viento soplaba con fuerza. Bajo el sol achicharrador atravesó el patio de cemento en cuyo centro crecía un sicomoro. La corteza, al caer en pedazos, había dejado en el tronco manchas blancas, verdes y amarillo pálido. Así se sentía él interiormente.

A la entrada del patio, dentro de una oficina toda de vidrio, sentado al escritorio, un muchacho de camisa azul hacía palabras cruzadas.

—Consígame un automóvil, por favor —dijo Tyler con voz gutural.

Bostezando, el muchacho tomó el teléfono. Tyler quedó afuera esperando y rogando a Dios que nadie se le acercara. El reflejo del sol sobre el cemento le hería los ojos. Se sentía desollado vivo por las ráfagas de polvo. Cuando llegó el taxi se acercó tambaleante y le dijo al muchacho que si la señorita... ¿Qué diablo de nombre dio cuando la inscribió en el registro?... Hum, la señora... Hum... si la señora preguntaba por él, le dijese que fue a tratar un negocio. El taxi rodaba por la ancha carretera entre avisos, pesadas y restaurantes. El conductor le gritaba, por sobre el hombro:

—¿A dónde lo llevo, señor?

—A la casa de baños. Sigo un tratamiento, por prescripción médica.

Cuando entró tambaleante al tranquilo y oscuro vestíbulo de la casa de baños, entró por la puerta opuesta un hombre de chaqueta blanca, de cara grasienta, ancha,

amarilla y con boca de sapo.

—No se preocupe usted, señor Spotswood —le dijo. En un santiamén lo dejo como nuevo.

—A la obra, Pelk —contestó Tyler abandonándose—; tengo que salir de aquí, listo para una conferencia a las cinco y cuarenta y cinco.

—Pierda cuidado —dijo Pelk con tono amenazador.

Para comenzar lo metieron a Tyler en un baño termal, después en uno de vapor del cual sólo se libró la cabeza, y luego lo zambulleron, boqueando, bajo una ducha helada. Inmediatamente lo acostaron sobre una tabla y Pelk comenzó a molerlo. Mientras con sus grandes manos suaves sobaba los brazos flacos de Tyler, se puso a charlar.

—Ayer estuvieron aquí, los atendí juntos, a él y a Herb Jessup... No he visto un par de salvajes semejantes... Me tuvieron como sobre alfileres. ¡Qué gancho tiene ese Herb! Hablaron muy bien de usted, señor Spotswood, dijeron que usted se desvivía y que sin usted no hubieran ganado las elecciones. Habían estado de parranda en lo de *Lunt's*... Los hombres importantes, como ellos, necesitan tener sus desahogos. Me dijo que el dueño de ese local es Norman Stauch... ¿Le duele, señor Spotswood?

Tyler gruñó.

—Sólo la buena circulación desintoxica el organismo. Lo hubiera usted visto con el «punching ball»... Y en el gimnasio casi lo mató a Big Joe. Se puso a boxear con Herb Jessup y en dos minutos lo tuvo contra la pared; no tiene fibra pero es fuerte, dicen que porque hacha leña. Si es así no comprendo por qué tiene esa panza. Él dice que todo lo que come y bebe se le va a la panza. ¿Y a dónde se le podría ir? Pero no, no se le va sólo a la panza. Puede agradecer al cielo que Patsy Donahue sólo tenga muchachas sanas. Si una de esas individuos se enferma, que se despida de lo de *Lunt's*. ¿Conoce usted a Me Guire, el jefe de policía? Bueno, es medio hermano de Patsy Donahue, y cuando Patsy se lo pide las echa de la ciudad... Pero le aseguro que fue una sorpresa para mí saber que Norman Stauch era el dueño de la barraca. Siempre creí que era de Patsy y del jefe. No me extrañaría que Norman Stauch se la hubiese ganado a los dados. Aquí las apuestas son altísimas. Y no me creerá usted pero ese local es famoso en el país entero. El otro día tuve aquí a dos personajes de Chicago que vinieron especialmente para probarlo... ¿Qué le parece? Dijeron que Eileen Me Coy es la ramerita más apetitosa que hay al Este de Reno, Nevada... Es lo que suelen llamar una hembra fogosa. Me cuentan que ahora se ha vuelto tan remilgada que únicamente para un senador se digna descruzar las piernas... ¿A que no adivina para qué senador?... Y no hace mucho, si cualquiera de nosotros la llevábamos a casa le parecía una fiesta... Señor Spotswood, ¿qué es un mandamiento?

—Simplemente una carta orden. Tuvimos que conseguir una para obligar al Secretario de Estado... que es partidario de Galbraith... a confirmar el nombramiento de Chuck.

—Y todo está arreglado, ¿no? ¿Ya no habrá líos? No querría perder los veinticinco que aposté. El tipo no quiere pagármelos hasta que el nombramiento no esté confirmado.

—No se preocupe usted, Pelk —jadeó Tyler. Le darán su dinero.

—Bueno, después de una campaña como ésta, comprendo que ustedes necesiten animarse con unos tragos, pero yo le aconsejaría a usted, señor Spotswood, que tomara cada mañana el jugo de un limón en un vaso de agua caliente. Norman Stauch padecía horrores con sus riñones hasta que siguió mi consejo. No hay nada mejor para purificar la sangre. Bueno, creo que por hoy lo dejaré tranquilo, señor Spotswood, pero espero que seguirá viniendo con regularidad, así estará hecho una rosa cuando se vuelva con él a Washington, como la otra vez. Vendrá, ¿verdad?

—Espero que sí —suspiró Tyler estirándose en la camilla del cubículo blanco y mal ventilado. No se olvide Pelk, a las cinco y treinta.

—No me olvidaré —dijo Pelk arropándolo en un cobertor.

Ahí dentro se sentía muy lejos y envuelto en densa neblina. Los acontecimientos de los días anteriores comenzaron a delinarse vagamente como la forma de un navío cuando emerge gradualmente de la bruma. «Sí, la muchacha era Francie, la telefonista del Alcázar. Una buena chica». Tyler bostezó. «Ella tenía que volver a su trabajo con el tren de las once y cuarenta y cinco, esa noche. Él la acompañaría». Con mucha cautela, porque sentía los brazos y las piernas frágiles, se estiró bajo los cobertores. Bostezó de nuevo, reconfortado. Sentía todavía en todo el cuerpo un zumbido enervante. Le parecía tener la cabeza hecha de masa. Se fue durmiendo plácidamente.

Un asistente vestido de blanco lo despertó apretándole el pie bajo los cobertores. Se incorporó sobresaltado. Fue al lavatorio y se echó agua fría en la cara. Su ropa, recién planchada, colgaba de una percha. Se vistió lentamente. Tenía la cabeza pesada de sueño pero se sentía bien. Le parecía, y esto le agradaba, que lo habían planchado exterior e interiormente. Subrepticamente la sensación de tomar un trago se insinuó en él, pero la rechazó. Ahora, Sue Ann lo necesitaba. Una tableta de benzedrina lo despertaría del todo.

El corazón le latía con violencia cuando golpeó tímidamente a la puerta del departamento de los Crawford.

—Entre —dijo Sue Ann.

Estaba sola en la habitación llena de crepúsculo, paseándose de largo a largo ante las ventanas. Llevaba un traje de entrecasa con mangas ceñidas. Tenía la cabellera en desorden. Su primera idea fue que ella sabía lo de la parranda en lo de *Lunt's*. Sintió impulsos de echarse a sus pies y decirle que la quería.

—Bueno, por lo menos es puntual —dijo con retintín. ¿Cómo se siente, Tyler? Apostaría que las orejas le han estado ardiendo: he pensado mucho en usted.

Encendió una lámpara de cristal color ámbar que estaba sobre la mesa del centro de la habitación. Tenía las facciones tensas y los ojos como si hubiese llorado. El

vestido largo, color salmón, era lujoso, pero no sentador. Antes de poder articular palabra se quedó mirándola con los brazos caídos.

—Esta vez fue la última —dijo—; claro que nadie me lo creerá.

Ella no oía. dio un paso hacia él con las manos crispadas, como si quisiera estrangularlo.

—Tyler, ¿dónde está Homer?

—No sé, Sue Ann —tartamudeó Tyler. No he visto a nadie estos dos días... Vengo de la casa de baños donde sigo un tratamiento. Posiblemente Homer está en lo de Norm Stauch, donde tenía que revisar unos papeles.

Sue Ann le dio la espalda y salió del cuarto. Tyler, con manos temblorosas, encendió un cigarrillo, pero le supo tan mal que lo apagó en seguida. El hilo de humo que, subiendo del cenicero, se enrollaba en espirales verdosas contra el cristal de la lámpara, le daba náuseas. Estaba aún tratando de apagar la colilla cuando volvió Sue Ann.

Se había empolvado mucho la cara y recogido el cabello.

—Pedí leche cuajada para usted. Siempre le hacía bien a mi padre cuando había bebido.

—Gracias, Sue Ann —dijo Tyler con humildad.

—Sentémonos al escritorio y tratemos de pensar con claridad —dijo Sue Ann con calma.

Cuando ella encendió la lámpara de pantalla verde que estaba entre las dos ventanas, él vio la mesa cubierta de carpetas azules conteniendo documentos legales.

—El nombramiento se hizo esta tarde, pero costó mucho más de lo que creíamos... Necesitamos un préstamo, inmediatamente... ¿Si le habláramos al señor Evans?

—Usted sabe cómo es Jerry, Sue Ann —dijo Tyler. Chuck está tratando de llegar a un acuerdo con Norm Stauch. Tenemos confianza en Norm. Ha de haber estado con él todo este tiempo.

Sue Ann se levantó de un salto y comenzó a pasearse de nuevo frente a las dos ventanas, que ahora iluminaba el anochecer.

—¡Ay, sí supieran ustedes cuánto me cansan!

Tyler, poniéndose de pie, se detuvo ante ella con los ojos llenos de lágrimas.

—Sue Ann, por usted haría cualquier cosa... todos la harían... usted bien lo sabe...

—¡Dios mío, me siento tan miserable! Si las cosas siguen así, de vergüenza no podré mirarme al espejo.

Poniéndole a Tyler las dos manos contra los hombros lo empujó hacia el escritorio. Un deseo violento de tomarla entre sus brazos se apoderó de él. Para no hacerlo se sentó al escritorio y se puso a leer un recurso de nulidad.

—No es ése —dijo con fastidio Sue Ann. Hagamos las cosas bien... Aquí está la decisión del juez Minnegerode...

Se sentó junto a él y comenzó a leer con firme voz forense:

«Ningún acto de calificación es requerido de un candidato nombrado en una primera elección. Así, cuando el voto ha sido solicitado y quien lo solicitó ha recibido su certificado, está inmediatamente en posesión de su quasi cargo en la medida en que cualquiera pueda estar en posesión de él y gozar del derecho de ese singular privilegio, es decir, del derecho de tener su nombre puesto en la boleta en el lugar que le corresponda, haciéndolo valer ante todo el mundo».

Golpearon a la puerta. Tyler, como sintiéndose culpable, se levantó de la silla.

—Entre —dijo Sue Ann sin moverse.

Era el mozo que traía la botella de leche cuajada.

—Gracias. Déjela sobre la mesa —dijo sin levantar la vista, y siguió leyendo...—
«hasta que, mediante alguna correcta acción o procedimiento se contradiga su derecho y en presencia de tal contradicción se decida que, en el hecho, otra persona ha sido nombrada...».

Tyler estaba ruborizado como un adolescente. No se atrevía a permanecer tan cerca de ella. Retiró la silla y se sirvió un vaso de leche. Derramó la mitad sobre la bandeja y se bebió el resto de un trago. En cuanto pudo recuperar la voz preguntó:

—¿Hay algo en la última cláusula de lo cual podrían valerse?

—Han tratado de conseguir algunas declaraciones escritas, aunque con eso no van a ninguna parte. Pero nosotros, por si acaso, necesitamos tener dinero depositado en el banco. Antes, cuando Homer y yo trabajábamos de abogados, el saldo era siempre a favor; ahora es en contra, y le aseguro, Tyler, que no hay con qué saldarlo.

—Nunca he sentido tanto como ahora haber malgastado mi dinero.

Sue Ann lo miró con una breve sonrisa forzada.

—Tyler, es usted un ángel y trataré de que se quede con nosotros... sabe... como nos lo prometió. Ya bastante le debemos y ninguno de los dos podremos olvidarlo. Y ahora, sea bueno, termine de tomar la leche y luego, en un automóvil, vaya a lo de *Lunt's* a ver si puede reunir a los muchachos y traerlos a comer aquí... Estos últimos días Homer ha estado tan fuera de sus casillas que no me extrañaría que tratara de ganar ese dinero al poker.

—A mí tampoco me sorprendería. Y allá se juega fuerte.

Sue Ann lo acompañó hasta la puerta. Cuando él salió al vestíbulo ella se quedó mirándolo con una mano en alto apoyada en el marco de la puerta y la otra sobre el picaporte. Él se detuvo sobre sus pasos y con boca entreabierta se volvió, pronto a decir algo, pero no pudo encontrar las palabras. Tenía la boca seca.

—Todo se arreglará, Sue Ann —tartamudeó al final débilmente.

Ella no dijo nada.

Él estaba ahí, de pie, sin decidirse a partir ni atreviéndose a mirarla en la cara; sentía el latido de sus sienes, el aire que entraba a sus pulmones y la sangre que le fluía al corazón. Ella, sin decir palabra, se deslizó al cuarto y cerró la puerta. Él, con pasos largos y rápidos, se dirigió al ascensor.

Sentado al fondo del taxi, corriendo por la carretera, después de haber dejado atrás las luces de neón de los puestos de sandwiches, de las cervecerías y de las estaciones de servicio inundadas de luz, trató de poner en claro las ideas que se retorcían confusas en su cabeza como un montón de lombrices en la caja de lata del pescador. Su corazón daba golpes como un viejo motor a gas de un cilindro. No cabía duda, estaba enamorado de Sue Ann, pero ¿para qué servían todos estos sentimientos que durante tanto tiempo había mantenido como sobre hielo y que ahora se derretían y lo molestaban? No hay que ser infantil. ¿No se había divertido acaso con Francie? Era una muchachita muy mona y muy bien, podía llevarla a cualquier parte, pero a pesar de ello le daba náuseas la idea de volver a verla y acompañarla hasta el tren esa noche. Demasiado decente para mí, pensó. «Bueno, ahora pondré las cosas en orden y me dedicaré estrictamente al trabajo». Sacó de un frasquito una pastilla de benzedrina y se la tragó en seco.

El automóvil se desvió de la carretera y cruzó un pinar para detenerse ante un largo y bajo edificio blanco de estilo colonial donde decía sobre la puerta, con luz de neón, *Lunt's*. Mientras, para pagar al conductor, buscaba su billetera en el bolsillo del pantalón, respiró hondamente el olor a limón de los altos pinos circundantes y miró al cielo, que parecía verde junto al azul intenso de los tubos de neón. El cielo sin nubes se estaba oscureciendo y ya las estrellas lo iban perforando minuciosamente. Entre los árboles, los murciélagos revoloteaban de aquí para allá. Tyler entró a la casa. Saludó con la cabeza al ceremonioso negro viejo que tendía la mano para tomar el sombrero que él no llevaba. Fue al bar. El olor a cáscara de limón, a «bitter», a whisky y a barniz recién fregado casi lo venció, pero no pidió bebida. El barman no era el que Tyler conocía pero le preguntó si había visto por ahí al senador Crawford o al señor Stauch. El barman, impávido, negó con la cabeza. Tyler frunció el ceño.

—¿Y Patsy no está?

—Volverá a las nueve y media —contestó el barman.

Tyler le dio la espalda y, por su cuenta, comenzó a buscar a su alrededor. La puerta del fondo del bar daba hacia un largo corredor que conducía a unas salas de juego de paredes blancas, muy iluminadas. Sillas barnizadas se alineaban en torno a las mesas verdes sobre las cuales había pilas de fichas, anotadores y paquetes de naipes nuevos; las ruletas habían sido desfundadas; todo estaba flamante y ordenado, pues era todavía muy temprano para los parroquianos. El piso crujía bajo la alfombra roja. Al extremo del corredor, antes de volver al restaurante, asomó la cabeza en el toilet vacío que olía a recién desinfectado. En el restaurante tampoco había parroquianos, sólo unos mozos mal afeitados, agachados, como un montón de cuervos en una salina, sobre un desierto de manteles almidonados, cubiertos de cuchillos y bordeados de servilletas dobladas en forma de mitra de obispo.

Tyler, haciendo saltar en la palma de la mano una moneda de veinticinco céntimos, se acercó al portero negro.

—Bueno, George, esto parece un desierto —dijo. —¿Ha visto usted al señor

Stauch?

—Esta tarde no le he visto, señor... Puede que haya algunos señores en la sala.

—Ya estuve allí.

Tyler hizo saltar la moneda. Los ojos del viejo George, grandes y blancos, parecían huevos duros.

—Creo que lo conozco a usted, señor. ¿No ha venido usted alguna vez con el Senador?... Bueno, pues no me sorprendería que todos esos señores estuvieran en la casita del fondo. El señor Stauch se aloja ahí a menudo.

—¿Dónde queda eso?

—Yo mismo lo llevaría allá, pero temo que el señor Patsy se enfade conmigo si dejo la puerta... Mire, salga por ahí atrás y siga el caminito pedregoso que serpentea entre los árboles.

Tyler colocó cuidadosamente la moneda en medio de la palma rosada del viejo, diciéndole:

—Gracias, George —y se dirigió hacia la puerta trasera.

Verdad, el caminito serpenteaba. Tyler comenzó a darse prisa. Empezaba a asaltarle esa sensación, que a veces tenía en las pesadillas, de que obstáculos sin sentido surgían bajo sus pies. Los pedruzcos cedían bajo sus delgadas suelas. Algunas se le metían en los zapatos. El pinar estaba tan oscuro que temía darse contra un tronco. Para evitar el golpe, caminaba resguardándose la cara con el codo levantado. Entre algunos arbustos divisó, por fin, una ventana rutilando luz dorada; luego, una hilera de ventanas. Oyó un radioreceptor canturriando una marcha, y los ruidos amortiguados de la gente que iba y venía dentro de la casa de madera.

Al pasar frente a la primera ventana, miró adentro sin querer. Era un dormitorio amueblado y decorado en blanco y gris, con camas gemelas de madera liviana barnizada. Chuck, en pijama celeste rayado, estaba sentado, de espaldas a la pared, sobre una de las camas, con un vaso de whisky en la mano. Un no sé qué en sus hombros pesados y en su rojo cuello taurino, dejaba adivinar que estaba hablando con una mujer. Tyler apenas alcanzó a oír el crujido de la seda y el susurro gutural de la voz de la mujer. Siguió rápidamente de largo hasta llegar a una puerta de vidrio que daba a un vestíbulo con perchas de cuerno de chivo para colgar los abrigos y con un sofá de roble cubierto de sombreros. Sobre el montón estaba el fieltro blando de Chuck.

Tyler golpeó a la puerta, pero al no recibir respuesta entró. A un costado, un arco de sólido y nudoso pino daba sobre un gran *living-room*. Bombillas eléctricas metidas dentro de unos cráneos vacunos colocados en fila a lo largo de las paredes de madera, iluminaban la habitación. Ante una chimenea de piedra rústica, donde ardían un par de leños chicos, estaba parado Norman Stauch, de piernas abiertas, sacudiendo una enorme coctelera de plata. No bien vio a Tyler, abrió su boca de tajo y bramó:

—¡Pero qué me dicen! ¡Ahí está el de... de... desaparecido!

Herb Jessup se irguió lentamente de frente al tablero radiotelefónico, con el cual

se había estado entreteniendo, dio un paso hacia Tyler y le tendió una mano flácida. Al otro lado del cuarto, el juez Banning se levantó del escritorio y se quedó mirándolo por sobre sus anteojos, apoyado en una pila de papeles escritos a máquina.

—¡Bueno!... ¿Y dónde diablos estuvo usted metido todo este tiempo? —preguntaron varias voces al unísono.

Una mano pesada le palmeó la espalda.

—Mandé a Saunders a rastrear cuanto cuchitril y guarida hay por estos lugares, y a pesar de ello no pudimos dar con usted —decía Jackie Hastings con tono cantante.

—Anduve por ahí —tartamudeó Tyler. Creo que me excedí en la bebida.

Todos a un tiempo largaron la carcajada, como si se tratase de algo sumamente divertido.

—El Número Uno estaba hecho un energúmeno —dijo Herb Jessup sonriendo con repugnancia. Pero después lo tomó a broma.

El juez Banning, no bien hubo dejado caer su forma pesada ante el escritorio, dijo con tono suave y paternal:

—Hijo, hubiéramos preferido no poner su nombre en los documentos de la Asociación, pero el Senador insistió en que usted estuviera.

—De cualquier manera, mejor es tarde que nunca —dijo Jackie. El señor Evans no ha llegado aún.

Tyler, repentinamente, les dio la espalda. Chuck, de pie cerca de la entrada, con el puño en la barbilla, los miraba con la cabeza ladeada. La altura del arco que estaba sobre él lo hacía parecer más bajo y más rechoncho que de costumbre. El pijama a rayas le quedaba demasiado holgado. Tenía la cara pálida y abotagada. No sonreía.

—¡Ay, muchachos! ¡Qué maravilla es la chica! —dijo con vulgaridad. A Tyler le falló la voz. Se la aclaró tosiendo. —Muy bien, juez —continuó sin mirar a Tyler ni esperar sus explicaciones. Ahora que la parte interesada, de la segunda parte o de cualquier maldita parte que sea, se ha dignado presentarse, ¿quieren ustedes enterarla de lo que se ha tratado? —le hizo señas a Tyler de que lo siguiera al vestíbulo.

—Dispensen ustedes —dijo Tyler, siguiéndolo lentamente.

—¿Dónde caray has estado metido, Toby? —le preguntó Chuck arrastrándolo afuera, lejos de los demás. Apostaría a que ni en el hotel has estado.

—¡Claro que he estado! De allí vengo.

—¿Y qué dice Sue Ann?

Los ojos saltones de Chuck miraban fijamente a Tyler. Tyler no sabía qué contestar.

—¿Furiosa, supongo? —prosiguió Chuck con sonrisa complacida. Muy bien. Llámala y explícale que nos demoraremos por unos asuntos... Lo adorna un poco. Díle que tenemos una entrevista con Jerry Evans y con los miembros más importantes de la Comisión de Servicios... ¡Si sabré lo importantes que son!... ¡Cómo que yo los nombré!... Por algo que interesa mucho a la gente de esta región.

—No seas desalmado —dijo Tyler, sin poder reprimir una sonrisa. No le hables a

tu mujer como a una reunión de periodistas.

Chuck frunció la boca como si estuviera probando algo amargo.

—¡Vete a la m... y dile lo que se te antoje! No he terminado aún con el otro asunto... —con el pulgar señaló al extremo del corredor. Avísame cuando llegue Jerry Evans.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó Tyler con fastidio.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

Mientras seguía andando por el corredor, Chuck abrió una puerta al azar.

—Usa el de este dormitorio.

Tyler cerró la puerta tras él, y sentándose sobre la colcha rosada comenzó a hablar por el teléfono de la mesa de noche. Tardó en conseguir comunicación. El sudor le corría por la cara.

Cuando oyó la voz fresca y suave diciéndole ¡Hola!, no pudo menos de exclamar: —¡Sue Ann, soy un canalla!

Su risa gorjeó aguda en el receptor.

—No diga tonterías, Tyler. Esta no es la primera vez que ha empinado el codo, ni será la última, salvo que siga mis consejos... ¿Cómo está Homer?

Tercamente, y con voz opaca, Tyler insistió:

—Lo que quiero decir es que si uno persiste en conducirse como un canalla, después de un tiempo uno se convierte en un verdadero canalla. ¿Ha pensado en ello?

—Tyler, conteste a lo que le pregunto.

—Chuck está perfectamente —contestó Tyler después de una pausa. Tiene que discutir un asunto con Jerry Evans, que vendrá luego a cenar.

—¿Asuntos de dinero?

—Sí.

—Me parece que el departamento del Senador en el hotel sería un lugar más apropiado que *Lunt's* para conversar.

—Al fondo hay un cuarto privado. No puedo explicárselo por teléfono. Chuck me pidió que le preguntara a usted cómo estaba y que le avisara que llegaría tarde.

—Supongo que no habrán vuelto a beber.

—No, fuera de broma, Sue Ann. Esto va a solucionar el asunto que nos preocupa.

—Bueno, téngame al tanto, Tyler. No se imagina lo preocupada que estoy.

Cuando hubo colgado el receptor, Tyler permaneció sentado sobre la cama, con la cabeza apoyada en las manos y los codos puntiagudos clavados en las rodillas. Se hubiera quedado ahí la tarde entera. Tenía ganas de abandonarse y sollozar como un niño. Encendió un cigarrillo y, dominándose, fue con paso cuidado hacia el *living-room*.

El juez Banning había comenzado a hablar con su melosa voz forense. Sentado en la mecedora, tenía en la mano un cigarro a medio fumar. Sobre la mesa de roble que estaba a su lado, en un espacio libre de revistas, había apiladas en orden hojas escritas a máquina.

—Ahora, señores —dijo el juez—, ustedes me permitirán que les recuerde unos cuantos detalles de esta transacción. Empezaré por el comienzo, resumiéndoles las decisiones de la Comisión de Servicios relacionadas con ciertos derechos sobre el subsuelo de Los Bajos del Parque del Estado, contratos 312, 313, 314, etc., determinados para la explotación, el cateo, el levantamiento de planos y la explotación mediante la perforación, etc., etc., y/o el emplazamiento de pozos petrolíferos, etc., etc., y/o la construcción y conservación de las vías de acceso, ferrocarriles, cañerías, caminos internos, etc., etc., necesarios a la explotación, etc., etc., de la riqueza mineral de los antedichos Bajos del Parque del Estado o fracciones de terrenos adyacentes, que actualmente no están en uso, para fines culturales, científicos, educacionales o recreativos... Por lo tanto, para los habitantes del Estado soberano de, etc., etc., es en extremo ventajoso sacar rendimiento de esas tierras del Estado y a la vez ponerse a cubierto de las pérdidas resultantes por mermas, paracentesis, escapes, etc., que pudieran resultar a consecuencia de la explotación de áreas vecinas por empresas particulares, etc., etc. Por lo tanto...

—Me... me... mejor que le digamos a Toby de lo que se trata —tartamudeó Norman Stauch, conciliador.

Sacudió ruidosamente la coctelera por última vez y la colocó entre los vasos bordeados de azúcar en polvo, sobre una bandeja de bronce, frente a la chimenea.

—De tanto e... e... escuchar esos porlotantos, seguí sacudiendo y casi me co... co... congelé los dedos.

El juez había colocado los papeles sobre la mesa y dejado caer sus lentes, que, colgados de una cinta negra, se balanceaban sobre la periferia de su voluminoso abdomen. Miró lentamente a su alrededor, sonriendo a cada uno.

—Bueno, muchachos —dijo—; para que el hielo no se derrita demasiado en los cócteles de Norman, que por cierto, a juzgar por el aroma, son muy tentadores, trataré de explicar lo restante en dos palabras. La Comisión de Servicios, a cambio de ciertos préstamos y del debido pago del porcentaje, ha resuelto arrendar ciertas fracciones del Parque del Estado. Con el fin de adquirir esos derechos, estamos formando una sociedad que funcionará bajo el nombre de Corporación Petrolífera Struck, a la cual se han suscrito fondos suficientes para cubrir los pagos por adelantado... El directorio se formará de la siguiente manera, y de acuerdo con las leyes de nuestro Estado: Presidente, señor Norman F. Stauch; Vicepresidente y Tesorero, señor Tyler Spotswood; Secretaria, la señorita Helen H. Jacoby, a quien todos admiramos por su eficacia, lealtad y tino. Los estatutos de la Corporación están ya redactados y firmados por todos, excepto por el señor Spotswood.

—Vamos, Toby, pon tu firma —gruñó Chuck, que, de nuevo en la puerta, de pie y con los brazos en jarra, observaba todo.

Tyler se dirigió hacia la mesa de roble. La respiración corta del juez silbó en sus oídos. Cuando éste le indicó con el índice, de uña cuadrada y bien cuidada, la cruz hecha con lápiz al comienzo de la línea de puntos. Tyler, con mano insegura, firmó

varias veces. Mientras tanto, un muchacho negro, de chaqueta blanca, había comenzado a pasar los cócteles.

—Esta es una especialidad de las islas Barbados... Só... só... sólo yo conozco la receta —dijo Stauch mientras alcanzaba un vaso a Tyler, agregando con tono convincente—: Comprende, Toby. Este asunto tiene que ser un éxito; y para que no haya motivos de crítica, el Senador, aquí presente, quiere que tú formes parte de la comisión en lugar de él.

Chuck rehusó la bebida.

—No; yo estoy tomando whisky con las señoras en el otro cuarto —dijo. Ustedes me conocen... Quiero que esto se haga con las manos limpias.

«Un sorbito no me hará mal», pensaba Tyler al llevarse el vaso a la boca, «nada mejor que unas gotas de ajeno para aclarar la cabeza». Los delicados zarcillos de la fresca y fuerte mezcla del limón y del ajeno le cosquillearon en la nariz, subiendo tentadores hasta detrás de sus sienes. Entonces recordó que quizá tuviera que ir a ver a Sue Ann, y, sin probar la bebida, dejó el vaso en la mesa.

—Los contratos ya están listos para ser entregados al señor Evans cuando llegue —dijo suavemente Jessup. Lo único que hace falta para la transferencia es la firma de Toby debidamente registrada, y no creo que antes de mañana podamos dar con un escribano.

—Apostaría a que Patsy es escribano público y juez de paz por añadidura —dijo Stauch riendo. Sí, les a... a... apuesto cinco dólares a que lo es.

—Déjenme probar ese brebaje —dijo Chuck.

Se abalanzó al centro del cuarto y se apoderó del cóctel que, para no tentarse, Tyler había escondido entre las pilas de revistas. Luego subió sus gordas asentaderas a una esquina de la mesa.

—¡Uf! —exclamó. ¡Esto tiene gusto al olor de los prostíbulos de negros...!

Lo bebió y permaneció sentado balanceando las piernas. Finalmente dijo:

—Si el juez sigue empleando todas esas palabras difíciles, empezaré a creer que hay algo turbio en este asunto. Todos sabemos que Jerry Evans es un hombre de negocios, y que su Compañía Progreso del Sudoeste, como empresa, es non plus ultra... Muy bien; si Herb y el juez, aquí presente, le transfirieren a él los contratos, no se los transfieren a ningún estafador... Los pozos serán perforados y el Estado cobrará su porcentaje. El resto son cosas técnicas... Pero tenemos que estar seguros de que nuestra fraseología sea correcta, si no la banda de Galbraith nos pondrá de oro y de azul. Terminado este asunto necesitaremos una corporación que pueda adquirir esa maldita estación radial y que sea capaz de pagar como es debido mis servicios a la causa del pueblo, para que yo pueda seguir sirviendo al pueblo... Bueno, las ganancias obtenidas por la transferencia de las escrituras —¿y por qué no ha de haberlas?— serán invertidas por la Petrolífera Struck en la compra de acciones de la flamante Corporación Todo Hombre Millonario, de la cual yo no tocaré un centavo. Les toca a ustedes formarla... Norm entra con una polla de cinco mil dólares a

cambio de acciones... Todos tendrán su porcentaje, incluso Evans. Yo sólo seré un servidor de la Corporación, como lo soy del pueblo soberano. Quiero que lo entiendan bien: tenemos que hacer la operación con las manos limpias.

En el cuarto situado al extremo del corredor, una muchacha gritó:

—¡Eh! ¡Chuck! ¿Vienes o no?

—¿No puedes esperar un minuto? —contestó revoloteando los ojos.

En el grupo de hombres estalló una carcajada general. Chuck se palmeó la nalga.

—Bueno, como lo de la estación radial ya está decidido, ¿qué tal si empezaran a buscarme una cancionista? Avísenme cuando llegue Evans.

Mientras se marchaba corredor abajo, Tyler observó contrariado que caminaba contoneándose como un pato. Los pantalones del pijama le colgaban atrás formando bolsa.

—Bueno, mu... mu... muchachos —dijo Stauch—, ¿qué les parece si, mientras esperamos, hacemos unas vueltas de poker?

El juez Banning guardó los papeles en una carpeta de cuero de chanco, apiló las revistas a un extremo de la mesa, para dejar un espacio libre, y todos se sentaron a jugar. Pero el juego no resultó animado. Tyler no lograba concentrar su atención en los naipes. Al extremo de la mesa, Stauch tallaba, pero se recostaba continuamente contra el respaldo de la silla hablando de caballos.

Después de un rato, oyeron sobre el pedregullo del jardín las ruedas de un automóvil. Stauch se levantó y fue hacia la puerta de vidrio del vestíbulo. Los demás lo observaban, dados vuelta en sus sillas. Trataba de ver en la oscuridad exterior. De pronto tendió la mano.

Sí, era Jerry Evans. Vestía un sobretodo de pelo de camello y tenía la cara muy roja por haber guiado contra el viento. Bajo el brazo llevaba una pesada carpeta negra. Entró quitándose los guantes, seguido por un hombre fornido con anteojos montados en oro y una cabeza calva y cuadrada.

—Buenas noches —dijo Jerry. Le pedí al juez Parsons que me acompañara.

Como si una avispa lo hubiese picado, el juez Banning saltó de su silla y se adelantó apresuradamente hacia ellos. Sin prisa, los demás se pusieron de pie. Al ser presentado, el juez Parsons contestaba con una solemne inclinación de cabeza.

—Encantado de conocerlos —dijo sin la menor cordialidad.

—Y bien, Toby, ¿dónde está tu Número Uno? —preguntó Jerry.

—Llegará en seguida.

—Le pedí al juez Parsons que viniera conmigo a revisar estos papeles... ¿Está todo listo? —preguntó cortante.

—Este es un verdadero placer, señor juez —dijo el juez Banning al juez Parsons, tomándolo del brazo. Aquí tenemos todo listo y ordenado.

Abrió la carpeta de cuero de chanco y fue enumerando los documentos a medida que los iba sacando, cada uno en su cubierta azul.

—Primero, los contratos 312, etc., debidamente firmados y autorizados por mí, y

por el señor Jessup en representación de la Comisión de Servicios, siendo estos dos, de entre los tres integrantes de la comisión, los necesarios para validar los contratos según la ley. Segundo, el traspaso del contrato de arrendamiento, debidamente firmado por los integrantes de la Corporación Petrolífera Struck... ¿No se sienta usted, señor juez?

Jessup, con su sonrisa cansada, le acercaba una silla. El juez Parsons iba a sentarse en ella, cuando Chuck entró al cuarto, peinado con raya al medio y con el pelo ondulado sobre cada sien. Llevaba un traje azul recién planchado, camisa rosada con cuello almidonado de palomita y corbata de lazo azul.

—Bueno, bueno, bueno... —dijo tendiendo ambas manos. Llega usted justo a tiempo... Ya estaba pensando en traspasar esos arriendos a la Standard Oil... ¡Y a quién veo aquí, sino a mi viejo maestro y muy respetado opositor Lamar Parsons!... Le agradezco mucho la molestia que se ha tomado al venir a revisar estos documentos, señor juez... Su sola presencia bastaría para probar que estamos llevando este asunto con las manos limpias.

—Me alegro de verlo, Homer —dijo el juez Parsons, echándole una mirada por sobre sus anteojos y dejándose caer de nuevo en el amplio sillón de cuero. Como apoderado de Jerry, me pareció que era mejor revisar estos documentos... Bueno, Homer, cuando Mordecai Jones lo llevó a usted a mi oficina —casi un pillete, con pantalones demasiado cortos y calcetines multicolores—, yo me dije: este muchacho irá lejos... pero sin adivinar cuán lejos... Porque, sin duda, nosotros los fósiles sabemos que usted ha encendido un reguero de pólvora bajo nuestros pies.

—Y todavía no ha visto usted nada, Lamar Parsons —contestó Chuck, de pie junto a la chimenea, con las piernas en ángulo y los puños muy hundidos en los bolsillos de su chaqueta cruzada.

El juez Parsons no contestó. Apretando los labios, recorría los documentos. Stauch sacudía otro cóctel. Tyler se sentó a la larga mesa, tratando de que los demás se decidieran a jugar unas manos de poker, pero parecía que Herb y Jackie no podían apartar la mirada de la carpeta negra que Evans seguía teniendo bajo el brazo, mientras que, con un vaso en la mano, se inclinaba sobre el respaldo del sillón de Lamar Parsons. No se había quitado el sobretodo.

En el cuarto reinaba un silencio sólo interrumpido por el golpe que, contra algún mueble, daba Stauch, al ir con la coctelera sirviendo vasos a la redonda. Del otro extremo del pinar llegaban, muy amortiguados, los acordes del «Saint Louis Blues» que la orquesta del *Lunt's* estaba tocando.

—Muy bien... pero falta escriturar una firma.

—Pa... Pa... Patsy está aquí —gritó Stauch.

Un hombrecito bajo y calvo, de rostro acaballado lleno de lobanillos y cicatrices, había entrado al cuarto, tan silenciosamente caminando en puntas de pies sobre sus suelas de caucho, que nadie había reparado en él. Llevaba corbata a cuadros rojos y un traje castaño muy ceñido a la cintura.

—Patsy, ¿trajo usted su sello?

Patsy asintió y, sonriendo avergonzado, sacó el sello del bolsillo como sacaría la honda del suyo el colegial a quien sorprendieran en clase tirando pelotillas de papel.

—¡Quien no conoce a Patsy Donahue, se pierde algo! —gritó Chuck. Jerry, señor juez Parsons, tengo el honor de presentar a Patsy Donahue...

—El mayor sinvergüenza del país —añadió Stauch.

Patsy hizo ademán de golpearlo con el sello en la cabeza, pero éste se apartó, manejando la coctelera como una granada de mano.

—Lo dije en broma —murmuró riendo.

Los ojos azules y fríos de Patsy recorrieron el cuarto, posándose de rostro en rostro. Todos le sonrieron inclinando la cabeza.

—Señores... el placer es mío —dijo Patsy Donahue.

—Allá en mi Estado, no podría aceptar su certificado, señor Donahue —dijo el juez Parsons, después de haber tosido para aclarar su garganta—, pero supongo que aquí se podrá. ¡Como veo, usted ha hecho camino, joven!

—El juez y yo somos antiguos conocidos: me mandó por cinco años a la penitenciaría del Estado —dijo Patsy. Pero no le guardo rencor, señor Juez. Allí aprendí mucho. Usted hizo su deber y yo mi trabajo... Además, la sentencia no llegó a cumplirse. La Corte Suprema se encargó de ello.

Patsy sonreía con suavidad melosa. Con gran aplomo se sentó al extremo de la mesa, sacó del bolsillo sus anteojos montados en carey, se los colocó cuidadosamente sobre el aplastado caballete de su nariz y comenzó a leer los documentos.

—Señor Spotswood, ¿reconoce usted esta firma como suya?

—Sí —contestó Tyler.

Con su letra menuda, Patsy llenó cuidadosamente el documento, lo selló, se puso de pie y, haciendo una reverencia semiburlona, se lo entregó a Lamar Parsons.

—A sus órdenes, señor juez —dijo. Señores, si tienen ustedes la intención de cenar en la choza, permítanme que les aconseje pedir langosta al horno. Me las envían, en barco, directamente de Portland, Maine, y las reviso yo mismo antes de mandarlas a la cocina. Les recomiendo muy especialmente las de esta noche.

—Excelente idea, Patsy —dijo Stauch—; resérvenos una docena, y dígame al cocinero que vaya preparándolas.

—Gracias, Norm, pero para mí no las pidas —dijo Jerry. El juez y yo tenemos que retirarnos.

—Pero en alguna parte tendrán que comer...

—Lo siento mucho, señor Stauch, pero hoy no puedo —dijo el juez fríamente, doblando los documentos. Ahora me llevo las copias firmadas de los contratos y del traspaso.

Guardó los papeles en el bolsillo interior, mientras Jerry trataba de dejar en las manos de Chuck la carpeta negra.

—Mejor que los cuente —le dijo. Hay miles. Pagados al contado, como se

estipuló en el acuerdo preliminar.

—Es preferible que se lo entregue al tesorero. La aritmética nunca fue mi fuerte —contestó Chuck.

Tyler advirtió, de pronto, que estaba apretando la carpeta contra su pecho. Y cuando Evans y el juez se dirigían hacia la puerta, Tyler, de pie en medio del cuarto, con la embarazosa carpeta en sus brazos, sintió las miradas de los otros fijas en él. Apenas hubieron salido de la casa, Chuck, que había ido a despedirlos, empezó a llamar desde el vestíbulo.

—Ven aquí, Toby —gritaba. Echemos un vistazo a todo esto. ¡Recorcho! —continuó diciendo, mientras Tyler lo seguía por el corredor. ¡Langosta al horno y coristas! De chicos nos contaban que con eso criaban a los hijos de los millonarios... Bueno, ahora todo hombre puede ser millonario.

—Esa es la consigna —contestó Tyler con voz opaca.

—Haré que la banda la toque esta noche —dijo Chuck restregándose las manos.

Tyler estaba casi seguro de que en el gran dormitorio, al final del corredor, iba a encontrar a Eileen McCoy toda despatarrada en su camisa de noche, pero el único rastro que encontró de ella fue un leve perfume en el humo de cigarrillo que seguía suspendido sobre las camas gemelas, y cuatro colillas manchadas con lápiz labial, colocadas ordenadamente en el cenicero de cobre del velador. Chuck lo sorprendió mirándolas.

—No me gusta ver fumar a una mujer. ¿Y a ti? Nunca me gustó.

Tyler meneó la cabeza. Luego, para hacer algo, sacó un cigarrillo de su cigarrera y lo encendió.

—También a los hombres les hacen mal... Mi padre, con toda razón, los llamaba «los clavos del ataúd»... Tengo hambre. Toby, ve a jugar un poco... Solo, revisaré mejor estos papeles. ¿Dónde guardará Patsy sus ahorros?

Tyler colocó cuidadosamente la carpeta sobre la cama.

—¿Qué te parece que se lo pregunte a Norm? —dijo con vaguedad, sintiéndose aliviado al no tener ya la carpeta en sus manos.

—No; no le preguntes nada a nadie... Haz que los muchachos vayan al restaurante... Cuando llegue allí, quiero ver comida sobre la mesa.

Tyler no había retirado aún su mano del picaporte de la puerta del dormitorio, cuando oyó la llave girar en la cerradura.

En el *living-room*, Stauch y los demás tomaban otro cóctel antes de ir a comer. Le dijeron que el juez Banning había vuelto a Springs para buscar a su mujer. Con un vaso lleno hasta el borde, Herb Jessup se acercó a Tyler.

—Deja el antialcoholismo para otra ocasión, Toby —dijo mirándole en la cara con ojos entrecerrados. Esta noche inauguramos la estación WEMM... Esta noche lanzamos definitivamente a El Número Uno al escenario nacional.

Tyler tomó el vaso con la mano izquierda y sintió que el líquido resbalaba y le mojaba los dedos. En el bolsillo del pantalón, su mano derecha se cerraba en puño.

En imaginación, se vio levantándola hacia el hoyuelo de la barbilla de Jessup, entre la boca afeminada y la curva fofa del cuello gordo.

—Festejaré la noche en que El Número Uno hable por primera vez en cadena nacional —dijo Tyler.

Dejó el vaso sobre la mesa. Hizo de lado a Herb Jessup y tomó a Stauch del brazo.

—Por amor del cielo, Norm, vamos a pedir la langosta. El Número Uno dice que se está muriendo de hambre.

Mientras empujaba a Stauch hacia la puerta, oyó a Jackie Hastings refunfuñar:

—Si ese hijo de perra no quiere beber, yo beberé.

Con la sensación de que otro lo estaba haciendo, Tyler volvió al centro del cuarto agitando los puños.

—¿Quién es el hijo de perra? —preguntó, mirando por turno a cada uno en los ojos.

—Nadie es un hijo de perra —dijo Jackie con tono conciliador. No te alteres, Toby. Es sólo una manera de decir.

—Nadie te provoca, Toby. Lo único que queremos es que te diviertas —articuló cuidadosamente Jessup con su voz untuosa, mientras sus mejillas gordas y blancas comenzaban a sacudirse con la risa. No sabíamos que eras tan quisquilloso... Claro, nunca habíamos visto fresco a este hijo de perra, ¿eh, Jackie?

Golpeó a Jackie con el codo en las costillas.

—Vamos, Tyler, sigue el consejo de tu tío Herbert y bébete unos traguitos.

—Me equivoqué. Disculpen ustedes —dijo Tyler agriamente.

Volvió hacia la puerta donde Norman Stauch lo había estado esperando frotándose la nariz con aire un tanto complejo. Ninguno de los dos abrió la boca mientras caminaban por el camino de pedregullo, a través de la noche densa, bajo los pinos sonoros de insectos, hacia el claror amarillo de la luz que salía de todas las ventanas del largo edificio, que bullía interiormente con el pulso bajo de la banda, el tintineo de las fuentes y el ruido ahogado de las voces. De la cocina salía olor a fritura y se mezclaba con el aroma de los pinos.

El comedor estaba repleto. Junto a un ángulo de la pista de baile, les habían reservado una gran mesa redonda, adornada con dalias y follaje otoñal. Mientras Herb y Jackie se sentaron, acercando impacientemente sus sillas, Stauch fue en busca de las muchachas. Volvió mostrando el camino a Eileen McCoy y a tres rubias bulliciosas. Eileen McCoy resultó ser una mujer joven, alta y vigorosa, de pelo negro, de cutis blanco muy mate, cuyo cuerpo, sólido como un torso de mármol, se adivinaba bajo los pliegues de su vestido de terciopelo color vino. Cuando Tyler, que había estado parado en el hueco de la puerta, los vio pasar frente al guardarropa, recordó repentinamente a Francie, y fue corriendo hacia la casilla del teléfono.

Al poner la moneda en la hendidura, se dio cuenta de que había olvidado el número. Cuando el telefonista lo conectó con el motel Sunnyside, tampoco recordaba

bajo qué nombre se había inscrito. Preguntó, finalmente, si las personas que habían llegado allí, dos días antes, en un coupé Pontiac gris, último modelo, ya se habían ido. Tuvo que esperar un buen rato antes de que el empleado volviese al teléfono diciendo que no encontraba a nadie, pero que el automóvil todavía estaba allí. «Se ha marchado furiosa», pensó Tyler con cierto alivio.

Cuando hubo colgado el receptor, permaneció sentado en la casilla, tratando de recordar si tenía que telefonar a alguien más, o cualquier otra cosa que le impidiese volver a la mesa antes de sentirse dueño de sí mismo. Pidió larga distancia, e hizo un llamado, de persona a persona, a Lorna Stockton, en Horton. Mientras esperaba, la tristeza subió en él como una náusea. Amarga y negra, iba extendiéndose por sus nervios como la tinta derramada sobre un papel secante. Cuando por la puerta de cristal de la casilla vio el ir y venir de la gente acicalada —hombres en ropa deportiva con cigarros en la boca, mujeres obesas llenas de volados y con sombreros ridículos, muchachas en largos trajes de baile, muchachos en tren de jarana—, sintió que entre él y ellos subía y se arremolinaba un indecible humo acre. Detrás mismo de lo que veían sus ojos, iba espesándose, pronta a derramarse en él, una oscuridad de pesadilla. Era la sensación que lo asaltaba en sus malos sueños, justo antes del grito liberador. «Si no tomo un trago, me volveré loco», se dijo; pero inmediatamente la idea de que si se abstenía de la bebida era por Sue Ann, comenzó a infundirle un dulce y sedante autoentermecimiento.

Cuando oyó la voz de Lorna, ya estaba preguntándose por qué se le había ocurrido llamarla. Ella se sentía a la vez halagada y perpleja por el llamado.

—Lorna, quiero agradecerte el artículo que escribiste.

—Pero, Tyler, ¡y yo que creí que no volverías a dirigirme la palabra!... Tomé todo el asunto en broma... porque sólo así me lo publicarían. Y, para serte franca, te diré que lo que menos se podría hacer contra ustedes sería fusilarlos. Con tal de conseguir votos, no paran en nada.

—Eres un perrito que ladra y no muerde, Lorna —dijo Tyler riendo. Tu artículo era bueno y muy divertido. Fue reproducido en todo el país.

—Por lo visto, nadie me tomará jamás en serio —interrumpió Lorna con tono burlón y exasperado.

—A mí me gustó... Pues, como bien dicen, toda publicidad es útil.

—Eres un cínico, Tyler... Pero también un ángel por haberme llamado.

—Adiós, Lorna.

—Buena suerte, Tyler.

Se sentía mejor y lo suficientemente alegre como para gastarle bromas al telefonista, cuando, en el instante de salir de la casilla, éste le avisó que tenía que cobrarle una sobretasa por haber excedido el tiempo reglamentario. Cuando entró al restaurante, pulsante, parloteante, tintineante, para ocupar su lugar en la mesa, ya ni rastros había en él de las recientes sensaciones. Sentía la tristeza adormecida, como un dolor de muelas olvidado, pero se sobreponía a ella.

Las langostas al horno cubrían la mesa. La orquesta tocaba el «Big Apple». Norm había pedido champagne. Chuck, sonriente, echando los pies hacia afuera y con una chaqueta azul tan ceñida que acentuaba con exceso sus voluminosas nalgas, bailaba con Eileen. Herb, sentado ya muy cerca de su compañera de mesa, la miraba en los ojos. Entre broma y broma, Jackie y su amiga se acariciaban. Stauch y la mayor de las rubias, que tenía pelo platinado, labios delgados y patas de gallo, recordaban con nostalgia las carreras de caballos en Havre de Grace. Ninguno advirtió la presencia de Tyler, que, evitando la bebida, trataba de tragar unos bocados de pan y de langosta. Sentía alivio, no obstante, de ser la persona que está de más.

Apenas terminaron de comer, Stauch y su compañera fueron a probar su suerte, en las salas de juego, y Tyler se quedó sentado a la mesa, solo, entre platos con helados derretidos, bebiendo café negro y mirando la pista de baile. De nuevo, la agria tristeza lo agobiaba. Mirara donde mirase, el fondo era siempre negro y amargo.

Cuando los reflectores de colores, entre un redoble de tambores, iluminaron la pista de baile para los números de variedades, Chuck volvió a la mesa y se sentó muy satisfecho de sí mismo. Los otros dos lo seguían unos pasos atrás. Se veía que había bebido. Tenía las mejillas muy rojas y los ojos, grandes y vidriosos, parecían saltársele de la cabeza.

—Mi cancionista está arreglando todo con la orquesta... ¿No les parece que ella sola es todo un espectáculo? Cuando hayan terminado con las variedades, voy a la pista, tomo la ocarina, toco una tonada, y la orquesta, bajo mi dirección, estalla con los acordes de «Todo Hombre Millonario».

—¡Qué gran muchacho es Patsy! —dijo Jackie. Él les dio permiso para hacer todo esto.

—Patsy sabe dónde le aprieta el zapato —contestó Jessup.

—Por supuesto... ¿Y acaso no le estamos haciendo una excelente propaganda a su local? —gritó Jackie, que, luego, bajando la voz a un susurro respetuoso, dijo—: Número Uno, hay algo que todavía no hemos tratado.

—¿Qué es lo que no hemos tratado?... Creo que cuanta bendita cosa puede tratarse en un día, la hemos tratado hoy. Hasta con ese viejo hipócrita de Lamar Parsons hemos tratado... Cuando le cuente a Sue Ann que ese viejo lechuzón apareció hoy, se morirá de risa.

—A lo que Jackie se refiere es al modo en que dividiremos las acciones de la Corporación Todo Hombre Millonario —fueron las palabras que salieron de los labios arqueados de Jessup, con la suavidad con que sale la pasta dentífrica cuando se aprieta el tubo.

—Las dividiremos como un queso... Como un gran queso de bola —rugió Chuck riendo a gritos. Anótalo, Tyler.

Como Tyler no pudo encontrar el anotador en su bolsillo, tomó la lista de los vinos que el camarero acababa de dejar sobre la mesa. Obedientemente, humedeció la punta del lápiz con la lengua.

—Toby, toma nota... A Stauch se le entregan acciones por el doble del valor de su billete. Luego, el cincuenta y cinco por ciento se pone a nombre de Tyler Spotswood... Y espero que no lo tomarás a mal, Toby, si te pido que hagas un traspaso a nombre de Sue Ann en caso de que te atropelle un camión. Necesitaremos ese capital para la política nacional...

—¿Por qué voy a tomarlo a mal?... Yo mismo estaba por proponerlo.

—Luego, el juez Banning y Herb sacan el diez y medio por ciento cada uno, y Jackie, por ser el más joven, lo restante... ¿Alguien sugiere modificaciones?

Todos guardaron silencio. Jackie fruncía el ceño.

Las dos rubias más jóvenes, vestidas con idénticas faldas rosadas y plegadas, se abrían camino entre las mesas, prontas a comenzar su número.

—Aprobado por voto general —gritó Chuck poniéndose de pie y diciendo—: ¡Miren qué par de rubias magníficas! Parecen salidas de un cuadro.

—¡Ay, Senador! Espero que le agrada nuestro número —suspiró la más regordeta.

—Nada de Senador aquí. Aquí soy el viejo Chuck Crawford, que se divierte como loco lejos de su trabajo. Oye, preciosa, si yo no me hubiera metido en esto de servir al pueblo, probablemente sería un artista de variedades.

—Pero si ahora mismo podría ser usted un astro de la pantalla, Senador —comentó la más flaca.

—Del Capitolio a Hollywood en tres saltos —dijo Chuck sonriente. Pero no me gustaría. Ellos no ven al público. Y a mí me gusta ver a la gente y hacer que pase un buen rato... Hacer que olvide sus preocupaciones... ¡Es tan fácil!... Todos estos políticos mecanizados sólo piensan en lo que pueden sacar de éste o aquél. El viejo Sniggelfritz, del distrito diez, puede dar mil quinientos... No, no, así no se hace. ¡Es tan fácil llegar al pueblo!... Al pueblo entero... Hay que mirarles las caras, saber lo que quieren, convencerlos. Vivimos tiempos difíciles, no hay que olvidarlo. La gente quiere que Moisés la guíe a la tierra prometida.

Una salva de aplausos recorrió las mesas. Automáticamente, Chuck miró a su alrededor, saludando sonriente. Tres zapateadores negros acababan de terminar su número. Antes de que cualquiera de sus compañeros de mesa pudiera reírse de él, Chuck lo hizo.

—¡Qué idiotas somos! —dijo. Oye Tyler, pide una botella de whisky y ponla a cuenta del Senador.

Las dos rubias ejecutaron su número, al que siguió un grupo de acróbatas excéntricos. Chuck y sus muchachos bebían fuerte. El whisky disminuía en la botella. Eileen McCoy, acompañada por toda la orquesta, cantaba «Noche y Día», después «Mi Hombre», mirando a Chuck a cada estribillo. Chuck reía, dando saltitos en su silla y tirándole besos. Mientras tanto, los comensales se retiraban y otro público iba llenando el local. Había más hombres ahora. La gente mejor vestida se había marchado a sus casas. En las mesas se gritaba más. En la pista de baile los

empellones menudeaban. En la mesa vecina, tres muchachos flacos, de cuellos rojos, en trajes grises de trabajo, que bien podían ser obreros de los yacimientos petrolíferos, despatarrados en sus sillas, bebían mucho y pagaban, a cada vuelta, con puñados de billetes. Tyler, que con la sensación de estar encerrado en una caja de vidrio, sufría en silencio observando cómo los demás se emborrachaban, comenzó a notar que esos tres hacían comentarios sarcásticos sobre cada número y sobre la concurrencia. Miraban a Chuck y reían en voz alta. A Tyler no le gustó el cariz que las cosas iban tomando.

—Escucha, Chuck —le dijo por lo bajo, cuando Eileen terminó de bisar su canción y las luces se encendieron de nuevo. ¿No te parece que sería mejor retirarnos?

Chuck no le prestó la menor atención. Sentado ahí, con el cuello hinchado como el de un sapo en primavera, aplaudía a Eileen con palmoteo fuerte y pausado. Se puso de pie y, sin dejar de aplaudir, cruzó la pista de baile. La orquesta ejecutó un floreo. Chuck tomó una ocarina y comenzó su solo. Mitad de la concurrencia reía y aplaudía, pero nadie parecía conocer la tonada.

Tyler observaba a los hombres de la mesa contigua. Se habían levantado y gritaban: —¡Que lo saquen!... Es un adefesio... ¡Que se vaya!... No pagamos para ver aficionados... Que vuelva Eileen.

Otras voces les hicieron coro: —¡Que vuelva Eileen!

Hubo silbidos y maullidos. Tyler estaba de pie. Jackie, al intentar levantarse de golpe de su silla, se resbaló, se aferró a la mesa y la derribó estrepitosamente. Chuck avanzaba hacia los tres hombres que chillaban. Tenía la cara descompuesta y lívida y los amenazaba agitando la ocarina como un bebé agita su sonajero en un berrinche.

Todo terminó en un segundo. Uno de ellos lo volteó de dos golpes. Tyler, por la espalda, se abalanzó hacia el otro, lo tomó por el cuello y con el antebrazo lo hizo caer hacia atrás, mientras, con gran experiencia, uno de los empleados de Patsy se le arrodilló sobre el pecho. Tyler aflojó, levantándose como pudo. Los mozos habían formado círculo en torno a la mesa derribada. Patsy Donahue, siempre con su sonrisita tranquila, había aferrado la mano derecha de Jackie Hastings, que blandía un reluciente revólver. Los nudillos de la manita de Patsy estaban blancos.

—Vamos, guarde ese encendedor —le decía amablemente.

A Chuck, sentado en el suelo, le sangraban los labios. Tenía un ojo hinchado, y un asombro infantil en su cara. Tyler lo levantó y lo arrastró hacia afuera.

—Vamos, Chuck... Vámonos —dijo en voz baja.

Detrás del círculo de mozos, entre la gente arremolinada, se oyó un chillido de mujer.

Patsy Donahue los acompañó lentamente hasta fuera de la puerta, limpiando con la mano un polvo invisible en sus pantalones bien planchados.

—Esto no es nada, Senador... Yo mismo lo arreglaré todo... Aquí tiene usted un taxi... Buenas noches, señores... De haber sucedido algo, yo sería el primero en dar

explicaciones... *Lunt's* es una casa seria... Buenas noches, señores.

El automóvil comenzó a deslizarse suavemente por la carretera oscura. Tyler no miraba a Chuck, sentado junto a él, pero sentía que temblaba.

—Patsy lo arreglará todo, Chuck —dijo, tratando de calmarlo. Cuidará de que los periódicos no comenten nada. En *Lunt's* ha habido tres muertes y un suicidio, en los últimos cinco años, y ni una palabra sobre ello publicaron los diarios.

—Los hubiera matado —sollozó Chuck débilmente—, pero desde que soy senador, Sue Ann no me permite llevar armas.

—Y con toda razón. Sería una falta de seriedad que un senador de los Estados Unidos llevara revólver —le dijo bromeando y pronunciando cuidadosamente las palabras, como si hablara a un niño.

—Lo único que tenía en la mano era esa maldita ocarina.

Tyler no contestó. Miraba fijamente la cinta de carretera que brillaba ante él bajo los faros delanteros.

—Pero al grande logré pegarle. Y fuerte. Mira, tengo los nudillos casi dislocados.

Puso el puño, húmedo y frío, en la mano de Tyler. Este le pasó los dedos por los nudillos. No sintió nada. Mantenía la vista fija en la carretera. Los músculos de la mandíbula se le endurecieron, impidiéndole hablar. Acurrucado en el asiento, Chuck temblaba y transpiraba.

—Los consejos de las mujeres son, a menudo, la perdición de los hombres... Yo debía haber tenido mi revólver —insistía en tono plañidero. ¡Y el trabajo que te dará impedir que esto salga en los diarios!... ¡La langosta me ha caído mal!... ¡Ay, Dios mío!...

Chuck comenzó a vomitar copiosamente sobre el piso del automóvil, por entre sus rodillas. Tyler se apartó de él, en el asiento, cuanto pudo, mirando siempre fijamente el camino.

Llegando al hotel, dejó a Chuck en medio del vómito, hasta lograr que el guarda nocturno les abriera la puerta de servicio del subsuelo. Después de dar diez dólares al conductor, subió a Chuck por el ascensor de servicio.

Sue Ann les abrió la puerta. Llevaba una bata acolchada y había olvidado calzarse las chinelas. Sus pequeñas trenzas color arena le daban un aspecto muy infantil. Al ver a Chuck, exclamó con voz tenue:

—¡Pobrecito mío!

Con un brazo lo tomó por los hombros y lo condujo hacia el dormitorio, temblando aún y con la cabeza colgándole floja sobre el pecho.

—¿Puedo ayudarla en algo? —dijo Tyler con voz insegura.

—Espere un momento... quiero hablar con usted —contestó ella desde adentro.

Tyler caminaba de arriba abajo, fumando cigarrillo tras cigarrillo, tratando de decidir lo que iba a hacer. Miró el reloj: eran las dos y treinta y cinco. Una y otra vez fue al teléfono, pero siempre sin resolverse a hablar.

Había vuelto a mirar el reloj, comprobando que eran las tres menos cinco, cuando

Sue Ann entró al cuarto, se sentó agobiada ante el escritorio y rompió a llorar. Tyler, que no se apartaba de ella, le palmeó una o dos veces, tímidamente, los hombros estremecidos por el llanto. Ella se retrajo y salió corriendo de la habitación. Volvió al instante frotándose la cara con una toalla húmeda.

—Duerme como un angelito —dijo.

—¿Lo han lastimado mucho?

—Tiene un ojo amoratado, el labio cortado y quizá se le hayan aflojado algunos dientes. Tyler, ¿cómo puede usted permitir que sucedan cosas semejantes? ¡Dios mío, qué harta estoy!

—Tonteando, con toda la banda, en lo de *Lunt's*... unos borrachos se insolentaron y, en un abrir y cerrar de ojos, se armó la gorda y lo trompearon a Chuck.

—¿Lo vio mucha gente?

—Un local lleno... He estado pensando si no debería llamar a alguno de los periodistas que conocemos y pedirle que trate de acallar el asunto.

—Eso hará más mal que bien —dijo Sue Ann entre dientes.

—Lo mismo pensé... Eileen McCoy, la cancionista, estaba allí... Eso puede dar pábulo a muchos cuentos.

—De peores cosas nos hemos reído... Esto es política, después de todo... ¡Ay, pero qué harta estoy de ustedes!

Tyler había estado caminando de largo a largo por el fondo del cuarto, fumando desesperadamente. De pronto vio a Sue Ann con la cara tranquila y blanca, mirándolo con ojos hinchados por la falta de sueño. Ya no lloraba. Lo miraba directamente en los ojos.

—Tyler, a veces creo que no podré soportar todo esto —le dijo con calma. ¡Me siento tan miserable!

Él no contestó. Ella abrió los ojos, muy negros y muy grandes.

—¡Tengo miedo! —murmuró.

—Bueno, también hay que contar con eso. —Tyler se oyó decir a sí mismo con blandura—: ¿Tiene un poco de amytal, Sue Ann? Me cuesta dormir cuando no bebo.

Ella negó con la cabeza, y mirándolo con un resentimiento amargo, que él no pudo comprender, fue de nuevo hacia el escritorio. Desde la puerta, él observaba la forma perfecta de su cabeza, bajo el pelo trenzado, liso y tirante sobre las orejas.

—Buenas noches —le dijo después de unos instantes. No deje usted de llamarme si se le ocurre algo... Tomaré una habitación en este hotel.

Ella no contestó. Él esperó un instante con la mano en el picaporte, pero ella no se movió. Al ir hacia el ascensor, comenzó a sentir dolor de cabeza y que el cansancio le aflojaba las rodillas.

CAPITULO IV

Cuando tratas de encontrar al pueblo finalmente encontrarás quizás a un minero: vive en una hilera de casas idénticas, sin pintar, situadas en el corte de una montaña, su paisaje es de escoria, tabernas negras y rieles de ferrocarril; el lodo arrugado por la lluvia es un pedazo de luna muerta imitado en la tierra por el humo de la fundición que ha matado los árboles, el pasto y la maleza; en esta ciudad de Compañía nada puede vivir,

salvo las ratas, las chinches y los hombres:

es un hombre de cara lívida, de ojos teatralmente sombreados con polvo de carbón, por más que lo refriegue tampoco podrá quitarlo de sus nudillos y uñas; pero usa zapatos puntiagudos, una camisa de seda artificial y un flamante traje castaño demasiado estrecho para sus espaldas enanchadas por el trabajo; posee un automóvil de tercera mano; su mujer tiene una máquina de lavar, en la primera habitación de su casa hay un radiorreceptor y una victrola muy barnizada; los chicos están en la escuela secundaria, luego seguirán los estudios superiores:

pertenece a un sindicato, ¡por supuesto! un taladro no funciona sin fuerza, un hombre no puede sacar salarios al directorio sin la fuerza de otros miles de obreros unidos en el local del sindicato;

ahora su turno ha terminado, camina hacia el local por la calle lavada;

hombres de anchas espaldas, de cutis grisáceo, balanceando sus manos duras sentados en un cuarto sucio, fuman, escupen en la salivadera y escuchan la voz con el don de la locuacidad;

la voz pectoral que hace vibrar los vidrios mal ajustados de las ventanas, el griterío de la tribuna que azota los oídos de los delegados apiñados en la convención; nosotros pagamos sus viajes, sus gastos, sus cenas y sus bebidas, sus lujosos hoteles ellos nos representan, pagamos la erudición leonina del orador, su fina edición de los clásicos, las pecheras almidonadas de las camisas que lleva en los banquetes, su moblaje estilo antiguo, el artesonado de sus salones; eso es tener situación y poder (ese poder nos representa); sus frases por el altoparlante que azotan el aire en borrasca de verano, las palabras de diccionario —granizo en los oídos—, las ironías shakespearianas, las denuncias con atroneo de púlpito, los lentos y punzantes epítetos del escarnio.

directamente del salón de la convención en Atlantic City,

el rugido de la marejada en la peroración,

la voluntad en la voz de toro que arremete ciego;

se necesita voluntad para convertir las anchas espaldas, el golpe de mano y la experimentada pericia de cien mil mineros

en una fuerza capaz

de sacar del carbón, de las montañas devastadas y de las graníticas exigencias del lucro,

los medios de vida.

NI UN TÉRMINO VULGAR

Sonó el teléfono. Tyler se sentó en la cama sobresaltado. «Buenos días. Son las ocho», dijo la operadora con voz monótona. Después de colgar el receptor, todavía remoloneó un minuto, bostezando y desperezándose al borde de la cama. Sólo había dormido cuatro horas y le dolían los ojos. A través de la ventana que quedaba ante él, podía ver los techos negros y la esquina del edificio del hotel que, iluminados por el sol, se recortaban angulosos y pétreos contra el cielo borrasco color pizarra. Por la ventana, dominando atronador los demás ruidos del tráfico callejero, entraba el sonido discordante del «elevated»^[3]. Muy cerca se oían los golpes secos, repetidos, interminables, de un remachador. El aire tormentoso olía a tierra, a gas carbónico y al escape de los camiones, con un subyacente tufo al chamuscado de los corrales de ganado. El día iba a ser caluroso. Tyler saltó de la cama y cerró la ventana. Tenía que darse prisa.

Recién había comenzado a jabonarse bajo la ducha cuando el teléfono sonó de nuevo. Chorreando agua, fue corriendo hacia la cama, a contestar.

—¿Eres tú, Toby? Soy Ed James.

—Hola, gracias por llamarme. ¿Recibiste mi nota? ¿Cómo te encuentras?

—Con mucho sueño... ¿Acaso alguien puede dormir en esta maldita ciudad?

—¿Dormir? —dijo Tyler. Hace una semana que no duermo.

—Dime, Toby, supongo que irás al desayuno de Gulick, ¿no?

—Por supuesto. El Número Uno también va.

—¿Cuál es el número de tu habitación?... Muy bien. ¿Me permites ir a verte por unos segundos?

—Pues ven... Estaré vestido dentro de unos minutos.

Tyler colgó el receptor. Ahora verdaderamente se sentía atado. En cuanto clavaba la vista en su viejo reloj de oro, que lo miraba desde su lugar habitual en la mesa de noche, entre un pañuelo arrugado y la pila de monedas de cambio, los minutos parecían encogerse. Hasta las once no tenía tiempo de hacer todas las cosas que tenía que hacer. De prisa cerró la ducha y comenzó a afeitarse. Cuando se hubo afeitado un lado de la cara decidió que era mejor no esperar más para llamar a la habitación de la señorita Jacoby. Llamó. Su voz le resultó refrescante. Por supuesto, las copias al mimeógrafo del discurso estarían listas en la habitación 1215 a las once en punto.

—¿Y qué le parece, señorita Jacoby?

—¡Me parece magnífico, tan lleno de dignidad! Sí, hizo usted un buen trabajo, señor Spotswood.

—Pero señorita, usted sabe tan bien como yo que fue El Número Uno quien escribió ese discurso.

La señorita Jacoby emitió un pequeño chillido.

—¿Cuándo debe entregarse? —preguntó.

—En el instante en que El Número Uno comience a hablar en la audiencia.

Tememos darlo antes a publicidad porque puede haber un error en el proceder. La veré a usted en cuanto hayamos terminado con este maldito desayuno.

—Ay, tío Toby, yo rezo, sí, rezo, para que nuestra delegación tenga su banca en la asamblea.

Ella hablaba aún cuando golpearon a la puerta. Ed James entró, muy rosado, muy pulido y muy orondo en su traje gris claro.

—Me alegro mucho de verte, Ed —le dijo Tyler, tomando la brocha y volviendo a afeitarse.

Por el espejo veía, detrás de su cara desencajada y trasnochada, la cara redonda de Ed. De tiempo en tiempo asentía con la cabeza a lo que Ed decía.

—Me dijiste que querías conocer a Bob Slater. Bueno, su habitación está justo al extremo del corredor. Lo llamé para decirle que pasaríamos a verlo antes del desayuno. Cosa de cambiar dos palabras.

—Gracias, Ed... Tú siempre tan servicial y dispuesto.

—Oye, Toby —dijo Ed recorriendo el cuarto de largo a largo. ¿Por qué no largas todo esto y te metes en política, o en lo que sea, por tu propia cuenta? Tú tienes muchísimos amigos, chico.

—¿Y quién va a votar por mí? Es Chuck quien arrastra la gente a las urnas...

—No sé lo que él haría sin ti.

—Llegar, ver y vencer.

—Por lo menos deberías conseguirte un puesto en Washington.

—Washington, o, por lo menos, el Gobierno, trata de conjurar la suerte, por eso creo que sería mejor hablar con Bruce antes de que él vea a Chuck.

—Debe de haberlo oído en el Senado.

—Bruce no va mucho al Senado.

—¿Te divierte la Convención, Ed? —preguntó Tyler anudándose la corbata ante el espejo.

—Prefiero los campeonatos internacionales. Aunque ambas cosas están decididas de antemano, los partidos de fútbol son, por lo menos, divertidos.

Tyler, nerviosamente, secaba con papel higiénico una gota de sangre que le manaba en la barbilla.

—Ed, ¿no tienes días en que ni afeitarte como es debido puedes?

—Toby, te hablo en serio —insistió Ed. En mi trabajo me he topado con infinidad de gente que tiene excelente opinión de ti y que se pregunta por qué diablos te has ligado con este Todo Hombre... ¡cuerno, ni decirlo puedo!... Con Chuck te llevarás un buen chasco el día menos pensado.

—No olvides que tú también creiste en él.

—Verdad... pero no obstante, me gustaría verte actuar por cuenta propia... Créeme, Toby, eres igual a tu hermano menor, salvo que él se entregó en cuerpo y alma para asegurar el triunfo de los rojos... Y dime, ¿sabes algo de él?

Tyler enrojeció.

—Vamos andando —dijo cortante, y agregó apretando los dientes. Tengo que ver demasiada gente esta mañana.

Al salir cerró la puerta con más violencia de la deseada, haciendo saltar la llave fuera de la cerradura. Al agacharse para buscarla sobre la alfombra oscura del corredor, se sintió estúpido. Un lápiz se le cayó del bolsillo. Su mano dio contra el lápiz y la llave, entre los zapatos cuidadosamente lustrados de Ed.

—Las convenciones son algo de cuidado —dijo alegremente Ed para cambiar el tema, mirando a Tyler desde arriba. Si lo sabré. Las reseño todas, hasta las del partido prohibicionista... Esa es mi tarea en el papelucho informativo... A los aterrados hombres de negocios les indicamos cuáles son las tendencias que deben deplorar.

Guiaba a Tyler por el corredor con el paso lento del hombre decidido a no beber en todo el día.

—¿Ya has informado sobre Chuck? —preguntó Tyler, tratando de parecer indiferente.

Ed se había detenido y golpeaba a una puerta en el extremo del corredor.

—Antes tengo que saber si su delegación sale triunfante en la Convención —murmuró Ed.

—Adelante —gritó desde adentro una voz profunda. Un hombre muy alto con tiradores amarillos estaba anudándose la corbata ante un espejo en la puerta del baño. Al volverse hacia ellos para disculparse dio un último tirón a su corbata. Tenía pies grandes calzados en zapatos negros, manos largas y velludas, y una cara morena, larga, con pliegues del pellejo flácido cayendo a cada lado del mentón, lo que le daba cierto aire triste y serio de perro de caza.

—Bruce, te presento a Tyler Spotswood.

Bruce Slater le apretó la mano en silencio.

—Creo que me dijiste que el padre de Tyler fue profesor tuyo en la Universidad de Colombia, ¿no?

Bruce Slater asintió tristemente con la cabeza mientras con paso largo y torpe iba al otro extremo de la habitación en busca de su chaqueta colgada del respaldo de una silla. Al ponérsela fruncía el ceño como si le resultara un problema meter sus largos brazos en las mangas. Cuando Ed se acercó para arreglar el cuello de la chaqueta en la espalda, él se retrajo, tartamudeando turbado.

—Gracias, gracias... —dijo, y agregó sentándose en el sillón—: Tomen asiento, señores; quiero preguntar algo al señor Spotswood. No necesita contestar si no lo desea... —dijo de repente mirando a Tyler dolorosamente. ¿Ha dejado de beber el Senador Crawford?

—En seis meses no ha probado un solo trago.

—Así me lo han dicho. El perfecto jefe de un hogar feliz, ¿no?

Tyler sintió que la sangre se le subía a la cara.

—La señora de Crawford es una de las mujeres más elegantes de Washington —contestó volublemente, por decir algo.

—Bueno, lo que le sucede a Chuck es que sólo consigue que el pueblo trague sus edificantes verdades si las azucara con mucha payasada... ¿No es así, Toby?

—Pero después de todo —replicó Tyler asintiendo— alguien tiene que ser capaz de explicar al pueblo las posibilidades que ofrece el mundo moderno. Abe Lincoln lo hizo en sus días. —Hablabla y hablaba, sabiendo que sus palabras eran tan vacías como las de un loro.

Bruce Slater dio una especie de gruñido. Seguía sentado mirando solemnemente al uno y al otro como si entre ellos pesara un tácito secreto.

—Me disculparán ustedes, pero tengo que hacer... —dijo por fin Tyler, quebrando el incómodo silencio. Espero verlos a ambos en el desayuno de Mike Gulick.

Con cierta dificultad, Bruce Slater desdobló las piernas para levantarse de la profunda butaca. Suspiró:

—Ah... Lincoln —y quedó mirando fijamente hacia adelante. Cuando Tyler salió lo saludó agitando lentamente su larga mano velluda. Mirando el reloj, Tyler fue presuroso hacia el ascensor.

Cuando golpeó a la puerta del departamento de Chuck, nadie contestó. Golpeó de nuevo, esperó un momento. La sensación de perder el tiempo le aceleraba el pulso. Luego fue a golpear a la puerta contigua. Después de esperar un rato, la puerta del dormitorio se abrió repentinamente, dejando ver, colocado al sesgo sobre su pescuezo flaco, el rostro sonriente, alargado y sucio de Saunders. Para impedir que la puerta se abriera más apoyaba la rodilla en la parte interior. Tenía la mano metida en los bolsillos de sus ceñidos pantalones, y debajo de ella, contra el muslo, se adivinaban los contornos de un revólver.

—Hola, Saunders —dijo Tyler. Esto no es un asalto; sólo quiero ver a El Número Uno.

Saunders dejó que la puerta se abriera y con el pulgar de su mano libre señaló hacia el extremo del corredor.

—Entre por el otro lado. Mandaré a Jackie a abrir la puerta... No dejes que nadie entre por aquí.

—Pero, caray, tengo que hablar con Chuck antes del desayuno...

Tyler estaba hablando solo: la puerta se había cerrado frente a sus narices. Maldiciendo en voz baja, volvió a la puerta de la sala y esperó un rato hasta que Jackie Hastings vino a abrir, con su cara de nariz respingada, que, más que nunca, parecía hecha de masilla.

—Cumpla órdenes —murmuró pesadamente, soplando a la cara de Tyler su mal aliento. En el hotel hay alguien que quiere matar a El Número Uno.

—Se ve que ustedes sólo leen novelas policiales.

—No es así: Saunders no sabe leer y yo no tengo tiempo —contestó Jackie.

—¿Está aquí Sue Ann?

—La patrona tomó una habitación en el último piso —replicó Jackie negando con

la cabeza. —Supongo que huyendo del humo de cigarro y de las blasfemias.

Tyler recorrió el cuarto con la mirada. Había periódicos apilados sobre el asiento de cada silla y en los rincones papeles caídos de los canastos tumbados. Eran montones de amarillentos y arrugados boletos de viaje. El piso estaba cubierto de hojas sueltas con la rizada cabeza de El Número Uno. En el centro de la alfombra verde había una salivadera desbordante de papeles, rodeada de colillas y de una que otra mascada de tabaco. La fotografía de El Número Uno, en ampliación de metro y medio, estaba apoyada contra la pared, frente a la puerta. Había sido tomado en pleno discurso, con la boca abierta, los ojos en revuelo y suelto al aire su pelo rizado. Tyler la miró un momento.

—Oye, es necesario que Saunders y Crummit hagan una limpieza aquí —dijo, volviéndose hacia Jackie. Esto parece un chiquero.

Jackie no contestó. Saunders, que del dormitorio se había escurrido al pasadizo, le indicó a Tyler con la cabeza que lo siguiera. Como no se hizo a un lado, cuando Tyler pasó junto a él rozó con el dorso de la mano el revólver que Saunders llevaba en el bolsillo. Algo que, comenzando en la boca del estómago, le corrió por el cuerpo entero, contrajo todos sus músculos en un espasmo de ira. Cuando entró al dormitorio tenía muy hundido en su bolsillo el puño cerrado.

De cara a la ventana principal, Chuck, en pijama de seda blanca bordeada de púrpura y calzando chinelas de marroquí rojo, estaba sentado en una silla alta con una toalla bajo la barbilla y la cara cubierta de espuma de jabón. Un barbero italiano muy bajito que parecía un querubín aceitunado y que sonreía sin cesar, lo afeitaba, moviéndose diligente en torno a la silla. Sobre la cama, que no había sido rehecha, con la cabeza apoyada sobre dos almohadas, estaba tendido Herb Jessup. Vestía un traje estival color crema y fumaba echando anillos de humo hacia el cielo raso. Detrás de Chuck, hablando sin cesar, iba y venía en medio del cuarto un hombre maduro, vestido de traje blanco. Llevaba un sombrero negro de alas anchas, muy encasquetado sobre su sedoso pelo cano cortado en una melena que le caía hasta debajo de las orejas. Puntuaba el final de cada frase golpeando ruidosamente con el puño la palma de la mano.

—Comodoro Pendleton, le presento a Toby Spotswood —dijo Herb somnoliento y sin moverse.

—Su servidor —contestó el viejo, interrumpiendo apenas lo que estaba diciendo.

Jackie, de pie junto a Tyler, golpeándose el cráneo con los nudillos, le susurró al oído:

—Sabe usted... el Comodoro de Bayou Honda es un poco...

Luego, dejándose caer en una silla junto al escritorio, comenzó a recorrer los periódicos matutinos. Tyler apoyado contra la pared sacó su cigarrera y se puso a jugar nerviosamente con ella, esperando que el hombre terminara. Por el rabillo del ojo vio que Crummit bloqueaba con su cuerpo gordo una entrada de la habitación, mientras Saunders despatarraba su forma flaca a través de la otra.

—No necesito molestarlo, señor Senador, reiterando en sus oídos la importancia de la región de Bayou Honda y sus millares de inexplorados recursos naturales, en petróleo, gas, maderas y terebinto, olvidadas de tal manera tanto por las empresas privadas como por el Gobierno Federal, que nosotros, los habitantes de esos parajes sonrientes sobre los cuales la mano del Creador ha sembrado tan generosamente sus dones, comenzamos a abrigar la vil sospecha de que somos víctimas de alguna oscura conspiración por el temor de la competencia que pueda hacer la región de Bayou Honda, con sus profundos cauces de agua, sus canales navegables que, apenas sean eliminados algunos bancos de arena y vados sin importancia, podrán rivalizar con el majestuoso Canal Ambrose por donde el comercio marítimo mundial llega al puerto de Nueva York... no es necesario que yo ponga en cifras las distancias increíblemente cortas que unen por ferrocarril a Bayou Honda con Chicago, Kansas City, Dallas y Los Ángeles... No es necesario que yo llame la atención de su mente clara y progresista sobre el hecho de que ninguna oscura conspiración tramada por los intereses del Este podrá impedir que la luz de la verdad se proyecte con letras imperecederas y fulgurantes sobre la negra cúpula del firmamento. Todo lo que le pido, senador Crawford, es que cuando usted se halle en el recinto del Congreso, recuerde que es necesario mantener encendida ante la Nación la luz de Bayou Honda, para que se inicie así el desarrollo, tan inevitable como la salida del sol mañana, y pasado y pasado, de una serie de puertos tan inestimables en tiempo de guerra como inapreciables para el necesario equilibrio comercial de nuestros poderosos imperios industriales, en tiempos de paz...

Tyler miró el reloj: eran las nueve y treinta y cinco. El hombre ese le caía mal. Le revolvía el estómago. Sacó un cigarrillo. El médico le había prohibido fumar. Se lo puso en la boca sin encenderlo.

El olor a loción capilar impregnaba el aire encerrado de la habitación. Terminada su tarea, el barbero desenredó las toallas que Chuck tenía envueltas al cuello. De pronto, cual movido por un resorte, Chuck se puso de pie de un salto.

—Lárgate, Tonio —le dijo al barbero. En seguida se aclaró la garganta y escupió en la salivadera que estaba al pie de la cama.

—Comodoro —dijo en tono declamatorio—, no hay nadie en el mundo que pueda comprender mejor que yo lo que usted ha estado diciendo... muchas gracias. —Le apretó efusivamente la mano. —Cuenta usted conmigo —agregó, bostezando. Y ahora discúlpeme usted... Herb, ven, acompáñame, mientras me doy un baño.

Herb Jessup iba incorporando su cuerpo flácido. Tyler habló:

—Chuck, acabo de ver a Bruce Slater.

—¿Qué quiere? ¡Por mí que se vayan al diablo!

Quitándose la parte superior del pijama, trotó hacia el cuarto de baño.

—Tengo que bañarme y salir en seguida.

Tyler lo siguió, hablando con voz cansada:

—Tomaremos el desayuno con él y Gulick. Espero que no lo has olvidado. Gulick

es uno de esos profesores cuya opinión pesa en Washington... aunque no sé cuánto... Bruce Slater es otro cantar: entra a la Casa Blanca cuando se le da la gana y lo tratan a cuerpo de rey.

—Mejor que no se meta conmigo —gruñó Chuck.

Se había quitado los pantalones del pijama y estaba de pie en la bañera llena de agua caliente. La atmósfera húmeda olía a sales de verbena. Como un bebé, Chuck se palmeó varias veces el vientre.

—¿Qué me dicen, muchachos? ¡Tres meses de dieta y ya no tengo panza!

Se dejó resbalar dentro del agua y comenzó a jabonarse el pescuezo.

—Continúa, te escucho.

Por la estrecha puerta del cuarto de baño, Herb se había escurrido tras de Tyler, quien sentía su aliento en la nuca. Éste dominó la ira que lo invadía y continuó diciendo:

—Creo que está convencido a medias. Si en la Comisión de Credenciales dice una palabra a favor nuestro, ganamos las bancas. Si se opone...

—Y se opondrá, ¡no te quepa duda! No me ha oído aún hablar con ellos. ¿Sabe acaso lo que voy a decir? Estos liberales hinchados de orgullo me creen un Don Nadie, salido de la chusma. —Echándose agua sobre los hombros y el pecho, gritó—: Si lo que quieren son letras se las daré a pasto. ¿Quién dice que soy un iletrado?

—Bueno, es mejor llegar a tiempo —dijo Tyler, que había estado con los ojos fijos en la alfombra del baño. Ya son casi las diez.

Al volverse para salir vio la cabeza con sus rizos empapados, el grueso cuello rojizo, las espaldas y los hombros redondeados y blancos y, debajo del agua, las gordas rodillas con un algo muy femenino. Como en un relámpago se imaginó a sí mismo apuntando un revólver contra esa espalda mujeril, apretando el gatillo.

—Bueno, inocente —dijo Chuck burlón. Ya deberías saber que El Número Uno jamás llega tarde salvo cuando lo hace adrede.

Tyler, dándole la espalda, entró al dormitorio. Herb Jessup, tan doblado en dos que llenaba con su cuerpo el cuarto de baño, reía silenciosamente, sacudiéndose.

Al irse, el Comodoro dejó tras de sí un mazo de volantes. Tyler cogió un diario matutino y, para leer la noticia sobre la llegada de los delegados, se apoyó contra la pared, entre las dos ventanas. Sentía un dolor lacerante en el estómago. Al recorrer, sin leerla, una columna de la página interior, se decía a sí mismo con voz malhumorada y autoenterneamiento: «Para mi úlcera del estómago es malísimo desayunar tan tarde».

El reverendo Bigelow irrumpió en la habitación.

—Bueno, amigos, ¡ha llegado el gran día! —exclamó con voz profunda y elástica. O nos eligen o nos retiramos al anonimato del hogar. Sea como fuere, me han pedido que ofrezca una oración.

Se frotaba las manos como si la perspectiva le sonriese. Tyler seguía leyendo el periódico.

Finalmente Chuck apareció. Llevaba un traje color castaño y camisa celeste pálido; dos triángulos de un pañuelo de seda, bordeado de azul, asomaban del bolsillo superior de su chaqueta.

—Bueno, vamos —gritó desde la puerta.

Tyler dobló su periódico y lo siguió. Jackie iba delante de Chuck por el corredor, mientras Saunders y Crummit lo escoltaban detrás. Caminaban todos con su rápido y corto paso habitual. Como Tyler quedara un poco rezagado, las puertas corredizas del ascensor se le cerraron casi en las narices. Cuando salieron del ascensor en el entresuelo, él los condujo hacia uno de los comedores privados. La puerta estaba abierta. Chuck se les adelantó y entró directamente, dejándolos alicaídos en el pasaje exterior. Tyler, irguiéndose, lo siguió.

El cuarto era claro. Y en la luz que los cuchillos, los tenedores pulidos y el mantel reflejaban, todos los hombres parecían recién afeitados y recién salidos del baño. Era como si oliesen aún a pasta dentífrica y a loción de afeitar. Alto y con una larga cabeza que las canas barnizaban de plata, el profesor Gulick fue al encuentro de Chuck. Le estrechó efusivamente la mano y echando tanto hacia atrás la cabeza que la manzana de Adán le resaltaba de manera exagerada, con tono sedante hizo tres o cuatro preguntas sin escuchar las respuestas. Tras la mesa redonda, Steve Baskette conversaba en arrastrados monosílabos con Bruce Slater. En un rincón, Ed James reía solo con risita nerviosa cual una tetera en punto de ebullición. Después de muchas idas y venidas, el profesor Gulick consiguió que todos se sentaran.

Distraídamente, Tyler se metió en la boca un trozo de pomelo demasiado frío y demasiado ácido. Lo tragó con dificultad, buscando en su bolsillo la lista de los alimentos que el doctor Edgell le permitía tomar. «Alimentos suaves», se murmuró a sí mismo, y recostándose contra el respaldo de la silla llamó al mozo y pidió crema de harina de trigo.

Chuck había rechazado el pomelo y, con una taza de café en la mano, comenzó a hablar:

—Como es del dominio público, empecé mi carrera como un reformador. Que nadie se deje engañar al respecto... si mi ambición fuese hacer dinero, nada en el mundo me hubiera inducido a elegir esta manera de hacerlo. Como abogado hubiera podido tener un buen pasar y de haber dedicado algún tiempo a los negocios petrolíferos, en vez de empeñar hasta la camisa para adquirir la estación radiotelefónica, ahora nadaría en plata... Pero mi ambición es otra. Comencé sirviendo al pueblo, allá en mi Estado, y ahora quiero seguir sirviendo al Partido Demócrata y al pueblo en la escena nacional.

—Eso siempre que Galbraith y los suyos no logren hacer saltar a su delegación —dijo por sobre la mesa Steve Baskette, mirando a Chuck adormecidamente bajo sus párpados caídos.

El profesor Gulick emitió una breve risotada chillona.

—Es muy difícil hacer que salte fuera de cualquier cosa un Senador de los

Estados Unidos... —dijo, fallándole la voz al final de la frase.

El único que rio fue Ed James. Chuck se llevó el puño a la barbilla. Luego, sacudiendo los rizos castaños, sueltos sobre las sienes, prosiguió su peroración.

—Esa gavilla de asaltantes no cuenta para nada —dijo pronunciando cuidadosamente las palabras—... Verán ustedes cómo le demuestro a Galbraith que no es tan listo como él se cree... Pero lo que yo quería explicar, señores...

Tyler veía que Chuck estaba tratando de impresionar a Bruce Slater.

—... es la razón por la cual fallan todos los reformadores políticos... Les resulta fácil demoler; Henry George hizo una crítica soberbia de la sociedad monetaria de su época... Las observaciones de Marx sobre el sistema industrial de Inglaterra eran profundamente justas... Los hombres inteligentes y con tiempo que perder pueden indicarnos siempre los males de un sistema, pero donde indefectiblemente fallan es en la parte constructiva... He pasado muchas noches en vela pensando y cavilando sobre esto y he llegado a la conclusión de que una de las razones por las cuales sus montañas sólo pueden parir lauchas, es porque sus ojos eruditos observan a la sociedad desde fuera... nunca se colocan dentro de ella... en su curso común, donde el simple ciudadano lucha diariamente por la vida, arando en otoño o vendiendo su mercancía de puerta en puerta, pagando las cuentas al médico de su familia, educando a sus hijos, recogiendo un hueso o algunas migajas de pan para aquietar su estómago hambriento... Pues bien, mientras los reformadores idean sus teorías altamente intelectuales... la sociedad, que es una planta como el maíz o el roble, crece y florece... y cambia sin cesar... y cuando ellos han puesto sus teorías en palabras, la planta se ha transformado en algo totalmente distinto. La sociedad tiene que ser reformada por políticos prácticos que la van observando día a día. Si queremos cosechar nuestro maizal, salimos y contratamos a un buen agricultor en lugar de acudir a un botánico criptógamo.

Hubo algo irresistiblemente cómico en la cara de Chuck cuando dijo eso. Ed y Tyler se pusieron a reír. Una alegría silenciosa contrajo la cara larga de Bruce Slater.

—En eso estamos de acuerdo con usted, Senador Crawford —dijo bruscamente, para detenerse de inmediato como si temiera haber hablado de más.

—Supongamos que nuestro fin no sea reformar a la sociedad —canturreó Steve Baskette. Será porque yo no comprendo estas cosas, pero a mi parecer la Convención se ha reunido para elegir a algunos demócratas honestos capaces de hacernos triunfar en las elecciones presidenciales de noviembre.

—Tenemos que apuntar más alto —refunfuñó Bruce Slater con los ojos fijos en el plato de huevos revueltos, como si algo estuviera leyendo ahí.

Todos creyeron que iba a seguir hablando, pero él guardó silencio.

—O reformamos la sociedad americana o la vemos irse al diablo —dijo Chuck con voz fuerte y confiada. Sea quien fuere el que se encare con el pueblo americano y le diga que las cosas pueden seguir como antes, es un idiota o un sinvergüenza... — Su voz llenaba la habitación.

Tyler sacó el reloj y, apoyándolo sobre sus rodillas, miró la hora. Bebió el resto de la leche cuajada.

—Usted me disculpará, profesor, pero tengo que retirarme —le dijo en voz baja, por sobre la mesa, al profesor Gulick.

El profesor se levantó y, tomándolo por los hombros, lo acompañó cordialmente hasta la puerta.

—Deseaba muy especialmente ver a usted hoy, señor Spotswood, para decirle con cuánto afecto recuerdo a su hermano Glenn, que fue discípulo mío —dijo a media voz, bajo el creciente retumbo del discurso de Chuck. Un muchacho tan franc... ¡tan valiente!... ¿Ha tenido usted noticias de él?

Tyler frunció el ceño y negando con la cabeza dijo:

—Pobre Glenn; ¡cómo ha desperdiciado su vida!

—¿Por qué? Yo no estoy tan seguro de ello. No, no lo estoy —murmuró el profesor agitando el índice ante Tyler con gesto propio del aula.

—Bueno, muchas gracias... He tenido un verdadero placer en conocer a usted y al señor Slater —dijo ceremoniosamente Tyler.

Cuando la puerta del corredor privado se cerró tras él, seguía oyendo la voz confiada y monótona de Chuck, articulando bien las palabras al redondear su párrafo con el verso:

*Esa tierra padecerá males crecientes;
donde acumulan oro más decaen las gentes.*

Crummit y Saunders estaban apostados tiesos uno a cada lado de la puerta. Cuando Tyler salió, Crummit sonrió mirándolo de reojo, pero él, volviendo la cara, se dirigió de prisa al ascensor.

El entrepiso, iluminado por la mareante mezcla de la luz del día y de la luz eléctrica, estaba sofocante de humo, y sus vestíbulos atestados de hombres corpulentos que se agrupaban hablando en voz baja y luciendo en sus solapas las insignias partidistas en letras doradas. Al circular entre ellos, Tyler divisó, aquí o allí, a algunos de los partidarios de Galbraith. Por cierto, ellos no estaban perdiendo el tiempo.

Muchos hombres rodeaban las mesas del salón de lectura y otros se agachaban atareados sobre los escritorios. Junto a las puertas de las salas donde funcionaban las comisiones, la gente se aglomeraba. El ruido de las máquinas de escribir salía por las puertas abiertas. Los mensajeros de las agencias telegráficas se abrían paso entre las masas refunfuñantes. Cuando Tyler estaba apretujado en medio del grupo que esperaba el ascensor, un hombre joven, de mandíbula azulada y con un sombrero de fieltro flexible, se deslizó hacia él y, por detrás, lo tomó del brazo.

—Toby, ¿no podrías decirme algo sobre los guardaespaldas de Chuck?... Hay dos tipos apostados fuera de la puerta del comedor privado... los muchachos sostienen que son guardaespaldas y que Chuck no da un paso sin ellos, desde que aquel tipo lo

trompeó en Springs... un muchacho de Nueva Orleans dice que conoce a uno de aquellos tipos, que es un famoso pistolero, apodado «el Bizco»... algo...

—Joe —contestó Tyler con su sonrisa más serena—, me alegro de que lo hayas preguntado. Bueno, tú sabes que en este asoleado Sur cuyos llanos el búfalo ya no recorre, El Número Uno tiene bastantes partidarios entusiastas hasta el fanatismo... ¿Crees tú que él puede impedir que, de vez en cuando, lo sigan?

—No, la verdad, Toby —contestó Joe sonriendo. Sólo quería saber cuál era tu idea al respecto... Sabré agradecer tu información.

—Gracias, Joe, sé que eres un excelente muchacho —dijo, y una oleada humana lo metió en el ascensor.

Mientras subía trató de comprobar, mirando las páginas de su pequeño anotador, si había olvidado algo, pero el hombre que estaba ante él se le iba encima impidiéndole ver la libreta. Por fin hacia el décimo piso la aglomeración disminuyó. Al salir del ascensor en el décimosegundo, advirtió, garabateado en el rincón de una página, el nombre de Marcellus T. Bond. Recordó entonces vagamente a un hombre austero, corpulento, de facciones suaves, que era pequeño banquero en el sur de Ohio y al cual tenía que convencer aún. Tyler se había totalmente olvidado de buscarlo.

Levantando los ojos del anotador, vio, contra la ventana del descanso de la escalera, un penacho de pelo blanco que sólo podía ser el del Senador Johns. Fue hacia allí y se detuvo junto a él y, durante un segundo, se quedó mirando, por entre los cuadrados edificios, tras los rieles del ferrocarril y un galpón sucio de humo, el trocito de lago azul que brillaba pálido y transparente como un aguamarina.

—Buenos días, Senador Johns —dijo sonriendo juvenilmente a la cara del viejo, en cuyas pupilas persistía un resto de azul.

—¿Cómo está usted, Tyler?

—Hecho papilla, señor... en cambio, usted parece lleno de optimismo, lleno de vida.

—Ésta es mi décima Convención Demócrata, sin contar algunas asambleas Republicanas. ¿No le parece a usted que ya debo estar acostumbrado?... Pero me alegro mucho de haberlo encontrado, Tyler... Usted podrá informarme sobre lo que hay de cierto en el chisme que circula por ahí, sobre los guardaespaldas del joven Crawford y de que alguien trató de pegarle un tiro. Me suena a disparate, a fruslería. ¿O es esta la idea que él tiene sobre lo que debe ser la publicidad?

—Como usted sabe, Senador, en la banda de Galbraith abundan los calumniadores... Y como ahora se trata de no perder el control del Partido no se detendrán ante nada... Me sorprende que no hayan hecho correr peores infundios... Creo que los amigos de Chuck debemos estar prontos a afrontar cualquier cosa.

—Muy bien, espero que lo que me dice sea cierto... Ese joven podría hacer una de las mejores carreras que este país haya permitido hacer a un hombre de genio, si sólo madurase y se dejara de decir ramplonerías. Usted sabe a lo que me refiero... A que en lugar de intentar hacernos tragar esas innumerables pamplinas de Todo

Hombre Millonario, se retirara a estudiar y a meditar... El Senado de los Estados Unidos ha sido una universidad para muchos de nuestros hombres.

—Espere usted, Senador, a oír su alegato ante la Comisión de Credenciales.

El Senador sacó de su bolsillo una gran saboneta de oro, la abrió y quedó mirándola pensativo.

—Bueno, adiós, señor —dijo Tyler. Tengo mucho que hacer.

Fue rápidamente a la habitación 1215, donde sentada ante un escritorio con un aire de calma sedante encontró a la señorita Jacoby, copiando tranquilamente una carta a máquina. Desparramado en un sillón, Frank Goodday leía una hoja mimeografiada. Bajo los pantalones de tela estival llevaba aún sus altas botas rancheras. Miró a Tyler con una sonrisa de felicidad.

—Como usted ve, les he tomado la delantera —dijo. Señor, este discurso es notable... Y lo que más me sorprende es que este Chuck Crawford de Texarcola haya encontrado tiempo para aprender tanto y poder basar tan bien los fundamentos legales. En todo el discurso no hay ni un término vulgar.

—Sí, es un buen discurso —se apresuró a decir Tyler. Espero que causará el efecto deseado... Señorita Jacoby, ¿sería usted tan amable de llamar a la habitación del señor M. P. Bond y luego a la de Joe Hazard, de la Compañía Distribuidora Royal? Yo mismo entregaré las circulares a los periodistas.

Con la oreja pegada al teléfono, la señorita Jacoby levantó la cara.

—Por favor, señor Spotswood, dígame con franqueza cómo le parece a usted que andan las cosas... Estoy tan nerviosa... El señor Bond no contesta... El señor Hazard, tampoco.

—Bueno, tengo que marcharme —dijo Tyler.

Trataba torpemente de meter las circulares en un gran sobre. Sonriendo con frialdad, la señorita Jacoby se las tomó de las manos y, con toda habilidad, las deslizó dentro del sobre.

—¿Quiere usted que haga buscar al señor Bond? —preguntó.

—No, ya es demasiado tarde. Lo veré en la sala de la Comisión.

—Es increíble —seguía comentando Frank Goodday. La mitad de nuestros senadores son incapaces de comprender un discurso como éste, y mucho menos de hacerlo.

Dejando abierta la puerta tras de sí, Tyler se dirigía nuevamente hacia el ascensor. En el entresuelo advirtió que la multitud viraba definitivamente rumbo a la sala de la Comisión, situada al extremo del corredor central. Eran las once menos cinco. Como en medio de una pesadilla en la que se está a punto de perder un tren, comenzó a vagar de sala en sala. Luego sonrió distraída y rápidamente a una cara conocida. Estaba mirando a un hombre corpulento y de aire tranquilo en quien creyó reconocer a Marcellus P. Bond.

El hombre iba presuroso en dirección errada. Tyler lo alcanzó justo cuando iba a entrar al *toilet* para caballeros.

—¡Hola! ¡Hola! —le dijo.

El hombre se volvió y le estrechó la mano tan calurosamente como si fuera un hermano perdido y vuelto a encontrar.

—¿Cómo le va a usted? —preguntó el hombre. ¿Y la señora y los niños?

—He andado la mañana entera en busca de usted; quería conversar un poco. Por el hotel corren ciertos rumores venenosos que necesito poner en claro.

La mirada benigna del hombre se iba petrificando, sus ojos se desorbitaban.

—Bueno, bueno —dijo el hombre vagamente. Todo esto me trae recuerdos de otros tiempos.

—Apostaría a que ya no me recuerda usted... A veces, es difícil unir el nombre a la cara... o viceversa.

Uno frente al otro reían a carcajadas.

—¿Pero no recuerda usted a Toby Spotswood, señor Bond?

La sospecha empequeñeció y tornó oscuras las pupilas del hombre.

—Su nombre será Spotswood, pero el mío no es Bond.

—¿Cómo? ¿No es usted Marcellus P. Bond?

—Hasta nuevo aviso creo llamarme Mc Avoy... ¿Spotswood?... ¿Spotswood?... Usted es el muchacho que está empeñado en que esa serpiente de Crawford nos gane las elecciones... Pero, por supuesto que lo es.

—¿Y usted es el Mac Avoy de la delegación de Galbraith?

—¡Seguro que lo soy, hermano, y les deseo a ustedes muy mala suerte!

Ambos rieron.

—Disculpe usted, señor Mac Avoy —dijo Tyler tendiendo la mano. Esta vez los tragos correrán por mi cuenta.

Con cierta tiesura volvieron a estrecharse la mano.

—Esto nos sucede por no llevar las insignias —comentó Mac Avoy para suavizar la situación.

Al retirarse apresuradamente, Tyler no pudo evitar volver la cabeza y decir:

—Lástima que ustedes hayan hecho un viaje tan largo para nada.

El señor Mac Avoy se volvió dando un gruñido y con aire digno entró al *toilet* para caballeros.

Tyler sacó la insignia del bolsillo y la prendió en su solapa. Tuvo que abrirse paso a empellones. En la sala del extremo del corredor llamaban a orden a la Comisión de Credenciales. Era un salón grande, pero los artesonados de roble ahumado y las arañas de bronce parecían presionar sobre las cabezas del público. No había un solo asiento libre.

Justo en el instante en que Tyler se escurría por la puerta un mensajero le entregó un sobre. Lo abrió distraído mientras buscaba una moneda de su bolsillo. Lo fue leyendo al dirigirse dificultosamente, rozando la pared del fondo, hacia un lugar desde donde pudiese ver a Chuck. La letra era de Sue Ann, escrita a todo correr con tinta azul. Las letras le bailaban ante los ojos. Alejó el papel para poder leerlas,

sintiendo que el corazón le sonaba en el pecho como campana de locomotora: *Tyler: ¿quiere usted almorzar conmigo a las doce en la Cafetería del Lago? Necesito saber lo que sucede. Su pobre amiga, Sue Ann.*

Tyler no se había sentido así desde su adolescencia. La sala entera con sus ventanas cortinadas de rojo, las largas mesas de roble y los rostros atentos apretujados en hilera como los guisantes en su vaina, giraban vertiginosamente en su cabeza. Cerró los ojos y se apoyó contra la pared, tratando desesperadamente de prestar atención a los procedimientos.

La delegación opositora tenía la palabra. En nombre del grupo de Galbraith, Lamar Parsons hablaba seca e interminablemente. Tyler sentía que iba a desvanecerse. En lugar de oír lo que Lamar Parsons, con voz herrumbrosa, estaba diciendo, pensaba en lo que él le diría a Sue Ann. Le diría que él estaba decidido a terminar con Chuck y que ella debería hacer lo mismo en vista de cómo él la había tratado. Un hombre o una mujer deben tener dignidad. A un amigo o a un marido se le pueden tolerar ciertas cosas, pero no demasiadas. Ya rebasaba el límite. Abandonarían a Chuck en el momento de su gran triunfo. ¡Buena suerte! Lo habían ayudado como esclavos; ahora, que se las arregle solo. Ellos tenían que vivir sus propias vidas. Verdad, había sido un borracho desde que salió del ejército, pero eso también era cosa terminada. Se sentía enfermo pero se internaría en la clínica de los doctores Mayo y saldría en perfectas condiciones para reanudar su trabajo. Acababa recién de cumplir cuarenta años. Ante él se extendían toda clase de posibilidades. ¿Por qué resignarse a ser un estropajo? Muchos hombres comienzan su carrera pasados los cuarenta. Y con la experiencia que él había adquirido... He dado vuelta la hoja... Mi único deseo es hacer feliz a Sue Ann...

Lamar Parsons había terminado su discurso. Tyler no había escuchado ni una sola palabra. Uno de los miembros de la Comisión gruñó algo, provocando una risotada que recorrió las mesas antes las cuales la Comisión estaba sentada. Por entre dos cabezas, Tyler pudo ver, en primera fila, las largas quijadas de Bruce Slater, solemne como un enterrador, y sus largas piernas enmarañadamente extendidas ante él. Chuck estaba de pie.

Tyler, orillando el salón, se dirigió a la mesa de la prensa. Se inclinó por sobre el hombro de Joe Hazard, sonrió a los periodistas que conocía y distribuyó las copias del discurso. Luego, de soslayo y en puntas de pie, fue hacia la puerta. Se detuvo un instante a escuchar. Chuck modesta y serenamente, en un inglés de gramática elemental, estaba diciendo:

—No se trata de discutir personalidades sino de decidir cuál de estas dos delegaciones representa realmente al electorado Demócrata del Estado, lo que en nuestro Estado equivale al electorado entero...

Tyler sentía que la atención aumentaba hasta volverse tensión. Suavemente, como si ahí dentro hubiese alguien a quien no quería despertar, cerró la puerta detrás de él y corrió escaleras abajo hacia el vestíbulo del hotel.

Por sobre las cabezas de la gente, la esfera de un reloj le hizo señas con manos amigas. Eran sólo las once y treinta. Necesitaba respirar aire puro. Se abrió paso entre la muchedumbre del vestíbulo y salió a la calle.

En la acera, en pleno traqueteo del tránsito, entre el ir y venir de los peatones frente a los escaparates de las tiendas, caminando rápido bajo un sol descolorido, en las ráfagas arenosas del viento, sintió repentinamente un bienestar que desde años no sentía. Cuando un hombre mal afeitado y con gorra de visera quebrada le puso bajo las narices un periódico vespertino cargado de títulos referentes a la Convención, volvió la cara hacia el otro lado. Abombando el pecho y con la cabeza erguida, comenzó a acelerar el paso. Hoy, la noción que a menudo había sido penosa para él, de que esos encabezamientos no significaban nada para la mitad de la gente y que la otra mitad ni leía los periódicos, le quitó de la cabeza todas las tensiones y preocupaciones de la mañana. Era como sentirse libre de una jaqueca. Las últimas y frágiles hebras de la angustia se desvanecían en el viento y a la luz del sol.

Mientras detrás de él los camiones pasaban atronadores, se detuvo en el puente que cruzaba el río y se quedó mirando los remolcadores, las pequeñas lanchas de excursión, los lanchones y los gasómetros, los muelles y el agua oscura. Un muchacho fornido, con camiseta rota, pelo color trigo y hombros tostados por el sol, pasó debajo de él, rumbo al lago, manejando una lancha a motor de dos cilindros. Tyler pensó que si pudiese cambiar su vida por la de ese hombre, lo haría sin titubear. ¿Por qué no habrá en los diarios vespertinos una columna de avisos donde se ofrezcan trueques de vidas? Comenzó a detallar la suya: un comodín político, un alcoholista regenerado y entrado en años, con una pequeña úlcera al estómago... No, imposible continuar. Resultaba demasiado penoso. Tratando de no pensar, siguió su camino. Debería ir a una playa y nadar un poco en el lago.

Cortó por una calle lateral para desembocar sobre los bloques de granito del rompeolas. Repentinamente todo se volvió calma sedante. El viento soplaba de la costa. Unos muchachos y algunos niños en taparrabos andaban al sol; un hombre de edad leía un libro; una pareja, muy tostada en sus mallas de baño, estaba tendida, pierna contra pierna, sobre un peñasco caliente. En el agua celeste del lago emergían las cabezas de los nadadores y se veía un par de veleros y un remolcador que arrastraba una ristra de lanchones y dejaba una línea de humo a lo largo del horizonte. Soñando, se quedó de pie mirando el lago hasta que, de pronto, como en un brusco descenso de ascensor, recordó la hora. Eran las doce y diez.

Transpirando y loco de ansiedad en el temor de que ella se hubiese marchado ya, volvió de prisa hacia las calles céntricas. En la esquina de una avenida donde los automóviles se entrecruzaban a toda velocidad, jadeante, llamó a un taxi. El conductor no lo vio. El que lo seguía se detuvo. El puente levadizo estaba levantado. Esperó sentado tieso en el asiento delantero, contando los minutos y tratando de acostumbrarse a la idea de que quizá ella ya se hubiese marchado. Se veía bajando del taxi frente a la Cafetería; mirando a través de la vidriera a otras mujeres que,

sentadas en las sillas, esperaban a otros hombres; abriéndose desesperadamente camino entre mesas ante las cuales estaban sentadas mujeres que no eran ella. Con inesperada rapidez, el taxi se detuvo frente a la Cafetería. Apoyado contra la vidriera, tratando de encontrar cambio en su bolsillo, las rodillas le flaqueaban. Todavía no se había atrevido a mirar.

La vio apenas hubo traspasado la puerta. Estaba pálida y parecía cansada. Llevaba un gran sombrero verde cuyas alas flexibles le ocultaban la cara y un vestido estampado con flores verdes. Sus guantes no eran exactamente del mismo tono de verde que el vestido y el sombrero.

—¡Oh, Tyler —exclamó—, qué maldad hacerme esperar de este modo!

—Discúlpeme usted, Sue Ann. He estado tan ocupado esta mañana.

—Por supuesto... Dígame, Tyler, ¿habló ya Homer en la audiencia?

—¿Qué audiencia?... ¡Ay, Dios mío!, casi la había olvidado. Estuve vagando a orillas del lago en busca de un lugar donde nadar.

—Y yo aquí, esperándolo, creyendo que me había dejado plantada.

Cada uno había ido a buscar su bandeja y ahora avanzaban lentamente, en la fila de hombres y mujeres, ante el mostrador de la comida. Tyler sólo veía manzanas asadas y jalea rosada. Había perdido totalmente el apetito.

—Sue Ann —preguntó como entre sueños—, ¿nunca ha querido usted cambiar su vida por la de otro ser?

—Tyler, dígame —exclamó, deteniéndose sobre sus pasos con los ojos muy abiertos—: ¿no le estará por dar un ataque de nervios?

—Sí, justamente, un ataque de nervios... Sí, estuve en la audiencia. A Chuck le va bien... y salvo que cometa un error creo que su delegación saldrá electa.

—¡Ay, Dios quiera que así sea!... hasta he rezado por ello.

—También la señorita Jacoby rezó —dijo Tyler en tono de broma, tratando de no evidenciar su amarga displicencia.

—¡Qué bueno es usted! —exclamó Sue Ann con toda inocencia.

—Sue Ann, creo que ya no me importa un pepino de todo esto.

Ella tuvo una risita breve y seca.

—Y creía ser yo sola quien se sentía tan miserable... Pero sigamos adelante. Aquí estamos obstruyendo el tránsito. ¡Dios mío, cómo empujan y apretujan en esta ciudad!

—Ayúdeme usted a elegir algunos alimentos suaves... No tengo hambre pero el doctor dice que debo alimentar mi úlcera.

Ella dio un pequeño grito.

—Tome un plato de cereales, entonces... ¡Ay, Tyler, el día menos pensado ustedes me enloquecerán tanto que tendré que dedicarme a la bebida!

Pasaron llevadas en equilibrio sus bandejas llenas, frente a la muchacha narigona que, al extremo del mostrador, hacía las boletas. Luego fueron a un rincón vacío y se sentaron a una mesita esmaltada de rojo. Tyler miraba por la ventana. Sue Ann sacó

hábilmente los platos de las bandejas y puso la mesa para ambos.

—Tyler, sea usted un ángel y llévese de aquí estas bandejas grasientas.

Él se levantó y llevó las bandejas al mostrador. Trataba de pensar cómo se lo diría. Todavía no podía decirlo. ¿Lo podría jamás? Cuando volvió se dejó caer a plomo sobre la silla.

—¡Sue Ann, ya no puedo más!

Bajo el ala del sombrero ella lo miró asustada.

—¿Qué quiere usted decir, Tyler?

—Que largaré todo y me iré a una clínica para que me curen de una vez por todas.

—Pero Homer lo necesita... nunca ha podido prescindir de usted.

—Estoy hasta aquí —dijo cruzándose el cuello con el borde de la mano. ¡Ya no doy más!

—Le confesaré, Tyler, que yo también me siento a veces tan acobardada, que no sé qué hacer.

De pronto rompió a llorar. Buscó el pañuelo, tanteando en su bolso con estrellas verdes.

—No, Sue Ann, no, por favor. Él no merece esto.

Ella se sonó la nariz y sonrió.

—No sé lo que me pasa... nunca he sido llorona, pero ahora, en cuanto empezamos a hablar, largo el llanto.

—Eso me gusta, Sue Ann.

Ella lo miró rápidamente y sacudió la cabeza.

—Nunca he visto manera más tonta de comenzar un almuerzo... Tyler, usted es un encanto pero yo creo que está loco.

Él se puso a hablar con rapidez y sin la menor inflexión en la voz.

—Quizá lo esté... Claro que lo estoy... Estoy loco por usted, Sue Ann, y no puedo seguir así...

Ella lo interrumpió hablándole como hablaría a uno de sus niños.

—Tyler, vamos, no sea usted tonto... Usted siempre dijo que era como el marinero del cuento... las tomaba y las dejaba... una novia en cada puerto.

—Creí que era así, pero no lo soy. La única mujer a quien verdaderamente quiero está aquí, sentada a esta mesa.

—Sea como fuere, tengo que pensar, ante todo, en mis hijos.

—¿Y no sería mejor para ellos que los educara una persona sencilla y decente? Él no piensa sino en sí mismo. Usted bien lo sabe.

Sue Ann se había dejado caer agobiada en su silla.

—¡No quiero hablar de estas cosas!... Yo creí que iba a almorzar muy agradablemente con usted, oyéndole contar anécdotas de la audiencia... como antes, ¡cuando nos divertíamos tanto!

—Sue Ann, tenía que decirlo... Y ahora querría no tener que volver nunca allá sino irme a la estación y tomar el primer tren que me alejara de todo esto.

—Tyler, usted no es el único que ha pensado en esas cosas... No crea que yo nunca me siento descorazonada... casi siempre me siento así...

Súbitamente se enderezó en la silla y apoyó sus dos manitas en el borde de la mesa.

—No quiero hablar de todo esto... Mire, la comida se ha enfriado... Dígame, Tyler, ¿no ha visto últimamente algún partido interesante?

Él no pudo contestar. Sentía que algo le iba oprimiendo las sienes.

—¡Ah, todo esto es horrible! —exclamó ella retirando un tanto la silla de la mesa. Cuando yo era una niñita creía que la vida iba a ser maravillosa. Y fui feliz mientras vivió mi padre... Cuando me casé con Homer, él era un encanto... viera usted los calcetines que usaba... A veces me despertaba de noche para reír a gusto de lo gracioso que era. ¿Cree usted que la raza humana es como la raza Jersey? Un ternero Jersey es de lo más bonito que puede haber; nosotros tuvimos uno que jugaba como un gatito, pero de pronto se convierte en toro y trata de matarla a una.

Tyler comenzó a sentirse invadido por una tristeza cálida, dulce, tan llena de autocompadecimiento que le iba derritiendo la tensión en las sienes.

—Es inútil —dijo con los ojos bañados en lágrimas. Usted me disculpará... Tenía que decírselo a usted.

Se sentía mareado y fastidiado por haber comenzado a hablar de sus sentimientos.

—Bueno, ¿qué importa!

Apretó el borde de la mesa. Ella extendió su pequeña mano cuadrada y le palmeó los nudillos. Luego retiró la mano con rapidez de ardilla.

—Mi pobre viejo Tyler —dijo tratando nuevamente de sonreír. ¡Qué par de flojos somos! La gente ha de creer que acabamos de perder el último amigo que nos quedaba en el mundo.

—Yo lo he perdido. Lo sé... En cuanto a usted, no puedo asegurarlo.

—No, no es verdad —dijo ella con una voz que sonó alta y aguda. Hablemos en serio, por favor... Yo quería consultarlo sobre esto de «Todo Hombre Millonario». Tuve un largo *tête à tête* sentimental con el viejo senador Johns... ¡Adoro al senador Johns! Hay algo en él que me recuerda a papá... Sabe, cuando era chiquita, si las cosas se ponían mal, yo corría hacia papá y él me tomaba entre sus brazos fuertes y yo lo sentía firme como una roca... El senador Johns no es, ni de lejos, lo que era papá, pero tiene verdaderamente muy buen sentido.

Tyler no podía escucharla.

—Es gracioso; usted ha hablado lo mismo que Chuck —murmuró displicente, con tono vago.

Ella se quitó el sombrero y lo colocó sobre las faldas.

—Odio este sombrero.

Sacudió la cabeza y se desprendió el extremo de una de sus largas trenzas. Le quedó sobre una oreja un gracioso penachito de pelo. A Tyler le quemaban los dedos por volver a ponerlo en su lugar. La miraba fijamente, sabiendo que sus ojos estaban

húmedos de ternura, como los de los perros.

—Bueno, el senador dice que ya es tiempo de que Chuck mande guardar todas esas ramplonerías. Dice que Homer tiene todo lo necesario para representar un gran papel en el escenario nacional: ímpetu, inteligencia y habilidad para conseguir votos, pero que la gente en general no comprende esas majaderías que dice sobre la necesidad de dividir todo inmediatamente. La gente de nuestro Estado lo comprende porque sabe que habla en sentido metafórico... por decirlo así, ¿no es verdad?... pero en el Norte no lo entienden.

Tyler tosió para aclararse la garganta.

—Tampoco lo comprende el grupo de Galbraith —dijo con voz ronca, y de nuevo se aclaró la garganta.

—Justamente... el senador dice que ha llegado el momento de meter cuchillo en vaina y enarbolar la bandera blanca... Como usted sabe, Steve Baskette pasó un fin de semana en la Casa Blanca... A Steve no hay que perderlo de vista.

—Sé que este cuento de los guardaespaldas está haciendo mucho daño a Chuck. Si yo pudiera hablar con él como antes, a solas, sin ninguno de esos que ahora se pegan a él como moscas...

—¡Jesús! —exclamó ella de pronto. Son casi las dos. Las sesiones de la Convención iban a comenzar a mediodía... ¿No sería mejor que usted estuviese allá, Tyler?

—Por un rato no haré más que oír oraciones.

—Después de todo, Tyler, no fui yo quien lo metió a usted en esto.

Recogió su bolso y sus guantes y, poniéndose de pie, se colocó el sombrero sin cuidar cómo.

—Tengo que hacer algunas compras para los niños.

Tyler se incorporó lenta y tiesamente.

—¿Cree usted posible que después de tantos años pueda convertirme en uno de esos idealistas quiméricos, como mi hermano menor?

—Homer lo es, en el fondo... sí, lo es.

Tyler recogió las dos boletas y la siguió hasta la puerta. En un santiamén subió al taxi y se fue. Tyler sólo recordaba el timbre de su voz y la ternura y el cansancio marcado en torno a sus párpados. Trató de imaginar que acababa de llegar y que nada de lo sucedido había sucedido aún. «He de estar perdiendo el sentido», se dijo, y, caminando, tomó calle abajo.

El hotel quedaba sólo a un par de cuadras de distancia, pero se sintió cansado antes de llegar a él. Para retomar aliento se detuvo a la sombra del toldo que cubría la entrada. El dolor le anudaba el estómago.

Varios hombres, con panamás y trajes blancos, se apretujaban en un reluciente automóvil negro. La voz de Chuck lo arrancó de su aturdimiento.

—¡Ven, Toby, hay lugar! —gritó.

Tyler se acercó temblando al largo y reluciente automóvil negro. Unas manos lo

arrastraron hacia adentro. El coche arrancó antes de que él tuviera tiempo de sentarse en el asiento plegadizo tapizado en tela clara.

—¿Qué me dicen de este coche? —chilló Chuck. No tiene un milímetro que no sea a prueba de balas. Jackie se lo alquiló a uno de los pistoleros locales... ¿Y a ustedes qué les parece como estuve?

Chuck, despatarrado de largo a largo en el asiento trasero, con un cigarro apuntando hacia arriba y las piernas sobre las rodillas de Herb Jessup, apoyaba los pies contra la ventana.

—Y yo soy la querida del pistolero —dijo Herb en falsete, con una sonrisa que descubrió sus pequeños dientes amarillos entre los labios carnosos.

Jackie Hastings conducía. Crummit y Saunders estaban apretados junto a él en el asiento delantero.

—¡Esto es tener estilo!... ¡Los pistoleros saben vivir!... Eso que Galbraith sostiene que yo no sé lo que es tener clase... Y a ti, Toby, ¿qué te parece, como estuve?

—Muy bien, Chuck —contestó Tyler con la boca seca.

—¿Muy bien? —protestó Herb con tono cantante y burlón. ¡Cuando es el mejor alegato que he oído desde los de James G. Blaine!

—Los vencí de entrada... sin el menor trabajo... fue demasiado fácil.

—Evidentemente —dijo Tyler sin lograr que se le aflojaran los músculos de la cara. Pero sólo podremos estar seguros cuando la comisión anuncie sus decisiones.

—¡Al cuerno con las decisiones!... Ya han decidido... Ese colega tuyo... el tal Bruce Slater, que parece haberse tragado un palo, se acercó y me dijo: «Senador Crawford, su alegato es el mejor que jamás he oído en una convención política desde los días de James G. Blaine».

—El senador Johns le echó los brazos al cuello, creí que iba a besarlo —dijo Herb arrastrando las palabras.

—No le hagan caso —exclamó Chuck riendo. Éste no puede dejar de decir obscenidades.

—¿Tuviste ocasión de hablar tranquilamente con el viejo Billy Johns? —comenzó a preguntar Tyler en tono práctico, como si hablara de negocios. Tiene ciertas ideas generales dignas de ser tomadas en cuenta.

—No hablaré con nadie hasta que la delegación haya salido electa.

—Pero Sue Ann habló con él.

—¿Sue Ann?... Es cierto, casi me había olvidado que tengo familia.

—Almorcé con ella... Creo que deberíamos tener algunas atenciones para con el viejo Billy Johns.

—¿Qué me cuentan ustedes de esto? —dijo Chuck lanzando una carcajada. ¡Tu secretario invita a almorzar a tu mujer cuando estás ocupado! ¡Esto es lo que se llama ser cumplidor!

Tyler sintió que el rubor le subía a la cara. Herb y Chuck se golpearon el uno al

otro en las costillas sin dejar de reír a carcajadas.

—Mientras la invite a almorzar, vaya y pase, pero no me agradecería que ningún secretario invitase a mi mujer a cenar de noche —chilló Herb.

—Toby es seguro —respondió Chuck a carcajadas. Es el perfecto amigo de la casa... El tesoro del hogar...

Los tres hombres del asiento delantero lanzaron un alarido. Herb se sacudía con risa silenciosa. Saunders volvió la cabeza y guiñó un ojo.

—¡Siempre ocurrente, Chuck!

Bruscamente el automóvil se detuvo frente al salón de la Convención. Chuck desenredó sus piernas de sobre la falda obesa de Herb Jessup y saltó fuera del coche con Saunders y Jackie pisándole los talones. Herb había sacado un pañuelo y estaba tratando de borrar la marca que las suelas de Chuck habían dejado en sus pantalones blancos.

Tyler no podía reprimir la expresión despectiva que le subía a la cara. Por unos segundos sus ojos se encontraron. Tyler sintió que se le erizaba el pelo. Le dio la espalda y, a grandes pasos, fue hacia el atestado vestíbulo del recinto de la Convención.

Ya dentro, advirtió que había olvidado lo que había ido a hacer allí. Vagó, sin sentido, entre los delegados que iban y venían en tropel. El salón era una inmensa caverna de trapo azul, blanco y rojo colgado contra el azulado espacio donde los asientos de las galerías no habían sido aún ocupados. Los reflectores entrecruzaban sus haces iluminando los rostros enormes pintados en los carteles. Las voces amplificadas resonaban huecas. Después de echar un vistazo a los corredores, Tyler trepó a la galería para ver el auditorio. Jadeante, miró dentro de un cráter de bruma rosácea lleno de voces que salían de doquier menos de la pequeña forma oscura que gesticulaba en la tribuna.

Nada podía hacer hasta que la delegación saliese electa. Estaba muerto de cansancio. El lacerante dolor de estómago continuaba repitiéndose. ¡Si tan sólo pudiese tomar un trago! La idea de la posibilidad de beber le causó una especie de pánico. Lo que debería hacer era volver a casa y llamar al médico. Que extraña palabra: «casa». «Casa» era la habitación de un hotel; cualquier infecta habitación de hotel. El último tramo de la escalera que conducía al vestíbulo estaba alfombrado de rojo. El dolor se agudizó tanto que lo obligó a sentarse. Un sudor frío lo empapó entero. Doblado en dos y temblando, permaneció sentado en la escalera de alfombra roja. Sentía mareo y náuseas. Cuando subiendo y bajando las escaleras, los hombres con insignias pasaban junto a él, lo miraban con curiosidad. Los acordes de una canción tocada espasmódicamente en el órgano hacían resonar todos los ámbitos. El estruendo lo ensordecía.

Cuando se sintió con fuerza suficiente, bajó cuidadosamente las escaleras, abrazándose a la baranda, atravesó el vestíbulo y salió al deslumbrante sol del atardecer. Pudo meterse en un automóvil. De vuelta en su habitación del hotel (allí

donde está mi úlcera, allí es mi casa, se dijo semiirónico) se desvistió, se puso la salida de baño y se tendió de largo a largo en la cama.

Encendió el radioreceptor que estaba en el velador. Trompeteó una voz desde la Convención. En cuanto a los discursos, podía oírlos mejor aquí que en el salón de la Convención, se dijo a sí mismo. ¡Pero sabe Dios que no quería oírlos! Estaba acostado de espaldas, con los ojos cerrados. Las palabras ampulosas caían rodando en sus oídos sin penetrarlos. Lo único que le importaba en el mundo era estar acostado ahí. Se durmió.

El timbre del teléfono lo despertó. Por la ventana vio la luz dorada del atardecer.

—¡Hola! ¡Hola! —era Sue Ann, pero él no podía oír lo que decía.

—Un minuto, Sue Ann, por favor —dijo, apagando el radioreceptor y con la cabeza llenándosele de pensamientos confusos.

—¿Estaba usted durmiendo, Tyler?

—Descansando un poco... no me siento bien.

—Tyler, llame usted, un médico inmediatamente. ¿Me oye? Necesita un tratamiento general... ¿No le parece maravilloso?

-¿Qué?

—Pues que nuestra delegación salió electa... ¡pedazo de tonto!... Me encontré con Lamar Parsons en el vestíbulo del hotel. Estaba desesperado.

—Bueno, ¿acaso no habíamos previsto el resultado, Sue Ann?

—No parecía usted tan convencido hoy al almuerzo.

—He de ser supersticioso... imagino las cosas peor de lo que son.

—Tyler, quería decirle... que estoy en la estación. Tengo reservado un compartimiento en el tren O y B de esta noche. Busco a los niños en Washington y me los llevo a veranear en la granja. No quiero que estén tanto en el Este. Pueden echarse a perder.

El corazón de Tyler daba grandes golpes y la traspiración brotaba en sus sienes.

—¡Usted es magnífica, Sue Ann! —fue lo único que pudo decir.

—Y ahora, Tyler, escúcheme usted. —La voz aguda era la misma que él le había oído, años atrás, cuando defendía sus causas en los tribunales...— Intérsese en esa clínica y tómese un descanso completo... Siga estrictamente el tratamiento médico... Yo pasaré el verano en la granja... para el otoño estaremos todos juntos de nuevo.

—Pero, Sue Ann... ¿no podría verla a usted... una vez más? —dijo balbuceante.

Hablaba solo. Ella ya había cortado la comunicación.

CAPITULO V

Cuando tratas de encontrar al pueblo, siempre, al final, encuentras a alguien: a un hombre en su traje de oficina que se dirige a su trabajo en un automóvil cerrado; sobre el asiento, junto a él, está su carpeta, el radiorreceptor del tablero murmura con rapidez noticias, marcas de alimentos envasados, avisos de ropa confeccionada, créditos, actividades populares y los lentos quejido de los «blues»;

su carpeta está llena de informes mecanografiados, de directivas multigrafiadas:

mientras siente todavía en la lengua el sabor al tocino del desayuno, mientras con mirada atenta trata de abrirse paso por las calles atestadas de vehículos, mientras sus dedos ágiles mueven los frenos ante las señales del tránsito y la planta de su pie acaricia el acelerador, su cabeza está atenta ya a la oficina:

a su escritorio, a la bandeja de alambre apilada de cartas; a las circulares castañas y rojas, a los teléfonos, al dictáfono que liga la voz del hombre importante del extremo del corredor a los oídos y a la voz que asiente:

a la estenógrafa a quien dicta sus cartas, a la secretaria bien peinada que se sumerge en los archivos y en los clasificadores que cubren la pared del fondo, almacenando viejos planes de acción, nombres por orden alfabético, informes, diagramas, estadísticas, futuras directivas:

teclado de millares de combinaciones

sobre el cual puede tocar, sentado a su escritorio (las notas más distantes, con el consentimiento del hombre importante)

lejanos instrumentos en el campo;

la oficina es: nombres en orden alfabético, números, gráficos, voces en el teléfono, letras golpeadas en la máquina de escribir, el hombre de la cita quitándose el sobretodo y sentándose en la silla a la derecha del escritorio, el cigarrillo ofrecido, el cigarro rehusado, la entrevista astutamente interrumpida a tiempo, el anotador de compromisos, la conversación durante el almuerzo, la conferencia con los jefes de sección para escuchar un informe, para estudiar la curva de los negocios en los gráficos colgados de la pared, para ver un rollo de película, para discutir una directiva quizá;

todos los días, en el inmutable clima de un Olimpo de mil ventanas y de aire acondicionado, ellos tocan los timbres, ajustan las máquinas de escribir y en el campo los instrumentos responden, pero allí el clima es mudable: llueve, graniza, hay barro, heladas y calores repentinos, la gente se enferma de sarampión, se divorcia, cae escaleras abajo, especula con riesgo, estaciona sus automóviles contra las bocas de agua para incendios;

suceden cosas, pero vuelven embozadas en los millones de palabras de los informes, filtradas por medio de los agentes, de los telegramas, de los llamados telefónicos, de las cartas;

sístole y diástole,

la sangre arterial vuelve corriendo por las venas; la directiva retorna hecha informes;

pero al dirigirse en su automóvil a la oficina, el hombre de la carpeta ve, huele, oye, siente sólo la calle matinal, las calles vesperales, y al volver a su casa el vestíbulo donde los hombres se abrochan los impermeables, los ascensores repletos, el corredor donde los pasos de los rezagados suenan demasiado fuerte, el cielo vacío que mira a través de los cristales pulidos de su oficina, y

*quizá una rosa en el florero de pie frágil
que la secretaria ha puesto sobre su escritorio.*

LOS BAJOS DEL PARQUE DEL ESTADO

Cruzando la noche hacia el Norte, el aeroplano ronroneaba sereno. La cabina pulida, separada del mundo por el ruido sordo y regular de los motores a dos mil metros de altura, le recordaba a Tyler una sala de hospital cuando los pacientes duermen. La camarera, tal como una guardia nocturna, sentada en el asiento trasero, leía tranquilamente, bajo una luz resguardada, la revista abierta sobre sus rodillas. Uno por uno, los demás pasajeros, después de apagar sus lamparitas, se habían quedado dormidos. El hombre grande que estaba justo detrás de Tyler roncaba suave y regularmente. Tyler caía de vez en cuando en un feroz semisueño... La silla es una silla de inválido. Está en un hospital donde lo tratan por delirio fraudulento. Lo han amarrado a una silla en una estrecha sala de operaciones con paredes grises. Ante él, en una pantalla, va desarrollándose, columna por columna, la hoja de un periódico. Bizqueando, levanta los ojos para leer, pero la letra es demasiado pequeña, demasiado punzante. Oye su voz diciéndose a sí mismo: no lo descifro. Ruidosamente las letras comienzan a hincharse como las formas que se ven bajo el lente de un microscopio, transformándose en irreconocibles, espantosos, enormes encabezamientos que son leídos por la voz dura de un abogado: El acusado, maliciosa, intencional, desvariada, visible y alevosamente hizo... ¡No, no, por favor! Está internado en un hospital con un ataque de *delirium tremens*. Le han colocado una camisa de fuerza. Era una pesadilla. Despertó sobresaltado.

Humedeciendo sus labios con la lengua pastosa miró, de lado a lado, la cabina semioscura. El ruido regular del motor fue sedante a sus oídos. Hacía calor en la cabina. Los zapatos apretados presionaban dolorosamente sus callos. Debido a las noches insomnes le picaban los párpados como si tuviera arena en ellos. Sus calzoncillos se le habían subido sobre las nalgas y estaban cortándole la carne.

Se incorporó a medias para levantar sus pantalones, bajar los calzoncillos sacudiéndose, y meter bajo el cinturón la camisa abolsada. Cuando se acomodó de nuevo en el asiento mullido, encendió la lamparita colocada en el tembloroso y curvo flanco metálico del avión. Era inútil intentar dormir. Del bolsillo de la chaqueta sacó sus anteojos y se los puso. Se agachó para enderezar el respaldo del asiento y, de un tirón, colocó sobre sus rodillas la pesada carpeta. ¿Por qué dejarse desmoralizar? Mejor emplear el tiempo ordenando los malditos papeles. Sacó de la carpeta y puso sobre su falda un manojo de hojas mecanografiadas, algunos documentos legales con sus cubiertas azules, mezclados con recortes de periódico, copias de cartas sujetas con broches y un anotador amarillo cubierto de apuntes... «Será mejor tomar las cosas con calma», se dijo.

Comenzó con los recortes, colocando uno sobre otro en orden cronológico. No podía dejar de leer, aquí y allí, pedacitos de ellos. Cuando algunos encabezamientos, frases o párrafos caían bajo sus ojos, rechinaba los dientes:

EL SECRETARIO DE CRAWFORD TOMA POSICIÓN... Prosigue la presentación de pruebas en el Caso de los Impuestos a la Renta... Por fin se ventilan los manejos de la Corporación Petrolífera Struck... MANIOBRAS POLÍTICAS, DICE CHUCK... EL NÚMERO UNO SOSTIENE QUE LA ADMINISTRACIÓN LE JUEGA SUCIO... Estalla el escándalo de los Bajos del Parque del Estado... A un comentarista imparcial le es imposible dejar de advertir el maquiavelismo sutil de la Administración Nacional en la tormenta desencadenada sobre las cabezas del Senador «Chuck» Crawford y de todos los componentes del organismo que opera en su Estado natal, desde que, hace un mes y medio, rompiera abiertamente con la Casa Blanca... El obstruccionista que con tanta habilidad desbaratará los planes de una mayoría, ha enfurecido tanto a los puntales del Gobierno, que están dispuestos a ir hasta el fin;... La conclusión es ineludible... Por otro lado, es dudoso que la investigación pueda progresar en su Estado natal... donde ha organizado una camarilla con la cual Tammany Hall en sus días de esplendor parece una reunión de damas caritativas... en prados y montañas y, podemos agregar, en las oficinas de los corredores de la industria del algodón y entre algunos adinerados petroleros... Se afirma que el temible «Chuck» cuenta con millares de fanáticos partidarios... quienes contra todo buen sentido... creen a pies juntillas en el programa de Todo Hombre Millonario.

LOS SECRETARIOS DE CRAWFORD PROVOCAN EL TERROR... El alegato del Presidente de la Liga del Buen Gobierno, que fue entrevistado hoy en su hotel central... LO QUE HAY DE PODRIDO EN LOS BAJOS DEL PARQUE DEL ESTADO APESTA AL PAÍS ENTERO, dice el candidato reformista...

«Como chiste no está mal», dijo Tyler a media voz, y, como si no estuviera complicado en el asunto, casi rió entre dientes.

De pronto se encontró recordando los días en que, siendo niño, cuando las cosas le resultaban difíciles, se hacía creer a sí mismo que no era el Tyler que vivía en una casa de departamentos hecha de ladrillos amarillos, en una calle ahogada por los árboles, con un padre sermoneador, libresco y siempre arruinado, una madre dulce, cuyas mangas arrastraban, y un hermanito bonachón e irremediablemente tonto; sino otro Tyler, que pertenecía a la rama adinerada de la familia. Arrullado por el latido regular de los motores y por el siseo suave del aire de las grandes alturas, que entraba enrarecido y caliente por el tubo del ventilador, sus pensamientos se deslizaron hacia la región brumosa de los recuerdos de infancia.

Todo era cómodo y sereno en el avión que volaba alto. Como un niño, se puso a desear que el avión enfilara rumbo a la costa, en lugar de... o que bajara inesperadamente en un valle olvidado, como en las películas... ¡Santo Dios, qué cansado de esta vida estaba!

CHUCK CRAWFORD APORREA A LOS DEMAGOGOS DEL GOBIERNO... En lo que sus partidarios sostienen que ha sido el mitin de mayor éxito celebrado fuera de su Estado natal por las fuerzas del movimiento Todo Hombre Millonario, «Chuck» Crawford, «El Número Uno», como en el estado mayor de su organización política lo llaman, le sacó el cuero al Poder Ejecutivo por haber desatado contra él a los que, en pintoresco lenguaje, estigmatizó de sabuesos del Estado. «Déjenlos que venzan a alguien de su talla», rugió Chuck, censurando severamente el trasnochado interés de los inspectores de las rentas públicas en los beneficios que rinde el impuesto a los réditos de varias personas importantes de su bien organizada camarilla, al terminar su discurso entre el aplauso cerrado de sus muy diversos adherentes, quienes, llenando la sala hasta reventar, y circulando por las calles adyacentes, le dieron a este mitin un algo inconfundiblemente igual a las reuniones religiosas rurales de antaño.

«¡Por cierto que la reunión fue magnífica!», se dijo Tyler para sus adentros, recordando los amenes, los cantos y cuánto se vendió la hoja mimeografiada *El Radiodifusor*, que anunciaba la nueva estación radiotelefónica. «¡Por cierto que la

reunión fue magnífica!», se dijo; pero no pudo dejar de dar un respingo cuando leyó lo siguiente:

... Es imposible leer la declaración de Tyler Spotswood, secretario confidencial y comodín del Senador «Chuck» Crawford, sin darse cuenta de que, aunque él terrible «Número Uno» mismo parece haber salido incólume, hay sin embargo algo podrido en el reino de Dinamarca. Aunque «El Número Uno» ha logrado relevar los cargos, se sospecha que, pese a que ningún periódico de su Estado natal se ha atrevido a publicar los hechos, muchos de los hombres «número dos» y «número tres» de su organización han estado llenándose los bolsillos con fondos de la gaveta pública...

«¡Mal rayo parta al que escribió esto!», pensó Tyler incorporándose en su asiento mientras los papeles le resbalaban de las rodillas. «Aunque ya debería tener cuero de cocodrilo. ¿Para qué cuerno releer todo esto? Los sabuesos ladraban a todo ladrar. Pero eso no importaba mientras todos se mantuvieran unidos y con los picos sellados. ¡Nos enlodarán!». Tyler oía aún la voz confiada de Chuck diciendo, el día anterior al de la suspensión del juicio en Horton: «¿A quién le hace mal un poco de lodo?». Tyler comenzó a recoger del piso los recortes dispersos en torno a sus pies. Uno de ellos había quedado metido en el doblado de los pantalones. A pesar suyo, comenzó a leer:

Que la linterna del Gran Jurado Federal, en su actual investigación acerca del origen de ciertas estaciones radiotelefónicas, haya sido enfocada, accidental o intencionalmente, sobre la notoria WEMM de «Chuck» Crawford, es un hecho de cuya oportunidad no puede dudarse... Coincide con algunas interesantísimas declaraciones hechas por sus más próximos lugartenientes al defenderse de las miradas escudriñadora de los inspectores que investigan los beneficios rendidos por su impuesto a los réditos. Se deduce de ello que los fondos con que se han costado estas transmisiones nocturnas, en las cuales el inefable Senador y su truculento coayudante, el Reverendo Chester Bigelow, lanzaron rayos y centellas contra el Gobierno... provenían a la postre, del erario... Alguien había subrayado la última frase y escrito «Difamatorio», seguido por un punto de interrogación hecho al margen con lápiz rojo. ¡Difamatorio! La palabra lo calmaba. ¡Por cierto que era difamatorio! Con la falda y las manos llenas de papeles, dejó caer la cabeza sobre la pequeña almohada... «¡Nos enlodarán alta, sabia y lindamente!», rugía alegre la voz de Chuck en sus oídos. «Un interrogante, pequeño interrogante difamatorio a nadie hace mal, ¿verdad?...». Guíaba el camión de la música por una calle atestada de rostros, delegaciones de rostros, y las bandas de música tocaban “Todo Hombre Millonario”, y Chuck gritaba en el micrófono: «Alto, sabio y hábil: así es la consigna de la gente humilde... Y el rendimiento de los Bajos del Parque del Estado va directamente al bolsillo de esa gente. Nadie escapará al lodo de todo hombre millonario, amigos míos... Nos enlodarán con petróleo. Nos enlodarán con dinero». El camión era una carroza de carnaval. Esto no es una pesadilla, decía en la cabeza de Tyler una voz amistosa. Este es un curioso *delirium tremens*. Este sueño es un sueño curioso. Todos llevaban sombreros de copa y chaqués y pantalones a rayas. Toda la gente humilde de las delegaciones llevaba chaqués sobre sus overalls y usaban sombreros de copa. Chuck había sido elegido presidente. «Tyler Spotswood, te nombro ministro del Interior», le gritaba desde su trono de oro situado en la cúspide de la carroza. La gente arrojaba serpentinas y confeti azules, blancos y rojos. Tyler trataba de apretar el contacto, pero fallaba el motor. Esto no es una pesadilla; esto es un sueño curioso, le gritaba continuamente a unas hermosas rubias vestidas de tambor mayor, apostadas con sus piernas desnudas en torno a las aceras. «¡Uhú!», gritaron ellas. ¡Bum, bum, bum! Iba en llanta. Despertó.

El motor sonaba distinto. El manido de recortes había caído al suelo. Oyendo con atención los motores, trataba de adivinar si el avión subía o perdía altura. Metió los recortes en un sobre de papel manila y lo guardó en la carpeta, pensando: «¡Que la señorita Jacoby se ocupe de todo esto!». Comenzó a revisar sus cartas. Sobre el

paquete había una de Sue Ann con la letra garabateada en tinta azul sobre hojas de papel celeste que llevaban en letras blancas, y escrito de lado a lado, el membrete de Granja Barra-Z. Aunque había leído la carta esa misma noche, comenzó a releerla. Le ardían los ojos al leerla y la respiración se le quedaba en la garganta.

Querido Tyler:

Homer pasó aquí el fin de semana, y hablamos de este pequeño lío. ¡Pobre Tyler! Hablando de ello nos sentimos tristes, a pesar de que el tiempo estaba magnífico y de que nos divertíamos mucho. Fuimos a cazar ciervos, y Andy mató un gamo. Es decir, apretó el gatillo mientras su padre sostenía la escopeta. Ted Wheatley tiró en seguida y le pegó en la cabeza, cosa que vino muy bien, puesto que la bala de Andy sólo le había rozado el lomo. Con todo, no está mal para un niño de doce años. Todos lamentamos que usted no estuviera aquí. Los muchachos preguntan sin cesar por el tío Toby. Usted no puede imaginarse cuánto han crecido y el bien que les hace esta vida. No comprendo cómo he podido vivir sin esta granja. ¿Recuerda usted cómo me sentía de mal? Pues bien: aquí me siento como una colegiala. Nada me importaría no volver a Washington ni a mis obligaciones sociales. Pero Homer no puede pensar en otra cosa sino en su carrera y su trabajo.

Nunca olvidaré lo que usted me dijo sobre la necesidad de educar a los niños como simples, pero honestos, ciudadanos; pero, Tyler, la granja les hace un bien enorme. Galopan ya como verdaderos vaqueros. El pobre Homer dice que él es un paisanote incapaz de montar un caballo sin caerse, pero los niños quedan monísimos en sus caballitos.

Me dio mucha alegría cuando Chuck me dijo que usted estaba mejor de salud. Espero que se cuidará bien y que no hará ninguna tontería. Ya sabe a lo que me refiero.

Y ahora, Tyler, no se haga usted mala sangre. Todas estas calumnias son parte del juego político. Recuerde que está respaldado por uno de los políticos más hábiles del mundo y por un excelente abogado. Dice Homer que lo que debemos hacer es tomar las cosas con calma y capear la tormenta.

El dolor fue punzante, como cuando entra dulce en la caries de una muela. «¡Diablos, qué bien me vendría un trago!». Sus labios formaron esas palabras mientras recostaba nuevamente la cabeza en la almohada. Ya no daba más. Al tratar de conciliar el sueño, los pensamientos sobre lo que pudo haber sido subieron aguijoneantes a su cabeza como una nube de mosquitos.

De nuevo sus oídos percibieron unos golpes irregulares en el ruido de los motores. Suponiendo que la máquina fallara. Suponiendo que se estrellaran contra el suelo, ¡no más amenazas de proceso!, ¡no más acusaciones de abogados! Trató cuidadosa y precisamente de imaginar las tinieblas absolutas como un desvanecimiento, pero más profundo, más oscuro y eterno. El manojo de tejidos nerviosos en conflicto se apagaría para siempre como un fósforo en la tiniebla inevitable. Sacudió la cabeza. No quería morir aún. Abrió los ojos.

En la plaquita de vidrio esmerilado colocada sobre la puerta al extremo del pasillo se habían encendido las letras que decían: no fumar... ajustarse los cinturones. De pronto se sintió alegre y ahuecó las manos sobre sus ojos, acercándolos a la ventanilla para ver si podía mirar hacia afuera. Tres frágiles hilos de luz cruzaron, en trémulas diagonales, por su campo visual; luces callejeras; luego divisó el brillo tranquilizador que inundaba las pistas de un aeropuerto esfumado en la niebla. Respiró aliviado. Podría caminar un poco. Necesitaba estirar las piernas. Al juntar las cartas para guardarlas en la carpeta, vio aquella postal, transmitida desde Washington, que tanto lo había intrigado, Escrita de través, en letra pequeña y cuidada, decía:

Estimado señor:

Desde hace meses he tratado angustiosamente de ponerme en contacto con usted respecto a una comunicación de un pariente cercano. Por fin, a través de los periódicos, estoy en posesión de su muy estimable dirección. Le ruego me llame telefónicamente a Capitol 9799, antes de las 10 a. m. Más tarde no estoy. Acepte los saludos sinceros de

Benjamín Bautista (hijo).

El avión aterrizó tan suavemente que Tyler no se dio cuenta cuando las ruedas tocaron tierra. Al correr sobre el pasto la cabina se sacudió un poco. Apenas el aeroplano se detuvo, el ayudante abrió la puerta. Entró un soplo de crudo aire nocturno.

Observando la escritura de la tarjeta postal, Tyler se estremeció. ¿Provendría de la brillante idea de un detective o la enviaría algún loco que a cambio de un par de dólares prometería sacarle una fortuna de las Demandas Francesas de Expoliación? Si quien la manda es un inspector de la Tesorería mejor será verlo y olfatear las intenciones que se trae. Tyler guardó la postal junto con los demás papeles, teniendo la precaución de cerrar la carpeta con la llavecita que colgaba de la cadena del reloj. Tambaleándose un poco, salió de la cabina. El aire helado le cortó la respiración. Temblando tanto que le castañeteaban los dientes, y con el cuello del abrigo subido, corrió por el cemento húmedo hacia la sala de espera. Los pasajeros, hombres y mujeres con las caras que parecían sin lavar, se miraban los unos a los otros, somnolientos, envueltos en sus abrigos de pieles o en sus sobretodos bien abotonados. Tyler no conocía a nadie. Bajo el halo rojizo que la niebla ponía a la luz sin pantalla, las caras cobraban un aire fantasmal y espantado.

Cuando salió del *toilet*, al pasar junto a la heladera cogió un vaso de papel. En el bolsillo superior de su chaqueta había encontrado dos tabletas sedativas que el doctor de la clínica le diera para tomarlas cuando sintiese vehementes deseos de beber. Se las puso en la boca y las tragó. Tenía que dormir. Las tabletas le daban la seguridad de que lo haría. Cuando trepó nuevamente al avión sacudió cuidadosamente la almohada y se acomodó en su asiento. Apenas se regularizaron las vibraciones del despegue y el avión se asentó nuevamente en el suave ronquido de su curso hacia el norte, Tyler, entre fragmentos susurrados de semirrecordadas frases de los alegatos forenses, de objeciones, de instancias de nulidad y de los certificados de exención, se fue quedando irremediabilmente dormido.

—¡Washington, señor!, ¡Washington! —le decía un empleado sacudiéndolo por el hombro.

Abrió pesadamente los ojos. Por la ventanilla de la cabina se filtraba una luz índigo pálido.

—¡Washington, señor! —volvió a gritar el empleado.

—Muy bien, muchas gracias —dijo Tyler con voz ronca.

Temblorosamente se puso de pie, tomó su sombrero y su carpeta y, a tropezones, salió al frío amanecer nevado.

Veía borroneadas las luces del aeropuerto. El hombre del gran sobretodo era

Chuck.

—¿No traes sobretodo? ¡Qué pulmonía te vas a pescar! —La voz de Chuck sonaba extrañamente bronca. ¿Espero que no has bebido, Toby?... Necesitamos tener claras las cabezas, aunque nos las corten después.

Tyler miraba, aturdido, la cara redonda y gris de Chuck, emergiendo del cuello del sobretodo, tan arrugada como una manzana podrida. De entre las ojeras amoratadas, sus ojos saltones buscaban los de Tyler, cuyos dientes comenzaron a castañetear.

—Estoy bien —balbuceó. Una taza de café me despejará del todo.

—¡Dios mío, Toby, que mala cara tienes! Aquí está el automóvil y el...

Una luz blanca relampagueó en los ojos de Tyler. Parpadeó encandilado y se tapó la cara con la mano.

—¡Atájalos! —gritó Chuck. Crummit, ¡ataja a esos hombres!... Saunders, ¡rompe esa cámara!

Un grupo de impermeables se abalanzó hacia ellos de detrás del edificio del aeropuerto. Luces de magnesio florecían contra el cielo lluvioso, iluminando caras cuyas bocas formaban palabras.

—¡De prisa, hijo de perra!... Vamos... salgamos de aquí.

Antes que Tyler pudiera ver lo que sucedía, el puño de Chuck, aferrándole el antebrazo, lo metió en un largo automóvil que arrancó suavemente guiado por el viejo Sam, sentado al volante, en su uniforme. Corriendo velozmente hacia la ciudad, cruzaron el puente vacío tendido sobre el Potomac rielante. Tyler no estaba seguro de si había visto o no el largo brazo de Saunders machacando sobre un montón de hombres trabados en lucha sobre el pavimento húmedo o si había oído el ruido del aporreo y el del metal y el del vidrio haciéndose trizas contra el cemento.

—Tyler, estamos en plena pelea —dijo Chuck escupiéndole jadeante las palabras en el oído. No podemos andar con paños tibios... Ese abogado ave negra que está investigando para el Gran Jurado las estaciones de radiotelefonía, no se detendrá ante nada... Y yo estoy dispuesto a no dejarme retratar en traje a rayas transversales... —Dejó escapar una especie de siniestro cacareo y se inclinó hacia adelante para hablar con Sam. ¿Por qué andas a paso de caballo de funeral, Sam? ¡De prisa, muchacho!... ¿No sabes todavía dónde queda el edificio del Senado?... ¡Hace tres años que vas allí todos los días!

Tyler sacudió la cabeza para librarse de un entumecimiento algodonoso y denso que sentía en ella.

—Chuck, tú saliste bien del asunto en Horton... pero Norm Stauch y yo tendremos que pasar aquí por lo peor...

—Si siguen mis consejos les irá bien a todos, en cualquier parte. Nunca he permitido que nadie fuera a la cárcel... Pero este piojo del Medio Oeste, el analfabeto de Mackenzie Turner que quiere ser Procurador General, les pondrá a ustedes los torniquetes esta mañana y los hará sudar la gota gorda... Y estén atentos... Lo más

probable es que tenga una copia del testimonio de ustedes en Horton. Él y esa vieja arpía de Steve Baskette han decidido convertirse en jefes de nuestros perseguidores. Mi gente hubiera podido atajarlos, pero ellos nos ganaron de mano...

Tyler miraba las fachadas con sus techos pesados y sus muchas columnas, reduplicadas como en un espejo, y las que iban surgiendo tras los andamiajes, a lo largo de la avenida de la Constitución. En las amplias calles vacías, el brillo del asfalto mojado le daba la sensación de que el automóvil era un bote deslizándose por oscuras lagunas y anchos canales. Fue recordando el ominoso color sangre de toro que adquirirían, en los días de lluvia, los ladrillos del viejo colegio de su niñez, y el clop-clop del trote de los caballos de los carros de las cervecerías sobre el pavimento de madera. Todo lo que veía despertaba recuerdos en él. Era como si no pudiese ponerse al día.

—Bueno, señor Chuck, ¿se quejará usted ahora de que no lo traje de prisa? —preguntó el viejo Sam con su voz de chocolate espeso, volviendo la cara negra hacia el interior del coche y mostrando todos sus dientes en una indulgente sonrisa, mientras detenía suavemente el automóvil en la entrada interior del gran edificio gris pálido.

—Lo hizo usted magníficamente, Sam —dijo Tyler con imperceptible risita burlona. Aunque vieja, no ha perdido la mano su maestría.

—A estas horas de la mañana yo debería estar en cama o en la iglesia, señor Toby —rezongó Sam.

Sin decir palabra, Chuck saltó del automóvil. Tyler tuvo que correr para alcanzarlo mientras cruzaba el vestíbulo, orillando un charco de agua jabonosa en cuyo centro dos negros lavaban el piso de mármol con estropajos y baldes. Tuvieron que tocar el timbre varias veces antes de conseguir el ascensor. Mientras esperaban, Chuck lanzó una retahila de palabrotas y vituperios.

—Que los señores disculpen —dijo el anciano guarda nocturno, tocando la visera de su gorra, cuando las puertas finalmente se abrieron deslizándose. ¡Buen día, senador! ¡Muy madrugador esta mañana!

Chuck lo miró como si fuera a morderlo. Para suavizar las cosas, Tyler se puso a charlar en un tono atolondrado que le sonó tonto a sí mismo:

—¿Le parece temprano? Para mí es tarde; yo no me he acostado en toda la noche.

Chuck fue de prisa corredor abajo y con su propia llave abrió la puerta de la sala de espera. Tyler lo siguió por el pequeño vestíbulo hacia la gran oficina con su escritorio lustrado, sus muebles de marroquí rojo con ribetes tachonados y el habitual olor a papeles, a barniz de muebles y a humo de tabaco frío. Por la hilera de ventanas que corría a lo largo de la pared, entraba a rodo la acerada luz matinal. Arrojando sobre una silla su abrigo forrado en piel, Chuck se dejó caer de espaldas sobre el sofá que enfrentaba al escritorio. Al hacerlo, el fieltro negro se le cayó de la cabeza.

—Que me caiga muerto si desde que estoy en Washington me he levantado jamás tan temprano —dijo bostezando. Toby, me estás dando una buena cantidad de

molestias...

—¿Yo?... —comentó a decir Tyler, pero Chuck lo interrumpió:

—Por el amor de Dios, Toby, llama al guarda de la entrada y pregúntale si los muchachos han llegado ya.

Tyler, malhumorado, fue al teléfono que estaba sobre el escritorio. Cuando colgó el receptor lo miró a Chuck, meneando la cabeza.

—No me mires así, hijo de perra —dijo Chuck desviando los ojos y fijándolos en el cielo raso.

—No hay nada en mi carrera, desde que acarrea, siendo un muchachito, paquetes de diarios demasiado pesados para mí por la Avenida del Estado —comenzó a decir, siempre con la mirada fija en el cielo raso—... no hay nada en mi carrera que no pueda ser escudriñado por el reformador más santurrón de todos los de este montón de profesores chiflados y de sociólogos inútiles que sólo sirven, aquí en Washington, para trabar los engranajes gubernamentales, con sus sacos de mercachifles ambulantes, llenos de teorías y de simulaciones... Todo esto lo diré esta noche —agregó como si fuese la cosa más natural del mundo, y mirando a Tyler prosiguió: —Pero dime con quién andas y te diré quién eres.

—Para el carro, Chuck —dijo Tyler tratando de hacerlo sonreír. Yo creía que éramos nosotros los chiflados.

Tyler comenzó a pasearse de largo a largo delante de las ventanas. Más allá de los anchos trechos de asfalto mojado que brillaban en la luz matinal, por sobre las copas bermejas de los árboles, veía la mole cuadrada del ala del Senado con el domo del Capitolio recortándose contra un fondo de nubes arreboladas. Una negra bandada de estorninos rondaba las columnas que sostenían el pequeño domo más alto. Su mente seguía deslizándose por las desiguales huellas del pasado. Recordaba el peculiar pavor que sentía, de niño, al ver surgir el domo del Capitolio alto y rosado en la luz del atardecer, al final de una larga avenida arbolada, mientras trotaba presuroso, con una punzada al costado, tratando de marchar a la par del rápido paso cojeante de su abuelo, cuando éste lo llevaba consigo para aleccionarlo sobre los lugares históricos de la ciudad. Sacudió la cabeza para librarla de la bruma. Pero la mente se salía de la huella como la aguja en un disco fonográfico gastado. Por decir algo murmuró vagamente:

—Estas cosas me tienen preocupado.

—Tanto mejor —rugió Chuck, con rabia, desde el sofá. Te tienen saltando sobre la parrilla, muchacho, y... no sé si podré sacarte de ella.

Sonó el teléfono. Automáticamente, Tyler fue a atenderlo.

—Sí, hágalos usted subir en seguida... Es el guarda preguntando si Crummit y Saunders pueden subir... Ha de ser un pesquisa.

—Mira... si esos hijos de perra se metieron con la policía, los hago mandar presos.

Crummit y Saunders entraron contoneándose con aire satisfecho.

—¡Aquí nos tienen de vuelta! —gritaron ambos a la vez.

—Estaba diciendo —prosiguió Chuck sin levantar la cabeza— que si ustedes dos llegan a meterse con la policía los devuelvo allí de donde los saqué.

—No, señor —dijo Saunders, secándose un tajo que tenía en el labio con un pañuelo gris por la roña y cubierto de manchitas de sangre. No nos metimos con ninguna policía, Número Uno... Un automóvil policial nos persiguió un poquito pero lo perdimos de vista detrás de la estación de Alejandría.

—Nos tomaron el número, sin embargo —saltó diciendo Crummit—: Aunque no les servirá de nada porque yo había colocado mis chapas especiales.

—Volvimos en un taxi... ¿vio usted qué puñetazos di al fotógrafo, Número Uno? Ése, por un tiempo, no tomará más fotografías; no, señor, no tomará... Yo tenía algo metido dentro de mi guante.

Con su cara aternerada, radiante de orgullo profesional, Saunders sacó del bolsillo un juego de nudillos de bronce.

—¡Fuera de mi oficina con esas porquerías! —gritó Chuck. Yo no te ordené que mataras a esos infelices.

—Nada perdemos con asegurarnos de qué no tomarán fotografías.

—El muchacho era fuerte —comentó Crummit. Tuve que acercármele mucho y emplear mi golpe maestro... ¿Lo vio usted doblarse en dos, Número Uno?

—Y ahora, que algunos de ustedes, virtuosos del puñetazo, salga escapando de aquí y vaya al comedor a traernos el desayuno... ¡Y que el café esté pelando!, ¿oyes? ... Todavía es demasiado temprano para que nos lo sirvan aquí, ¿no, Toby?

—Mejor que lo hagas traer, Número Uno —asintió Tyler.

—Esos pomposos Salones del Congreso sólo ven la luz del día a las diez de la mañana... Les diré, muchachos... cuando vean un hombre que se levanta temprano todas las mañanas del año, estén seguros que ese hombre conseguirá lo que quiere... Bueno, ¿para qué están parados ahí? Crummit, ve a buscar el desayuno, y que Saunders vaya a lavarse la cara...

Cuando los dos se hubieron ido, sentándose en medio del sofá y fijando la vista en los cuadros de seda de su calcetín azul, Chuck comenzó a menear, sobre el borde del sofá, un pie calzado con zapato de cuero muy ornado.

—¡Francamente! —exclamó. Ustedes dependen de mí de tal manera, que me asombra no tener que bajarles los pantalones y sentarlos en el orinal.

Riendo, volvió a tenderse sobre el sofá, estirando los brazos sobre la cabeza.

—Chester Bigelow vendrá dentro de un momento. Luego, el Juez, y si ustedes se dejan de correr enloquecidos como un pollo con la cabeza cortada, decidiremos cómo vamos a manejar este asunto... Me enlodarán un tanto, ya lo dije allá en casa... Nos enlodarán a todos... Pero no podrán dañarme... El pueblo me apoya, no lo olvides.

—Eso de nada te servirá si disuelven la organización... No es necesario que te lo diga.

—¡No necesitas decirme nada!

—Iré a ver lo que hay en mi escritorio... Si me necesitas, me llamas —dijo Tyler, desagrado.

Por la puerta interior entró a su oficina y se sentó al escritorio. Comenzó a revisar una desordenada pila de papeles y un montón de cartas. La rutina lo apaciguó. ¡Con tal que todo pudiese continuar como siempre! Al recorrer su anotador, la escritura menuda de la señorita Jacoby flotó confusa ante sus ojos. La silla giratoria crujió reconfortantemente cuando se recostó en ella. Se puso a estudiar una réplica de la tarjeta postal que había encontrado en su carpeta. La misma escritura penosamente trazada: «Estimado señor: Desde hace meses he tratado angustiosamente...». El mismo número telefónico. Se levantó y fue a la oficina exterior a dejar una orden para la señorita Glendeening «Por favor, llame usted a Capítol 9799 y dígame al señor Bautista que podré verlo aquí después de las doce. T. S.». Por el hecho de haber garabateado unas palabras en un pequeño anotador azul, se sintió más sereno. Se sentó de nuevo a su escritorio y comenzó a trazar espirales en una hoja de papel de oficio.

Repentinamente, ahí estaba Chuck, de pie junto al escritorio.

—Toby —le dijo con calma—, siempre has sido un bebedor; no nos es posible ocultarlo... Es lamentable, pero es así. —Alzó la voz con tono dramático—: De números entiendes tanto como esa cabeza de chorlo de Saunders. A ése la solitaria le ha comido los sesos; sólo alcanza a contar los dedos de las manos y de los pies... eso si no lo apuras... Es sabido que los bebedores tienen mala memoria... Lo sé porque antes bebía... No me extrañaría que no pudieras recordar nada. Lo malo es que en Horton, Sue Ann tuvo la peregrina idea de obligarte a la abstinencia. ¡Muy de mujer esa idea!... En cuanto a Norman Stauch... es un jugador, un tratante de blancas, un crápula, tú bien lo sabes. Lo que hizo fue reunir a un montón de locos y hacerles firmar documentos que ellos eran incapaces de leer... Tú no recordarás nada de nada. Firmaste metros de ellos. Diles que pregunten a Stauch por qué causa quiso sobornar a mi secretario privado. No me extrañaría que ciertos intereses hubiesen influido en ello.

—Norm Stauch es un hombre honrado... —dijo Tyler, sin levantar los ojos de las espirales que estaba trazando en el anotador.

—Mejor que lo piense dos veces antes de meterse conmigo.

—Es amigo mío —dijo Tyler, poniéndose de pie.

Se oyó que alguien golpeaba una puerta exterior. Tyler advirtió que las comisuras de los labios de Chuck se contraían nerviosamente.

—¡Saunders! —gritó Chuck con voz asustada. Anda a ver quién es.

De la otra oficina llegó el bramido de Chester Bigelow.

—Muy buenos días, muchacho... ¿Ha llegado ya El Número Uno?... Bien, muy bien —dijo, entrando por la puerta con los brazos tendidos. He sabido, Tyler, que El Número Uno lo hizo a usted pasar, sano y salvo, entre los reporteros... Estábamos muy preocupados temiendo que usted bajara del avión con una gota de más... y

sabe... así es difícil contener la lengua.

Parecía que el Reverendo Bigelow también había pasado la noche en vela. Tenía la cara, que iba envejeciendo sin perder el aire demasiado infantil, con sus labios carnosos y sus pómulos altos, abatida, gris y sin lavar.

—Apuesto a que no ha cerrado usted los ojos en toda la noche, Reverendo —dijo Chuck bromeando.

—¿Por qué me llama Reverendo, si estamos entre amigos? ¿No soy acaso igual a cualquier otro hombre? ¿Y a quién le importa que haya pasado la noche observando y...?

—¿Observando a alguna beldad menear sus encantos, eh, Chet?

—¡Basta, Homer!... Esta situación me ha obligado a tomar una decisión...

—¡Eh, Saunders! ¿Han traído o no lo que pedimos?

—Sí, señor —contestaron a coro dos voces desde el cuarto contiguo.

Crummit apareció en la puerta con los brazos tiesos a los costados del cuerpo.

—El desayuno está servido en una bandeja sobre su escritorio, Número Uno.

—Vamos, chicos, el desayuno está servido.

Mientras seguía a Chuck hacia su oficina privada, Chester Bigelow seguía hablando. Tal era el tono de su voz, que la vibración hacía golpear el uno contra el otro los vasos que rodeaban una jarra, colocada sobre una mesita.

—Con el mayor dolor me he visto forzado a repudiar las doctrinas políticas que aprendí sobre las rodillas maternas... Ningún hombre consciente puede encarar la situación actual de este país sin llegar a la conclusión de que nuestra democracia está irremediablemente putrefacta. Ningún hombre honesto puede negar que el único remedio es la fuerza. Estamos frente a un complot contra la supremacía de todos los ideales que nos son caros: contra la fe profunda en el Dios de nuestros padres; contra la feminidad de nuestras mujeres; contra la existencia misma de la raza blanca. Esta vil conspiración, que ha subvertido y degradado a este grande y civilizado continente cristiano, cuna de nuestros antepasados, se ha adueñado de nuestro país. Sus viscosos tentáculos estrangulan ya a los poderes judiciales y ejecutivos.

Chuck, sentado ante el escritorio, se había bebido un vaso de jugo de naranja. Se sirvió una taza de café y, al hacerlo, se quemó los dedos. Al dejar el recipiente sobre la mesa, dijo varias palabrotas en voz baja.

—Mejor harías en tomar una taza de café, Chet —dijo, partiendo una tostada, con la cual hizo sopitas en la taza, para después llenarse con ella la boca.

—... Afortunadamente, el poder legislativo está libre aún de esta plaga de «ismos» que oscurecen el cielo patrio... ¿Pero de qué nos servirá, puesto que depende de un electorado ya desvitalizado y envenenado por la mácula de la sangre negra? ¡Homer Crawford, la gran raza anglosajona nació para imperar! A los hombres patriotas les ha llegado la hora de tomar la Ley entre sus manos. La conspiración...

—Vamos, Chet, toma una tacita de café —interrumpió Chuck con la boca llena. No estamos como para peroratas históricas... Espera a que sea Presidente y esté

sentado en Avenida Pennsylvania 1600... Haremos las cosas de manera que un americano pueda enorgullecerse de su bandera. Ya verás.

—¿Veré?... Veré cómo nos asesinan en nuestros propios lechos... No, Homer, a la gente blanca de este país le ha llegado el día de levantarse iracunda.

Chuck, a punto de llevarse a la boca un pedazo de tostada empapado en café, se detuvo y lo dejó caer dentro de la taza.

—Lo que a mí me preocupa es que un pequeño fiscal de distrito se haya levantado iracundo contra mí... Toda tu palabrería fascista, Chet, podrá servir en una campaña presidencial, pero ahora es atar la carreta delante de los bueyes. Lo que necesitamos es trabajar en esos ficheros.

Metió la tostada en la boca y señaló hacia la hilera de clasificadores colocados a lo largo de la pared, hechos de pino amarillo y llenos de cajoncitos con letreros.

—Las guardo aquí para que nadie las toque. Todo hombre y mujer aquí fichado recibe regularmente los folletos y circulares, sintoniza nuestros programas, e irán a elecciones y votarán cuando yo se lo diga, y dejarán de votar cuando yo se lo pida. Y si les aconsejo dar aceite de castor a sus niños, lo harán. Y si les pidiera que se tiraran al río, estoy seguro que muchos de ellos se tirarían... Si llegara el día en que me viese forzado a pedirles que vinieran a Washington a echar a los mercaderes del templo, ¡por Dios, que vendrían!... ¿No es verdad, Toby?

Tyler no contestó. En el anticuado reloj de caoba de la chimenea dieron las nueve. Anheló que siguiera tocando dulcemente, para siempre.

—Número Uno —dijo Saunders, asomándose por la puerta con aire inquisidor—, aquí están el Juez Banning y Herb Jessup.

—Hazlos entrar... ¿Te dije, acaso, que los dejaras afuera, bajo la lluvia?

El juez Banning entró primero, con la cara casi tan blanca como su pelo. Los párpados inferiores se despegaban, flojos y enrojecidos, de sus ojos. La cara entera parecía tiznada. Caminaba encorvado, tanteando cuidadosamente el piso con sus chirriantes zapatos puntiagudos, como si temiera encontrar desniveles. Herb Jessup le pisaba los talones, arrastrando su cuerpo panzón. Tenía hinchadas y arrugadísimas las orejas. Bajo la boca de pescado, la papada flácida caía suavemente sobre el cuello palomita. Al entrar al cuarto, ambos miraron primero a Tyler, quien sintió recelosamente escudriñados los contornos y las líneas de su rostro. No quería que sus miradas se encontraran. Trató de no moverse. Con una mano cogió su cigarrera y comenzó a jugar con ella. Sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca sin encenderlo. A pesar suyo, abría y cerraba la cigarrera.

—¡Hola, Herb! —dijo Chuck con una risotada. ¡Pero si vienes muerto de miedo! ¿Por qué? Nada hay que temer. Señor juez, ¿a qué hora dijo usted a Grossman que viniese por Toby?

—A las nueve y treinta, Número Uno.

—Ese es tu abogado judío, Toby. ¿Supongo que no habrás creído que te iba a largar allá sin abogado? ¿A qué hora es la citación?

—A las diez.

Tyler se levantó para dejar la taza vacía sobre el escritorio. Chuck revisaba unas hojas mecanografiadas que había sacado de la bandeja de alambre colocada ante sí. Tyler encendió un cigarrillo y permaneció de espaldas a la ventana. El juez Banning, Herb Jessup y Chester Bigelow se habían sentado en fila sobre el sofá. Herb tenía puestos aún sus zapatos de goma. Todos miraban a Tyler entornando los ojos contra la luz de la ventana.

La señorita Jacoby asomó la cabeza por la puerta de la oficina exterior.

—Buenos días, Senador —gritó alegremente. Buenos días, señores. ¡Qué madrugadores han estado hoy!

—¿Habrá peligro de que el avión no salga? —preguntó Chuck. El tiempo no está muy famoso.

—Llamaré en seguida. Tengo reservados los pasajes.

—Necesitamos asientos para Crummit, Saunders, Herb y yo. Es demasiado tarde ya para llegar a Atlanta por ferrocarril.

La cabeza de la señorita Jacoby desapareció.

—Espero que dejarás asentado, Homer —empezó a decir el Reverendo—, que es necesario alertar al pueblo sobre los peligros...

Chuck conectó el dictáfono interior de su oficina.

—Señorita Jacoby, haga usted el favor de pedir café y panecillos. Bastante café... Algunos de nosotros lo necesitaremos para no dormirnos.

Se levantó de un salto y se encaró con Tyler, que evitaba mirarlo a la cara.

—Bueno, Toby —dijo. No veo por qué motivo no puedo repetir lo que dije en Horton... Las ganancias, por lo menos las mías, se colocaron a mi nombre simplemente por negligencia. Tus amigos, que hicieron un buen negocio en la especulación de los arrendamientos, las cedieron a la radiodifusora para la promoción de nuestros ideales políticos... Ese dinero nunca formó parte de mi ingreso personal. El inspector del Tesoro tuvo que admitir que pagamos debidamente los impuestos a la corporación.

—Hijo mío —dijo suavemente el juez Banning—, eso no servirá de nada. Hay demasiadas personas comprometidas, y éstas nos tiran a matar.

—Stauch se salvó diciendo que su aporte fue en pago de una deuda... Lo que es verdad.

—Si lo aprietan, no podrá probar nada, salvo que encuentre ese pagaré vencido —dijo Chuck.

—No lo encontrará —dijo Herb riendo.

—¡Pero demonios! Si ustedes tienen copia de mi declaración —dijo Tyler. Tengo la cabeza como un trompo. Ni recuerdo lo que dije.

—Eso me gusta más —dijo Chuck, engatusador. Podrías haber bebido demasiado durante el juicio.

Los tres hombres del sofá apenas respiraban. Tanto silencio había en el cuarto que

los ruidos del tráfico comenzaron a filtrarse desde la calle. Los estorninos piaban en los anaqueles de las ventanas. Dominándose, Tyler metió los puños cerrados en los bolsillos de sus pantalones.

—Ustedes saben tan bien como yo que en los últimos seis meses no he probado un trago.

Chuck se dejó caer en la silla frente a su escritorio y comenzó a pasar los dedos entre su cabellera rizada.

—Es claro, la gente podrá decir que la culpa es mía por juntarme con un borracho empedernido. Pero, después de todo, ¿qué mal hay en tener un corazón blando? Yo nunca he largado a un amigo cuando estaba en la mala.

Tyler retrocedió hasta el marco de la ventana. Tal era la quietud del cuarto, que podía oír su propia respiración.

—¡Bien que empinaba usted el codo la última vez que lo vi! —canturreó Herb. ¿No lo recuerda? De eso hará apenas dos meses.

En el escritorio de Chuck sonó un zumbador. Era la voz de la señorita Glendeening.

—Hay un llamado de larga distancia para el señor Spotswood, Senador. ¿Lo conecto allí?

—Que lo conecte con mi escritorio —dijo Tyler, dirigiéndose hacia la puerta.

—Conéctelo con su escritorio —ordenó Chuck, haciéndose eco.

Mientras iba a la puerta, Tyler sintió todas las miradas enfocadas en su espalda.

—¿A qué hora se van ustedes? —preguntó secamente, volviéndose hacia ellos.

—Que eso no te preocupe, Toby. Antes de partir, te veré a ti y a tu abogadito judío.

Cuando Tyler cerró la puerta detrás de él, todos comenzaron a hablar a la vez. Oyó las palabras «¡Qué pena!...». ¡Desgraciadamente!... «Por confiar demasiado en él...».

Se sentó en la silla giratoria y descolgó el receptor.

—¡Hola! —Era la voz de Sue Ann.

—¿Dónde está usted, Sue Ann? —fue todo lo que pudo decir sin que la voz le fallara por la emoción.

—Estoy en la granja, Tyler... Necesito hablar con usted, pues cuando hablé con Homer anoche no pude sacarle palabra... Espero que no le echarán a usted la culpa de nada... ¿Tiene usted un buen abogado? Todos dicen que Mackenzie Turner es feroz... ¡Qué no daría yo por poder hablar con él!...

—Sue Ann, espere usted que pida otra línea. Casi no la oigo.

Su risa fue un dulce revoloteo en el alambre zumbante.

—No, Tyler, es que tengo la voz débil porque yo misma estoy un poco débil... Estoy en cama... un pequeño accidente... por andar demasiado a caballo, supongo... no, es interno... El doctor Hildreth... se quedará aquí en la granja por unos días... No le diga nada a Homer hasta después del discurso de esta noche... Puede deprimirlo.

Pronto estaré bien, pero el doctor dice que tendré que estar en cama un par de meses... No, créame, no es grave... Simplemente es que no quiero preocupar a Homer cuando tiene tanto que hacer... Por nada del mundo quiero echar a perder su discurso esta noche... Será su mejor discurso... Sí, créame usted. Me leyó algunos párrafos por teléfono. A mi parecer, este pequeño asunto le será benéfico... Lo hará pensar en la manera en que hace ciertas cosas. Usted y yo siempre hemos estado de acuerdo sobre ello... ¿Y usted, cómo está, Tyler? Siento preocupación en su voz... No, si yo pronto estaré bien... no quiero hablar de ello por teléfono. Cuando Homer vuelva a Washington le dirá de lo que se trata... Ha de ser que estamos envejeciendo sin darnos cuenta... No me creerá usted, pero cuanto más preocupada estaba... y desde la Convención muchas cosas me han preocupado... cuanto más preocupada estaba, más afán de andar a caballo tenía, y eso me hizo mal interiormente. Tal vez tengan que hacerme una operación. ¿Sabe en lo que he estado pensando acostada en cama? He pensado, con pena, que ya no tengo ni una amiga... Ha de ser por el ambiente de Washington, porque yo siempre he tenido muchas amigas... ¿Se acuerda de Ella McCoy? ¡Qué encanto de muchacha era!... Oiga usted, Tyler, ¿por qué no se casa con alguna muchacha buena y bonita, como usted la merece?... ¿Ve? Así yo tendría cerca de mí una mujer con quien conversar... Ahora no tengo ninguna... No diga tonterías, Tyler; usted bien sabe que es un hombre fiel y adorable... ¿Ve? Aquí me tiene en cama y charlando y charlando como una mujer de club... Muy bien, Tyler, cuídese y no se preocupe demasiado. Y, por favor, no vaya a empezar de nuevo a... Bueno, usted sabe a lo que me refiero... ¿Y Homer, qué está haciendo? No, si está conferenciando, no lo moleste... Dígale tan sólo que lo espero mañana. Si me telegrafía, le enviaré el automóvil al aeropuerto. ¡Cuánto me agradecería que vinieran todos! ¡Esto está magnífico!... ¡Unos días de otoño ideales!...

La voz se apagó. Dejó de oírse.

Tyler no podía permanecer ahí, sentado ante el escritorio, mirando el teléfono. Salió al corredor y comenzó a recorrerlo de arriba abajo fumando un cigarrillo. El corredor ya estaba lleno de hombres y de mujeres que iban y venían a toda prisa. La gente, al pasar junto a él, miraba su cara con curiosidad. A él todas las caras le parecían sin expresión. Las veía a todas iguales.

Seria como una laucha, la señorita Glendeening le tiró de la manga para llamar su atención:

—Pero, señor Spotswood... Lo hemos estado buscando por todos lados... El señor Grossman está aquí —dijo con voz doliente.

Tenía un aire tan intenso e inocente que Tyler se sintió impulsado a correr tras de ella y alzarla en brazos. En lugar de hacerlo, la siguió a la oficina.

El señor Grossman estaba sentado en el sillón de caña, junto al escritorio de Tyler. Era un hombrecito calvo, rechoncho y alegre, con algo de sapo. Se puso de pie.

—Señor Spotswood, muchísimo gusto, —dijo. Mi viejo amigo el juez Banning me ha asignado el grato deber de ayudar a usted en su torneo con el Terrible Turco...

que así es como llamábamos en la Facultad de Derecho a Mac Turner... Sí, lo conozco muy bien... Lo conozco desde hace años... En realidad, yo lo conozco a él mejor que él a mí...

Riendo silenciosamente se dejó caer en la silla y estiró hacia Tyler sus gruesas piernas cortas. Tyler había comenzado de nuevo a trazar espirales en el anotador.

—Mis dificultades provienen de que siempre he sido bastante atolondrado con mis expedientes —dijo lentamente, en voz baja, como hablando consigo mismo.

—No hay ningún mal en ello, ¿verdad? —comentó el señor Grossman. Atolondramiento... llamémoslo temperamento artístico... un artista en política... y a un artista no se le exige que recuerde los detalles... especialmente...

—Si está borracho la mitad del tiempo —dijo Tyler, categórico.

El señor Grossman asintió con la cabeza, alzando hacia el cielo raso sus ojos descoloridos.

—Influencias del alcohol... influencias siderales... damas... cuyos ojos brillantes... influencia del clima... dinero, grandes sumas de dinero perdidas sin saber cómo... Ya lo dijo el poeta: «Si la ignorancia es la dicha... sería locura ser sabio».

Cuando hubo largado ese chorro, se reclinó en su silla y con sus gordos cachetes sonrió a Tyler. Éste sacó el reloj.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo.

Al ir a levantarse se vio cara a cara con Chuck, que estaba detrás de su escritorio, con los brazos en jarra. Sus ojos azul porcelana miraron a Tyler indagatoriamente. Parecían no conocerlo. Le habló como si estuviera hablándole a un niño.

—Bueno, mi viejo; no sé lo que daría por poder quedar aquí y verlos, a ti y a Max Grossman, divertirse con el fiscal... ¡Demonios!, lo he visto habérselas con peores que él... Ladra, pero no muerde... ¿Verdad, Max?

Tyler se enderezó sin levantarse y se quedó mirándolo, mudo. Chuck traía en la mano un telegrama amarillo. Lo blandió bajo las narices de Tyler.

—La señora mandó esto. Pensé que quizá te interesaría echarle un vistazo.

«Deseando verte descansando en la granja. Niños, bien. Di a Tyler tiene nuestra entera confianza».

Tyler se puso de pie y lo leyó moviendo los labios como un escolar que lee en clase.

—«Confianza». Es la palabra que quería que vieras... Ya sabes que Sue Ann tiene una cabeza que no parece de mujer.

—Recién me llamó por teléfono —balbuceó Tyler. Dice que deberías tomar un descanso.

—Y tú sabes lo que quiere decir con ello... Tú nunca le has fallado a un amigo; yo tampoco, no lo olvides.

Tyler sintió que Chuck lo abrazaba estrechamente por los hombros, llevándolo suavemente hacia la puerta. Grossman trotaba adelante.

—Tú me hiciste lo que soy, Toby —le canturreaba Chuck al oído. Espero que estarás satisfecho... Mira, olvidas el sombrero y el impermeable... Olvidas todo... Amnesia, mi viejo.

Chuck fue hacia la percha y recogió el sombrero y el impermeable de Tyler, quien, indefenso, estiró los brazos hacia atrás. Chuck le puso el impermeable, metió la mano por debajo de él para bajarle la chaqueta, y luego le dio una palmadita en la espalda. Obedientemente, Tyler tomó el sombrero y salió por la puerta. Salió sin mirar hacia atrás.

En el taxi, Tyler no sabía de qué hablar con Grossman. En el cielo había indicios de que aclararía. El tráfico era intenso frente a la estación de la Unión.

—Nunca paso ante este edificio —suspiró Grossman— sin sentir deseos de saltar a un tren para Nueva York.

—Yo saltaría a un tren para el infierno —dijo Tyler—, si alguien me diese un boleto.

Grossman chasqueó la lengua, y comenzó a hablar con tono resentido.

—¡Pero mi estimado señor Spotswood, las cosas no están tan mal como eso!... El único inconveniente es que tendremos que enfrentarnos con un joven muy ambicioso.

En un sacudón, el automóvil se detuvo frente al Tribunal del Distrito. El viejo edificio, construido en el espacioso estilo de los primeros años de la República, desarmaba por su aire familiar.

—No creo haber vuelto a este edificio desde que mi abuelo me traía para que lo admirara —dijo Tyler tornándose repentinamente confidencial. Yo apenas llegaba a las rodillas de mi abuelo. Usaba chuletas y llevaba un bastón de caña con mango de plata... Lo llamábamos el Buen Viejo.

—¿Es usted de Washington, señor Spotswood? —preguntó Grossman con tono respetuoso.

—Nací aquí... pero odio a Washington. Mi padre era director de la A. C. D. J. Era una especie de pastor unitario sin congregación... Con todo, no le fue tan mal en la vida... Lo mandaron a esa farsa que se llama la Liga de las Naciones. Trabaja en Ginebra. Me alegro que esté fuera del país. Yo siempre fui la oveja negra... Apenas tenía catorce años y ya me escapaba a los billares de la calle Cuatro y Medio... Hacía cualquier cosa con tal de verme lejos de tanto amor fraternal.

—¡Qué me dice! —murmuró vagamente Grossman mientras lo piloteaba por entre la gente del vestíbulo. Se abría camino entre hombres gordos y hombres flacos, de cuerpos acalorados dentro de sus impermeables y con rostros jadeantes bajo los sombreros de fieltro.

De entre todos los rostros, para él iguales, se destacó nítido uno que Tyler conocía.

—¡Eh, Toby! —gritó Joe Hazard—, espera a ver los periódicos de la tarde. ¡Uy!

—Llegamos con retraso, señor Spotswood —siseó Grossman al oído de Tyler mientras lo conducía presuroso hacia las escaleras.

—Nos veremos, Joe —dijo Tyler saludando con la mano.

Trepadas las escaleras, Grossman estaba sin de aliento, la respiración era un silbato en su garganta. Tiró a Tyler de la manga y, respirando anhelosamente, le dijo:

—Como usted sabrá, señor Spotswood... el Gran Jurado de Acusación viene a ser el antiguo Tribunal Criminal... Sentémonos un momento... en la biblioteca... antes de que lo entregue a usted a la sala de los testigos.

Lo condujo a un largo salón lleno de estantes con libros de consulta en desorden. Las encuadernaciones de cuero cubrían las paredes hasta el cielo raso.

El lugar olía a polvo y a encuadernaciones viejas. Al pasar, miraron un instante a dos hombres regordetes que cuchicheaban junto a una mesa. Ellos inmediatamente bajaron los ojos.

—Y ahora, señor Spotswood... si le hacen alguna pregunta demasiado... ¡Hum! ... demasiado... difícil... ampárese en sus derechos constitucionales. Yo lo esperaré aquí... Si la pregunta se refiere a cuestiones relacionadas con los derechos constitucionales, puede usted pedir al señor Turner, Asistente Auxiliar del Fiscal del Distrito, que le permita salir a consultar a su abogado... No conteste nada que pueda incriminarlo o rebajarlo.

Grossman estiró los labios en amplia sonrisa. Tyler no contestó. Encorvado en su silla, se miraba los zapatos. Una salpicadura de lodo se había secado en ellos. Deseaba haber tenido tiempo de hacerlos lustrar.

Grossman hurgaba entre las divisiones de la carpeta.

—El juez Banning —decía— me entregó algunas copias certificadas de las actas de las reuniones de la mesa directiva de la Corporación Todo Hombre Millonario... ¿Cuándo hizo usted efectiva su renuncia?

Sobresaltado, Tyler miró la cara plácida de Grossman, y el pánico empezó a invadirlo. Boqueó varias veces antes de poder articular una palabra.

—Nunca renuncié —tartamudeó—, salvo que esté loco.

—Pero, señor Tyler, ¿no estuvo usted en la reunión de la Comisión Directiva en el Hotel Alcázar? —preguntó Grossman sin levantar los ojos. No; supongo que no.

—¿No? —Repentinamente, Tyler recordó. ¡Ah, sí! En el momento de la organización todos entregamos nuestras renunciaciones a...

Se detuvo repentinamente, sintiéndose ruborizar.

—¡Hum! —gruñó el señor Grossman, cuya falta de aliento reaparecía, y agregó—: ¿No querría usted revisar las actas?

Tyler negó con la cabeza, poniéndose de pie. Grossman lo miró con aire apenado y se recostó en su silla.

—Yo estaré aquí, señor Spotswood. Yo estaré aquí, indagando en la ley.

Su voz adquirió un matiz de unción, como si esa perspectiva le causara gran alegría.

—La sala del Gran Jurado se halla a la izquierda, casi al fondo del vestíbulo. Ahí verá usted al ujier... cruzando el vestíbulo encontrará usted la sala de espera de los

testigos.

Tyler se sentía extrañamente ajeno a sí mismo, mientras marchaba a grandes pasos por el oscuro corredor. Era como si el deseo que a veces había tenido, medio en broma, medio en serio, se hubiera de pronto realizado. No era ya él. Era sólo un hombre que preguntaba a un viejo de uniforme azul por la puerta para los testigos. Era sólo el hombre a quien conducían a una pequeña habitación con bancos que le recordaban la sala de espera de una estación de campaña. Los demás viajeros lo miraron con ojos opacos, pero ninguno le habló o le sonrió. A Tyler le pareció haber visto en otro lugar al muchacho en traje de lana clara, pero como éste siguió con los ojos bajos, no logró recordar su nombre. Se preguntaba si podría recordar su propio nombre. Era sólo un hombre que había perdido su empleo y que estaba ahí, sentado sobre el banco duro, mirando al vacío, con el impermeable doblado en el hueco del brazo y el sombrero de fieltro sobre las rodillas.

Cuando el viejo de uniforme azul lo llamó por su nombre fue como si el jefe del ferrocarril anunciara un tren: Tylerspots Wood. Casi no reconoció el nombre como suyo, pero los músculos de sus piernas se tendieron mecánicamente levantándolo de la silla, y sus pies lo llevaron hacia la puerta. Al atravesar el vestíbulo, vio las espaldas magras de Joe Hazard y las gordas de Ed James. Hablaban con un hombre alto que él no conocía. No lo vieron. Parecían estar inaccesiblemente lejos, como vistos al revés por un telescopio.

La puerta del recinto del Gran Jurado se cerró tras él. Le pareció estar en clase durante un examen. La grisácea luz del norte, entrando por las largas ventanas, iluminaba los perfiles atentos de dos filas de rostros. Aunque el hombre de cara rosada y vestido de negro que estaba sentado a la mesa debía ser el presidente del Jurado, Tyler se preguntó si no sería un empresario de pompas fúnebres o un «maître d'hôtel». Cuando le indicaron su asiento, nadie le prestó mucha atención. Se oyeron toses y ruidos de papeles, cuchicheos y el arrastrar de pasos sobre el piso. El hombre de cara rosada, untuosamente empujaba hacia Tyler un libro negro. Se encontró con la mano puesta sobre la Biblia.

—¿Jura usted solemne y verdaderamente decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad?

El murmullo terminó. La sala estaba en silencio. El hombre miraba a Tyler haciéndole una sugestión. Su voz le sonó inesperadamente fuerte en los oídos cuando dijo: —Juro.

Fue como conectar un interruptor. El ruido de papeles y las toses cesaron. Las gargantas se aclararon. Cuando los veintitrés rostros del fondo de la sala se volvieron hacia él, los ojos enfocaron su cara como reflectores. Se sintió frágil y transparente. Deseó haber tomado un buen desayuno. De nuevo sintió no haber tenido tiempo de hacer lustrar sus zapatos.

—¿Su nombre? —gruñó, desde muy cerca, una voz con estridencias del Medio Oeste.

Recién entonces vio, por sobre la mesa, la cara blanca de Mackenzie Turner. Excepto por la barbilla cuadrada y porque el mechón de pelo negro en ala de cuervo terminaba sobre la frente en colita de pato, tenía un sorprendente parecido con la cara del busto en yeso de Napoleón joven. Tyler no pudo reprimir una sonrisa.

—Tyler Spotswood —contestó.

El asistente auxiliar del Fiscal del Distrito era un hombre pequeño con chaqueta cruzada azul oscuro, de hombros anchos pero de piernas largas y delgadas y pies pequeños. La cara grande y pálida y la cabeza más bien cuadrada parecían demasiado voluminosas para su cuerpo. Estaba sentado al extremo de la mesa impidiéndole a Tyler ver a algunos de los miembros del jurado. Lo observaba de arriba a abajo con severos ojos negros.

—¿Reside?

—Nací aquí, en Washington.

—Pregunto por su domicilio actual. ¿Cuál es?

—Desde que salí del ejército he vivido en Horton... y aún voto en esa ciudad como residente del distrito 1827 Avenida Aurora...

—Trabaja en Washington, ¿no?

—Paso gran parte del año en Washington, por lo menos mientras sesiona el Congreso.

Turner comenzó a hurgar entre los legajos que estaban delante de él sobre la mesa. Su voz, amortiguada por el ruido de los papeles, sonaba menos hostil. Hablaba sin levantar la cabeza.

—Díganos usted algo sobre su ocupación actual, señor Spotswood.

—Trabajo en la Colina del Capitolio, en la oficina del senador Chuck Crawford —contestó, demasiado consciente de su tono casi plañidero.

—Usted es su secretario confidencial, ¿no?

—Soy uno de sus secretarios.

—Por lo tanto usted está totalmente al corriente de todos sus asuntos, ¿no es así?

—No... le contesto a usted con toda sinceridad que no lo estoy.

Turner, repentinamente, cogió una hoja de papel mecanografiado y por encima de ella miró fija y penetrantemente a Tyler en la cara.

Tyler entornó los ojos tratando de leer lo escrito en la hoja, pero Turner comenzó a agitarla en vaivén.

—¿Cuál es su salario? —gritó de pronto.

—Tres mil quinientos... lo habitual.

—¿Y qué salario recibe de la Corporación Todo Hombre Millonario?

—Ninguno.

—¿Y de las otras... empresas propagandistas del Senador?

—Casi todo mi trabajo ha sido político —comenzó a explicar Tyler en tono confidencial, tratando de que Mackenzie Turner lo mirara francamente a la cara—... a veces he...

—Conteste a mi pregunta, por favor.

—Ahora, ninguno.

—Como representante del Senador, ¿está usted enterado de los asuntos de la estación transmisora WEMM?

—Hasta cierto punto.

—Conteste sí o no.

—Sí.

—¿Es usted miembro de la junta directiva de la estación WEMM?

—La estación sólo está dirigida por su director.

—¿Es la Organización Todo Hombre Millonario dueña y dirigente de la estación?

—Quizá la financió en parte.

Turner bajó las comisuras de los labios y echó la cabeza hacia atrás, haciendo aletear el ala de cuervo sobre su frente lívida y cuadrada.

—¿Es usted, sí o no, miembro directo de la Junta Directiva de la WEMM?

—No.

—¿Y de la Corporación Todo hombre Millonario?

—No.

Por fin Turner lo miraba directamente a los ojos. Devolvió la mirada. Un rubor irrefrenable, comenzando en el cuello, le trepaba a las mejillas.

—¿Lo ha sido usted anteriormente?

—No lo recuerdo muy bien —dijo Tyler intentando sonreír con aire indiferente— ... puede que haya sido una especie de director títere cuando recién se organizó. Todo fue improvisado a la ligera por algunos amigos del Senador, a quien las demás estaciones trataban injustamente... Se organizó casi como... una especie de broma... Yo no entiendo mucho de negocios, me temo.

Turner, haciendo girar su silla, miró las caras atentas de los miembros del jurado. Al volverse, sonreía.

—El Ministro de Finanzas se ha interesado bastante en esa pequeña broma, ¿no?

—Sí, señor. Nuestra contabilidad no fue de lo mejor... Pero eso está siendo subsanado.

—El Ministro de Finanzas ha recuperado su humorismo. ¿No le parece? —dijo, casi como si fuera a sonreír. ¿Entonces los registros de esa jocosa obra de contabilidad le son asequibles?

—Hasta cierto punto.

—¿Cuáles fueron aproximadamente sus ingresos durante estos últimos cinco años?... ¿Su ingreso anual completo... sobre el cual basó su impuesto a la renta?

—... Usted me disculpará... temo... que sin refrescarme la memoria...

—Estamos dispuestos a permitir a usted que vaya a su casa a refrescar su memoria... El resto del interrogatorio queda aplazado hasta las dos de la tarde.

—Gracias, señor —dijo Tyler respirando con alivio.

Mackenzie Turner se hundió amodorrado en la silla, como un maestro de escuela

cuando la clase termina.

—Antes de que aplacemos su interrogatorio —dijo con despego— quizá pueda usted decirnos cómo llevó las cuentas cuando entregaba sumas de dinero a Homer T. Crawford.

—He manejado bastantes fondos electorales —dijo Tyler con rapidez. Pero lo hacía respondiendo por ellos a los distintos comités.

Mackenzie Turner no lo miraba. Estaba sumido en la contemplación de unas hojas de anotador garabateadas de apuntes que había sacado de una carpeta de cuero castaño.

—Siendo tesorero de la Corporación Todo Hombre Millonario, ¿no cobró usted un cheque de dieciocho mil quinientos dólares, en enero de 1931, girado contra los fondos de la Corporación en el «Banco de la Costa Este», en Horton?

—Tengo que refrescarme la memoria.

—Luego de cobrar dicha suma, ¿qué hizo usted con ella?

—Tengo que refrescarme la memoria.

—¿Se la entregó usted al señor Crawford?

—No, que lo recuerde.

—Conteste sí o no.

Tyler se irguió en la silla. Tuvo que humedecer sus labios. Crujió una silla.

—Mis derechos constitucionales me permiten no contestar a esta pregunta.

—¿Entonces usted se quedó con ese dinero?

—No, señor... si dicha suma fue cobrada se habrá utilizado para otros fines.

—¿Qué fines?

—Fines políticos... Habrá sido empleada en los gastos de la campaña electoral.

—No lo fue —dijo Turner terminante. Como tesorero de la Corporación Todo Hombre Millonario, ¿no cobró usted un cheque de dieciocho mil quinientos seis dólares en enero de 1931, girado contra los fondos de la Corporación?

—Es posible.

—¿Retira usted entonces su apelación a los derechos constitucionales?

Tyler no contestó.

—¿Qué sabe usted de los arriendos de los Bajos del Parque del Estado?

—Lo que he leído en los periódicos.

—¿Ha estado usted alguna vez en los negocios petroleros?

Tyler intentó sonreír. Se recostó en la silla y cruzó las piernas.

—Allá de donde yo vengo, todos están metidos en los negocios petroleros...

—¿Sabe usted algo referente a las negociaciones de los arriendos de petróleo a los cuales la prensa se refiere como a «Los Bajos del Parque del Estado»?

—Sé lo que he leído en los periódicos... y ahí la política entra en juego...

—Conteste sí o no.

Tyler tosió para aclararse la garganta. Contestó lenta y cuidadosamente, como si las palabras fueran pesadas y tuviera que sacarlas de muy hondo.

—Ante esta pregunta apelo de nuevo a mis derechos constitucionales, por lo menos hasta que haya consultado con mi abogado.

—¿Y usted ha comparecido ante este Gran Jurado a declarar bajo juramento que no ha formado parte de la Corporación Todo Hombre Millonario?

Turner se inclinó hacia él, por sobre la mesa, con los puños cerrados sobre una pila de papeles. Hablaba con lentitud dolorosa, mirando la pared de enfrente, por sobre la cabeza de Tyler.

—No, señor, no formo parte.

—Se aplaza el interrogatorio —suspiró Turner con voz cansada, agregando—: Le ruego que sea puntual y que traiga todos los documentos que pueda conseguir. Así nos evitará el trabajo de emitir un *duces tecum*... Que se presente David C. Galloway, por favor.

Cuando Tyler salió al corredor estaba traspirando. Fría y empapada, la camisa se le pegaba a las espaldas. Parado con las piernas en ángulo, ante la puerta del Gran Jurado, Grossman le contaba a un hombrecito narigón y de aire desencajado, el chiste de un judío y de un escocés. Tyler llegó junto a ellos, justo cuando estallaban de risa.

—¡Muy bueno! —chilló el narigón.

—Señor Grossman —dijo Tyler interrumpiéndoles. El fiscal quiere que esté aquí de vuelta a las dos trayendo documentos... ¿Qué hora es?

Simultáneamente, ambos sacaron los relojes.

—Según el mío son las doce y veintidós —dijo Grossman pesadamente.

—¡Dios mío, me parece haber estado ahí dentro el día entero!...

—Tengo que ir a la oficina.

—Pero nosotros tenemos que hablar —dijo Grossman.

—Vamos.

Tyler lo tomó del brazo y de prisa lo llevó por el corredor.

—Necesito llegar a la oficina a tiempo para alcanzar al Sen... bueno, tengo una cita... huyamos de estos periodistas.

Bajaron volando las escaleras. Cuando llegaron a la puerta trasera de los Tribunales, Grossman estaba jadeante.

—Dejé mi carpeta y mi sombrero en la biblioteca —dijo casi sin aliento. Sólo me tomará un minuto... vuelvo por ellos.

—Señor Grossman, será mejor que almorcemos juntos en el Burleigh a las doce y cuarenta y cinco... Tengo que dejarlo.

Ya Tyler corría por el césped mojado, bajo los árboles amarillos y rojos de Otoño, asustando a las palomas que emprendían vuelo. En la acera llamó a un taxi.

—Lléveme al Edificio de las Oficinas del Senado —dijo al conductor, agregando luego a media voz, recostando la cabeza sobre el respaldo del asiento con los ojos cerrados—: ¡Dios mío, estoy hecho un estropajo!

El automóvil no avanzaba. Tyler se incorporó de un salto.

—Por favor, hermano, dese usted prisa, tengo que alcanzar a un hombre que está

por salir en avión.

—Pero usted no me dijo que quería ir al aeropuerto, ¿no?

—No, le dije al Edificio de las Oficinas del Senado.

—Si no quiere que nos lleven al hospital, mejor será que se calme usted, señor —gruñó el conductor, sin cambiar de velocidad, continuando por el intenso tráfico del medio día. No puedo ir más de prisa porque no quiero que me lleven a un hospital o ante la justicia... ¿Y usted?

—Bueno, bueno, haga usted como le parezca —dijo Tyler secándose la frente con un pañuelo. ¡No me disgustaría ir a parar a un hospital; por lo menos descansaría! —le gritó al conductor.

Cuando Tyler salió del ascensor, el corredor que conducía a la oficina le pareció extrañamente silencioso. Por alguna inexplicable razón, había creído que iba a encontrar allí a una arremolinada turba de reporteros. Con su llave abrió la puerta y entró. No había nadie en la oficina del Senador, nadie en la de la señorita Jacoby. Desde el escritorio de la antesala, la señorita Glendeening le sonrió distraídamente.

—Ah, señor Spotswood, ahí está ese muchacho...

—¿Dónde está el Senador? ¿Está en el recinto?

—No, no, tuvo que apresurarse para tomar el avión. La señorita Jacoby los acompañó hasta el aeropuerto para tomar un dictado... Unas declaraciones que el Senador prometió a la prensa... pero ese muchacho...

—¿A qué hora salía el avión? Quizá tenga tiempo de alcanzarlo. Necesito verlo.

—Creo haber oído decir que el avión partía a las doce y cincuenta y cinco.

Tyler sacó el reloj. Tenía la sensación de haber corrido cuerdas y cuerdas para tomar un tren y que llegaba a la estación, con rodillas temblantes, justo cuando el tren se alejaba. Era la una menos once.

—Tal vez podría telefonar —sugirió la señorita Glendeening.

Tyler negó con la cabeza. Tenía la frente empapada en sudor.

—Señor Spotswood, ahí está ese muchacho.

—¿Qué muchacho?

—Ese a quien usted me pidió que le dijera que estuviera aquí a medio día. Hace tiempo que espera. ¿No se acuerda usted, señor Spotswood? —preguntó, comenzando a buscar entre las notas del escritorio. Era un número telefónico... Capitolio... algo.

—Ah, ya... el que me mandó la postal... ¿Y qué es lo que quiere?

—No sé. Su apellido es extranjero, tiene cara de no haber comido y un traje muy raído... Pobre muchachito —suspiró la señorita Glendeening.

—No tendré tiempo de verlo... el señor Grossman me espera antes de la una. Si me necesita usted llame al Burleigh.

—Dice que quiere hablar a solas con usted —dijo misteriosamente la señorita Glendeening, señalando hacia la puerta con la cabeza. Dice que trae un mensaje.

—Querrá tirarme un sablazo.

—¿Iré por mi almuerzo o esperaré a que la señorita Jacoby vuelva?

—¡Cómo quiere usted que yo sepa! —dijo Tyler estallando contra ella. ¡Haga usted lo que suele hacer!

Como si Tyler la hubiera golpeado, se le crispó la cara y los labios le temblaron. Él, al entrar como tromba en el cuarto vecino, casi volvió atrás a pedirle disculpas, pero no tenía tiempo. Se hundió el sombrero hasta la nuca al pasar por la puerta.

—¿Usted quería verme, señor... señor...?

—Bautista, señor...

Un muchacho delgado, de tez aceitunada y pelo negro con reflejos rojizos, se puso de pie sin tender la mano.

—¿El señor Tyler Spotswood? —preguntó.

—Sí. ¿Qué desea?

—Desde mi vuelta a este cochino país capitalista he estado tratando de dar con usted. Yo conocí a su hermano menor.

Su voz era muy ronca. Tenía acento de Brooklyn con inflexiones españolas.

—¿Y? —preguntó Tyler observándolo con atención.

Verdad, tenía aspecto de no estar bien alimentado. Su cara era delgada, con finos labios azules bien delineados y cejas negras muy arqueadas. El traje de sarga azul estaba gastado, casi al blanco, en los codos y en las rodillas, y parecía haberse encogido sobre su cuerpo. El borde del cuello de su camisa rosada estaba mugriento.

—Veo por los periódicos que también a usted le da disgustos el sistema capitalista. Bueno, a Sandy y a mí nos dio bastantes. Allá, del otro lado del charco, por un tiempo fuimos compañeros en la Brigada Internacional. Supongo que nunca le habló de mí en sus cartas. Y si lo hizo, nunca llegaron a destino. Creo que con su hermano las pasamos negras, y si digo creo es que estoy seguro.

—Ya sé todo eso —dijo Tyler sacando impacientemente el reloj.

—Lo que usted no sabe, señor Spotswood, es que Sandy me dio una carta para usted... lo pusieron preso y los fascistas lo mataron... a mí también me encerraron una vez... por mujeriego. ¿Cuánto me daría por la última carta que él escribió, dirigida a usted?

—Nada, no me interesa.

—Ah, a usted no le gusta que yo emplee métodos capitalistas, ¿no? —dijo el muchacho mostrando unos dientes pequeños y blancos al sonreír. ¿Qué quiere usted que haga? Hago lo que puedo por derribar al sistema capitalista y me las veo negras por ello. Los fascistas no me mataron porque corrí rápido. ¿Y ahora de qué me sirve? Para comer tengo que acudir al sistema capitalista.

—Muy bien, tiene usted razón... ¿Cuánto quiere?... Oiga, muéstremela antes.

El muchacho sacó del bolsillo una billetera de cuero en jirones y de entre un revoltijo de papeles sucios, sacó un sobre manchado. La escritura del sobre parecía ser la de Glenn.

—Veinticinco —dijo el muchacho alcanzando el sobre a Tyler.

Tyler cogió la carta que le entregaba la mano morena, regordeta, con uñas sucias.

Comenzó a sacar la carta del sobre, pero volvió a meterla en él como si temiera verla. Sí, era la escritura de su hermano. Buscó su billetera. El corazón le latía con fuerza. Le costó evitar que los dedos le temblaran cuando contó los cinco cincos. Colocó la carta junto con los billetes restantes y guardó la billetera en su bolsillo interior. El muchacho había arrebatado los billetes y los miraba con ojos brillantes.

—¿No va a leerla usted ahora? —preguntó inquieto. Puedo esperar a que la lea por si hay algo que usted quiere que yo le explique... ¿No podríamos ir a una cantina y charlar un rato?

—Hoy no me es posible —contestó Tyler sacudiendo la cabeza al tiempo que abría la puerta que daba al vestíbulo, y agregó en tono más amistoso. Tengo mucho que hacer, hermanito. ¡Buena suerte!

—Está bien, jefe. ¿Amigos, no?

Cuando se hubo ido, Tyler sintió no haberle dicho que se quedara. La señorita Glendeening también se había marchado. Por unos instantes permaneció inmóvil, en medio de la antesala vacía, con el sombrero en la nuca y las manos frías y húmedas metidas en los bolsillos del pantalón. Sentía los pies helados. Necesitaba tomar aire. Caminaría hasta el Burleigh y por el camino decidiría lo que iba a hacer. ¡Qué demonios le importaba llegar tarde!

El cielo estaba despejado. Un sol rojizo secaba, en parches, el pavimento y hacía brillar las pecheras abultadas de los estorninos que saltaban en los canteros. Cruzando por delante de los relucientes radiadores de los automóviles que esperaban con los motores andando el cambio de la luz del tránsito, advirtió la humedad que, en leves plumerillos de vapor, se elevaba de los bordes de las manchas secas sobre el asfalto. En la acera se puso de pronto a caminar echando los pies hacia afuera, como un niño que juega a la rayuela. Le costaba recordar cuándo fue la última vez que había vagado así, ociosamente, por las calles. Se propuso no mirar el reloj ni los encabezamientos de los periódicos vespertinos expuestos en las esquinas. «No comprendo inglés», decía en su cabeza una voz que hablaba una jerga idiota.

En una esquina se detuvo, sobre el irregular pavimento de ladrillo, y leyó cuidadosamente el menú, escrito con letras de esmalte sueltas, enganchadas en un marco de metal, colocado en la vidriera de un pequeño restaurant para negros. En primera línea decía «POLLO FRITO 35 cents». Parado ahí, con el sol calentándole una mejilla y balanceando primero un pie y luego otro, lo asaltó el deseo de ser un muchacho negro con sólo 35 céntimos en el bolsillo. Al percibir, a través del vidrio sucio, un par de ojos de azabache en un rostro oscuro que lo miraba con desconfianza, prosiguió su camino. Más adelante, advirtió, de pronto, que estaba observando los avisos de las cervezas y los cartelones de las marcas de cigarrillos, con sus deslumbrantes mujeres recortadas en silueta. En la ventana de un salón de billares vio la reproducción, manchada por las moscas, de un cuadro histórico que le recordó su niñez: «La última resistencia de Custer». Flotando al aire su pelo de oro, Custer dispara el último cartucho de su revólver, entre caballos muertos y cadáveres

vestidos de azul, que los indios están desollando con sus cuchillos y hachas. «Pobre Custer», murmuró, al proseguir su camino.

En la esquina siguiente, sin pensarlo, se halló tomando cerveza. Hacía tanto tiempo desde que, por última vez, tomara un trago en esa jurisdicción, que había olvidado la prohibición de beber de pie junto al bar. Sentado ante una mesa tendida de hule comenzó a inquietarlo la idea de que llegaría tarde a la cita. La cerveza fría le cosquilleó la lengua. La tragó tan precipitadamente que se le atragantó y tuvo que proseguir su camino tosiendo y ahogándose.

El reloj del vestíbulo del hotel Burleigh marcaba la una y ocho minutos. Entre un bosque de trajes femeninos y de pantalones bien planchados, divisó la calva de Grossman inclinada sobre un libro. Por el espacio de unos segundos Tyler bajó la mirada sobre las páginas de *Las Poesías Completas de Lord Tennyson*. Sentado en el mullido sillón, leyendo con plácida sonrisa, Grossman parecía más sapo que nunca.

Tyler tosió, pero Grossman no levantó los ojos. Se decidió a hablar:

—Señor Grossman, siento mucho llegar con retraso.

Grossman, como saliendo de un sueño, lo miró con sus ojos descoloridos.

—No se preocupe, no se preocupe usted —dijo poniéndose de pie con movimientos espasmódicos, mientras guardaba el libro. Leyendo poesías me olvido de todo... Me calma los nervios... la gente se extraña...

—Lo único que siento es haberlo hecho esperar... pero, para mí, Señor Grossman, este no es un día como los demás.

—¡Ja! ¡Ja! —rió Grossman. Todos tenemos de esos días.

—Me lo imagino —contestó Tyler mientras, apretujados, iban hacia la única mesita libre del comedor. ¿No quiere usted beber algo?

—No, gracias, yo no bebo nunca —contestó Grossman como si tuviera que defenderse horrorizado.

—Pues yo sí, señor Grossman... Mozo, cuatro martinis... y de prisa... ¿Qué le agradecería comer? La comida es atroz en este lugar, pero ¿qué le vamos a hacer?

—Nunca como mucho al almuerzo. ¿Qué me diría usted de unos huevos con jamón?

—Diría cosas sublimes sobre los huevos con jamón, señor Grossman, me gustaría verlos servidos en todas las mesas del país.

Grossman alzó los ojos al cielo cuando el mozo colocó dos martinis delante de cada uno de ellos.

—Perdone usted, pero soy abstemio —dijo mirando a Tyler con una timidez no exenta de angustia. ¿No se enfadará usted si me permito recordarle que debemos conservar las cabezas claras para esta tarde?

—¡Son tan pequeñitos los martinis! —dijo Tyler riendo con ganas. Yo me los beberé. No sé mucho de leyes, señor Grossman, pero sé emborracharme como una cuba. Ahora verá usted cómo.

Con aire de paciencia dolorida, Grossman vio cómo Tyler se bebía un martini tras

otro.

—Las aceitunas fueron un suplicio —dijo Tyler, riendo de nuevo porque le pareció haber dicho algo verdaderamente chistoso.

Cuando Grossman, molesto, logró reír levemente, una ola de afecto invadió a Tyler.

—Señor Grossman, ¿nunca nadie le ha dicho que usted es un príncipe?

Grossman, que estaba pinchando muy cuidadosamente con el tenedor trocitos de jamón, huevo y pan tostado, miró a Tyler por encima de la mesa con ojos ofendidos.

—¿No sería mejor, señor Spotswood, que habláramos de su asunto? —preguntó mordaz.

—Sí, sí, pero antes me dará usted el gusto de aceptar lo que me han servido a mí.

Grossman hizo el ademán de rechazar algo, con las palmas de sus dos manitas rechonchas.

—Gracias, gracias, soy de poco comer —dijo. Un vegetariano casi.

—¡Mozo! —chilló Tyler más fuerte de lo deseado. Estos huevos me están mirando con ojos torcidos. Por favor lléveselos usted. Les disgusta mi cara.

—¿No están bastantes frescos, señor? ¿No querría usted otra cosa, señor?

—No se preocupe, George, están deliciosos... pero yo estoy a dieta... Tráigame usted otro pequeño martini, sin aceitunas esta vez, y devuélvale los huevos al cocinero con todas mis felicitaciones. Dígale que se los dé a un pobre.

Grossman chasqueaba la lengua contra el paladar.

—¿Por qué no come usted algo, señor Spotswood? —dijo. Hum... hum... ¿qué preguntas le hizo a usted el joven Mackenzie Turner?

—No me acuerdo.

—¿Pero entonces cómo puedo ayudarlo? —preguntó Grossman con impertinencia.

—No puede, señor Grossman, ni Jesucristo, podría ayudarme... Como usted sabe, Él sólo ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

—Vamos, vamos, de algo se ha de acordar...

—Tengo la cabeza totalmente vacía, señor Grossman... ¿Sabía usted que las malas aceitunas causan un envenenamiento muy peligroso?... ¿Pero qué nombre le dan?... No, no es botulismo.

Grossman había comenzado a enfadarse y tamborileaba en la mesa con el índice, pero no pudo ocultar una sonrisa cuando llegó el mozo trayendo un gran pedazo de torta de manzana. Al mismo tiempo apareció otro cóctel delante de Tyler, sobre el mantel vacío. Tyler sonrió por sobre la mesa.

—Y ahora, a deleitarse con su postre, señor Grossman, y basta de preocuparnos por el botulismo.

Se bebió otro cóctel y pidió la cuenta. Luego miró el reloj: eran las dos en punto. Poniéndose de pie se inclinó hacia Grossman y le palmeó la mano.

—Termine usted tranquilamente su almuerzo y recuerde cuál es el

envenenamiento causado por las aceitunas mientras yo sigo sus excelentes consejos... «Se sentó a orillas del Leteo y lloró»... como ve, yo también leo poesía, de vez en cuando.

Dio un dólar de propina al mozo, y antes de que Grossman pudiera contestar, había salido del comedor y se encontraba en el asiento trasero de un taxi.

Le pareció llegar a los Tribunales en un abrir y cerrar de ojos. Corriendo voló escaleras arriba. El montón de periodistas estaba aún allí. Vio la cara de luna de Ed y la mandíbula descarnada y negra de Joe. Dejando tras de sí saludos y gritos de sorpresa, como un barco que deja los desperdicios en su estela, atravesó el grupo sin decir palabra y volvió a sentarse en su asiento de la sala de espera.

Se alegraba de estar ahí. Sonrió al viejo ujier, que sentado junto a la puerta parecía digerir su almuerzo con dificultad a juzgar por la acritud de la sonrisa con que devolvió su saludo. «¿Dónde estarán los testigos? Deshechos por el botulismo». La sala le pertenecía. Quizá él era el único testigo sobreviviente. Los martinis le daban un ameno zumbido en la cabeza, pero no estaba borracho como creyó estarlo. ¿Habría acaso olvidado la manera de emborracharse? Si no estaba borracho tenía que pensar. En primer lugar... En ese instante recordó al muchacho ronco, de cara verdosa y traje raído. ¿Dónde había puesto la carta de su hermano?

Sacó los anteojos del bolsillo superior de su chaqueta y se los colocó cuidadosamente. ¿Envejeciendo? No estaba aún del todo acostumbrado a los anteojos, pero ellos eran el primer síntoma. ¿Le traerían los años la imposibilidad de emborracharse aunque bebiera? Desdobló la carta. No estaba fechada. Tampoco decía el lugar donde fue escrita. Pero era, sin duda, la escritura del hermano. El papel despedía olor a tabaco y a ropa sucia. Tenía los bordes manchados irregularmente como si se hubiera mojado. Las palabras borroneadas eran difíciles de descifrar.

Mirando la carta se puso a pensar en lo que su padre sentiría. Tal como estaban las cosas era mejor que su madre hubiese muerto cuando murió. ¡Pobre madre! Recordó el olor a alhucema de los armarios de la ropa blanca y la puntilla que colgaba de sus mangas y que en la mesa del almuerzo se enganchaba en todo, causando el mal humor del padre. Él no se llevaba del todo bien con su padre, ni con ese golfillo de Glenn... Iba de compras con su madre por el centro de la ciudad, llevando los paquetes envueltos en papel de seda y sosteniendo abiertas las puertas giratorias de las tiendas para dejar pasar a otra señora. Afuera nevaba suavemente y la madre había alquilado un carruaje, y, cuándo ella subía al pequeño estribo, él mantenía abierta la portezuela; luego se sacudía la nieve, y una vez dentro, cargado de paquetes y apretando el de más arriba con la barbilla, la madre se inclinaba hacia él, con su aire frágil, dulce y orgulloso, diciéndole: «Mi niño se está volviendo todo un hombrecito, ¿verdad?». Y en el pescante, el cochero chasqueaba la lengua y los caballos partían trotando sordamente por la nieve. Y él adentro del viejo carruaje, crujiente y oliendo a tapicería enmohecida, a establo y a manta de caballos, tenía a su madre tomada de la mano.

Para enfocar las letras que bailaban ante sus ojos, los entrecerró. Las letras brincaban un poco pero podía leerlas perfectamente. ¡Demonios, por qué habían tenido que suceder todas estas cosas insensatas! Desde el comienzo. ¡Desde el día en que murió la madre, tantas cosas insensatas sucedieron!

Era una carta larga, de escritura ceñida, escrita a ambos lados del papel delgado. No cabía la menor duda; era la escritura de Glenn.

Querido Tyler:

¿Recuerdas cuánto discutíamos papá, tú y yo, y cómo nos íbamos enfureciendo hasta que nos peleábamos y cada uno tomaba por su lado? Me pregunto si de estar juntos ahora lo haríamos. Desde este pueblito desamparado cuyo nombre no puedo decirte, habiendo terminado mi comida —un tazón de sopa de habas—, me siento a escribir esta carta que será una pobre sustitución del poderte decir «¿Qué tal?» y de las buenas reyertas familiares de antes.

Bueno, con el tiempo resultó que yo no tenía pasta para leader obrero. Sólo acudiendo a una especie de malhumor juvenil lograba no ver el punto de vista del adversario. Luego comencé a darme cuenta de que ya no podía ponerme de esa clase de mal humor. Lo único que puedo decir es que me siento mucho mejor desde que trabajo como mecánico en un taller de reparaciones en esta extraña carretera a la Fortaleza, reponiendo engranajes gastados en los camiones republicanos, forrando frenos, limpiando carburadores y puliendo válvulas.

A veces trabajamos día y noche, a veces no tenemos nada que hacer y entonces el tiempo se hace largo y me siento solo, pero sé que la Fortaleza tiene que resistir y si trabajo bien eso significa un camión de municiones más para su resistencia. La idea de que me he vuelto un mecánico te hará reír, pero mi trabajo comparado con el de los muleros locales que están ayudando en el esfuerzo de ganar esta lucha —tipos cuya conducta admiro enormemente (¿sabes?, con esa especie de dignidad que tenía el Buen Viejo a pesar de sus gestos pomposos), bueno, comparado con esos muleros, soy Henry Ford. Toman una llave inglesa por un cascanueces.

En tiempos como éstos, especialmente si uno está haciendo un trabajo mecánico, uno se pone a divagar, sin pensar, repasando recuerdos viejos. De pronto estoy rumiando todas las discusiones que tuve con papá y contigo. Tyler, creo que ni tú ni yo nos hemos dicho una palabra amable desde que salimos de la escuela.

¡Y ahora qué no daría por que hubiésemos hablado las cosas con más serenidad! ¡Se requiere tanta experiencia para pensar bien! Y en estos días corremos el riesgo de perder la cabeza al adquirir la experiencia. El caso es que, cada vez que me arrastro fuera de un sótano después de un bombardeo, advierto que he perdido unos cuantos prejuicios partidistas más. Cuando las bombas, una vez al día, me enloquecen de terror, siento un respeto profunde por todo hombre, mujer o niño que veo, por todo ser viviente.

No se me borra de la memoria un día en Nueva York, hace ya varios años, cuando, sintiéndome especialmente deprimido, fuimos al zoológico con una muchacha amiga mía. Le calenté la cabeza diciéndole que éste era un stalinista asqueroso y aquél un fascista inmundo, y que tal grupo era un peligro y el otro una amenaza, ya sabes, los eternos «ismos», cuando, de pronto, me encontré cara a cara con un tejón. Estaba en una jaulita redonda. El tejón es un animalito muy cómico. Pues bien, durante un rato me escuchó con atención, luego me miró con sus ojitos salvajes, frunció el hocico y bostezó. ¡Dios, qué bostezo! Largué una carcajada y, para decirte la verdad, creo que le debo a los tejones el estar ahora en mi sano juicio, porque, sin duda alguna, lo estaba perdiendo. Hemos tenido demasiadas desgracias a la vez. Tú creerás que es ahora cuando estoy perdiendo el juicio, pero recuerda lo difícil que es para un hombre poner en palabras lo que piensa y siente.

Al fin y al cabo lo que cuenta son los hechos y no las palabras. Si algo he aprendido en la vida es que todo lo que cada uno de nosotros hace, cuenta.

Ocupándote tan bien como lo haces de esta campaña pro saneamiento político, debes conocer mejor que yo los dobleces del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Me pregunto qué piensas de todo ello. Los días en que me siento fuera de mis casillas me pongo a cavilar sobre todo esto.

Tyler, lo que quería decirte cuando me puse a escribir, es que no hay que permitir que le hagan demasiado el artículo a ese viejo expediente americano del gobierno para el pueblo y por el pueblo. Nos ha permitido crecer. Y nuestro país está ahí para producir un gran pueblo, ¿no? Mientras queramos más que nada el crecimiento de todo el pueblo a una mayor estatura moral, el proceso continuará, pero más y

más debemos lograr que las promesas se cumplan. Si permitimos que en nuestro sistema sólo unas pocas clases de gente hallen espacio para crecer, nadie creará ya en él. Y si son demasiado pocos los que creen en un modo de vida, éste llega a su fin y desaparece.

Pero heme aquí sermoneándote de nuevo. Hemos de tener el sermoneo en la sangre. Cuídate, muchacho, y buena suerte. Cuando salga, si logro salir de esta situación especial, trataré de ver a papá en Ginebra antes de volver a casa.

Tuyo afectísimo.

GLENN

Tyler leyó la carta con el ceño fruncido. A fuerza de enfocar las letras, le dolían los ojos. Las páginas manchadas eran ahora un borrón. La sala de espera estaba tranquila. El viejo de azul, sentado junto a la puerta, se había dormido dejando caer el periódico. De vez en cuando emitía un ronquido sibilante. Tyler tosió para aclararse la garganta y sacudió la cabeza para desnublarse los ojos.

Ya no se sentía borracho. Sus pensamientos eran lúcidos y dolorosos. Se sentía como aquella última vez, antes de que la familia se dispersara, cuando, habiendo salido con su padre y Glenn, caminaron entre las hojas caídas en el cementerio de Georgetown y él se detuvo un minuto, sin decir palabra, junto a la tumba de la madre. Glenn estaba ahora en esa tumba. Dobló cuidadosamente la carta y la guardó en su billetera. «Mejor enviársela a papá», pensó. Se quitó los anteojos, los secó y los guardó en su estuche.

En su mente veía con nitidez el rostro blanco y resuelto de Glenn, las cejas rojas fruncidas en ceño sobre la nariz levemente torcida, la boca infantil y la cabeza color de remolacha que inclinaba hacia un hombro cuando trataba de sentar cátedra. Resonaba en sus oídos el timbre claro de la voz de Glenn, hasta el chillido que subía en ella cuando comenzaba a enfadarse. «Sea como fuere, el chico tuvo su merecido»; estas palabras dichas con su voz, le retumbaron huecas en la cabeza. Ya el torbellino de ideas le iba borrando los recuerdos. Ya no podía recordar cómo era la cara del chico. ¿Cuándo fue que lo vio por última vez? ¿Cómo es la cara de papá? ¿Y la de Sue Ann? No podía recordarlo. Es extraño cómo se puede seguir y seguir, pero de repente...

Bueno, no sabrá ya nunca si su hermano mayor se convirtió o no en un sinvergüenza mentiroso y traicionero. Sue Ann lo sabrá.

En primer lugar era él quien debía decidir, en segundo lugar debía de haberse impuesto. «Este bueno de Toby, siempre se ha callado la boca», tal lo que ellos creen. «Si algo he aprendido en la vida es que todo lo que cada uno hace, cuenta». «¡Bonito quedaría sollozando sobre el pecho del Fiscal del Distrito!». Y allá está Sue Ann, y la granja y los niños. Esto, ni por asomo sería una valla para Chuck. En primer lugar, mucha gente debería haber comenzado antes a decir la verdad, toda la verdad y sólo la verdad. Ahora, para salvar el pellejo hay que optar entre esto o la delación. El pueblo contra Spotswood. Spotswood contra Crawford. Crawford contra el pueblo. En su cabeza las frases giraban cada vez más rápidas, como los caballitos de un ti vivo, hasta que su cerebro fue un resonante vacío. En primer lugar, en segundo

lugar, en tercer lugar. A cada instante repetía el primer lugar y todo comenzaba de nuevo.

¡Demonios!, ¿por qué decidir ahora? Decidiría cuando estuviese ante el tribunal.

Después de haber estado sentado inmóvil tanto tiempo, sintió que comenzaban a entumecerse las piernas. Se puso de pie y se echó a caminar de largo a largo, golpeando los pies contra el piso para restablecer la circulación. Su pateo despertó al ujier.

—Dígame usted, ¿no se está haciendo tarde? —dijo Tyler. ¿Si averiguara cuándo es mi turno?

—¿Qué?, ¿qué? ¿Qué hora es?

Tyler miró el reloj.

—Las cuatro pasadas, y anoche no pegué los ojos.

El viejo salió cerrando cuidadosamente la puerta tras de él. Cuando volvió miró a Tyler de reojo.

—No toman declaraciones. Están votando un escrito de acusación. Los testigos están dispensados.

—¿Debo volver o se ha cansado el señor Turner de mi conversación?

—Usted ya no será llamado como testigo —dijo el anciano haciéndose a un lado para dejar pasar a Tyler.

Con el impermeable en el brazo y el sombrero garbosamente echado hacia un lado fue, corredor abajo, hacia las escaleras. En el vestíbulo del piso bajo vio a Ed James. «¿Para qué diablos andará rondando por aquí?».

—¡Eh, Ed! —le gritó. ¿Qué hay? ¿Qué sucede?

—Lo mismo te pregunto yo a ti, Toby... Lo único que sé es que Mac Turner está preparando un informe para la prensa. Este asunto despierta un enorme interés... ¿No te gustó Mac? ¡Es un gran tipo!

—Un príncipe entre los hombres —contestó Tyler con insolencia. Pero, por el amor de Dios, ¿qué estarán tramando?

Grossman estaba junto a ellos. Su cara era toda ojeras. Sus mofletes parecían haberse sumido.

—¿Y, señor Grossman, qué es lo que sucede?

—¿El señor Ed James? —preguntó con modestia. Encantado de conocerlo. Soy lector de sus crónicas, un asiduo lector.

—Ya había olvidado esas crónicas, Ed —gruñó Tyler. ¡Ed... por favor, danos una mano... ya sabes... por los recuerdos que nos unen!

—Señor Spotswood —decía Grossman con voz tétrica. Necesito hablar con usted. Tomándolo de la solapa lo llevó bajo el pórtico jónico de la entrada principal.

—Señor Spotswood —dijo apabullado—, tengo que darle malas noticias... El Gran Jurado lo acusa a usted ante el juez por perjurio cometido... hum... que pretenden cometido en su interrogatorio de esta mañana. El señor Perry, delegado del Jefe de Policía de este distrito, tiene la orden de arresto contra usted y desearía

entregársela...

Sólo entonces advirtió Tyler a un hombre flaco, de uniforme oscuro mal cortado que, recostado contra una columna, lo estaba mirando.

—¿Pero a qué viene todo esto?... Yo no dije una sola palabra que no fuese verdad.

—Esperémoslo... esperemos que podremos probarlo... Como le dije, Mackenzie Turner es un joven muy ambicioso.

Tyler apretó la mano del señor Perry, quien lo miró en la cara con una sonrisa de disculpa cobarde.

—Vea, señor Spotswood, el señor Grossman y yo estamos de acuerdo en que para usted sería mejor que lo lleváramos ahora y no más tarde... será más fácil arreglar lo de la fianza, etc., etc... y ahora, hágame usted el favor de salir de los Tribunales.

Perry, Tyler y Grossman bajaron la escalinata en fila india y salieron a la acera. Un grupo de niños que, de la escuela, volvía retozando a sus casas, guiados por una muchachita pelirroja que se tambaleaba sobre sus patines a lo largo del pavimento, se arremolinó un instante en torno a ellos para luego perderse de vista entre las piernas de los oficinistas que llenaban la acera, rumbo a sus hogares.

—¿Querría usted ver la orden de arresto, señor Spotswood? —dijo Perry, buscando torpemente su bolsillo interior.

—No me interesa... pero terminemos de una vez con todo esto.

Tyler dio vuelta y se dirigió a toda prisa hacia los Tribunales, flanqueado por Perry y por Grossman, que se apresuraban para no quedar rezagados. Al subir la escalinata una cámara fotográfica apuntó a su cara. Los fotógrafos aparecían y desaparecían entre las columnas. De entre la turba, Joe Hazard lo saludó con la mano.

—¡Lo siento, viejo, pero no podía perderme esto!

A Tyler le pareció de pronto que él era el centro de una especie de parada, en marcha por el vestíbulo y el corredor casi oscuro, hacia la sala de justicia.

El juez era un hombre de aire agotado y ojos avejigados. Del escribiente, sentado ante un escritorio bajo la luz cruda de una lámpara con pantalla verde, sólo se veía la punta de su puntiaguda nariz y de su puntiagudo mentón; el resto quedaba en sombras. Nadie parecía prestar mayor atención a Tyler. Como si se tratara de un fardo, se referían a él sin mirarlo. Renunció a prestar atención a los procedimientos dejando que las palabras zumbaran en torno a sus oídos, como un hombre en medio de un enjambre de jevenes, convencido de que sería inútil tratar de ahuyentarlos. «Afortunadamente se está haciendo tarde» se dijo a sí mismo. Por fin, en medio de esas largas, ronroneadas y cansadas frases del juez, oyó las palabras:

—Una fianza de dos mil dólares.

—¿Y de dónde cuernos voy a sacarlos esta noche? —murmuró mirando sus zapatos que aún no había tenido tiempo de hacer lustrar.

—Hemos hecho algunos arreglos —le cuchicheó Grossman mirándolo con aire de reproche. Estamos en contacto con el agente de un banco de depósitos.

Tyler abrió la boca para contestar, pero Grossman, con un violento siseo, lo hizo callar como si fuera un niño turbulento.

El juez se puso de pie. El escribiente medio se incorporó sobresaltado en su asiento como un muñeco de resorte, farfullando algunas palabras. El juez salió de prisa por la puerta trasera de la sala de audiencia. Apenas se aplazó la audiencia todos comenzaron a comportarse con más naturalidad.

—Permítame usted, señor Spotswood, que le presente al señor Mc Illeney, del Banco de Finanzas y Depósitos —dijo Grossman con el tono alto y respetuoso habitual en él. Mc Illeney era un hombre rollizo que vestía un traje de gruesa tela inglesa y que habló a Tyler con simpatía confidencial, dándole así la sensación de que estaba comprando un seguro o billetes en una carrera de caballos. La cara de luna llena de Ed James apareció por sobre las anchas espaldas de Grossman que, agachado sobre la mesa del escribiente, estudiaba los formularios.

—Yo doy la fianza —dijo Ed James.

—¡Ed, no quiero que hagas eso! —exclamó Tyler, sintiendo que le giraba la cabeza. ¿Qué más da que vaya preso?... ¡Todos parecen conocer este asunto mejor que yo! —agregó malhumorado.

—No pierdas los estribos, Toby. Tú y yo tenemos que hablar —susurró Ed a su oído.

Tyler no oyó lo que dijo. Sólo atinaba a salir de ahí.

Cuando hubo garabateado la última firma en la última línea de puntos, Tyler, sintiendo que si no tomaba aire fresco se le hundirían los pulmones, salió rápidamente, seguido por Ed, que le pisaba los talones, pasando entre periodistas que intentaban retenerlo.

—¡Esta noche no puedo contarles nada, muchachos!... ¡No sé nada de nada! —gritó hacia ellos y siguió corriendo.

Se encontró de nuevo en la calle, de pie en la acera junto a un taxi, aspirando el viento frío del noroeste, en el crepúsculo violáceo. Las luces se iban encendiendo a lo largo de la calle. Ed estaba a su lado repitiéndole sin cesar:

—¡Y ahora, por el amor de Dios, recuerda, Toby, que tenemos que hablar! A las siete tomaremos un cóctel de ostras en el Dudley.

—Cómo no... cómo no... Gracias, Ed... por todo... Hasta entonces estaré en la oficina.

Por fin estuvo solo en el taxi. Para dominar la circunstancias, hizo que el conductor se detuviera delante de un almacén donde compró una botella de whisky. Cuando salió del ascensor se sentía tan cansado que apenas pudo llegar a su oficina. La puerta estaba cerrada. Antes de encontrar la llave tuvo que buscar en todos los bolsillos de su chaqueta. ¡Gracias a Dios, las oficinas estaban vacías! Lo primero que hizo fue sacar del refrigerador un vaso de papel con agua helada que llenó hasta el tope con whisky. Lo colocó sobre una esquina de su escritorio y recostándose en la silla giratoria comenzó a beber el whisky.

¿Y ahora qué? Largo rato estuvo sentado inmóvil, sorbiendo el whisky con agua, mirando el cielo raso. Cuando el whisky comenzó a parecerle suave, se puso de pie, y tomó otros dos vasos de papel. Llenó uno con whisky y el otro con agua. Un gran sorbo de whisky puro lo entonó un tanto. Ahora recobraría la calma. Ante todo...

Cruzó el cuarto llevando consigo los dos vasos llenos. Se sentó a la mesa de la máquina de escribir, en cuyo borde colocó los vasos. Luego buscó una hoja del mejor papel con membrete oficial y la deslizó en la gran máquina de escribir.

*Al Honorable Homer T. Crawford.
Edificio de las Oficinas del Senado.
Washington D. C.
Mi querido Chuck:
Eres un cochino y traidor hijo de perra.*

Al golpear el teclado escribiendo esas palabras, le crujían los dientes. Luego frunció la nariz. Arrancó la hoja, la rompió en pedazos y la arrojó al canasto de papeles.

Volvió a ponerse de pie y llevó nuevamente los vasitos de papel a su escritorio. El de whisky estaba vacío. Sacó su estilográfica, buscó en el cajón una hoja de papel sin membrete y, con caligrafía cuidada, redactó su urgente e indeclinable renuncia como secretario, la fechó, la firmó, la dobló y la metió en un sobre en el cual, con su letra clara, puso:

*Senador Crawford.
Urgente.
T. S.*

Lo echó en la bandeja de alambre que estaba sobre el escritorio. Luego, de nuevo, fijó sus ojos en el cielo raso. El teléfono del cuarto contiguo comenzó a sonar. Descolgó el receptor. La línea estaba desconectada. Fue a la sala de espera y buscó hasta que encontró el tablero conmutador en el escritorio de la señorita Glendeening. Le pareció que transcurrieron horas antes de dar con la clavija exacta. Lleno de inesperada paciencia enchufó y desenchufó las clavijas hasta conseguir la conexión. Era Ed.

—Oye, Toby, son las siete y media... Tengo un hambre bárbara... y me estoy llenando de cóctels y de galletitas.

—Pero pide tu comida... Yo tengo que hacer un llamado telefónico más y en seguida voy para allá.

—Oye, Toby, espero que no me dejarás plantado, ¿no?... Tengo que decirte algo muy importante respecto al proceso... Necesito verte esta noche... iré a tu oficina si tú no quieres venir aquí.

—No, Ed, iré en seguida... quiero irme de esta cochina oficina... ordena dos docenas de ostras para mí... Voy en seguida. Tyler cortó la comunicación.

—Larga distancia, por favor. Hola, quiero una comunicación, de persona a

persona, con la señora del senador Homer T. Crawford. Granja Barra-Z... Chincapín, Nueva México... muy bien, esperaré.

Sentado ante el escritorio de la señorita Glendeening, esperaba en la oscuridad. Necesitaba fumar. Sacó la cigarrera, estaba vacía. Después de buscar por todos sus bolsillos comenzó a recorrer los escritorios, hurgando en los cajones con la esperanza de encontrar un cigarrillo.

Se hallaba en la oficina de Chuck cuando oyó girar una llave en la cerradura de la puerta que daba al corredor. La puerta se abrió y allí apareció la señorita Jacoby, que se quedó mirándolo con ojos punzantes. Él, con la mano apoyada en el borde del cajón del archivador, permaneció inmóvil, observándola. Por una u otra razón se sintió de pronto un ratero.

La señorita Jacoby, con la cabeza inclinada sobre un hombro, lo miró unos instantes en la cara; en seguida, estallando en sonoro llanto, se dejó caer en uno de los sillones de cuero.

—¡Tío Toby! —sollozó. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?

—Vamos, vamos, señorita Jacoby —le decía. ¿Quiere usted que encienda la luz?

—¡No!, ¡no!, márchese usted de aquí —sollozó más fuerte.

Tyler retrocedió hacia el hueco iluminado de la puerta y hablaba hacia lo oscuro.

—Vamos, vamos, señorita Jacoby, no lo tome usted tan a pecho... La situación es difícil pero todos hacemos lo que podemos —dijo en canturreo consolador.

—¡Sí, pero el mal ya está hecho! —chilló.

—Vamos, vamos —murmuró él de nuevo.

Ella no contestó. Poco a poco los sollozos se apaciguaron hasta convertirse en sorbidos de nariz. Tyler le dio la espalda, volvió a la sala de espera y descolgó el receptor telefónico:

—Larga distancia, por favor... ¿Larga distancia? Cancele mi pedido, por favor... sí, sí, eso es. Ya no la necesito... No... Tampoco... Eso es, cáncélela.

Permaneció ahí, en la sala de espera, escuchando su propia respiración, hasta que el teléfono, sonando tan fuerte que parecía estar dentro de su cabeza, lo sobresaltó. Era Ed.

—Oye, Toby... ¿qué te pasa, hombre? He saboreado con la mayor lentitud posible mi comida, desde la sopa hasta el café, y ahora estoy aquí, emborrachándome y aburriéndome, bebiendo y esperando... ¿Es que tú jamás tienes hambre?

—Iré inmediatamente... Acabo de terminar el trabajo pendiente.

—Déjame que te diga lo que comí. Quizá te darás prisa en venir. Comí tres docenas de ostras y una estupenda trucha al natural y...

—Voy para allá —lo interrumpió Tyler. No te preocupes, Ed.

Colgó el receptor y miró en torno buscando el sombrero y el impermeable. vio la botella de whisky y tomó otro trago, con bastante agua esta vez. Entonces advirtió que no se había quitado el impermeable ni sacado el sombrero.

La señorita Jacoby no había encendido la luz en la oficina del senador, pero debía

estar aún allí porque, saliendo del radioreceptor, se oían los plañidos de la canción «Oh Johnny, oh». De pie, con el impermeable y el sombrero puestos y un vaso de papel en cada mano, Tyler comenzó a reír silenciosamente para sus adentros. La señorita Jacoby estaba buscando otra estación, sintonizaba trozos de música de restaurante y perturbaciones atmosféricas. Luego se oyó el sonido hueco de un gran recinto y la voz de Chuck, alta y clara:

—Amigos míos, esta noche tienen ante ustedes, en mi persona, al blanco de las flechas y de los tiros del ultraje. Pero no por mucho tiempo. Pronto llegará mi turno, se lo aseguro. Porque, con la cabeza en alto, he dicho lo que debía decir... Porque he demostrado ser uno de los pocos que habiendo llegado alto no ha olvidado al pueblo del cual salió; porque he gastado mi dinero y he dado mi tiempo a la Estación WEMM, instruyendo y desarrollando la educación política de los humildes, enseñándoles y explicándoles en palabras sencillas, directas y veraces cómo están gobernando a este pueblo y cómo, si Dios me ayuda, será gobernado en el futuro... Porque me he quedado ronco a fuerza de gritar al pueblo libre de este país que él debe gobernar y que gobierne, me atacan ahora por doquier las fuerzas viciosas del privilegio y del monopolio que acechan en la noche, la banda extranjera que estrangula a Washington como un pulpo y que, junto con los magnates del imperio de San Vito que reinan en la Avenida Pennsylvania y en los recintos del Capitolio, con su montón de profesores chiflados y de sociólogos inútiles que sólo sirven para trabar los engranajes gubernamentales, con sus sacos de mercachifles ambulantes llenos de teorías y de simulaciones...

»Quiero decirles a ustedes, mis buenos y honestos ciudadanos, reunidos esta noche en esta gran ciudad del resurgido Sur, que... aunque es posible que, de vez en cuando, me haya dejado engañar por las falsas sonrisas y las caras amables de algunos en quienes confié como César en Bruto... ¡ah!, y el golpe más penoso, la puñalada por la espalda dada por un amigo... Quiero decir a todos ustedes reunidos aquí esta noche que he mirado al fondo de mi corazón y no he encontrado culpa... Desde que era un muchachito que acarreaba los paquetes de periódicos demasiado pesados para mí por la Avenida del Estado rumbo a mi casa para ayudar a mi pobre y fatigada madre a comprar algo que comer, no hay nada en mi carrera que no pueda ser escudriñado por ninguna comisión investigadora, por ningún Gran Jurado, por ningún tribunal del país. Entre los valientes amigos y asociados que han luchado a mi lado subiendo por la resbaladiza y mañosa huella que conduce a la victoria, podrán encontrarse unos pocos que se han enlodado, aunque no por culpa mía y quizá tampoco por culpa de ellos... pero desafío al más santurrón reformador de toda la triste banda que, en estos momentos, ha desatado contra mí su jauría, a encontrar en mi carrera una sola mancha o tiznadura. ¡Vengan, les grito en las caras cuando me rodean para presenciar la matanza, ladrando como verdaderos sabuesos que son!...

Y les digo en las palabras del poeta:

*Desde el fondo de la noche que me cubre,
Negra como el abismo de polo a polo,
Doy gracias a cualquier dios que sea
Por mi alma y espíritu invencibles.*

*En la garra feroz de mi destino,
Ni he gritado ni he retrocedido.
Y bajo los garrotes de la suerte,
Mi cabeza está alta pero sangra...*

Tyler, en medio del cuarto, se quedó tieso escuchando. Sorbía primero de uno y luego del otro vasito de papel resquebrajado. «Va a recitar el maldito verso entero», se dijo a sí mismo en voz alta y repentinamente normal como si, en realidad, estuviera hablando con otro. Arrugó los vasos de papel, los arrojó al canasto y salió por la puerta golpeándola detrás de él.

Al dirigirse al ascensor advirtió que iba haciendo eses. Mientras lo esperaba se detuvo unos instantes apoyándose con la palma de la mano en la pared. En el ascensor logró mantenerse erguido, con dignidad, y sosegadamente cruzó el vestíbulo con piso de mármol y salió a la calle a buscar un taxi.

En camino a lo de Dudley volvió a sentir sueño. Le parecía que las luces pasaban con una rapidez extraordinaria. Cuando tambaleaba fuera del automóvil, una ráfaga de aire frío que soplaba avenida abajo le infundió un vigor repentino. Tieso, entró al restaurante. La mayoría de las mesas estaban vacías. «El hombre que lee el semanario ilustrado debe ser Ed». Tras el periódico apareció la cara de Ed, rosada de haber comido y mirándolo con ojos muy abiertos.

—¡Bueno! —dijo Ed. ¡Bueno, bueno, bueno!

—Estoy borracho, Ed —dijo Tyler dejándose caer pesadamente en la silla opuesta.

—¿Por qué no te quitas el sombrero y te quedas aquí un rato?

—No necesito quitármelo... soy un cuáquero.

—Deberías tomar un plato de sopa bien caliente... Es absolutamente necesario que hablemos seriamente.

—Café caliente, será mejor... si es posible, hirviendo... Estoy borracho, Ed, hijo mío, pero soy un borracho simpático... Habla cuanto quieras... habla hasta el fin del mundo... Habla por los codos y por las rodillas, un viejo amigo te escucha.

El mozo se inclinaba sobre él y Tyler permitió que le quitara el impermeable y el sombrero.

—Tenemos que hablar de lo siguiente, Toby —dijo Ed. Antes de venir aquí estuve con Mackenzie Turner. Él quiere que las cosas se hagan como es debido, pero nada tiene en contra tuyo... ni lo más mínimo... Tuvo que acorralarte para que te vieras obligado a mostrar los documentos... No había otro modo de hacerlo.

—No tengo documentos.

Ed se inclinó hacia Tyler por encima de la mesa.

—Escucha, Toby, no te quieren mal... les disgusta tener que molestarte... Te

consideran un buen tipo, pero creen que ha llegado el momento de darle a Chuck un «Alto ahí», y yo también lo creo.

—Acabo de oírlo en Atlanta... por radiotelefonía. Los falsos amigos lo han traicionado... Es un mentiroso de porquería... pero de cualquier manera, ¿qué más da?... La noche entera en el avión y el día entero en la sala de espera he estado pensando... No podemos engañar al pueblo, pero lo malo es que yo, yo soy tan pueblo como tú o como cualquier otro hijo de perra. Si queremos reformar al pueblo tenemos que comenzar por nosotros mismos, sin tanta palabrería... ¿Comprendes? Ante todo tengo que reformarme a mí mismo... ¿Verdad?... ¡Ay, Ed, qué tortura es pensar!

Miró la taza de café negro y humeante que estaba ante él. El olor del café abrió una puerta en su memoria... la puerta de la cocina de su casa y en ella Glenn pequeñito, con un delantal puesto, ayudando a la madre a preparar el desayuno. «¡Mariquita!», le gritaba golpeando la puerta...

—Tengo que dejar la bebida, Ed —dijo hablando en la taza de café, con voz pausada y razonadora. Trae confusión en las ideas.

Ahora era una ruleta girando vertiginosamente, rojonegro, rojonegro; rojo; negro; más lenta, más lenta... rojo... negro. Para librarse de ella tuvo que gritar.

—¡Bueno, ahí está ese cuadro que colgaba de las paredes en todas las tabernas y en todos los billares!... Y las rameritas de la calle Cuatro y Medio en las noches de lluvia, las pobres muchachitas, compuestas para cosas contra las cuales tanto las sermoneaban en casa... Pero sabes, sobre lo que quiero hablar es sobre «La Última Resistencia de Custer». Ese es el cuadro que estaba en todas las tabernas.

—Dime, Toby, ¿por qué no tomas tu café?

—No me gusta... puede causarme botulismo... Bueno, Custer ofreció su última resistencia y luego los pieles rojas le desollaron la cabeza y yo me sentía igual cuando de niño caminaba por Washington... Mi abuelo paterno era bastante raro, lo llamábamos el Buen Viejo... Nada le agradaba tanto como llevarnos al Instituto Smithsonian... O subíamos a la Colina para visitar los recintos del Congreso... y trotando detrás de él solía ver el domo del Capitolio al extremo de una avenida de árboles en Otoño... alto entre las nubes... Algunas veces me siento así. Esta mañana me sentía así. Así y como en la «Última Resistencia de Custer...». ¡Pide un trago, por el amor del cielo!

Por momentos la cara de Ed era grande y estaba cerca; otros, era pequeña y estaba muy, muy lejos.

—Eso es lo que quería decir, Toby —dijo Ed. Tu deber es presentarte ante el Gran Jurado y declarar todo lo que sabes...

«Ed está hablando con el mismo tono predicador de mi padre», pensó Tyler.

—... Basta con que le des a Mac Turner la seguridad de que cooperarás con él de la mejor manera posible, y él retirará la denuncia.

Tyler estiró el brazo, tomó el cóctel y lo apuró de un trago. Echó hacia atrás un

mechón de pelo húmedo que le caía sobre la frente. Todo el restaurante era una oquedad rugiente.

—¡No lo haré! —chilló. Acusados estamos, acusados caeremos, como Custer.

—Hablemos tranquilamente, Toby... Como ciudadano de los Estados Unidos, tu deber es... Mira, una revista tiene preparado un contrato conmigo. Un contrato magnífico. Tú y yo, Toby, construimos a Chuck Crawford. Nos resultó una basura... Enterrémoslo.

—No, Custer nunca hubiera hecho eso... Déjame que te lo explique —dijo.

Hizo un gran esfuerzo para que el rugido cesara. Para poder explicar necesitaba que en el restaurante reinara el silencio, y para lograrlo, por encima de la mesa, amenazó al mozo con el índice. Los mozos zumbaban en torno de él. Uno de ellos le traía el sombrero y el otro su impermeable. Con dignidad se puso de pie.

—Vámonos de aquí... Éstos están demasiado borrachos.

Al salir por la puerta giratoria se apoyó pesadamente en el brazo de Ed. Afuera, junto al farol, el viento volvió a entonarlo. Se apartó de Ed, sintiendo que sus labios se plegaban en una sonrisita sabia.

—Lo que quería explicarte es... que allá no me quieren... Mackenzie Turner no me quiere... Custer estaba profundamente equivocado; hubiera cometido, como yo, un profundo error. ¿Te acuerdas del pobrecito Glenn?

—¿Cómo no me voy acordar? Por él nos conocimos, tú y yo, allá en Horton. ¿Te acuerdas? Yo estaba aún con la Compañía Costa Este.

Tyler, con las piernas en ángulo, plantó firmemente los pies sobre el pavimento oscilante.

—Sea como fuere, Custer estaba profundamente equivocado. ¿No? Pero no huyó. Opuso la última resistencia y pagó por ella... por eso siento que la carta de Glenn y el pequeño domo sobre el gran domo y las nubes en torno y la bandera de las franjas y las estrellas batiendo, en el mástil... ¡Cuernos!; no puedo explicártelo.

Ed había detenido un taxi.

—¡Toby! —le gritó al oído. ¿Qué te parece que vayamos a casa y nos refresquemos un poco?... Yo llamaré a Mac.

Tyler sintió que una rabia sorda subía en él. Cerró los puños.

—¡No, no quiero!

El conductor del taxi se asomó por la ventanilla y les gritó perentoriamente: — ¡Calma, calma, señores!

Ed trató de tomar a Tyler del brazo y meterlo en el automóvil.

—Toby, por favor, no te portes como un niño, sé razonable. ¿O es que quieres que te metan preso?

—¡Déjame! —dijo Tyler, librándose de él.

—Cumple con tu deber de ciudadano —dijo Ed, tratando nuevamente de aferrarlo por el brazo.

Antes de saber lo que hacía, Tyler se arrancó de él y le dio un puñetazo en la cara.

Su puño resbaló por la mandíbula. Ed retrocedió y quedó inmóvil bajo el farol, mirándolo atónito. El golpe lo había hecho trastabillar y ahora se frotaba la barbilla con aire perplejo. Tyler intentó hablar, pero no pudo. Antes de que Ed pudiera decir nada, pasó frente a él y, a grandes trancos, se fue tambaleando en el viento, avenida abajo.

Cuando tratas de encontrar al pueblo, siempre al final encuentras al viejo de los nudillos con cal que vende lápices en una esquina ventosa, al muchachito sudado con orejas mal lavadas, que corre llevando consigo el paquete pesado de periódicos matutinos, a la muchacha presurosa por llegar a casa terminada su jornada de diez horas en un almacén y que hace con su bolso de cuero negro señas al tranvía para que se detenga, al joven de cara de zorro con su vianda bajo el brazo, que corre hacia su trabajo nocturno, al pelirrojo recién ascendido a comandante, sentado muy tieso al fondo del taxi, feliz y ansioso por llegar al bar donde, a las cinco y cuarto, lo espera la muchacha con quien se casará antes de Navidad, al expresidiario que con los hombros gachos arrastra los pies mirando la acera, a la obesa madre de numerosos niños que espera el ómnibus; anduvo de compras; las piernas le pesan; se le ha desprendido un taco del zapato; tiene los brazos cargados de paquetes; lleva dos sucios mocositos a remolque;

cuando tratas de encontrar al pueblo, pirámide de mil facetas precariamente equilibradas sobre cada una de ellas

sola:

el tornero, el soldador, el aprendiz, el mecánico, el archivador, el guardafrenos, el abogado, el cocinero, la ayudante del salón de belleza, el médico, el barbero, el restaurador de equipos radiotelefónicos, el conductor del camión, el aparejador, el relojero, el marino, el albañil, el peón, el sastre, el agrimensor,

o el hombre rollizo en su traje de buena tela inglesa con su pelo de plata rizado sobre las orejas, que engulle portentosamente una tortilla en el restaurante del Senado; o el magro político rural que tiende sus manos al apretón mientras pasa por la puerta giratoria del recinto de la Cámara de Diputados; o los cabilderos de ojos relajados que piden bebidas en los restaurantes donde se baila; o el lechero de hablar lento y mscador de tabaco en camino a vender un ternero, que circula los sábados por la noche entre el gentío del centro del distrito, arremolinado en torno a los negocios iluminados, almacenes, boticas, bares; contenido en las calles por filas de camiones, yuntas de mulas, carros viejos embadurnados de arcilla roja; o el joven matón de café concierto que abomba el pecho y ahueca la panza en su malla celeste, entre muchachos y muchachas de actitudes cinematográficas y tostados de sol tendidos en la arena un domingo azul en la playa del océano; o a una vieja de origen

extranjero envuelta en un pañolón que con ojos quemados de llanto, junto a otras mujeres silenciosas, espera, ante el cerco alambrado del pozo del ascensor, noticias del accidente en la mina;

o el patrón que te mira en los ojos, apretando los puños sobre el escritorio, resuelto a triturarnos a todos;

el pueblo es todos

y un hombre solo;

sentidos que comienzan en el delicado trazado de las yemas de los dedos; en la inconsciente alerta de los tímpanos, en el enfoque de los ojos, en las señas relampagueantes de los nervios envainados, en el increíble e inmenso almacenamiento de recuerdos, en las palabras hechas de viento, en los sonidos, en los olores que mortifican los sentimientos, en las necesidades, en las oleadas de deseo,

¿haciendo que lo involucrado termine dónde?, ¿comience dónde?;

circunvoluciones del cerebro esculpidas por el tiempo:

cada vida tensa en la red de vidas:

vecinos, esposas, hijos, el cartero que llega a la puerta, mujeres que trabajan en la cocina, el hombre importante;

débil como el más débil, fuerte como el más fuerte,

el pueblo es la república,

el pueblo eres tú.



JOHN DOS PASSOS. (Chicago, EE. UU., 1896 - Baltimore, EE. UU., 1970). Escritor estadounidense integrante de la llamada «generación perdida», cuyas novelas, amargas y profundamente impresionistas, atacan la hipocresía y el materialismo de los Estados Unidos entre las dos guerras mundiales y tuvieron una honda influencia en varias generaciones de novelistas europeos y estadounidenses. Estudió en la Universidad de Harvard. Su experiencia como conductor de ambulancias en Francia durante la guerra le sirvió como telón de fondo de su primera novela, *Iniciación de un hombre*: 1917 (1920).

El reconocimiento de la crítica y del público le llegó con su siguiente novela, amarga y antibelicista, *Tres soldados* (1921). *Manhattan Transfer* (1925), una visión panorámica de la vida neoyorquina entre 1890 y 1925, tuvo un éxito inmenso. Esta poderosa novela, construida con fragmentos de canciones populares, titulares de prensa, pasajes de monólogo interior y fragmentos naturalistas de las vidas de una multitud de personajes sin relación entre sí, determinó el estilo de las mejores de sus últimas novelas. Su *trilogía USA* (reunida en 1938), en el mismo estilo, amplió su panorama para abarcar todo el país. Comprende las novelas *El paralelo 42* (1930), *1919* (1932) y *El gran dinero* (1936), y describe el crecimiento del materialismo estadounidense desde la última década del siglo pasado a la Gran Depresión.

Tras la publicación de *USA*, Dos Passos sufrió un cambio en su filosofía. Dadas sus dotes observadoras, viajó por Europa, Oriente Próximo y Marruecos como periodista y el resultado fue una gran desilusión política que plasmó en otra trilogía, *Distrito Columbia*, compuesta por *Hombre joven a la aventura* (1939), *El número uno* (1943)

y *El gran proyecto* (1949).

Continuó escribiendo mucho: varias novelas, libros de observaciones personales, de historia, biografía y viajes. El mejor recibido fue *Mediados de siglo* (1961), una novela que retomaba la técnica caleidoscópica de sus primeros éxitos para narrar otra visión panorámica de la posguerra en Estados Unidos.

En el momento de su muerte, el 28 de septiembre de 1970, en Baltimore (Maryland), Dos Passos había terminado la mayor parte de una novela, *La crónica decimotercera*. Póstumamente se publicó *Isla de Pascua* (1971), un libro de viajes, y *La crónica decimocuarta* (1973), sus diarios y correspondencia.

Notas

[1] Los Estados donde rige el impuesto al voto —poll tax— son: Virginia, Carolina del Sur, Georgia, Mississippi, Tennessee, Arkansas, Texas y Alabama. El impuesto oscila de un dólar en Arkansas a dos en Georgia y Mississippi, pagaderos anualmente algunos meses antes de las elecciones. En cuatro de los Estados los impuestos son acumulativos. En Alabama, por ejemplo, un hombre nacido en 1900, año en que fue votado el impuesto, tendría que haber pagado 35 dólares para votar por primera vez en 1942. En Georgia hubiera tenido que pagar casi 45 dólares. Según la Liga pro Reforma Electoral del Sur, el impuesto al voto es un vehículo de corrupción política. Las elecciones se vuelven cuestión de comprar recibos de impuestos al voto y papeletas de votantes ausentes. En las elecciones de 1940, en que el setenta por ciento del electorado fue a las urnas, en los ocho Estados del Sur sólo votó el veinte por ciento del electorado.

La ley del impuesto al voto fue promulgada con el fin de mantener la supremacía de los blancos sobre los negros, pero como todas las legislaciones racistas, ha logrado únicamente mantener el poder de unos pocos sobre negros y blancos. Hoy en día casi cinco millones de blancos no pueden votar. (N. del T.). <<

[2] Albergue compuesto de una o de varias pequeñas casa-habitaciones, una playa de estacionamiento y un puesto de gasolina, que hay en las carreteras de Estados Unidos y especialmente en California.

La palabra «Motel» es nueva y está compuesta de la primera sílaba de «motor» y la última de «hotel». <<

[3] Ferrocarril elevado, como a unos siete metros del pavimento, cuyos rieles están colocados sobre un puente que corre a lo largo de ciertas arterias urbanas en Nueva York y Chicago. <<